



Graciela Ramos

LA PATRIA
De **ENRIQUETA**

*De amores, política y miserias
en la década del 30*



SUMA
de leer

Graciela Ramos

La patria de Enriqueta

De amores, política y miserias en la década del 30

Suma de Letras

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@Ebooks](#)

[@megustaleerarg](#)

[@megustaleerarg](#)

Estoy absolutamente convencido de que ninguna riqueza del mundo puede ayudar a que progrese la humanidad. El mundo necesita paz permanente y buena voluntad perdurable.

ALBERT EINSTEIN

PRIMERA PARTE

LA MUCHACHA DEL ATADO

“Aguafuertes porteñas”

ROBERTO ARLT

Diario El Mundo

Todos los días, a las cinco de la tarde, tropiezo con muchachas que vienen de buscar costura.

Flacas, angustiosas, sufridas. El polvo de arroz no alcanza a cubrir las gargantas donde se marcan los tendones; y todas caminan con el cuerpo inclinado a un costado: la costumbre de llevar el atado siempre del brazo opuesto.

Y los bultos son macizos, pesados; dan la sensación de contener plomo: de tal manera tensionan la mano.

No se trata de hacer sentimentalismo barato. No. Pero más de una vez me he quedado pensando en estas vidas, casi absolutamente dedicadas al trabajo. Y si no, veamos.

Cuando estas muchachas cumplieron ocho o nueve años tuvieron que cargar un hermanito en los brazos. Usted, como yo, debe haber visto en el arrabal estas mocosas que cargan un pebetito en el brazo y que se pasean por la vereda rabiando contra el mocosito, y vigiladas por la madre que salpicaba agua en la batea.

Así hasta los catorce años. Luego, el trabajo de ir a buscar costuras; las mañanas y las tardes inclinadas sobre la Neumann o la Singer, haciendo pasar todos los días metros y más metros de tela y terminando a las cuatro de la tarde, para cambiarse, ponerse el vestido de percal, preparar el paquete y salir; salir cargadas y volver lo mismo, con otro bulto que hay que “pasarle a la máquina”.

La madre siempre lava la ropa; la ropa de los hijos, la ropa del padre. Y esas son las muchachas que los sábados a la tarde escuchan la voz del

hermano, que grita:

—Che, Angelita: apurate a plancharme la camisa, que tengo que salir.

Y Angelita, María o Juana, la tarde del sábado trabajan para los hermanos. Y planchan cantando un tango que aprendieron de memoria en El Alma que Canta ; que esto, las novelas por entregas y alguna sección de biógrafo, es la única fiesta de las muchachas de que hablo.

Digo que estas muchachas me dan lástima. Un buen día se ponen de novias, y no por eso dejan de trabajar, sino que el novio (también un muchacho que la yuga todo el día) cae a la noche a la casa a hacerle el amor.

Y como el amor no sirve para pagar la libreta del almacén, trabajan hasta tres días antes de casarse, y el casamiento no es un cambio de vida para la mujer de nuestro ambiente pobre, no; al contrario, es un aumento de trabajo, y a la semana de casados se puede ver a estas mujercitas sobre la máquina. Han vuelto a la costura, y al año hay un pibe en la cuna, y esa muchacha ya está arrugada y escéptica, ahora tiene que trabajar para el hijo, para el marido, para la casa... Cada año un nuevo hijo y siempre más preocupaciones y siempre la misma pobreza; la misma escasez, la misma medida del dinero, el igual problema que existía en la casa de sus padres se repite en la suya, pero mayor y más arduo.

Y ahora las ve usted a estas mujeres cansadas, flacas, feas, nerviosas, estridentes.

Y todo ello ha sido originado por la miseria, por el trabajo; y de pronto usted asocia los años de vida, hasta la madurez y con asombro, casi mezclado de espanto, se pregunta uno:

—En tantos años de vida, ¿cuántos minutos de felicidad han tenido estas mujeres?

Y usted, con terror, siente que desde adentro le contesta una voz que estas mujeres no fueron nunca felices. ¡Nunca! Nacieron bajo el signo del trabajo y desde los siete o nueve años hasta el día en que se mueren no han hecho nada más que producir, producir costura e hijos, eso y lo otro, y nada más.

Cansadas o enfermas, trabajaron siempre. ¿Que el marido estaba sin trabajo? ¿Que un hijo se enfermó y había que pagar deudas? ¿Que murieron los viejos y hubo que empeñarse para el entierro? Ya ve usted; nada más que un problema: el dinero, la escasez de dinero. Y junto a esto una espalda encorvada, unos ojos que cada vez van siendo menos brillosos, un rostro que

año tras año se va arrugando un poquito más, una voz que pierde a medida que pasa el tiempo todas las inflexiones de su primitiva dulzura, una boca que sólo se abre para pronunciar estas palabras:

—Hay que hacer economía. No se puede gastar.

*Si usted no ha leído *El sueño de Makar*, de Vladimiro Korolenko, trate de leerlo.*

El asunto es este. Un campesino que va a ser juzgado por Dios. Pero Dios, que lleva una cuenta de todas las barrabasadas que hacemos nosotros los mortales, le dice al campesino:

—Has sido un pillete. Has mentido. Te has emborrachado. Le has pegado a tu mujer. Le has robado y levantado falso testimonio a tu vecino. —Y la balanza cargada de las culpas de Makar se inclina cada vez más hacia el infierno, y Makar trata de hacerle trampa a Dios pisando el platillo adverso; pero aquél lo descubre, y entonces insiste—: ¿Ves como tengo razón? Eres un tramposo, además. Tratas de engañarme a mí, que soy Dios.

Pero, de pronto, ocurre algo extraño. Makar, el bruto, siente que una indignación se despierta en su pecho, y entonces, olvidándose de que está en presencia de Dios, se enoja, y comienza a hablar; cuenta sus sacrificios, sus penas, sus privaciones. Ciertamente es que le pegaba a su mujer, pero le pegaba porque estaba triste; cierto es que mentía, pero otros que tenían mucho más que él también mentaban y robaban. Y Dios se va apiadando de Makar, comprende que Makar ha sido, sobre la tierra, como la organización social lo había moldeado, y súbitamente las puertas del Paraíso se abren para él, para Makar.

Me acordé del sueño de Makar, pensando que alguien in mente diría que no conocía yo los defectos de la gente que vive siempre en la penuria y en la pena.

Ahora sabe usted el porqué de la cita, y lo que quiere decir el “sueño de Makar”.

LA POBREZA

Estoy triste. Todos los días la tristeza me abraza como el sol a la tierra. A veces pienso que nacimos juntas, que vamos creciendo juntas, que nunca le va a ceder el lugar a la felicidad. Me apena pensar que la tristeza y la pobreza se tejen mano a mano para enmarañarnos en sus redes, apretarnos, asfixiarnos, muchas veces para siempre.

Ellos, mis padres, vinieron a este país con una ilusión. Ser felices. Prosperar.

Entendí con el tiempo que la felicidad tiene diferentes matices, que va cambiando de acuerdo a la magia de los ojos que la miren. Mis padres llegaron felices. Enamorados, pujantes. Pero con el paso de los días se fueron marchitando, secando, muriendo. ¿Será que el amor no es suficiente para sobrevivir a la pobreza? Tuvieron una sola hija, yo. Ellos decían que no iban a seguir trayendo hijos al mundo para criarlos en la miseria. Y tenían razón. Los Ramírez eran nueve. Mendigaban comida. Los Mondino eran doce. Nosotros éramos tres. La familia más chiquita que conocí. La mía. Me amaron mucho.

Hasta aquel día en que murió mi padre. Pobre mi padre. Me entristece saber que murió sin conocer la tranquilidad, el bienestar, el descanso, un buen baño, el olor a la ropa nueva, un buen vino. Murió injustamente. Murió porque otro lo mató.

La maldita Semana Trágica. Muchos anónimos como él murieron ahí, sin saber por qué, para qué. Mi padre tenía su trabajo. Catorce horas por día, pero él nunca se quejaba, jamás. No asistía a las reuniones donde reclamaban por sus dignos derechos. Igual murió. Y mi madre y yo quedamos solas. Como un montón de personas más, que nadie conoció, que no salieron en los diarios más que enumerados. El muerto número nueve se llamaba Eleuterio y era mi padre, y lo extraño...

Ese fatídico día, mi padre quiso acompañar al cementerio el féretro de mi tío Pepe, que había muerto días antes en la revuelta de los Talleres Vasena. A Pepe también lo mataron, lo asesinaron. Porque estaba reclamando por sus derechos, por las ocho horas, recuperar su trabajo y tantísimas otras cosas, tan merecidas como negadas.

Y ahí estaba él, mi padre; lo imagino atento, serio. Era de esos hombres que se subordinan a la responsabilidad, al respeto. Con su gorra aplastada contra el pecho y la mirada perdida en el piso. Atento a las palabras de Salvadora Onrubia. Llorando en silencio la injusticia, la muerte de su amigo del alma, Pepe. Y otra vez aparecieron de la nada. Policías armados, ¡dispararon! Una ráfaga de balas le arrebató la vida a un montón de almas humanas que murieron sin saber qué estaba pasando... Ahí cayó muerto mi padre, como tantos otros.

Pobrecito, ni se enteró de que murió. No tuvo tiempo. Y les cuento que ni mi padre ni mi tío Pepe eran anarquistas. Porque claro, enseguida todo recaía sobre las espaldas de los anarquistas, de los comunistas, de los insurrectos. Eran la excusa justa para actuar con impunidad. Para limpiar la basura, decían. No, señores, eran simples trabajadores. Yo era chiquita cuando eso pasó, justo el día de mi cumpleaños. Ese día mi madre perdió la sonrisa. Para siempre.

EL CONVENTILLO

Fui creciendo al compás del tiempo, corriendo detrás de mi madre. Vivíamos en una pieza en un conventillo en el barrio portuario. Ella se iba muy temprano cada mañana y regresaba casi de noche. Siempre traía comida para las dos. Y alguna golosina para mí.

Un día unas amigas le dijeron que yo ya tenía edad para trabajar. Se enojó, mucho. Contestó: “Es una niña, tiene que jugar, no trabajar”. Cuando se iba, yo quedaba a cargo de una vecina. Una especie de cuidadora, Asunta. Era costurera.

Recuerdo la cantidad de besos que me daba mi madre antes de irse, y se agachaba, y me miraba a los ojos y comenzaban las recomendaciones. Me santiguaba, miraba para arriba y me encomendaba a Dios, a la Virgen y a tantísimos más. Tenía una relación extraña con Dios, algunas veces rezaba como loca, otras se enojaba y como represalia no emitía ni un Padrenuestro. Y me decía: “No dejes que nadie te obligue a nada que no quieras”. Y luego se iba. Y yo la miraba. No entendía muy bien lo que quería decir... Era tan linda.

Caminaba con ritmo. El solo verla me hacía feliz.

Mi día era una aventura inesperada. Caminaba hasta donde estaba Asunta y le entregaba mi comida. Era la condición. Digamos que Asunta por unos pocos pesos y con muy buena voluntad nos echaba una mirada durante el día a todos los que quedábamos sueltos en el conventillo. Uno se adapta a todo, a la fuerza.

Con los más grandes, algunas veces nos escapábamos para que Asunta no nos pusiera a cuidar a los críos con olor a caca y llenos de mocos. Explorábamos, robábamos algunas cosas y luego, cuando se acercaba la hora de comer, regresábamos. Asunta no decía nada de nuestras escapadas y nosotros no la acusábamos a ella y todos convivíamos como podíamos enmarcados en un acuerdo sin palabras.

Un día, no voy a olvidarlo jamás, Filomeno quería viajar en el tramway. Y quería, y quería. El primer desafío fue conseguir la plata para el boleto. Fue horrible. Aun recordarlo me pone un poco nerviosa. Por supuesto fue idea de Filomeno. Estábamos pavoneándonos por la calle del centro los cuatro:

Filomeno, Casimira, Edmundo y yo.

—Voy a robarme una biyetera, y esa guita la vamo a usar para pasiar en tramway —dijo como si nada.

—¡Estás loco! —respondí.

En ese mismo instante se tropezó con un señor que lo miró con gesto acusador y seguimos caminando.

—¡Ladrone! ¡Ladrone! —escuché que alguien gritaba. Me di vuelta y vi al señor que nos señalaba. Miro al frente y veo que los tres van corriendo como si fuera la última vez.

—¡Separato! ¡Separato! —nos gritaba Filomeno.

Yo corría sola; me temblaban las piernas. Pensé que me caería en cualquier momento. No sé cuánto corrí. Hasta que me empezó a arder todo el cuerpo y me costaba respirar. Me detuve, miré hacia atrás y nadie me seguía. Me senté en el piso. Creí que me había llegado la hora de partir. De juntarme con los míos allá en el cielo. Bueno, así conseguimos la plata para nuestro paseo. Y como consecuencia de esa experiencia fuimos aprendiendo los trucos para sobrevivir en la calle: la policía lejos, nosotros siempre juntos. Avisar si alguno va a robar algo. El que siempre lo hacía era Filomeno. Era buen amigo. Me robaba las revistas y los diarios para mí. Yo a cambio le enseñaba a leer, le compartía mi comida. Le costaban las palabras, su padre era italiano, su madre alemana. Su madre murió cuando él nació. Nunca hablaba del tema, yo me enteré por mi madre.

Y fuimos a la estación. Estábamos los cuatro sentados en el tramway.

Acodada, observaba la urbanidad. Madres haciendo compras con sus hijas.

Hombres trajeados, mujeres jóvenes emperifolladas con sombreros, cintas rasadas que jugaban con el viento. Algún proletario con su ropa gastada.

Edificios, almacenes, iglesias, autos... Era el único lugar donde todos convivían.

—Filomeno, ¿y cómo nos volvemos? —pregunté.

Me miró espantado.

—¡Ma qué sé yo!

Nos observamos con el ceño fruncido. En ese mismo instante se nos acabó la diversión. ¿Qué íbamos a hacer ahora, en la otra punta de la ciudad, sin poder volver? Nos quedamos quietos.

En la parada siguiente subió mucha gente y nos sacaron de nuestros asientos.

Planeábamos de un lado para el otro tratando de hacer equilibrio. ¡Entonces la vi!, la cinta de raso blanca se perdía en sus rizos rubios. Esos rulos perfectos.

¡Me miró! ¡Me asusté! Bajé la vista. Y vi sus zapatos de charol con pulsera.

¡Eran tan lindos! Y las medias blancas con puntilla. No sé cómo describir lo que sentí. Elevé la mirada y sus ojos color cielo me traspasaron el corazón, ¡me sonrió! No pude contener las lágrimas. Me sentía tan fea, tan pobre, tan mal vestida. Y ella tan linda, tan simpática. Y vi a Filomeno, abrazado al pescante con ambas manos, mirándola, embobado, boquiabierto. Le pegué un codazo en las costillas.

—¿Por qué estás llorando? —me preguntó ella.

¡Qué vergüenza sentí!

—Es que este pavo nos invitó a dar una vuelta y ahora no sabemos cómo regresar. No podemos regresar —bisbiseé, ruborizada.

Sonrió, y acomodó las partituras que llevaba sobre su falda immaculada.

¿Cómo hacía para tener las cosas tan impecables, tan blancas...? Y luego sacó de su carterita bordada con perlas unas monedas, tomó mi mano y las puso en ella.

Filomeno estaba al borde del ataque al corazón. Le pegué otro codazo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Enriqueta —contesté.

—Y yo Filomeno —dijo el pavo babeándose...

—Y yo Amparo. Y me bajo ahora.

Suspiré, y ahí me di cuenta de que los dos estábamos embobados con Amparo.

Quería irme con ella. Quería ser ella. Qué suerte tenía.

—¡Gracias, Amparo! —le grité.

La recuerdo; ella era justo lo que yo quería ser. Éramos las dos caras de un mismo país.

LA ESCUELA

Todo el dinero que mi madre ganaba era para que yo pudiera estudiar y ser alguien en la vida. Y sí que lo hice. Era una de las pocas del conventillo que iba a la escuela. Filomeno me acompañaba hasta la esquina todos los días. Y cuando salía estaba ahí, esperándome, como un perro a su dueño. Caminábamos juntos.

Cuando llegábamos, dejaba mis cosas en la pieza y con el guardapolvo puesto jugábamos a la maestra, que por supuesto siempre era yo. Les enseñaba a todos a leer y escribir. Filomeno no solo era mi amigo para todo, era mi mejor alumno.

Él un día quería ser actor, tanguero otro... Y cuando aprendió a escribir, para practicar programaba su futuro y lo describía: “Me voy a casá con Perica, que es muy rica”, y luego religiosamente me miraba y me repetía: “Y vos deberías buscarte un estanciero pa casarte, si no sestamo frito, vamo a se pobres pa siempre”. Y yo repetía constantemente lo mismo: “Las palabras, Filomeno, se enojan si no las pronuncias bien”. Le costaba mucho hablar con corrección.

En la escuela me transformaba. Lo primero que aprendí fue a mentir. Me avergonzaba mucho que supieran de dónde venía, quién era. Inventaba historias sobre mi familia feliz. Hasta llegué a decir que Filomeno era sirviente de mi familia y le ordenaban que me acompañara a la escuela.

Todo lo aprendía rápido. Prestaba atención. Nada me costaba. Mis notas eran buenas. Mi comportamiento también. Y a pesar de que faltaba mucho a clases no me retrasaba nunca. El conocimiento era algo que se me daba fácil.

Admiraba a las maestras. Ellas siempre lo sabían todo, nos explicaban, nos cuidaban. Yo me daba cuenta de que me querían; siempre me regalaban cosas.

Mi señorita se quedó tiesa cuando le conté que leía todos los diarios que podía.

Me dijo que no era bueno que una niña de mi edad leyera tantas noticias. Creo que me arrepentí de habérselo contado.

Me costaba mucho entablar amistad. Durante los recreos me quedaba sola,

observando. Todo lo que hacían mis compañeros en el recreo yo lo repetía en el conventillo con Filomeno, Casimira y Edmundo.

No solo estudié, me instruí en todo lo que tuve a mi alcance. Gracias a mi madre, que, a diferencia de mi padre, era una luchadora. Ella explicaba que no era anarquista, ni socialista, ni cualquier “ista” de la lista. Decía que era una sobreviviente, que no había elegido la vida que le tocó, y que luchaba por las injusticias humanas. Que el hombre pobre, no importaba a qué sede concurriera cotidianamente, era digno merecedor de los derechos humanos. Y hoy, cuando leí en el diario *El Mundo* “La muchacha del atado”, imaginarán que fui corriendo a buscar el cuento de Vladimir Korolenko. No lo conseguí, pero Filomeno sí, y lo puso en mis manos. No pregunté nada, solo lo tomé. Y leí, y lloré. Entendí la desesperanza en las palabras del autor... Nosotros éramos sus personajes.

Palabras tristes. Les comparto un párrafo que quedó grabado en mis retinas.

Ojalá pudiera olvidarlo. “Sí, sus ojos eran claros porque no había llorado nunca, mientras él, Makar, no había cesado de llorar; sus rostros estaban limpios porque los lavaban y perfumaban; sus ropas eran hermosas porque otros las trabajaban para ellos. Pero él, Makar, había nacido también con unos ojos claros, donde se reflejaban el cielo y la tierra, con el corazón siempre dispuesto a inclinarse ante todo lo que es bello y sublime. Si ahora le daba vergüenza de sí mismo, no era suya la culpa. ¿De quién, pues? No lo sabía. Lo único que sabía era que estaba harto de sufrir”.

Sí. La pobreza va de la mano del sufrimiento, la vida en el conventillo era una muestra gratis de eso. Éramos chicos, pero grandes conocedores del dolor.

Cuántas veces Filomeno estaba sentado arriba del balde de lata puesto al revés, con el mentón apoyado sobre sus dos manos. La mirada perdida. Los hombros cansados. La gorra apretada contra sus orejas. Inmerso en la infelicidad. ¿Por qué lo sabía? Porque muchas veces pude ver lágrimas correr sobre sus mejillas.

Mis alumnos habían crecido, solo quedaban tres. El resto, antes de que cumplieran los ocho años ya se iban a trabajar. Filomeno y yo éramos los únicos grandulones que todavía pernoctábamos por ahí.

—Ya somos grandes para jugar a esta pavada —dijo Filomeno mirándome fijo con las manos en los bolsillos de las bermudas, parado detrás de los niños sedientos de aprender la palabra castellana.

—¡Sentado! —grité.

Se sentó, pero me miraba raro.

—Gracias a mis clases, Filomeno, aprendiste todo sin ir a la escuela. ¿De qué te quejas?

—Te haces la mandona.

—Soy la maestra.

—No sos la maestra.

—Entonces, alumno Filomeno, queda expulsado de esta clase —dije con la mano derecha levantada indicando el lugar por donde se tenía que ir. Se fue.

Creo que habíamos crecido. Yo estaba en el último año de la primaria, pero no encontraba motivo para que no pudiéramos seguir jugando a la maestra. O tal vez le daba vergüenza. Claro, no pensé en eso, la vergüenza te anula, tanto... A mí me daba mucha vergüenza decir en la escuela que vivía en el conventillo, me la pasaba mintiendo. Tal vez si conversaba con Filomeno podíamos ver de qué manera yo podía seguir siendo su maestra. La verdad es que si él no estaba mirándome mientras yo alardeaba de intelectual, no me interesaba. Me aburría y les daba recreo hasta el otro día...

Filomeno, mi mejor amigo.

LOS LIBROS

El tiempo seguía su curso. Mi madre cambiaba de trabajo a menudo. La mayoría de las veces decían que era revoltosa, mala influencia, revolucionaria. Y así vivíamos, o sobrevivíamos. Ella me llevaba a cuanta reunión había: mujeres feministas, anarquistas, socialistas. Tomaba de cada doctrina lo que le gustaba y luego armaba la propia. Y allí estábamos las dos. Ella gritaba, levantaba la mano pidiendo justicia por su marido muerto, justicia para ella, futuro para mí. Era una leona. Y cada tanto buscaba con los ojos hasta encontrarme, sonreía, y seguía con lo suyo. La admiraba.

Me acuerdo cuando se inauguró la Casa del Pueblo. Fuimos las dos embutidas en nuestros vestidos de domingo. Era verano y hacía calor. Le imploré a mi madre que invitáramos a Filomeno, pero no quiso. No sé por qué, no me dio mayores explicaciones. Cuando decía no, era no para siempre. Me di cuenta de que Filomeno nos perseguía, pero no dije nada. Me gustaba saber que estaba por ahí escondido. Siempre estaba.

Estábamos emocionadas. Esa casa se logró gracias a las donaciones de los diputados socialistas. Los primeros que ingresaron al Parlamento dispusieron la mitad de su dieta para la causa. La recorrimos entera, desde el subsuelo hasta el tercer piso. Allí se constituyó la imprenta donde se imprimió el diario socialista *La Vanguardia*. Nos detuvimos en la Biblioteca Obrera, que llevaba el nombre de Juan B. Justo, un hombre sin precedentes. Incansable luchador, fundador del socialismo. Estaba casado con Alicia Moreau, segunda médica argentina, que junto a Sara Justo y Julieta Lanteri fundaron el Centro Feminista. Participé de muchos discursos de ellas. Mi madre las admiraba. Y yo a través de ella.

Pasé noches enteras a la luz de la vela leyendo, repasando los recortes que me traía de la biblioteca de la Casa del Pueblo. Artículos viejos del diario *La Voz de la Mujer*, editado entre 1896 y 1897. Dicen que luego se siguió editando en Rosario. Me entregué como tantas veces a la lectura como si fuera un bombón relleno de dulce de leche y castañas. Las escritoras eran mujeres anarquistas.

Soledad Gustavo, Virginia Bolten, Laurentine Sauvrey, Teresa Claramunt,

Ana María Mozzoni, María Martínez. A la mayoría las conocía por mi madre.

También encontré cifras escritas con tinta en algunos márgenes, *censo de 1895*.

Trescientos sesenta y ocho mil, ¿mil? Sí, mujeres inmigrantes, un poco más que la mitad del número de hombres. Activas trabajadoras: domésticas, enfermeras, cocineras, costureras. Ellas. Siempre.

La lectura era mi razón de ser, de vivir. Diarios viejos, diarios nuevos, autores locales, europeos... Fue entonces cuando comprendí la importancia de la palabra escrita: es la que cuenta la historia, lo que mañana va a instruir sobre hoy. Pero, claro, ¿cuál es la verdadera historia? ¿Acaso la historia es mentirosa? Si miro para atrás, lo que se lee hoy de Roca no tiene nada que ver con lo que imagino contarían los pobres indios regalados a las familias oligarcas para servir como esclavos. Eso lo vi en un recorte del diario *La Nación*. Me lo guardé. No sé por qué.

Cuando descubrí que la literatura que más me interesaba estaba escrita en inglés, no paré hasta conseguir quien me enseñara. Fue en la Casa del Pueblo. Y sí, era pobre, muy pobre, pero hablaba inglés.

Los domingos que mi madre tenía libres nos íbamos a pasar el día al parque.

No teníamos canasta pero sí un balde, donde poníamos una botella de agua con granadina, un jarrito y algo de pan con queso. Nos tirábamos sobre la gramilla y yo le leía novelas en inglés. No entendía nada, pero la sonrisa con la que me miraba me estremece de solo recordarla.

Los libros fueron y son mi momento feliz. Con ellos pude instruirme. Con ellos pude viajar a lugares que tal vez jamás conozca en persona. Con ellos pude amar, pude odiar. Y por ellos pasé mi primera noche en la comisaría. No sé cómo pude haber hecho una cosa así, pero lo hice. Enloquecí cuando Filomeno me acompañó a esa librería. No era como la biblioteca, era diferente. Empecé a tocar los libros, los nuevos, a olerlos...

—Guardate uno —dijo Filomeno.

—¡No! ¡Estás loco!

—¡Ma yevate uno! Nadie se va a dar cuenta. Mirá un poco la cantidad que hay acá.

Tenía razón, había tantos libros que no imaginé que pudieran tener un control de todo. Me puse nerviosa, di tantas vueltas para meterme el libro de Jane Austen en mi pollera... Caminé despacio hasta la puerta, y por supuesto que nunca llegué. Un señor se cruzó en mi camino y me increpó a los gritos.

Me sentí muy avergonzada y enojada. Por tonta. Por ser pobre, por no tener el dinero para poder comprar todos los libros que quisiera. Filomeno desapareció; supongo que fue él quien avisó a mi madre. Nunca le pregunté. Ella estaba enojada cuando vino a sacarme.

—¡Enriqueta, los libros en estas circunstancias te están llevando por mal camino! ¡Así no! —me gritaba—. Y no me gusta Filomeno. Cuántas veces más tengo que repetirte que ya eres grande para andar pavoneando con ese chico.

—Es mi amigo —dije mirando el piso, caminando a su lado.

Cada tanto me tiraba del pelo o me pellizcaba el brazo.

—Trabajo como una burra para sacarte de este lugar. Por favor, Filomeno es más de todo lo que yo no quiero para tu futuro. ¡Basta de Filomeno, y punto!

FILOMENO

Filomeno era parte de mí. No sé cómo explicarlo. Si estaba, me molestaba. Si no estaba, me faltaba algo. Los días a su lado eran divertidos. Pasables. Pero un día su padre comenzó a llevarlo a trabajar con él, y ya no nos veíamos tanto.

—Vos sos una copiona de tu madre. Las mujeres no pueden andar por ahí haciéndose las machonas —dijo, y me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, Filomeno? Pensé que te gustaba escuchar mis discursos y aprender todo lo que te enseño.

—Sí, pero últimamente me enseñás cosas que no me gusta aprender. Eso de las mujeres. O lo de la política.

—Pensé que te interesaba, como nunca me dijiste nada...

—Es que... sí me gusta, o no...

—Ah, o sea que no prestás atención.

—Algunas cosas. Pero eso de las mujeres machonas no me gusta... Mandonas, tampoco —insistió.

—No es de mujeres machonas, se trata de los derechos que queremos las mujeres conseguir algún día. Vos no sabés nada porque no sos mujer.

—Sí, es verdad, no soy mujer. Pero sabés que creo, que las mujeres así terminan siendo machonas y nunca pueden conseguir marido.

—Ay, Filomeno, me estás ofendiendo y me cansaste. Soy así y punto, y me gusta. ¡Qué tanto!

—Sí, pero vas a ser una machona, y yo no me puedo casar con una machona.

Lo miré boquiabierta.

—Nosotros no nos vamos a casar. Nosotros somos amigos, hermanos. Y además yo soy más grande que vos. Imaginate, te tendría carpiendo todo el día...

—Un año, dos meses y cinco días no importa.

—Dijimos que nos íbamos a casar con personas ricas. Nosotros somos pobres, los dos.

—Lo pensé mucho. Pero creo que estoy enamorado de vos, Enriqueta. Y

los enamorados se casan, pero yo no puedo casarme con una machona...

Suspiré. Cuando algo se le metía en la cabeza, ay, ay, no se lo sacaba nadie.

—Mirá, Filomeno, pienso casarme con un hombre rico y más grande que yo, un escritor, un periodista. Todavía no lo pensé muy bien...

Me miró enojado. Sus ojos brillaban.

—Los hombres no lloran, Filomeno. Dejá de joder con eso.

No pude terminar de hablar, se fue corriendo. Lo humillé. No me di cuenta. A partir de ese día me esquivaba. Estaba enojado conmigo. Fui a buscarlo.

—Vení, paparulo, ¿qué te pasa?

—Que no te querés casar conmigo.

—Y si te digo que sí, que nos casamos, ¿venís...?

—Sí.

—Bueno, me voy a casar con vos cuando seamos grandes. ¿Vamos?

—Vamos.

El pavo le dijo a todo el mundo que nos íbamos a casar. Los chicos nos cargaron hasta que se aburrieron. “¡Filomeno y Enriqueta son novios!”, coreaban. Lo quería aplastar. ¡Qué vergüenza! Si ese chisme llegaba a los oídos de mi madre, ¡ay mi Dios!

No sé cuál habrá sido el motivo, pero a partir de ese momento Filomeno me parecía burdo, pesado, sucio. No era como antes. Saber que me miraba de una forma diferente me incomodaba. Sus piernas se pusieron velludas, le salieron unos bigotes desaparejos, su voz era ronca. Era una mezcla de niño/hombre que me asustaba un poco.

—¿Vos no te ibas a casar con la chica Amparo?

Me miró y frunció el ceño.

—Sí, pero me enamoré de vos.

—¡Qué podés saber vos del amor, Filomeno! —grité iracunda.

—¿Que no sé del amor? Vos me enseñaste que cuando uno tiene curiosidad tiene que investigar.

Lo miré, me estaba cansando ese jueguito de Filomeno. Me incomodaba...

—Entonces me tenés que sacar de tus pensamientos. Olvidarme. Yo tengo otros planes para mi vida. Quiero estudiar, quiero hacer cosas de chicas y todo eso.

Me clavó la mirada. Nunca lo había visto así. Sus ojos irradiaban furia. Creo que se había enojado. Hora de irme. Me fui.

Pasaron unos días y por suerte todo regresó a la normalidad en el

conventillo.

Mi cuerpo comenzó a transformarse. Mi humor se puso cambiante. Le pregunté a mi madre si estaba enferma y me dijo que no, que a las mujeres nos pasaban cosas... Y cometí el error de contarle que Filomeno me había propuesto casamiento.

—¿Qué te pasó por la cabeza? ¿Filomeno? ¿Te volviste loca? Me parto el lomo para que tengas un futuro diferente al mío y... ¿Filomeno?

—No, él es el que está enamorado de mí... yo nada que ver.

—¿Cuánto tiempo crees que va a pasar hasta que te sientas atraída y quieras investigar cosas...? No me di cuenta en qué momento creciste tanto. Vamos a tener que mudarnos.

—Pero madre, no es para que nos vayamos. Yo no estoy enamorada de él.

—No, querida, es momento de irnos...

Me quedé con esas palabras de mi madre. Nos íbamos a mudar a otro lado. Y todo porque le conté que Filomeno se había enamorado de mí. Me enojó, pero me callé. ¿Y si yo me hubiera enamorado de Filomeno? Era claro que mi madre no iba a comprender ese amor. Bueno, por suerte no me enamoré, creo. Pero me gustaba sentir que él me amaba, que me miraba, que quería estar todo el día conmigo. Era lindo sentirse amada. Pero, ¿cómo será estar enamorada? Será lo que siento cada noche cuando cierro los ojos y me mudo a mi mundo feliz, mis ensoñaciones. Allí yo era la novia de Roberto Arlt, mi escritor favorito. Y también del señor Luis, el profesor de Educación Física de los varones. Una vez uno, otra vez otro. Paseábamos, me regalaban bombones. Filomeno no estaba ahí. Él estaba en mi realidad. Y mi madre ya se había dado cuenta. Abordó inmediatamente una mudanza...

LA MUDANZA

No pasó mucho tiempo hasta que mi madre llegó con la noticia: nos mudábamos.

¡Y a una pensión! Dejábamos el conventillo. Debería estar feliz, pero no. Algo tronaba en mi pecho. Me incomodaba. Tantas veces había soñado con irme de ese lugar, vivir en una casa decente, ¿y ahora? Quién me entiende...

El chisme de nuestra partida corrió como agua por la boca de todos. Mi madre se fue a trabajar y yo me quedé en la pieza leyendo. Filomeno vino a buscarme.

—Viste que hablo bien, Enriqueta, no te vayás, y te prometo que no te digo más machona.

—Vayas —corregí—. No nos vamos a volver a ver, Filomeno... Nosotras nos vamos a la pensión —dije, agrandada, y cuando vi las lágrimas en los ojos de Filomeno me arrepentí y lo abracé. Le estaba haciendo daño.

—No te vayas. ¿Qué voy a hacer sin vos? Si mientras estoy trabajando solo pienso en regresar para verte —dijo.

—No puedo, tienes que quedarte con tu familia.

—Ma si estoy siempre solo.

Siempre disfruté de molestar a Filomeno, de ridiculizarlo, pegarle algunos coscorriones, pero ahora me desarmaba verlo tan vulnerable. Lloraba como un niño que era...

—Hagamos un trato, Enriqueta. Como los italianos, nos rompemos un dedo cada uno y el primero que sea rico lo busca al otro.

—Es con sangre, pavo. Tenemos que mezclar nuestras sangres. Ve a buscar una aguja en el costurero de doña Asunta. Vamos a hacer el trato.

Salió corriendo y regresó con el costurero y Asunta persiguiéndolo detrás.

Nos pinchamos los dedos índices, mezclamos nuestra sangre y nos prometimos buscarnos cuando fuéramos adultos. Nos miramos a los ojos. Eran dos faroles esmeraldas que ya no brillaban. La tristeza me invadió. Abrí mis brazos y él corrió a aplastarse contra mi pecho. Era la primera vez que nos abrazábamos de ese modo. Pude sentir los latidos de su corazón, sonaban atolondrados, como él. Apoyé la cabeza contra su hombro y Filomeno hizo lo

mismo. Nos quedamos unos minutos así. Sintiéndonos. Hermanados por la vida.

—Enriqueta, ¿nos vamos a volver a ver?

—Sí, Filomeno, voy a venir a verte.

—Cuando sea grande voy a ser muy rico y voy a buscarte.

—Y yo te voy a esperar.

—Y nos vamos a casar.

Me quedé en silencio.

—¿Vamos a dar una vuelta por ahí?

—Vamos.

Por primera vez caminamos uno al lado del otro, en silencio. Me invitó un helado. Nos sentamos en un banco de la plaza. Yo añoraba mi nuevo mundo. Él me añoraba a mí.

Las cosas comenzaron a suceder con ligereza. Y ahí estábamos las dos, despidiéndonos de todo el mundo. Prometiéndonos un montón de cosas que nunca íbamos a cumplir. Que voy a venir a verlos, que voy a ir... Y nos fuimos.

Y lo último que vi fue el rostro de Filomeno, con las manos en los bolsillos, la gorra embutida en la cabeza; apenas se le escapaban algunos mechones rizados, rubios. Los labios apretados, las cejas ceñidas. La mirada triste. Fruncida.

Gervasio y Regina eran los dueños de la casa que nosotras inauguramos como pensión. Regina, muy amiga de mi madre, era costurera, y Gervasio, su marido, se había quedado sin trabajo y no lograba reintegrarse al mundo laboral.

Nos recibieron con tanto cariño. Nos acompañaron a nuestra pieza. Dos cosas me maravillaron: el ropero con un espejo enorme al medio y la ventana que daba al patio, con cortinas y todo. Mi madre con alegría me dijo que podía ir al baño todas las veces que quisiera, y usar las tazas de la cocina, ¡teníamos heladera!

Ah, agua fresquita en verano.

No me costó mucho olvidar nuestras penurias en el conventillo. Acababa de llegar al paraíso. Regina trabajaba en su casa, tenía una habitación a la que llamaba “el cuarto de la costura” y allí se pasaba el día con las tizas, la regla de madera y la máquina de coser. Hasta tenía una mitad de maniquí. Parecía un hombre descuartizado. Al principio me daba un poco de impresión, pero luego nos hicimos grandes amigos.

Por suerte la escuela no me quedaba lejos. Podía ir caminando. No me gustaba subir a los colectivos sin Filomeno. Si me viera viviendo como una cogotuda estaría feliz por mí.

Cuando mi madre se iba a trabajar yo me quedaba en el cuarto de la costura con Regina. Ese lugar tenía un magnetismo especial. Me hizo unos vestidos hermosos. Aprendí a surfilar, a hilvanar, a bordar con bastidor.

Fue mi primer contacto con la felicidad: sentir que estaba viviendo en familia, tener un baño, comer en una mesa con mantel, ayudar a Regina, sacudir la tierra de la casa.

Antes me gustaba ir a la escuela. Ese lugar me daba orden, tranquilidad, confianza. Pero ahora era diferente, no tenía ganas de ir a la escuela porque me sentía muy bien en la casa. Regina y Gervasio me daban orden, familia, seguridad, contención. Supongo que eso es lo que sienten los que tienen una linda casa y una linda familia, ¿no?

Mi madre se encargó de que Filomeno no se enterara de dónde vivíamos. No lo quería ni ver. Yo lo extrañaba, mucho... Tuve esperanzas de verlo escondido por ahí cuando iba a la escuela. Pero no.

¿ABANDONA DIOS?

Me entristecía no recordar a Filomeno cada día. Ya no era preeminente en mi vida. Cada minuto estaba entretenida con algo: la costura, la limpieza, la cocina, el radioteatro, estudiar, la lectura.

Mis días eran diferentes ahora. Cuando llegaba de la escuela hacía la tarea y luego corría a buscar algún libro. Gervasio me esperaba en su sillón con su pipa humeante, y yo le leía. Él no sabía leer. Me gustaba ver en sus expresiones cómo disfrutaba de la historia.

Los domingos había que ir a misa. Mi madre no iba, pero a mí me obligaba.

No la entendía. Si ella estaba distanciada de Dios, ¿por qué yo no...?

Debe haber sufrido mucho la pérdida de mi padre. Y también tener que seguir sola por la vida conmigo auestas, siempre sin plata... Y debe haber sentido que Dios la abandonó. ¿Abandona Dios? No lo sé. Se lo voy a preguntar a Regina.

Ella sabía todo acerca de Dios. En el cajón de su mesita al lado de la cama tenía una cantidad de estampitas, rosario, misal, virgencitas. Aprendí todos los rezos de tanto repetir con ella.

Regina me hizo un vestido exclusivo para ir a misa. Era hermoso. Íbamos a la iglesia de San Telmo los tres, yo al medio. Las primeras veces me dormía.

Gervasio, con disimulo, me rozaba con su rodilla para que me despertara.

Después empecé a prestar atención y me aprendí la misa de memoria. La rezaba junto con el cura.

Después de misa, cocinábamos. Me enseñó a hacer locro, mi comida preferida desde el primer día que impactó en mi paladar. Y por la tarde salíamos a pasear.

Me gustaba vivir así. Al fin la felicidad me mostraba una sonrisa.

Un día mi madre deambulaba llorisqueando por los rincones. Nunca la había visto tan derrotada.

—Quiero saber qué pasa. Si soy grande para ayudar, también para saber —dije.

Me miró; no pudo contenerse.

—Es Regina, está enferma.

—Pero se cura y listo.

Se quedó en silencio. Esos silencios que hablan más que las palabras.

—No en este caso.

La miré enojada.

—No entiendo.

—Regina va a morir —dijo, precisa. Ella era así, no les daba vueltas a las cosas.

—¡No! ¡No! ¡No!

Mi madre me abrazó. Lloré hasta quedarme sin lágrimas. Me costaba comprender que Regina nunca se iba a curar. Mi madre me pidió que no le llorara en la cara, que tratara de disimular. Por supuesto que no lo logré; apenas la vi la abracé y lloré como una desquiciada.

Otra vez la vida aceleraba su curso. Otra vez esa sensación de querer cambiar las cosas y no poder.

Un día Regina no pudo levantarse de la cama y dejamos de ir a misa los domingos. Ella me pedía que yo fuera, que llevara a Gervasio. No, no íbamos a ir a misa, todos estábamos enojados con Dios. Otra vez nos quitaba a un ser querido. Pero cada noche rezábamos el rosario juntas. Ella lo rezaba y yo repetía.

Mis rutinas cambiaron luego de su enfermedad. Mi madre se iba temprano a trabajar. Gervasio me pedía que atendiera a Regina y él se abrazaba a la botella y a la pipa hasta quedarse dormido. Nada era como antes. Fue una época difícil.

Me encargué de la comida, de las compras, de terminar algunos arreglos que quedaban pendientes de entregar.

Cada vez que venía el médico, después de que se iba Gervasio se encerraba en el cuarto de costura y se quedaba ahí todo el día. Dejé de ir a la escuela; no podíamos dejar sola a Regina. Mi madre era la que pagaba los gastos de todos y tenía que trabajar.

—Vamos, Gervasio, ¿cocinamos loco?

—No, querida, no tengo hambre, cociná para vos y tu madre. Yo voy a dormir un poco de siesta.

Regina se mantenía lúcida para mí. Me apenaba. Yo quería que ella se entregara a su sueño, que no sufriera más.

Al fin me animé y le hice la pregunta que me carcomía el corazón.

—Regina, usted me enseñó a rezar, me llevó a la iglesia y yo tengo una

duda.

—¿Qué es? —bisbiseó.

—Yo quisiera saber si Dios abandona. Le recé muchas noches desde que usted se enfermó, y no sé... siento que no me escucha. Como tampoco escuchó a mi madre cuando se murió mi padre.

Me tomó ambas manos y me miró a los ojos. Sentí su mirada acariciar mi corazón.

—No, mi amor, Dios nunca nos abandona. En todo caso es el hombre el que abandona a Dios. Seguro que tu padre y yo vamos a ser tus ángeles guardianes desde el cielo.

—Pero si él no me abandonara escucharía mis plegarias y la curaría a usted.

Una lágrima rodó sobre la sufrida mejilla de la moribunda mujer.

—No, a mí me toca pasar por esto, como a tu padre morir en ese lugar. El hombre que lo mató, él, seguro abandonó a Dios. Dios está con nosotros siempre. Yo estoy feliz de ir a estar... —se le cortaba la voz.

—Entiendo, doña Regina, no se agite.

Se apresuraba por seguir hablando, pero la voz ya no le salía. Quería quedarse tranquila de que yo no dudaría de Dios.

—Descanse, doña Regina, yo entendí muy bien... Descanse...

Claro que no entendí. Ella en su lecho de muerte no dejaba de rezar. ¿Para qué si se iba a morir?

Esa noche, en mi cama, le pedí a Dios que me ayudara a creer en él.

Necesitaba creer en alguien. Mi existencia tenía que ser consecuencia de algo.

“Dios, si estás por ahí, dame una señal de que nunca me vas a abandonar”.

A la mañana siguiente Regina falleció. Gervasio puso en mis manos una cadena de oro con una cruz.

—Regina me pidió que el día que ella no estuviera la cruz colgara de tu cuello. Ella siempre va a estar contigo, querida.

Durante el velorio y luego en el entierro sostuve la cruz dorada colgando de mi cuello abrazada a mi mano; era como estar de la mano de Regina. Tal vez tenga razón. Me duele su muerte, pero el cruce de su vida con la mía me dejó el sabor dulce del amor de una abuela, una tía, una mujer a la que siempre voy a recordar. Una mujer que me quiso. Que me mostró la cara de la felicidad. Qué me instruyó sobre los quehaceres de la vida. Que me hizo sentir el calorcito de la familia.

Regresamos los tres, y en el mismo instante que cruzamos el quicio de la puerta entendimos algo: Regina era el motor de nuestro hogar. Y no iba a regresar jamás.

Y LA VIDA CONTINÚA

La muerte de Regina cambió algo en mi interior. No sé explicar qué. Sentía que las cosas no salían como yo quería. Tal vez era el escepticismo, lo estaba heredando de mi madre. No me gustaba cómo se sentía. Era un vacío punzante en el medio del pecho, que dolía, que impedía.

Los días siguientes fueron peculiares. Mi madre se iba a trabajar y yo me quedaba con Gervasio. Borracho. Hablé muchas veces con él. Le propuse que hiciéramos cosas, pero estaba muy abatido. No quería seguir viviendo sin Regina. Me daba pena Regina, muerta. Me daba pena Gervasio, que no encontraba la salida. Me daba pena mi madre que trabajaba todo el día como una burra y no estábamos casi nunca juntas. Éramos tres almas que vivíamos como podíamos. La escuela otra vez se transformó en mi lugar de tranquilidad. Cuando podía, iba.

Un día (creo que el único que estuvo sobrio desde la muerte de Regina), Gervasio le hizo firmar un papel a mi madre donde le decía que le dejaba su casa. No tenía otro familiar. Mi madre dijo que no, pero insistió. Y un mes después lo encontramos muerto en su cama.

Las pérdidas, el abandono, son como palabras que me persiguen. ¿Será así la vida? ¿A todos les pasará lo mismo? Me sentí muy sola sin Regina y Gervasio.

Mi madre tenía planes para la casa. Íbamos a alquilar habitaciones así ella no tenía que trabajar de sol a sol. Era una buena noticia. Mis abrumadores días deambulando por la casa con los fantasmas de Gervasio y Regina iban a terminar. Iba a compartir los días con mi madre, por primera vez.

Empecé a sacudir el polvo, a abrir las ventanas para que los espíritus de Gervasio y Regina se fueran en paz, juntos. Limpié el cuarto de la costura. Puse la máquina de coser en la cocina; me gustaba pedalear y ver cómo las telas unían sus partes y se transformaban en un todo. Con las telas que encontré hice repasadores, una bolsita para llevar los cuadernos, fundas para almohadones Y hasta aventuré una pollera para mí.

La casa estaba lista para ser habitada, vivida.

LA MUERTE ACECHA

Pusimos cartelitos por todos lados anunciando que teníamos dos cuartos para alquilar. Cuando llegaran los inquilinos, mi madre y yo íbamos a poder compartir tiempo juntas. Teníamos planes: ir a tal o cual lado, hacer tal o cual cosa.

Esa tardecita fuimos a escuchar a Salvadora Onrubia y a otras escritoras. Mi madre las miraba, admiraba. Sus ojos brillaban. Yo aplaudía hasta que me ardían las manos. Esas palabras de ellas eran gritos de esperanza para las mujeres de todas las edades que estábamos ahí, escuchando.

Exhaustas, regresamos caminando. Pasamos por lo de don Julio y nos sentamos a una mesita. Pedimos dos patas de pollo a la canaleta con papas fritas.

Ella tomó vino y yo granadina. Me dijo que me quería, que yo era linda. Que siguiera luchando, que la lucha era el camino. Que no había que esperar... Yo la miraba, ella era linda cuando hablaba. Salimos a la calle. La luna nos iluminaba el camino. Íbamos abrazadas. Ella era mi mundo feliz. No necesitaba nada más.

Tal vez todos los chicos sientan eso por sus madres, pienso...

Y nos dormimos las dos en la misma cama, abrazadas. Me besó mucho. Se sacó una pulsera que llevaba como trofeo en la muñeca y me la dio.

El rayo de sol me despertó. Ella estaba ahí conmigo.

—¿Mami? ¡Mami!

No reaccionaba. Era raro porque era siempre yo la que no reaccionaba y ella me vestía dormida.

—¿Qué te pasa? —pregunté y la toque.

¡Estaba fría! Me impresioné, ella siempre estaba calentita. Retiré la mano Y cerré los ojos. No quería estar ahí, no quería enterarme de lo que ya era un hecho. La miré. Pálida. Caminé hasta la puerta. No sabía qué hacer. Justo pasaba Elsa, la vecina.

—¡Doña Elsa, mi madre, venga!

Entramos y doña Elsa, atragantada con la situación, me dijo.

—Está muerta.

Esas palabras pegaron en mi corazón. A partir de ese momento sentí que todo quedó paralizado. Elsa iba y venía. Me indicaba andá a buscar tal cosa, hace tal otra. Y yo iba y venía, pero mi interior había quedado pausado.

Con los pocos pesos que teníamos le compramos un cajón y un lugar en el cementerio.

—Chica, vos encargate de vestirla antes de que llegue el cajón. No nos alcanzó para las flores. Pero bueno, después se las llevás vos al cementerio.

—Sí, doña Elsa —dije, como si estuviera observando una escena desde afuera.

Las personas ingresaban, salían, me preguntaban cosas, me pedían cosas.

Me impresionó mucho cambiarla, estaba tan fría. Era como su imagen, pero vacía. Horrible. Le puse el vestido de domingo. La peiné como tantas veces ella lo hizo conmigo. Le puse polvo en el rostro para que se viera bonita.

Cuando la pusieron adentro del cajón sentí una bola en mi pecho que no me dejaba respirar. Tuve deseos de morir con ella, de irme con ella. Me senté en una de las sillas que dispusimos en el comedor, donde hicimos el velorio. Y ahí me quedé todo el tiempo. Las personas llegaban, me saludaban, algunos lloraban, me saludaban de nuevo y se iban. Esa noche nos quedamos solas. Las dos. Hasta que el sol salió y todo empezó de nuevo. Rezamos un rosario y la llevamos al cementerio. Dejarla ahí encerrada me produjo un daño grave. No pude soportarlo, exploté, lloré, grité y me desvanecí.

—Vamos, chica, no tenemos todo el día —dijo Elsa.

Me levanté como pude del piso, me colgué de su brazo y salimos. Ya no quedaba nadie y mi madre yacía encerrada en esos muros de ladrillo para siempre. Giré la cabeza para ver el lugar y recordarlo. No tengo memoria del recorrido hasta la casa. Abrí la puerta. La cerré. Había olor a algo. Saqué las sillas que aún estaban pegadas a la pared. Fui hasta su cama, hundí la cabeza en la almohada; quería que su olor invadiese mis fosas nasales hasta impregnar todo mi interior. Ahí me quedé, me dormí, me desperté, me dormí, no sé cuánto tiempo pasó. Perdí la noción.

Algunos vecinos me trajeron comida, otros me aconsejaron. Luego cada uno siguió con su vida. Y yo, sola. Daba vueltas por la casa sin saber qué hacer.

Terminaba tirada en la cama de mi madre abrazando su aroma, rogando que no se esfumara. Descreída de todo, de todos, lloraba, enojada.

No sabía qué hora era cuando escuché los golpes en la puerta. No sé por

qué me asusté. Abracé la almohada y quedé allí. Los golpes siguieron. Me levanté y fui a ver.

—¡Hola, chica! ¡Esto es una mugre! Te traje un poco de creolina. Tenés que limpiar esto, hay un montón de gente que necesita alquilar piezas —dijo con decisión. Era Elsa.

—Pero...

—Pero nada. A todos nos pasan cosas en la vida. ¡Vamos! ¡A limpiar! Si tu madre estuviera aquí lloraría de la vergüenza.

Esas palabras cayeron sobre mi cabeza. Tenía razón.

Empecé por limpiar la casa. Hice de cuenta que ella estaba trabajando y que volvería a la tardecita. Acomodé su cuarto, su ropa. Sacudí la tierra y decidí hacer lo que ella misma estaba por hacer con la casa, alquilar los cuartos.

Cuando todo estuvo limpio, antes de caer nuevamente en la depresión, me fui a ver a mi vecina.

—Doña Elsa, ¿me ayuda a difundir que tengo los cuartos en alquiler? Acá hice unos cartelitos, ahora voy a repartirlos por el barrio.

—Sí, chica, muy bien, tu madre estaría orgullosa de vos.

Con gente en la casa uno se entretiene, pensé.

Su mirada cansina aún me pesa. Me consuela pensar que no se enteró de que murió. Lástima que nunca pudimos recuperar el cuerpo de mi padre. Fue llevado a una fosa común porque en ese momento no teníamos otra opción. Ojalá se encuentren por ahí... Y estén juntos. Así me gusta imaginarlos. Juntos, felices, sentados en unos hermosos sillones de ratán con frondosos almohadones en una galería, a la hora del crepúsculo. Tomando mate, de la mano, conversando. Y sonriendo, sobre todo sonriendo. Porque si uno sonríe está contento, ¿no?

Lamento no habértelo dicho muchas veces, pero te quiero, mamá.

LA SOLEDAD

Tenía que reconstruirme desde mis propias cenizas, surgir, volver a vivir. Había una sola persona en el mundo a la que quería volver a ver: Filomeno.

Fui a buscarlo al conventillo. Quedaban pocas personas conocidas, la mayoría de las caras eran extrañas. Lo busqué, pregunté. Lo esperé hasta la tardecita.

Llegó su padre, solo.

—¿Y Filomeno? —le pregunté sin preámbulos.

—No lo sé. Desde que vos te fuiste, un día se despidió de mí y se fue. Dijo que iba a buscar fortuna. Que cuando lo lograra volvería por mí.

—Ah, gracias don —dije y me fui.

La tristeza de la mirada de ese hombre se fue conmigo. ¿Dónde te metiste, Filomeno, no ves que te necesito...? ¿Por qué abandonaste a tu padre así?

Caminé buscándolo por la calle. Fui a la estación de trenes. Pasé por su viejo trabajo. Llegué a la casa y pasé derecho a mi cama, a llorar, llorar... Estaba completamente sola. No sabía qué hacer ni cómo seguir. No tenía ganas de seguir. No merecía quedar huérfana tan joven, tan pobre, tan sola...

Lloré hasta quedarme sin lágrimas. Hasta que el hambre y la sed se adueñaron del primer lugar en la lista de mis penurias. Caminé por la casa sin deseos de nada. Me tropecé con el montón de diarios y revistas que había estado acomodando. Los guardaba. Les pegué una patada y se desparramaron por el piso. Eran los recortes que traje de la Casa del Pueblo, los de las “Aguafuertes porteñas” de Roberto Arl y otros muchos. Entonces se me ocurrió una idea: mi bitácora de recortes. Con eso podía pasar el tiempo hasta que llegaran los inquilinos. Entretenerme. Forré unos cartones con telas que aún conservaba de Regina. Fui pegando los acontecimientos más importantes contados por todas las voces gráficas. Empecé con un fragmento del diario *La Nación* donde la sociedad benéfica ofrecía esclavos para servidumbre.

Los golpes en la puerta no solo casi me matan de un susto; me salvaron la vida.

Mis primeros inquilinos.

Era un matrimonio joven. A él le decían Polaco y ella era Rahel. Al día

siguiente, otro inquilino, Luis, un abogado del sindicato. Me dijo que algunas veces viajaba, pero igual dejaba todo pago para que le guardara el cuarto. Tuve suerte porque ellos ofrecieron pagarme el alquiler. No hubiera sabido cómo decirles que me pagaran, me parecía un papelón.

El compromiso de quedar bien con ellos me mantuvo ocupada. Que la limpieza, que la comida, que la ropa. Luis me pidió que le diera vuelta unos cuellos de sus camisas. Y enseguida me llegaron otros arreglos. Y así, sin tiempo para pensar, comencé otra vez. Abrazada a la soledad, las noches eran mi mayor dolor.

Ella no iba a volver. Tal vez si hubiera tenido hermanos ahora no estaría tan sola.

Sin darme cuenta, mis inquilinos se convirtieron en mi familia. El Polaco trabajaba día y noche. Durante el día en los ferrocarriles, durante la mayor parte de la noche, en una imprenta. Rahel obraba todo el día en la fábrica de café Águila, la de los Saint. Y Luis era abogado, un profesional. Se notaba en su ropa.

Yo le planchaba las camisas.

Por lo general compartíamos la cena. Me lucía poniendo en el centro de la mesa la bandeja repleta de puchero, otro día guiso, locro y todas las recetas que había aprendido al lado de mi querida Regina.

Nos fuimos arrimando de a poco, empezamos a contarnos nuestros males, cada uno con su historia. ¿Habría algún ser humano que no tenga una historia que le clave el puñal cada mañana cuando abre los ojos?

Rahel, Luis y yo comenzamos a compartir lecturas. El Polaco estaba siempre trabajando. Los domingos era nuestro día. Luego del almuerzo nos quedábamos toda la tarde leyendo, discutiendo la vida, la actualidad. Siempre había alguna bebida espirituosa y yo me encargaba de que nunca faltaran tortas, colaciones, pastelitos.

—Enriqueta, ya es hora de que traigas a otro autor, estamos un poco cansados de Roberto Arlt —dijo Luis.

Tuve el impulso de decirle “estás celoso”, pero no me animé. Luis era soltero, callado, prolijo. Me acostumbré a él. Pasé por todas las etapas, primero lo adopté como padre, luego creo que me enamoré. Estaba pendiente de cada cosa que hacía. Olfateaba su ropa, revisaba su cuarto. Por las noches me dormía pensándolo del otro lado de la pared. Por supuesto que todo eso ocurría en mi atormentada cabeza. A veces creo que algún día se va a borrar para mí esa línea tan finita que determina la realidad y la ilusión y voy a andar

perdida sin saber dónde termina una o empieza la otra. ¿Será eso la locura?

—Bueno, es que Arlt me identifica. Me gusta cómo arremete con la realidad.

Sus escritos son la vida misma. No como los otros que deambulan por lo que creen que puede llegar a ser...

—Así es, yo pienso como vos. Es un gran escritor —agregó Rahel.

—Bah, ustedes están gustosas de ese.

Nos largamos a reír. Era enrevesado para hablar el Polaco.

—Bueno, bueno, sigamos. Yo quiero proponer que no se repita autor. Uno cada vez. ¿Qué opinan?

Era una buena idea. La cuestión es que esa noche terminamos un poco borrachos, discutiendo la mirada filosófica de la vida de cada una de las hermanas Brontë, los ideales regados por Bakunin y Malatesta y, para el postre, Luis nos aletargó con un discurso sobre el anarquismo.

—Severino Di Giovanni, un personaje. Un luchador, ese sí es anarquista, fiel a sus ideales. Lo conocí en persona. Nunca voy a olvidar ese suceso. ¡Cuánta fuerza! ¡Cuánta energía! Severino. Me acuerdo. Fue hace algunos años. Yo estaba ahí por pura casualidad. Hacía frío. Éramos un montón. El embajador italiano, Marescotti, conde de no sé qué, ya no me acuerdo, estaba esperando, paradito en la escalinata del Teatro Colón, al presidente de la Nación, Alvear, y a su esposa y todos los ilustres de turno, un montón. A todo esto el cuento viene porque la colectividad italiana había resuelto festejar el aniversario veinticinco del advenimiento al trono de Víctor Manuel III. Obviamente le estaban chupando las medias a Mussolini. Era una gran delegación del Fascio. No vi en esa gala a ninguno de los miles de italianos que día a día, con su eterno sacrificio, ponen su hombro, su espalda, sus manos, sus piernas, sus corazones, sus espíritus, sus familias, todo, para enriquecer a los italianos que los representaban. No estaban ahí. No, no. Y yo estaba, por un error y trabajando.

Claro que no me llamaron la atención los camisas negras, qué detalle. Uno de mis compañeros quiso cruzar una valla para ver mejor, lo arrebataron cual ladrón y lo tiraron casi en la otra esquina. Las damas burguesas italianas, emperifolladas hasta los dientes. La banda, el Himno Nacional, la hipocresía...

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Oíd el ruido de rotas cadenas. Ved en trono a la noble igualdad—, ¿noble igualdad...? No estaba previsto que yo ingresara al Teatro, pero claro, por esas cosas de la vida tenía que estar ahí y

ver lo que vi.

Ingresé. Todos cantaban, todos estaban emocionados, todos estaban bien vestidos y perfumados. Italia vive una época nueva. Italia va a ser ejemplo para muchos. Mussolini es un gran maestro. El embajador canta. Las viejas ridículas lloran, y entonces los volantes inundan todo. Silencio. ¿Qué está pasando? Y escucho su voz, por primera vez: “¡Ladri! ¡Assassini! ”, y la orquesta sigue tocando. El embajador enmudece... Sigo la voz, que estaba cerca, y los veo; no eran muchos. Desparramo de personas, gritos, insultos. El dueño de la voz era rubio, de gran osamenta, y seguía gritando. Los camisas negras lo agarraron; se defendió. Lo arrastraron afuera y siguió gritando. Pasaron frente a mí. Fuertes, decididos, imponentes. Los bomberos, la policía, un evento para recordar...

Cómo lo voy a olvidar. Severino Di Giovanni. Conocía a ese hombre, sus hazañas. No sé qué pasó luego. Los camisas negras cayeron sobre mí. Me detuvieron hasta que se pudo demostrar que yo no tenía nada que ver. Pero bueno, la violencia no es el camino. La guerra no hace la paz. Lo decía mi abuela, que ella sí qué sabía lo que era la guerra...

El Polaco estaba conmocionado. Era admirador de Di Giovanni.

—El Severino ese bien que nos hace justicia. Es un poco exaltado nomás, pero nos representa, nos da esperanzas —cerró el Polaco.

—Yo me voy a dormir —dije, ya no podía mantener los ojos abiertos. Se mezclaban las doctrinas en mi mente. Me fui sin esperar respuesta y escuché de fondo las últimas afirmaciones del socialismo y el anarquismo. Eso venía para largo...

Y así retomé mis días. Mentía sobre la edad, me agregaba unos cinco o seis años. Inventaba historias familiares. Lloraba por las noches. Cada mañana cuando despertaba suspiraba. El día me esperaba, tal vez con una sonrisa, tal vez con una paliza...

LOS CUMPLEAÑOS, ¿SON FELICES?

Era mi cumpleaños, 9 de enero, y no quería recordar lo que siempre recordaba.

La muerte de mi padre, en una de las tantas semanas trágicas que ya tenía en su haber mi querido país. Quería transformarlo en un día alegre. Y era la primera vez que iba a festejar un cumpleaños desde la muerte de mi madre. Los cité a todos a la cena. Compré una pata de choncho chiquita en el mercado, que entrara en el horno de la cocina, y traje leña. La adobé con mostaza, curry y miel. La cociné horas. Estuvimos perfumados casi por una semana, pero estuvo para chuparse los dedos. Para mi sorpresa, fue una linda noche, hasta recibí regalos y todo. Los polaquitos me obsequiaron un libro, y Luis, Luis... un vestido tan hermoso. Le debe haber costado un ojo en la cara. Me lo puse ahí nomás. Claro, no delante de ellos.

Nos quedamos hasta tarde, y por supuesto terminamos conversando siempre sobre lo mismo. Pero esta vez fui yo la que empezó. Tantas veces escuché a mi madre discursar sobre lo mismo. Me tomé toda la caña que tenía en mi copita y largué. Como lo hacía ella, con el brazo en alto y el puño cerrado.

—¡1° de mayo de 1904! ¡Escuchen, eh! El general Roca, preocupado, promueve y aprueba un proyecto de ley, presentado en 1899 por el senador Miguel Cané. Así, en 1902 fue aprobada la famosa Ley de Residencia. Y es así, como nos cuenta la historia, que con esta ley pretendían sacar a los “indeseables, agitadores, anarquistas, y a todo aquel que perturbe la paz social”, decía el despreciable ministro del Interior, González. Querían sacar a los que molestaban.

A ellos. Qué paradoja. ¿Ley de Residencia? ¿Me pueden decir de dónde vinieron todos estos idiotas? ¿Me pueden decir por qué no podemos aplicarles a ellos la famosa Ley de Residencia? Déspotas, asesinos, fascistas —dije, parada en la punta de la mesa. Tenía los sucesos frescos en mi cabeza, mi bitácora era la ayuda para mi brillante memoria.

Miré a Luis, que estaba rojo como un tomate. Listo para continuar, era como rezar un rosario entre todos. Eufóricos, apasionados.

—Y cuando la FOA organizó la primera huelga general de la historia, los sindicalistas se opusieron y allí se concretó la fractura. Caminaron juntos, lo defendieron juntos y no pudieron seguir. Lástima. La FOA continúa en manos de los anarquistas, y los socialistas fundaron la UGT, Unión General...

—De Trabajadores —interrumpió Rahel.

—Igual se hizo la huelga, ¿eh? Puertos y fábricas cerraron sus puertas. El gobierno declara el estado de sitio y desata una violenta represión sobre las barriadas obreras, a las cuales siempre denominan anarquistas. Cualquiera que fuera a reclamar un derecho era un anarquista. Y los detenidos, a la cárcel.

Detenidos extranjeros, estampilla y a su casa, Ley de Residencia. Así quedaron las familias partidas al medio... Y la FOA fue la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) —aclaró—, y con el sabor amargo en la boca por nunca ser escuchados tomaron una decisión: invitar el 1° de mayo a un acto conmemorativo por el ahorcamiento de los mártires de Chicago. Una por acá y otra por allá. Apenas iniciadas las marchas que partían del local sindical comenzó la represión policial. Sí, y una bala impactó en la cabeza de Juan Ocampo, un joven de dieciocho años, marinero, que estaba junto con todos reclamando las ocho horas laborales y que eliminaran la Ley de Residencia. ¿Por qué no recordarlo cada 1° de mayo? Seguro que con el paso de los años nadie va a saber que este pobre muchacho existió. Pero no solo eso. Sus compañeros lo llevaron hasta el diario *La Protesta* para velarlo. Al otro día fueron los secuaces del gobierno, que orgullosamente se autodenominaban integrantes de la Liga Patriótica, y lo secuestraron, ¡se llevaron el cadáver del marinero! No es una novela de ficción, es nuestra querida realidad argentina. Y destruyeron el local del diario. ¿Por qué? Juan Ocampo es hoy un desaparecido. Nunca se supo dónde lo enterraron, qué hicieron con él. Nada. Y como siempre, ¿el fin justifica los medios? Que en paz descanses, Juan Ocampo, donde quiera que estés —decía iracundo, casi sin respirar para que no lo interrumpieran; quería contar todo, con los detalles.

—Brindemos por el marinero, que nunca va a tener un monumento al frente del Congreso, y que también pertenecía a este país.

—¡Brindemos! ¡Brindo por mi padre! —dije—. Luego de lo sucedido ese día, las dos centrales sindicales más importantes decretaron enseguida una huelga general pidiendo el encarcelamiento de los responsables. Hubo silencio oficial. Alfredo Palacios, mi querido y admirado Palacios, diputado socialista —dije mirando a Luis—, interpeló a González, quien contestó: “Tienen como mortaja la impunidad del silencio”. Vaya que hablaban lindo

estos cosas. Para ese entonces estaban todos enojados. Muy. Ellos podían asesinarnos y nosotros... Pero no termina ahí —continuó—. 1° de mayo de 1909. Es increíble cómo siguen repitiéndose las malas acciones. ¿Qué tendría que tener uno para pertenecer y obtener el permiso para ser patriota? Porque definitivamente ninguno de los trabajadores tenía ese permiso, del rubro que fuera. Estaba reservado para empresarios, políticos de turno y todo aquel que lo pudiera comprar con buenos pesos. Ese año, las centrales obreras, todas, unas de aquí otras de allá, se juntaron para conmemorar el Día del Trabajador —terminé, ¿en qué momento me convertí en mi madre? ¿Cuándo me interesó la política así, desafortunadamente? Sonreí. Era su espíritu en mí.

—Sí, pero por separado, los socialistas lo hicieron en Constitución —interrumpió Luis.

—Sí, ya sé. Y los de la FORA en la plaza Lorea —dijo Rahel.

—Los anarquistas —vuelve a interrumpir Luis.

—Obreros y trabajadores. Pongan el título que quieran, todos terminamos siendo esclavos de los ricos —dije—. En esta ocasión otro señor de lindas palabras y falsa moral, Ramón Falcón, lanzó los famosos cosacos contra la multitud, muchos muertos, niños, mujeres, muchos heridos y centenares de detenidos. Y que siga el baile. Y después se unen todos los sindicatos y agrupaciones en la Semana Roja. Por supuesto Simón Radowitzky se está pudriendo en la cárcel y seguro que a Roca y a Falcón el día de mañana sí los van a homenajear con grandes monumentos en las plazas y nombres en las calles. Pero no vamos a encontrar monumentos ni de mi padre, ni de mi tío Pepe ni del marinero, ni de Lencinas, ni de los niños y mujeres muertos por esos hijos de puta, porque ellos los mataron, pero nadie los puede juzgar. ¡Me enoja! —dije.

—Sí, lo de la morgue también fue fulero —agregó Luis—. Es una guerra que nunca acaba.

—El evento que sigue, otra Semana Trágica, donde mataron a mi padre. Y vos querés que sigamos esperando, que nos sigan matando —continuaba, me sentía eufórica. Bueno, estaba un poco borracha, desinhibida.

Luis me miró con ternura, lo pude sentir. Yo estaba a punto de largarme a llorar, tal vez por el alcohol, tal vez por la nostalgia. No sé.

—¡Enriqueta tiene toda la razón! ¡Nos matan! ¡Nos violan! ¡Y nos tenemos que callar! ¡Y tenemos que esperar! ¿Qué? —dijo Rahel, que escondió la cabeza entre los brazos apoyada en la mesa y comenzó a llorar.

Nos quedamos callados, y el Polaco, boquiabierto.

—Vení, Rahel, vamos a la cocina —dije, y la ayude a levantarse, estaba peor que yo de borracha. En ese momento me di cuenta de que acababa de hacer una gran confesión. Que acababa de revelar un secreto muy íntimo. La llevé a mi cuarto. La ayudé a acostarse, me senté a su lado, le tomé la mano y le dije:

“Desembuchá”.

—Mi patrón. Nunca le dije nada al Polaco. Y ahora se me escapó. Soy una estúpida. Me va a dejar.

—Nadie te va a dejar.

—¿Te acordás cuando me echaron de la fábrica? No me echaron, no quise volver. El encargado de mi línea me llamaba todos los días a su oficina, y si yo me negaba —no pudo contener el llanto—me iba a acusar de anarquista ladrona.

Yo tengo mis ideales, pero no soy ninguna ladrona. ¿Qué voy a hacer? El Polaco no se lo va a aguantar. ¡Cómo se me escapa así! ¡Estúpida que soy!

—Rahel, esas cosas nos carcomen desde adentro, nos matan. Lo bien que hiciste en decirlo. Te vamos a ayudar. No te vamos a dejar sola con el Polaco, que de paso te recuerdo que te ama.

Lloraba, yo la observaba. Hermosa. Rubia, con esos dos faroles azules volvía loco a cualquiera. ¿Eso les concedía derecho a vejarla? Los hombres, bueno, algunos, creen que tienen ese derecho sobre nosotras, de usarnos para satisfacer sus más bajos instintos. Me levanté y salí. Ahí estaban los dos. Apenas me vio el Polaco se levantó y se fue a sus aposentos.

—Déjalo, ya hablé con él. Una vuelta de rosca y va a entender que Rahel sigue siendo Rahel. Es un hombre herido... —dijo Luis.

Y bueno, así terminé mi cumpleaños, durmiendo en un colchón en el piso al lado de mi cama ocupada por Rahel. Me dolía la cabeza. Feliz cumpleaños para mí...

LA RESENTIDA

A Luis le gustaba ir a jugar al billar a los 36 Billares y escuchar a Discépolo.

Pero cuando me invitó por primera vez a pasear fuimos al Tortoni, entre todos los engrupidos. Los escritores de falsa moral, escribiendo desde la riqueza sobre la pobreza. Ah, qué resentida estaba. El resentimiento no es bueno, nunca. Pero estaba en mí. En algún descuido de mi ser, se mezcló con mi sangre y fluyó en todo mi cuerpo. Comandaba mis pensamientos. La animadversión me dominaba desde el día que tuve uso de razón y nunca pude comprender, o aceptar, que muchas cosas estaban negadas a mi vida.

—Te conseguí unos recortes para tu bitácora.

—Gracias, Luis. Y gracias por invitarme hoy, me halaga.

—Me gusta conversar con vos. Me gusta escucharte. Tendrías que venir más seguido a la sede. Sos buena con la mano arriba —sonrió.

—Tal vez...

—Llevas un don para el discurso.

—Esa era mi madre, yo soy pura memoria. Los datos se adhieren a mi cerebro y quedan allí. Siempre fue así.

—Ese es otro privilegio. Tendrías que aprovecharlo.

—Me gustaría tener un trabajo, mi sueño es ser escritora. Acompañé muchas veces a mi madre a escuchar a mujeres que realmente se comprometían por los derechos de la mujer, en sus discursos, en sus escritos. Como ellas quiero ser.

Aunque tal vez en el futuro la tengan a la Ocampo como referente. Yo sé bien que no es así. Hay muchas. Y quiero ser una de ellas. La Ocampo es una rebelde con plata. Así cualquiera —dije con animosidad.

—Escucho desesperanza en tus palabras. Creo que eres más importante de lo que tú crees. Pero, insisto, tienes que venir más seguido a la sede.

—Lo haré.

—¡Mira! Hablando de Roma, la Ocampo asoma —dijo con una sonrisa.

Charlamos. Espiamos a la Ocampo, que estaba sentada en una mesa apartada junto a otros escritores. Injusticia. Pero ellos no eran culpables por

ser quienes eran. Yo era culpable por querer ser ellos.

—Vamos, Luis —dije.

Salimos, caminamos algunos pasos y lo vimos. Venía hacia nosotros. Rojo de ira.

—¡Lo voy a matar! No puedo vivir, no la puedo mirar a los ojos sin imaginármela, ya saben, con ese degenerado —dijo el Polaco. Sus ojos irradiaban ira, dolor, angustia. Lo tomé de los hombros.

—Vamos, Polaco, una ginebra nos va a venir bien.

—Yo sé bien quién es. Y sé los días que viene acá. Voy a poner una bomba.

—Tranquilízate. Esa no es la solución —dijo Luis mientras yo imaginaba a todos esos engrupidos impostores, poetastros relamidos escribiendo pretencioso y rebuscado, volando por el aire y, me gustaba. Sonreí.

Caminamos los tres. Nos metimos en un bar cualquiera, pedimos ginebra y lo consolamos.

—Esto va a pasar. Ustedes dos van a tener una hermosa familia. No puedes dejar sola a Rahel. ¿Entiendes que la hirieron? Le hicieron daño, Polaco. Ayúdala. Acá la que importa es ella. Anda y abraza a tu mujer, hazla sentir bien, que ojalá ella pueda olvidar todo —dijo Luis.

Se quedó mudo, nos miraba con el ceño fruncido. Hizo unas muecas, se levantó y se fue, Luis detrás de él. Yo me quedé pensando en la bomba en el Tortoni...

—¡Vamos, Enriqueta! —gritó Luis.

Al Polaco le costó aceptar lo que le había pasado a su amada. Andaba refunfuñando por los rincones. Y Rahel no sabía cómo complacerlo, cómo borrar lo pasado. Como si ella hubiera sido la culpable, no la víctima. Un incordio.

Todo estaba al revés, pero nadie se daba cuenta.

Pasó un tiempo. Un día cualquiera llegaron, juntos. Me dijeron que tenían que hablar conmigo.

—Nos vamos, Enriqueta —me dijo Rahel con lágrimas en los ojos.

—Sí, nos vamos, conseguimos trabajo en la provincia.

Los miré; era una hermosa noticia, pero no pude ocultar mi tristeza. Los quería mucho.

—¡Me alegro! —dije conteniendo las lágrimas.

—Apenas nos instalemos te vamos a escribir para que nos visites. Nosotros te queremos mucho.

Rahel no podía hablar porque se le caían las lágrimas. Aunque yo la conocía, y la felicidad asomaba detrás de sus retinas. Le apenaba dejarme, pero estaban felices. Y sí que se lo merecían. Cambiar de aire los iba a ayudar a volver a empezar.

Esa noche leí mucho. La lectura me ocupaba la razón, me calmaba el corazón.

Me convertía en la mujer que no soy. Me exorcizaba el resentimiento que corría por mis venas. Me ayudaba a dormir.

Le hice caso a Luis y comencé a frecuentar la sede. Después de todo, ese lugar era representativo de lo mal que la pasábamos los pobres. Llevé los cartelitos que ofrecían la pieza en alquiler. Luis me presentó a sus amigos. Me gustaba estar ahí. Me recordaba los lugares a los que iba con mi madre. Enseguida me involucré.

DESAPARECIDO

Había perdido a dos amigos y a dos inquilinos. Quedamos Luis y yo. Me sentía angustiada, tal vez porque me hubiera gustado ser yo la que se iba al interior por una nueva vida. No es lo mismo empezar eligiendo que sobreviviendo.

Muchas personas, la mayoría de los que habían perdido sus empleos, se fueron a trabajar al norte, al sur, al centro... La crisis nos pisaba los talones, nos ponía la traba, caíamos de bruces y nadie nos ayudaba a levantarnos. Luis estaba iracundo por esos días, iba y venía a la sede. Decía que este país estaba representado por adefesios, espantajos. Que la pobreza a nadie le importaba. “Ya vas a ver, Enriqueta, esto, con los años, no lo van a poder controlar”.

—Estoy buscando trabajo —dije, y le alcancé el mate.

—¿Vas a trabajar?

—Sí, me sobra tiempo y me falta dinero.

—Bueno. Tienes muchas habilidades, algo vamos a conseguirte. Toda una escritora.

Sonreí.

Luis me abrazó como lo hacía cada día antes de irse, y me estampó su húmedo beso en la mejilla.

—Adiós, Enriqueta. ¿Por qué no vienes esta tarde? Por ahí podemos revisar qué hay para vos...

—Sí, voy.

Terminé de ventilar la casa. Si venía algún posible inquilino quería que todo estuviera en orden.

Cuando llegué a la sede algo no andaba bien. Sentí un mal presagio en el estómago. Todos corrían de un lado para el otro.

—¿Qué pasó?

—¡Es Luis, se lo llevaron unos policías!

—Pero, ¿por qué?

—Nada, no dijeron nada. Se lo llevaron y nada —dijo alguien que se sumó a la conversación.

—El abogado está yendo. Ni siquiera dijeron dónde lo trasladaban. Es raro, todo muy raro.

Quedé desorientada, aturdida.

—Nos habían informado que lo tenían en una lista, pero Luis no era anarquista ni revolucionario. Era un socialista de buena fe que quería ayudar desde su profesión —dijo alguien más.

—¿Por qué se lo habrán llevado? —preguntaba otro.

Cuando salí de la sede, me temblaban las piernas. Regresé, tal vez se había ido directamente cuando lo soltaron de la comisaría. No, no estaba. Busqué hasta debajo de la cama. Otra vez ese estado de tullimiento me abrazaba. Sola.

Deambulando como un fantasma tratando de entender. Me recosté en mi cama, me doblé como un feto, me tapé la cabeza y recé.

No pude dormir en toda la noche. Apenas amaneció me levanté. Salí a recorrer las pizarras de los diarios. ¿Por qué Luis no me comentó que estaba en una lista? Tal vez no quiso preocuparme. Tal vez... Compré los diarios más relevantes para ver si salía algo de la detención de Luis. Nada, ni una palabra.

Regresé a la sede. El doctor Peralta ya había recorrido todos los lugares posibles donde podría estar, y nada. Presentó escritos, y nada. Tocó puertas, habló con conocidos desconocidos, y nada... A Luis se lo había tragado la tierra. La impotencia de no saber dónde estaba. Si estaba vivo. Si estaba sufriendo. Si estaba en algún lugar donde podríamos encontrarlo pero no lo sabíamos... La rara desaparición de Luis me dejó muy introvertida, insegura. Lo habían detenido, pero no estaba en ninguna comisaría de la Capital.

Ya sabía yo de esos cogotudos que andaban cazando judíos, rusos. Me costó mucho creer que fuera realidad. Los limpiadores de la patria, se autodenominaban los siempre listos de la Liga Patriótica.

Otra vez la casa vacía, sola. Y no dije nada en la sede, pero tenía miedo, Luis vivía en mi casa. Llegaba y me encerraba. Salía y miraba para todas partes.

Por la mañana, por la tarde, iba a preguntar por Luis. Ninguna noticia. Los dirigentes del lugar sacaron una solicitada en los diarios *La Protesta* y *La Vanguardia*, pero no hizo eco en ningún lado. Luis no aparecía. Yo, desesperada.

Llegué a mi casa, busqué la botella de caña dulce y comencé a beber una copita, otra, otra... Empecé a sentir el alivio que produce el alcohol en la sangre.

Ese que te aleja de los problemas, que te acompaña con el sueño, que te separa de la realidad.

Al otro día el sol me pegó en la cara. Sola. Busqué más bebida. La mugre comenzó a crecer. Me gasté hasta el último centavo en caña, ginebra, vino. Salía a comprar bebida y luego me encerraba. Hoy es el último día, me decía. Pero al otro día, al abrir los ojos, al ver que todo seguía igual, que mis compañeras eran la mugre y la soledad, salía con desesperación a comprar una botella de algo, lo que fuera. Cada vez iba bajando más la calidad. Ya tomaba lo que conseguía para poder entrar en ese estado de letargo. De nada. De nebulosa. De calma.

Una noche no tenía nada para beber. Me sentía mareada, hacía días que no comía. No encontré la lámpara de aceite para prenderla, me habían cortado la luz eléctrica por falta de pago. Salí a la calle. Todo era muy borroso. Caminé un rato a ningún lado. Sentí un golpe seco. Y la nada misma. ¿Habré muerto? Ojalá...

Cuando abrí los ojos el dolor me recordó que aún seguía en este mundo.

Estaba en el hospital. Cerré los ojos de nuevo. No sabía qué decir, qué hacer...

Me recorrí el cuerpo con ambas manos para ver si tenía todas mis partes. Me dolía mucho.

Se acercó una enfermera.

—La sacaste barata esta vez. Una señorita en tu estado. Cuando se enteren tus padres.

Me quedé callada. Avergonzada.

—Tenemos que avisar a tus padres —repitió.

La miré, bruja. La odié antes de conocerla.

—Están de viaje.

—Ah, ¡pero miren a la señorita! Sus padres se van de viaje y ella se pone en ese estado...

Me quise levantar.

—Usted de acá no se mueve hasta que no vengan sus padres.

Me quede quieta, callada. La enfermera terminó de revisar no sé qué cosa y se fue. Ante la mirada absorta del resto, me levanté como pude y salí. Llegué a la puerta principal. Esa puerta que me devolvía a mis días. A la incertidumbre de no saber qué iba a ocurrir conmigo mañana. Inspiré el aire. Me lancé a la calle, dolorida y demasiado sobria para no sufrir la injusta desaparición de Luis.

¿Dónde estás, Luis...?

EL PODER MANDA

Crucé el umbral, el hedor y la soledad me abrazaron. Abrí todas las ventanas y la puerta que daba a la calle para ventilar el olor a mugre, cigarrillos y alcohol.

Limpié, un poco acá, un poco allá. El dolor me recordó que aún no estaba recuperada y me recosté. Sentí unos golpes en la puerta. Con esfuerzo fui a atender.

—Hola, chica, me asustaste, no sabíamos dónde estabas —dijo mi vecina Elsa, que apenas vio la puerta abierta se acercó.

—Mala época, doña Elsa.

—Sí, chica, para nosotros siempre es mala época. Te quería avisar que tengo gente que busca piezas...

—Me vendría muy bien, doña Elsa, para volver a empezar.

—Te los mando. Limpiá un poco el piso con vinagre para que se vayan los malos espíritus de esta casa.

Asentí con la cabeza.

Por suerte tenía vinagre. No solo pasé a los pisos, repasé todas las aberturas de las ventanas. Quería que mi suerte cambiara.

Me organicé diferente. No iba a entablar más amistad con mis inquilinos, así no sufría cuando les tocara irse.

Juré por mi madre, que en paz descansa, que no iba a volver a emborracharme. No regresé a la Casa del Pueblo. Pero sí iba a la sede todos los días. Ya le habían avisado a la familia de Luis de su desaparición. Sus padres eran de la provincia de Santa Fe, gente de campo, personas mayores. Pobrecitos.

Mis nuevos inquilinos eran tres hombres en una pieza, trabajadores del ferrocarril, y dos mujeres, hermanas, que venían del interior a trabajar como costureras. Los veía poco. Algunas veces, acostada en mi cama, pensaba en esa gente con la que compartía techo, de las cuales no sabía mucho, eran personas calladas, o tal vez cansadas. Concentrados en sus propios pensamientos. Los invité a la sede. Estaban organizando otra huelga general. Se reunían los socialistas, los anarquistas; en realidad, todos. El desempleo, la

inflación y la intolerancia ponían al obrero contra la pared. Era gracioso leer todos los diarios.

Cada uno daba la noticia para su sector. En algunos se felicitaba el progreso, en otros se reclamaba por la pobreza. Yo los recortaba todos y los pegaba en mi bitácora. Todas las realidades quedaban asentadas allí. Las distintas caras de una misma sociedad.

De Luis no se supo nada. Ante la insistencia de sus abogados, le contestaron que seguro se había ido con alguna chinita. Que investigaran bien y que dejaran de ensuciar a los policías con falsas acusaciones. Que eso no le hacía bien al país. Igual, nunca dejaron de buscarlo.

En la sede conversaba más con mis inquilinos que en casa.

Uno de los temas recurrentes sobre la mesa era justamente la desaparición de Luis. Y no era el único. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando escuché otra vez lo que contaban sobre la cacería de los anarquistas, de los judíos, de los comunistas. Las golpizas. Las desapariciones. No era lo mismo escucharlo que vivirlo. Luis no aparecía, y no aparecía. Recomendaron que tuviéramos cuidado.

No importaba tu ideología política, si estabas en esa lista podías morir.

Me volví sola. La noche estaba cerrada. Caminaba pegada a la pared, desolada. Sentí el ruido de un motor. Me escondí en un jardín y cerré los ojos como si eso me ayudara a convertirme en invisible. La oscuridad y yo. Ahí nadie podía verme. Muchas veces pasé por esa situación, donde la oscuridad se convertía en mi amiga y me protegía. Pasó el auto, salí y corrí hasta mi casa.

Llegué descompuesta. Me repuse y busqué mi bitácora, una hoja en blanco y un lápiz, y no pude parar de escribir. Me centré en el deseo de las gentes ricas. Una sociedad sin pobres. Todo indicaba que los pobres eran el problema. Deberían trabajar y no molestar. Creo que el problema deviene cuando los obreros no responden como los esclavos. Reclaman, solicitan beneficios, en vez de trabajar y nada más. Estos obreros son escandalosos, son quejosos, son conflictivos, tenemos que sacarlos, “tenemos que anular los cerebros que los que incitan”, decían. Ahora, me pregunto, ¿desaparecen los obreros y listo? No más obreros quejosos. ¿Se imaginan la sociedad sin proletariado? ¿Se imaginan a las Ocampo lavando sus calzones, trapeando el piso? ¿A Roca levantando una pared en su casa, arreglando su jardín? ¿A Lugones acarreando las reses en los frigoríficos?

¿A las señoritas bien pedaleando en la máquina de coser hasta quedar con

el pie acalambrado? ¿A los muchachos de la Liga Patriótica haciendo patria y levantando puentes, abriendo caminos, sosteniendo los martillos, parados en las líneas de las metalúrgicas...? Eso sería una sociedad sin pobres. Las gentes ricas tendrían que hacer todo el trabajo. El problema, eterno problema, es que la esclavitud ya no está permitida. La esclavitud está mal. Pero claro, ellos no quieren hacer el trabajo, pero tampoco pagar. ¿Se imaginan qué tipo de sociedad se construye bajo estos parámetros? Y lo peor es que estas gentes ricas son las que pululan en los gobiernos, en la Justicia, en todo. Hijos de los hijos. Entonces ahí es cuando descubro que el Estado gobierna para una parte de la sociedad.

Todas las políticas de Estado regulan el progreso, la riqueza. No hay políticas sociales que amparen a un padre de familia que trabaja catorce horas junto con su hijo de ocho años. No estamos hablando de vagos, de impostores, de ladrones.

Estamos hablando de trabajadores. Lograron las ocho horas después de tantas muertes. ¿Era necesario? Títeres de las guerras políticas, eso son los obreros. Y a esta masa de gente que sigue creciendo la quieren borrar del mapa. ¡Fuera inmigrantes pobres! No sé qué pensaron cuando algunos de estos fueron por el mundo dejando cartelitos: ¡Vengan, hay trabajo, hay tierra! ¿Creyeron que vendrían los condes, los duques, los nobles a lavarles los trastos? Esos cosos fueron a buscar obreros. Pero en realidad lo que querían eran esclavos. ¡Se abolió la esclavitud, señores! El Estado. ¿Por qué la población tiene que pagar los lujos de los políticos? La política debería ser una vocación, primero. No la oportunidad de enriquecimiento fácil o del ejercicio del poder impune. ¿Por qué el Estado está disponible solo para ellos? Todos acomodados, siempre. ¿Por qué la educación primero tuvo que ser privada, y hubo que pelear para que abrieran las puertas a todos? Me lastima la esperanza ver los sucesos. El obraje pelea, aves de rapiña por un pedazo de pan. Los políticos —y clases acomodadas—pelean, aves de rapiña, por un pedazo de poder. El poder es una enfermedad, la política debería ser una vocación. Perdón que sea repetitiva.

Al otro día repasé lo escrito, corregí algunas cosas y lo llevé a la sede. Fue un éxito, claro, escribí lo que todos pensaban. Creo. Lo imprimieron y lo repartieron por todos lados. Ah, si lo hubieran leído mis padres. Estarían orgullosos de mí.

Mi primer folletín. Por supuesto que lo pegué en mi bitácora.

Así retomé la escritura. De la misma forma que la lectura me consolaba,

me hacía feliz, la escritura me exorcizaba. Y la bitácora era la prueba.
La huelga general se seguía gestando...

LA AMISTAD

Conseguí trabajo en una tienda. Duré una semana. Me echaron porque invité a mis compañeros a la sede. Me dijeron que no servía para ese trabajo. No me importó. El dueño era un bigotudo de malos hábitos y pagaba muy mal.

Estudio la pobreza, la analizo, le busco la vuelta, pero cuando miro a mi alrededor siempre pasa lo mismo, la desesperanza me abraza. Creo que es un problema más profundo, un problema de la humanidad misma. Como decía Aristóteles, tal vez el crecimiento de la clase media acercaría más a la pobreza y a la riqueza. Pero no es lo que está sucediendo, al contrario. Hay una grieta, grande, entre ambos. Y si no se cura, imaginen lo que va a ser en el futuro. Yo creo que habría que cambiar algunas cosas. Por ejemplo, la Iglesia, ¿para qué necesita tanto lujo, tanto oro, si su misión es totalmente social? Me contaba Elsa que algunos curas se iban a cuidar a los ancianos ricos y moribundos. Les hacían firmar papeles para que les donaran todos sus bienes para la causa. ¿Causa? Y así se enriquecían, un día iban a ser dueños de media ciudad... Habría que volver a empezar. La Iglesia no tendría que meter sus narices en la política. Y tendría que ser un poco más humilde. ¿No les parece? Nunca vi sacerdotes pululando por los conventillos. Por otro lado, ¿por qué trabajar para el gobierno tiene tantos beneficios? Eso también habría que cambiarlo. Tendría que ser un trabajo como cualquiera. Si al final del día los que pagan esos sueldos son los contribuyentes. Todo está patas para arriba, y si sigue así se va a ir todo al carajo.

Me dolía la mano de tanto escribir. Arranqué la hoja del cuaderno y la pegué en la bitácora. Acaricié la tapa, la suavidad de la tela me trajo a mi memoria a Regina. Qué lindos momentos esos.

Fui a la sede a preguntar si sabían algo de Luis. Un tumulto de gente. Estaban tomando afiliaciones. De Luis no se sabía nada. Cuando me disponía a salir vi a una chica de mi edad rodeada de hombres y mujeres, esperando su turno. Me acerqué al mostrador y dije:

—¿Puedo ayudar?

Esas dos palabras me concedieron uno de los regalos más importantes que atesoraré toda mi vida: una amiga.

—Sí, hay mucha gente. Me llamo Lucrecia.

—Yo, Enriqueta.

—Ten la lapicera. Toma las planillas. A los desocupados los dejamos aparte.

Estuvimos trabajando hasta que no quedó nadie. Las listas de los desocupados eran mucho más grandes que las de los ocupados. Lucrecia se dio cuenta de que estaba impresionada.

—Vienen hasta acá con una esperanza. Esa lista déjala separada porque los gremialistas de las empresas siempre que saben de algo vienen. Aunque ahora está todo tan mal que acumulamos y acumulamos...

Seguimos charlando un rato mientras nos acomodábamos para irnos. Resulta que vivíamos en el mismo barrio a pocas cuadras de distancia. Ella alquilaba una pieza en una pensión. Enseguida le dije que apenas se desocupara una en mi casa le avisaba. Me emocioné con la idea de vivir juntas. Me tranquilicé un poco. No quería agobiarla. No sabía cómo manejarla. Nunca había tenido una amiga.

Bueno, Filomeno. ¿Qué será de la vida de Filomeno...?

Lucrecia tenía dos hermanas mayores, ambas casadas. Vivían en el interior.

Una en el Chaco y la otra en Córdoba. Sus padres habían muerto apenas llegaron al país. Ellas se las arreglaron solas, como tantos chicos, como yo. Cada tanto le escribían y le contaban que estaban bien. ¿Por qué no te fuiste?, pregunté. Me contó que era su deseo irse. Pero no lograba concretarlo... No la entendí, pero no insistí.

Mi vida cobró otro sentido a través de ella. Ayudar me ayudaba. Nos quedábamos hasta altas horas de la noche trabajando. Los miércoles hacíamos la olla. Cuánta gente que venía por la comida. Terminábamos con las manos quemadas, con olor a humo en todo el cuerpo, pero felices de poder ser útiles.

Una comida por semana. Para algunas personas era la única decente. El resto, mendigar.

Poco a poco ya no pude diferenciar entre los comunistas, anarquistas, sindicalistas y los que sean. Solo podía ver niños con hambre, padres desesperanzados. Poco a poco fui entendiendo las palabras de Palacios. Nadie se preocupa por las políticas sociales. Un Estado sin políticas sociales no es un Estado. Pero bueno, políticas sociales de verdad. No las payasadas que hacen en su nombre los candidatos de turno para ganar elecciones.

Y un día Lucrecia se mudó a mi casa. Yo me instalé en el cuartito y le dejé

el dormitorio que quedaba. Inseparables. Ella, por suerte, tenía trabajo. Quería hacer el secretariado para ascender a oficinista. Yo le conté que quería ser escritora, le mostré mi bitácora y mis últimos escritos.

—Quiero leer tus poemas.

Me quedé obnubilada.

—No, son muy tristes. Los rompí. Me aprendo de memoria los que me gustan, y esos sí los escribo. Me gusta Alfonsina Storni.

—Borges, Bioy Casares...

—Julieta Lanteri...

—¿Y esa quién es? ¿Escribe poemas?

—Es una mujer que conocí hace años gracias a mi madre. Siempre la recuerdo, ella se animaba a hacer todo lo que las otras mujeres querían. Era médica, igual que Alicia Moreau, la esposa de Justo.

—¿El de la Casa del Pueblo?

—Sí, ese. En realidad esas son las mujeres que me inspiran, Cecilia Grierson, ella fue en realidad la primera médica. ¿Te imaginas ser la primera médica mujer?

—¡Qué valentía!

—Elvira López, espero que todas ellas sean recordadas el día de mañana como las primeras mujeres que pusieron su alma para reclamar por todas nosotras.

—Admiro a ese tipo de mujeres. Las que se comprometieron de verdad. ¿Y hay algún hombre que te quite el sueño?

Sonreí.

—Picarona. Escucho.

—Sí, hay uno, un escritor. Lo tengo todo el día escribiéndome poemas, mandando cartas perfumadas con rosas rojas... Roberto Arlt.

—¿No me digas? ¿De verdad? Roberto Arlt, ¿el escritor?

No pude aguantar la risa. ¿Cómo iba a creerse semejante mentira...?

—Ah, mala, pensé que era cierto.

—¿Cómo un escritor de esa estirpe se va a fijar en una chirusita como yo? Es casado. Igual, yo lo amo —dije—. Te decepcioné, ¿no?

—No. ¿Por qué?

—Porque quiero ser escritora y no escribo poemas...

—No seas pava. ¿Cómo me vas a decepcionar? ¿Sabes lo que es tener una amiga tan sabionda como vos? Y encima escribe...

—Podemos leer juntas. Tengo poemas de todos, de los que me gustan y de

los que no me gustan. Mi madre siempre me decía que para poder tener una opinión de algo hay que conocer el todo.

—Hoy empezamos.

Quiero aclarar que jamás, pero jamás, ni en mis días más iracundos, incité a la violencia. En mis escritos invitaba a conocer las formas de poder crecer mediante la lectura. De fomentar la ayuda entre nosotros. Había tantos niños tirados en la calle sin tener en qué ocupar su tiempo. Con Lucrecia queríamos —tantas cosas queríamos— hacer una especie de mini Casa del Pueblo, en la sede.

Con algunas personas que enseñen a leer, a escribir.

Lucrecia me recordó lo que era tener un amigo. Desde Filomeno no había vuelto a experimentar ese sagrado sentir de no estar solo en la vida, la amistad.

EL DESPIDO

El país recorría los fracasos y los aciertos de un presidente que culminaba su segundo período tras una seguidilla de acontecimientos dolorosos, que fueron dejando huellas que estigmatizaron nuestra historia. Me pregunto, ¿una cosa constituye la otra? ¿O seguimos diciendo que vivimos en una época cargada que se desarrolla en un mundo de entreguerras, marcado por las disputas frente a la hegemonía mundial imperialista y la gran depresión del 29 producida por la quiebra de la Bolsa de Nueva York?

Las vísceras del país estaban dolientes, molestas. Tal vez producto de la ansiedad, ¿ansiedad?, el hambre empezaba a nublar la razón. ¿Qué se esperaba, qué se quería...? Mientras tanto los militares lustraban sus botas, sus armas...

Todos miraban dónde estaba el Peludo para cazarlo, encerrarlo, sacarlo de circulación. Las Fuerzas Armadas abrían los ojos lentamente, despertaban, ante el llamado del general.

La inquietud revolucionaria estaba en el aire, se podía respirar. Huelgas, represiones, más huelgas, bombas. Ataques xenofóbicos. Pero, como me decía Luis en nuestras eternas charlas, esto no empezó ahora. Esto se viene gestando y lamentablemente van legando normas de conducta, pasos a seguir, malas enseñanzas... Tal vez leer tanto no me beneficie. El conocimiento termina angustiándome... Voy a escribirlo.

Nos sentamos arriba de unos banquitos de madera en la vereda a tomar unos mates. Levanté la vista y vi cómo el sol, ajeno a la vida de los humanos, se dejaba caer sobre los techos de las casas. Tranquilo, soberbio, único.

—¿Qué piensas?

—Mañana es la huelga general. A veces pienso que las huelgas que hacemos no tienen sentido. No sirven para nada. No logramos nada...

—Pero Lucrecia, qué pesimistas estamos, ¿eh? Si te escuchara mi madre... te diría que claro que sirven. Que si hay alguien con un poco de seso por ahí se va a dar cuenta de que es una necesidad masiva, es un dolor compartido, es un grito de ayuda, que alguna vez alguien va a escuchar...

—Tengo como un mal presentimiento.

—Yo siempre tengo mal presentimiento ante estos eventos, pero es claro el porqué. Siempre nos hacen daño. Pienso en Luis, ¿qué demonios habrá pasado con él? ¿Cuándo regresará...?

—No creo que aparezca, Enriqueta. Escuché por ahí que se les va la mano cuando los torturan para que digan los nombres que ellos quieren escuchar. Y los matan. Y los desaparecen.

Esa afirmación me heló la sangre. Pensar a Luis torturado, lastimado y luego muerto. No, aún tenía esperanza de volver a verlo.

—Vos estás de malas. Mejor me voy adentro. No quiero contagiarme — dije, y me fui. No podía soportar la razonable conclusión de Lucrecia.

Al otro día la huelga general fue masiva. Fuimos todos, Lucrecia, mis inquilinos y yo. Calles y calles abarrotadas de hombres, mujeres, niños. Ríos humanos. Abrazados en un grito de esperanza, de auxilio, caminábamos expectantes, con miedo. La policía nos pisaba los talones. Con la frente alta, la panza vacía y el corazón desahuciado, marchamos, marchamos.

Era lunes, cerca de media mañana, cuando veo a Lucrecia ingresar a la casa llorando, gritando.

—¡Me despidieron! ¿Y ahora qué voy a hacer?

—¿Qué pasó?

—Me despidieron porque me sumé a la huelga. No lo puedo creer. Trabajé siempre como una burra, nunca falté, nunca hice lío por los francos no tomados...

La abracé.

De un día para el otro todo cambiaba, siempre. Cómo envidiaba a esas personas que hacían todos los días las mismas cosas, sin problemas. Aburridas de su tranquila rutina.

Lucrecia se quedó sin trabajo. Lo que hacía en la sede era gratis. Le dije que no se preocupara, que ya íbamos a conseguir empleo, que teníamos casa. Esa tarde cuando fuimos a la sede eran muchos los despedidos por adherir a la huelga. Seguíamos engrosando la lista de los desocupados, los sin sueldo, los que no sabíamos qué hacer, para dónde escapar. Nosotras estábamos solas.

Podíamos arreglarnos de alguna forma. Pero esos padres de familia que tenían que regresar a sus hogares con las manos vacías, sin comida, sin pan, sin nada, sin esperanzas, ¿qué les decían a sus mujeres, a sus hijos enflaquecidos? ¿Cómo no van a terminar tirándose del puente?

Regresamos en silencio. Cada una lidiando con sus propios fantasmas.

—Me voy a dormir, no tengo hambre...

LA VILLA DE LA MISERIA

Camino por la calle Corrientes, destruida por las obras. El progreso que avanza.

¡Qué bueno! Miro a los obreros con martillos y piquetes sudando como cerdos.

Pobrecitos. Ellos serían algo así como el costo del progreso. Ese es el trabajo que nadie quiere hacer. Sigo, tengo suerte de no estar ahí. Muchas son las veces que me pregunto ¿quién es el que cuando nacemos tiene la lista para repartir? Vos acá, él allá. Y a uno le toca pavonearse por la vida con una sonrisa y al otro sufrir. Y si me detengo aquí, me doy cuenta de que el factor determinante de la felicidad es el dinero. ¡Qué pena! ¿Es así realmente? Veamos. Yo soy pobre. Soy infeliz. ¿Qué me produce felicidad? Bueno, tener a mis padres. Si mi padre hubiese sido rico no estaría muerto. Si yo fuera rica, hoy me comería unas chuletas de vaca a la parrilla con verduras, con vino y con postre. Y luego me retiraría a mi cama con dosel para los mosquitos y las moscas que me torturan la vida. Siempre hay moscas, siempre, son eternas, las odio. Y luego me pondría un vestido de seda, esa que se desliza sobre la piel. Y una cartera con mucho dinero adentro. Y zapatos con tacos sin gastar, esos que se afirman y no andás a las patinadas por los pisos. Y sí, todo eso me haría feliz... No quiero repetir la conclusión, me duele que sea así. El dinero, ¿hace la felicidad? Y sí, bastante.

Siempre camino inmersa en mis pensamientos. Y son muchas las veces que paso de largo, o me pierdo. Como ahora. Levanto la vista y estoy justo al frente del diario *El Mundo*, de la editorial Haynes. Cantidad de revistas y folletines producía esa editorial. Y lo veo salir. El suspiro casi saca todo el aire de mi cuerpo. Lo amaba. ¿Qué amaba de él? ¿Amor? Soy una ridícula. Roberto Arlt... me lo imagino hablando alemán, me imagino que yo soy su esposa, la madre de sus hijos. Que compartimos la vida juntos. Gracias a una de sus notas en

“Aguafuertes porteñas”, publicada en el diario, conocí a Dostoievski y a otros.

Ese rostro cuadrado con ese mechón rebelde que se le despegaba de la

brillantina y caía sobre su rostro. ¿Qué me enamoraba de él? No es él. Es lo que representaba para mí. El diario, sus libros, su fortaleza, su proeza. Suspiro, y justo se da vuelta y me mira. ¡Me miró! Me ruboricé, giré y caminé; luego corrí.

Y no miré nunca más para atrás. ¿Se puede ser tan pava en la vida? Me quedé pensando que él describía la vida que yo vivía.

La urbanidad me convierte en anónima. Y observo: oficinistas, qué lindo trabajo. Estar sentada todo el día haciendo tareas administrativas. Comerciantes, empresarios. Todos se cruzan, se pierden en los bares, se saludan. Y yo quiero ser ellos. Salir de mí. Y regreso, con paso cansino... a mi vida. La que yo no elegí. Eso decía mi madre...

Los meses siguientes fueron muy difíciles. La mitad de los inquilinos no llegaban a pagar la pieza. Todo subía de precio. Y yo no tenía valor para sacarlos a la calle. Porque ahí es donde iban a parar.

Una mañana suenan golpes diferentes en la puerta. Fuertes. Me asusté.

Siempre me asustaba, era como si a cada rato estuviera esperando que algo me pasara... Fui despacio, abrí y los vi. Eran cuatro hombres. Uno, con papel, lápiz y unos lentes que parecían hechos con los vidrios de los sifones de soda.

Parpadeaba y me miraba. Otros, con uniformes de algo. No pude descifrar de qué.

—Venimos a tomar posesión de esta propiedad —dijo uno de ellos, luego de apartarme con el brazo e ingresar a la casa.

—Esta casa es mía. Y no sea guarango, no lo invité a pasar.

Pasaron.

—El asunto es que esta propiedad está a nombre del difunto Gervasio Ramón Pedro Montalván, sin herederos ni testamento —me dijo sin mirarme a la cara; seguía inspeccionando el lugar.

Salí corriendo al cuarto a buscar el papel que me había dejado mi madre. Se lo extendí.

—¿Y este papel?

—Dice que esta propiedad es de mi madre, que ya falleció, ahora mía — dije.

—Lo hicieron ustedes, acá no hay sello de ningún escribano. No se haga la viva que como usted conozco a muchas, ¿estamos?

No entendí lo que me quiso decir, pero insistí en el papel donde decía que mi madre era la dueña.

—Señorita, por cortesía le damos hasta mañana para que se vaya y desaloje. Este papel no sirve para nada —dijo, y lo rompió.

Me lancé sobre él. El otro sujeto me pegó un puñete en la cara y caí sentada.

Repitieron que regresarían y que si estaba en la casa me meterían presa.

Cuando llegó Lucrecia yo todavía lloraba. Le conté lo que había pasado.

—Son unos grandísimos hijos de puta. ¿Sabés la cantidad de casas que se roban estos así? ¿Te das cuenta de que todo esto es una grandísima porquería?

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunté.

—Primero, ver dónde podemos guardar todos estos muebles. Y luego hablar con alguien que nos ayude. Conozco un lugar...

—Sí. Y si nos vamos es con la frente en alto. Acá, los ladrones no somos nosotras —dije, por decir algo.

—Sí. Así es.

—Pero voy a perder mi casa...

—Enriqueta, esta casa ya no es tuya, y es inteligente de tu parte si nos vamos enseguida.

—¿Y qué sería ese lugar al que nos iríamos?

—A la “villa”. No me acuerdo bien el nombre, creo que “desocupación” no, creo que “esperanza”. Bueno, no me acuerdo. Pero ahí vive un amigo, el Tano.

Su esposa me contó que cuando ella quedó en estado no llegaron a pagar más el alquiler y ahí tuvieron un lugar. Voy ya mismo a buscarlo —dijo, y salió disparada sin esperar respuesta.

Enseguida le conté a Elsa, mi vecina. Increíblemente, se agarraba la cabeza. Un rosario de barbaridades salía de su boca. Le pedí que le hiciera lugar a alguno de mis inquilinos. Ella tenía su casa llena.

—¿Y ustedes? —me preguntó.

—Nosotras vamos a estar bien. Lucrecia se está encargando.

En una tarde, llorando, desarmé mi casa, mi vida. ¿Por qué Gervasio no hizo los papeles como correspondía? ¿Habría pensado que con eso era suficiente? ¿Y mi madre? Bueno, tal vez ella... pero se murió repentinamente. Repasaba, no podía aceptar lo que me estaba sucediendo. Me estaban quitando mi hogar.

La mayoría de los muebles los guardamos en un galponcito al fondo, en la sede. Otras cosas en la casa de Elsa. Y dejamos claro que si alguien necesitaba algo que lo usara. Prefería regalar a los pobres que a los ladrones.

Cuando regresó Lucrecia, habíamos terminado de acomodar todo. Hasta habíamos conseguido un carro para que nos llevara algunas pertenencias. Los inquilinos se despidieron de mí con agradecimientos.

Sentadas con las piernas colgando en el carro que llevaba nuestras pocas cosas nos íbamos, dejábamos la que era mi casa. Que ya no era mi casa. Sentía el cerebro embotado. No sabía si estaba haciendo lo correcto en abandonar mi lugar. Tal vez tendríamos que habernos quedado y luchar y esperar me nos sacaran con la policía. No, eso no. Apoyé las manos sobre la madera gastada para no caerme con el bamboleo del carro. Ya no me quedaba ni dignidad. Me sentía frustrada, deprimida, perdida. Miré a Lucrecia, y ella me devolvió una sonrisa. Así era ella...

El carrero nos dejó todo en la puerta. Ingresamos a un callejón que no me resultó para nada extraño. Es más, me remontó a mis días en el conventillo. Me tropecé con un canillita de no más de trece años. Llevaba los pantalones a media pierna, rodillas negras, gorra ancha, ladeada y mugrienta. Y abrazaba un fajo de diarios.

—¡Cuidado, signorita, mira por dónde pone la pata! —me gritó. Era hermoso.

—Regálame uno —dije.

—Ma qué regale, pague o muestre algo.

—¿Qué cosa?

—Las tetas.

—¡Pero qué botarate! ¡Fuera! —grité.

Eran piezas de chapa y piso de tierra. Y un fondo para todos.

—Pongan las piedras que trajo el Chacho arriba del techo, que si viene el viento nos quedamos destapados, ¿eh? —dijo alguien.

—Gracias —contestó Lucrecia.

Llegamos al cuarto que sería nuestro próximo hogar. Nos ayudaron a acomodarnos. Un cementerio de viejos trastos, dos colchones encimados para que entren, una lámpara a querosén y nosotras. El resto lo tuvimos que dejar en el pasillo; no cabía. Rogué que no lloviera.

Nos quedamos ahí. El humo grueso de una olla que bramaba sobre el fuego nos invitó a salir. Llegamos con nuestro plato. Hicimos la cola como todos, rostros vacíos, hambrientos, como nosotras. El guiso estaba riquísimo.

Regresamos sin palabras.

Sentadas sobre el colchón, espalda con espalda, la oscuridad nos protegía de ser vistas. Yo tenía los ojos abiertos, la penumbra me recordaba el infierno

donde vivíamos. Sucia, pegajosa, y un fuego en mi estómago que quería salir y quemar todo, incluida yo. Cerré los ojos. La ensoñación era mi salvación. Busqué en mi mente mi vida perfecta para comenzar a caminar en ella y distraerme, y tal vez darme un baño. Pero esa noche no llegaba. La realidad seguía pegándose en el rostro, en los sentidos. ¡Qué lo parió! Ya ni soñar podía. Suspiré. Y sentí la mano de Lucrecia sobre la mía, tibia, pegajosa.

—Mala noche, ¿no?

—Mala noche.

LADRONAS

Desocupadas. Fantasmas de una sociedad hipócrita. Había llovido toda la noche y el lugar estaba anegado. Descalzas, con los zapatos en la mano, salimos una detrás de la otra. Mi pie se enterraba en el fango. Las caras asomaban por las puertas invisibles, a ver quién se iba o quién llegaba. Era literalmente un chiquero de chanchos, no un asentamiento para humanos. Llegamos a la calle.

Buscamos un charco de agua para poder sacarnos el barro de los pies y ponernos los zapatos.

—Esto es una mierda —dijo Lucrecia.

—¡Vamos, te invito a comer! —dije, no sé por qué.

Me miró con extrañeza, hizo muecas y dijo “vamos”. Con barro pegado en los tobillos, nos aventuramos.

Cansadas, hambrientas, sedientas, resentidas, empezábamos el día.

Más que nunca, miraba a los ojos a las personas que se cruzaban en mi camino. Quería asegurarme de que cada alma que caminaba llevaba sobre su cabeza su propio infierno. Necesitaba saber que no era la única infeliz sobre la tierra.

—¡Un poco de barro no va a opacar mi arrabal! Que un plato de comida me han de regalar —cantaba Lucrecia. ¡Y qué mal cantaba! Pero su actitud era admirable, siempre.

—Tendrías que dedicarte a la milonga, como la Tita —dije.

Sin darnos cuenta, tatareando tangos tristes, llegamos al centro. Ese lugar era el único que nos admitía a todos. Ahí nos mezclábamos. Los ricos, los pobres, los lindos, los feos, los oficinistas, los comerciantes, los comunistas, los anarquistas, los personalistas, los antipersonalistas, los rubios, los morochos, los gauchos, los paisanos, los inmigrantes... ¿Inmigrantes? Todos fuimos un día inmigrantes. De los originarios dueños de estas tierras no dejaron ni uno.

Le hago señas a Lucrecia y nos internamos en un bar, grande, abarrotado de personas. Nos sentamos cerca de la puerta y le dije: “Pedí lo que quieras”. Me devolvió una sonrisa picarona.

—Media de muzza con fainá.

—Yo, un especial de salame, queso y café con leche.

—Y un vaso de moscato.

El mozo tomó nota de todo y al rato regresó con la bandeja llena. Comimos desafortadamente, con hambre. Hablábamos con nuestra mirada o bien con la boca llena.

—Me siento otra.

—Con esto me alcanza para ser feliz —dije.

El sándwich de salame fue una brisa fresca en mi estómago, una noche feliz, un día de sol.

Pipudas, nos mirábamos y nos reíamos. Es increíble cómo funciona el organismo, la panza llena y la sonrisa tiene vida propia.

—Ahora, despacio y con disimulo, ve hacia el baño, sal por la puerta y camina para el lado del Cabildo. Nos vemos ahí. Corre y no mires para atrás —dije sonriendo, como si conversara. Realmente esperaba que resultara bien.

Apenas se fue Lucrecia, yo esperé unos segundos y salí directamente por la puerta, había mucha gente. Caminé unos pasos como buscando algo, a alguien, y luego corrí, corrí con todas mis fuerzas, sin mirar. Doblé en la esquina y respiré.

Miré para atrás y nadie me perseguía. Fui al encuentro de Lucrecia.

—¡Estás loca! —me dijo apenas me vio llegar; la sonrisa se le descolgaba de las orejas y casi no podía respirar.

—Vamos por unos diarios y revistas. Después pasamos por la sede a dar una mano —dije.

No sabíamos bien qué hacer. No teníamos perspectivas. ¿Convertirnos en ladronas? No, no era la solución. Teníamos que encontrar trabajo. Pasamos por el kiosco, y mientras Lucrecia le daba conversación al kiosquero yo me aprovisioné de lectura para la noche.

Pasamos por los diarios a ver los carteles. Ofrecimos nuestros servicios inventados para la ocasión por todos los comercios del centro. Que soy experta en telas. Que trabajé años en el almacén de mi abuela. Que conozco todos los diarios y revistas. Que sé tratar a las personas. Que manejo la bandeja. Que... y nada. Algunos ni nos dejaban terminar de hablar.

—Nos tenemos que volver —dijo Lucrecia.

—Bueno, pasemos por algunas golosinas y vamos.

Ingresamos a algunos comercios y salimos corriendo con los bolsillos llenos.

—¡Chinitas de porquería! —nos gritaba el dueño de la panadería blandiendo el brazo.

Se nos hizo tarde y ese día no fuimos a la sede. Creo que ninguna de las dos tenía ganas de ir a contar la desdicha de nuestros días.

Con el crepúsculo, y ya sin sonrisas y sin palabras, llegamos a nuestro nuevo hogar. Días atrás estaba en mi casa, la dueña. Días adelante, ingresando a la “villa de la miseria”.

—¡Prohibida la tristeza! —dijo Lucrecia.

Sonreí. Ya era tarde, la tristeza y la angustia me tenían presa de sus redes.

Nos descalzamos, caminamos, pasamos por la casa del Tano a dejarle golosinas a su esposa. Prendimos la lámpara a querosén, y aguzando la vista leímos los diarios que nos habíamos robado. Comimos chocolates y caramelos hasta acabarlos. Yo recorté algunos artículos con la mano y los guardé en mi bitácora. No iba a escribir, no podía salir nada amoroso de mi alma en esas condiciones.

—Ah, me duele la panza con todo lo que comimos.

—No seas chancha, ve al fondo.

Me miró, enojada.

El baño era un lujo que no teníamos permitido. ¿Un lujo? Sí, había algunos fondos y servían de baño para todos. El problema era que a esa hora llegaban todos de trabajar y había que hacer cola para cagar o mear. Y si alguno estaba descompuesto, ah, arrímate nomás.

—Vamos las dos, así yo también hago pichín —dije—, y después dormimos tranquilas.

Una detrás de la otra, descalzas para no arruinar los únicos zapatos que teníamos, con papel de diario viejo para limpiarnos el culo, llegamos; por suerte no había nadie, pero el olor era insoportable. Primero yo, después ella.

—Ahora me siento mejor.

—Yo también —dije.

No tenía ganas de leer, con todo lo que habíamos comido esperaba que el sueño viniera rápido.

—Chau, Lucrecita de aromas dejar —dije.

—¡Ah, la que caga con perfume! Hasta mañana, sorete con almíbar.

—¡Ah! Lucrecia, me lo imaginé, ¡qué asco!

Lucrecia se despanzaba de la risa.

—¡Jodete! —dijo.

—Hasta mañana, amiga de mi corazón.

Cerré los ojos y viajé a mi mundo, el que todo me lo permitía. Hoy sería una escritora como Salvadora Onrubia y estaría casada con Arlt. Y viviría en una mansión. Y ahora estaba acostada en mi cama con sábanas de seda, con dosel, perfumada. Y extendiendo mi mano y ahí está él, Roberto. Acaricio su cabello y le digo, suave: “¡Hasta mañana, mi amor!”.

EL HOMBRE

El sol se filtraba entre las chapas, no más lluvia, por suerte. Quise sentarme y mi

columna sonó, y dolió.

—¡Lucrecia, vamos! Ya salió el sol.

Lucrecia se dio vuelta y me miró.

—Me duele todo, todo.

—A mí también. Tal vez sea lo que comimos y lo que corrimos.

Sentadas en el colchón en el piso, suspiramos al mismo tiempo. Estiramos nuestros brazos al techo, nos miramos, nos sonreímos. Nos dimos ánimo para enfrentar otro día.

—Tenemos vidas miserables, ¿no? —pregunté.

—No creo. Ellos tienen vidas miserables. Los chiquitos que andan sueltos por ahí. ¿Lo viste al hijo del manisero? Es chiquito, no tiene madre y anda colgado del armatoste ese por todo el centro, todo el día. Alimentado a maní. Pobrecito.

Es tan lindo...

—Sí, tienes razón. Nosotras seguro vamos a poder salir de acá, esto es temporal, ¿no? —pregunté esperando escuchar lo que quería escuchar.

—¡Claro que sí! Somos jóvenes, sabemos leer y escribir, y vos sabés inglés y todo eso. Imaginate. Seguro vamos a conseguir buenos trabajos.

Creo que Lucrecia ese día se dio cuenta de que me costaba ponerme en marcha. Que mis fantasmas me agobiaban, que no me dejaban avanzar.

—Vamos, hoy invito yo un buen desayuno. Con masitas con anís y medialunas de manteca. Después vamos a la sede.

Se me hizo agua en la boca.

—¡Vamos, qué carajo! —dije.

Salimos, tratamos de disimular el barro pero alguna cascarita marrón siempre quedaba pegada por ahí.

No nos fuimos muy lejos. Apenas vimos un bar con mucha gente ingresamos.

Desayunamos y nos retiramos como siempre. Rajando.

Llegamos a la sede. Había revuelo, corrían de acá para allá. “¿Qué pasó?”, preguntamos.

—Rechazaron el petitorio de los afiliados del ferrocarril —dijo alguien.

No entendí muy bien lo que significaba. Enseguida Lucrecia se puso a conversar con uno, con otro. Y lo vi. Le explicaba a Lucrecia lo ocurrido con los ferroviarios. No pude prestar atención a las palabras, sí a sus ojos. Me acerqué despacio. Me vio, me sonrió. Tez cobriza.

—Enriqueta, él es de los ferroviarios —dijo Lucrecia con ánimo de integrarme.

—Ah, mucho gusto.

Me lo imaginé siendo el maquinista. Y yo a su lado. Y nuestro tren con el humo gris arriba cruzando cerros, puentes. Enamorados...

—¡Despierta! —dijo Lucrecia y me pegó un codazo en las costillas.

—¡Bueno, che! —contesté, avergonzada.

—Me llamo Antón —dijo con acento.

—Yo Lucrecia, y la bella durmiente Enriqueta.

Ahora yo le pegué una patada por abajo. Me estaba haciendo pasar vergüenza.

Creo que me enamoré en ese mismo momento. Su rostro era una poesía, enérgico. Me agregué a la charla. No quería perderlo de vista. Las diferentes voces contaban que los militares estaban poniendo bombas en lugares estratégicos para que enseguida se culpara a los movimientos obreros anarquistas. Y eso les daba espacio para empezar a interceder, imponer la calma.

Pura estrategia. Teníamos que estar atentos. Y mientras en el mundo exterior la guerra silenciosa crecía, mi corazón latía al ritmo de Antón.

Enseguida nos convocaron para ayudar con los folletines. Allá fuimos las dos, pero mi corazón quedó atrapado. Antón.

El día concluyó y yo no pude conversar con Antón. Había tantos problemas que atender que no nos quedó tiempo. Y cuando llegó la hora de la retirada le pedí a Lucrecia que nos fuéramos enseguida. No quería que Antón saliera con nosotras. No podía decirle que vivíamos en la villa. No es que me diera vergüenza vivir ahí. Bueno, la verdad es que sí. Y mucha. Además, había salido una nota en un diario con foto y todo, el titular decía “La Villa de la Miseria”, nuestro dulce hogar. El artículo hacía referencia a la gran crisis que transitaba el país, que estaba llevando a las personas, familias enteras, a buscar lugares para vivir.

—El Gordo me dio unos pesos, compremos unas empanadas —dijo Lucrecia.

El Gordo siempre nos daba algo cuando ayudábamos.

—Sí.

Sentadas en el colchón en el piso, nos comimos las empanadas y Lucrecia se levantó, sacó algo de su bolso. ¡Una botella de caña dulce! Con lo que me gustaba.

—No pregunte, beba —dijo.

Luego de terminar las empanadas, seguimos con la botella.

—Brindo por la inmortalidad del cangrejo —dijo Lucrecia.

—Qué, vos ya estás borracha.

—Y ahora brindo...

—Brindo para que nosotras logremos tener nuestra propia, ¿chocolatería?, no, una ¿lechería? ¡Qué rico!, ¿te imaginas, estaríamos todo el día dale que te dale a la merengada, a la chocolatada, a la vainillada... —interrumpió Lucrecia.

—Brindo para que nuestra amistad nunca termine.

—Brindo también.

Esas palabras fueron suficientes para que el alcohol y la realidad convirtieran nuestra fiesta privada en una deprimente borrachera. Luego de varias declaraciones de amor fallidas, brindis por cualquier ocurrencia, nos quedamos dormidas.

LA CASA ROSADA

Algunos días éramos felices así nomás, porque sí. Otros días estábamos tristes y enojadas. Esos días programábamos ataques, venganzas. Yo seguía escribiendo.

Cada vez que podía me convertía en una con mi bitácora. Que no paraba de crecer.

Lucrecia consiguió un trabajo de moza en el Bajo. Yo la acompañaba y trabajaba gratis, bueno, por la comida. Eso era suficiente. Al menos volvíamos a la villa con la panza llena. Pero claro, no nos alcanzaba para irnos de ese lugar y alquilar una pieza.

Lucrecia me convenció de que yo tenía todas las aptitudes para ser oficinista.

Dejé una hoja con mi sapiencia en un montón de lugares. Pasé cada día a ver si había alguna novedad para mí. Nada. Y así se me ocurrió. Y, ¿por qué no?

No le dije nada a Lucrecia, pero me puse el vestido de domingo. Y allá fui. A la Casa Rosada. ¿Por qué será rosada la casa rosada? Leí por ahí que Sarmiento quiso unir lo que la convivencia no pudo, el blanco de los unitarios y el rojo de los federales. Bueno, ahora tienen otros nombres, pero seguimos guerreando, ¿será así? O será que eligieron un color y quedó ese...

Ingreso por aquí, por allá, invisible, estoy adentro. La inmensidad. Estoy atragantada, desconcertada. Miro alrededor, arriba. ¡Por Dios! No tenía palabras para describir lo que mis ojos veían. ¡Las escaleras! No pude dejar de comparar todo esto con “la villa de la miseria”. Sigo. Subo escaleras. Nunca en mi vida había visto tanto lujo junto. Las lámparas, no llegué a contar la cantidad de bombines, y seguro el material fue traído de Europa, como la mayoría de las cosas que hay aquí. Me sigo metiendo. Pienso en el Tano y su mujer embarazada, y veo esto. Y me da asco. Y me pregunto. Y me contesto. Cómo van a pensar en políticas sociales si estos tipos en su vida pisaron el barro descalzos o se fueron a dormir con las tripas doloridas por el hambre. Entiendo en parte por qué los anarquistas no quieren el Estado. Esto es el Estado. Ahora los pongo al lado. La villa, la Casa Rosada. Las dos realidades

de un país, ¿progresista? Esto me demuestra que este país no nos incluye, nunca. Los políticos son los hacedores de este lugar. ¿Se necesita tanto lujo para trabajar?

Cerca, muy cerca, estamos los sobrevivientes urbanizando un chiquero humano.

—Señorita, ¿qué hace aquí?

—Nada —dije. Mi intención primaria fue dejar una hoja con mis sapiencias, para trabajar ahí... Tonta, soy una tonta.

La palabra “nada” sonó como si hubiera dicho “bomba”. En cinco minutos tenía una cantidad de soldados que me llenaban de preguntas y me escoltaban hacia la puerta. No les dije nada. Solo quería que se fueran bien a la mierda.

—¡Soltame, infeliz!

—¿Cómo te metiste, ternera guacha sin raza?

—Y vos, ¿te crees que tenés pedigree, no, estúpido, te usan, vos sos de los míos, ¿no te das cuenta, babacho? Soltame que puedo caminar sola. Estúpido.

Me soltó, y me escoltó hasta la calle.

—Por esta vez —dijo.

Caminé. Me senté en un banco al frente, a mirarla. Era como si hubiera encontrado un culpable, ella, la Casa Rosada. La miré con envidia. La miré con resentimiento. La miré porque me gustaba mirarla. Con un solo cuarto de ese lugar nosotros vivíamos felices y cómodos para siempre. Pensé en los políticos.

En el emblema que era ese lugar. En el hambre de poder que irradiaba. Y nosotros allá, muriendo, en la villa de la miseria. Lo mismo me pasa con el edificio del correo, en realidad con todos los edificios estatales. No lo entiendo.

Un poco más de equidad, tal vez... Y camino de regreso aturdida por la desesperación. Si yo fuera presidente, primero limpiaría la mierda que hay en esos lugares. Con la mitad de la plata que gasta el Estado construiría viviendas para los obreros. Le daría un respiro a esa pobre gente que construye día a día el progreso de este país. Porque tanto en la Casa Rosada como en el correo y otros muchos, los ladrillos los pusieron uno a uno los obreros de turno, o se imaginan a Lugones, Roca, Uriburu, Cané, Justo, poniendo ladrillos para levantar semejantes palacios... No, claro que no, ellos solo trajeron los bocetos y arquitectos de su apropiada Europa. Y disfrutaron de la dulce vida política.

Con mi bienaventurado gusto amargo en el garguero, regresé a la villa, mi

dulce hogar, mientras mi mente seguía vagando en la Casa Rosada y toda la riqueza acumulada ahí adentro.

Esa noche, otra vez tuve ganas de retirarme de la vida cuando me estaba haciendo pichín y tenía cinco adelante mío esperando por el fondo, tiritando de frío, soportando el hedor a mierda. No pude evitar pensar en los baños de la Casa Rosada. A veces la vida es una puta ironía.

LA LIBRERÍA

Cuando le conté a Lucrecia de mi visita a la Casa Rosada, ¡ah!, cómo se enojó.

—No te das cuenta de que eso te llena de resentimiento. Y luego te convierte en algo que tú no eres. Esas cosas potencian lo malo que uno tiene adentro. ¡Te lo dije mil veces! Tenemos que mirar a nuestro alrededor para no perder la noción de quiénes somos y dónde estamos. Para saber adónde queremos ir. Y por dónde debemos ir. ¡Carajo, Enriqueta! ¡Cómo te gusta darte azotes! —me gritaba; no se había percatado de que estaba trabajando... Nos empezaron a mirar todos, de todas las mesas. Esa es la grandeza de Lucrecia, que yo no la tenía. Yo le buscaba el pelo al huevo, tal vez por eso me la pasaba penando. Ella era tan natural. Era como si no quisiera más de lo que tiene. La admiraba por eso, la quería por eso.

—Sí, soy un desastre...

—Vamos, te invito un sánguche de salame —dijo—. Don Ruperto, eso me lo anota en mi libreta.

—¡Ya, invita la casa! —gritó Ruperto.

Suspiré, y me preparé para gozar de uno de los momentos que más disfrutaba en la vida. Comer.

Caminábamos hacia la sede, entrelazadas de los brazos, muertas de frío. Yo no dije nada, pero me moría por volver a ver a Antón.

—Me dijo el Gordo que estaban buscando una que supiera escribir a máquina, yo le dije de vos, y que hasta sabés inglés. Así que ahora te va a decir bien todo.

Tendríamos que ver si alguna de las chicas tiene algo de ropa para prestarte. Por ahí te llega la suerte y pasás a ser oficinista y te dejás de joder...

Sonreí. No le dije nada. Ella también sabía escribir a máquina, pero me lo estaba dejando para mí. Esa Lucrecia. Tenía un corazón tan grande como ella misma.

La sonrisa se esfumó de mi rostro cuando ingresamos a la sede y lo vi. Era Antón, y estaba ahí, pavoneándose con un nene de no más de cinco años, su

hijo.

No pude evitar la desilusión. Apenas lo miré cuando pasamos a su lado. Lucrecia se quedó charlando con él. Cuando me di vuelta a espiarlos, tenía al crío en sus brazos. ¡Traidora!

Me quedé bufando en un rincón.

—Enriqueta, tomate unos mates —dijo alguien. Yo, pendiente del hijo de Antón. ¿Y la madre? Seguro ya iba a aparecer.

Me acerqué. No pude controlar mi actitud, mi cara de mula. Pasé por delante, lo ignoré por completo, a él y a su crío. Mala suerte la mía. La vez que veía una luz, era roja. Fui a ver si Socorro tenía algún vestido más o menos que me prestara para presentarme al trabajo.

—¿Se puede saber qué te pasa con Antón que de golpe ahora te convertiste en una araña pollito y andás viboreando para no cruzarlo?

—Ah, ¿de qué lado estás? ¿No te das cuenta de que me anda estirando el ala y es casado? ¡Yo seré ladrona, todo lo que vos quieras, pero andar con un casado, nunca!

Lucrecia comenzó a reír y yo a ponerme nerviosa. ¿Qué le pasaba a esta ahora?

—¿Antón, casado? ¿De dónde sacaste esa paparruchada?

La miré, ahora sí estaba confundida.

—Su hijo.

—Ah, pero cómo no me di cuenta. No, Bautista no es su hijo. Es su sobrino. Sus padres murieron en el tranvía que cayó al Riachuelo el mes pasado, ¿te acuerdas?

Quedé petrificada. Claro que me acuerdo, fue algo terrible. Es más, fue el 12 de julio. El día más triste para todos los obreros. Víctimas del corrupto sistema de contrataciones, de mantenimiento, de todo... Solo siete de los sesenta y tres pasajeros sobrevivieron. El tranvía venía atiborrado de obreros. No se veía nada, la garúa y la niebla no ayudaron ese día. Muertos por doquier, ahogados. Fría y triste madrugada. Y todavía se seguían pasando la pelota, que el maquinista, que el de la barrera, que esto, que lo otro, y aún no se responsabilizaba a nadie del asunto. Es más, pegué varios artículos sobre ese accidente en mi bitácora.

Caminé directo al mocoso. La nariz roja y los cachetes paspados por el frío.

Lo alcé en mis brazos. Me miraba con los ojos abiertos. Precioso. Miré a Antón y bisbiseé: “Lo siento”.

Bautista era hijo de su única hermana, que viajaba en ese tranvía hacia el trabajo con su marido. El niño había quedado a cargo de una abuela, que cuidada a todos los hijos de los obreros que se iban al amanecer y regresaban cuando el sol ya se había retirado. Pobrecito. Me recordaba un poco a mí. Me sentí aliviada. Antón me gustaba, de verdad.

—¿Qué le dijiste al niño sobre sus padres? —pregunté, y me arrepentí. Esa morbosidad que dirige la mente humana, de ir ahí, justo ahí, donde nadie quiere estar, de donde todos quieren huir—. Bueno, digo, no importa. Pregunta estúpida.

—Le dije la verdad, no creo que haya entendido mucho, pero no quise mentirle.

—Está bien, es lo que corresponde —no sabía qué decir.

—Pensaste que era mi hijo, ¿no?

Sentí cómo se me calentaban las mejillas.

—Eh, tal vez.

Sonrió con malicia. Lo hubiera matado. Me dejó expuesta.

—Ven, vamos por unos mates —dijo—. ¡Vamos, Batín!

—¿Batín?

—Así le decían sus padres.

Alrededor del calentador tomamos mate y preparamos un mate cocido para Batín.

—No te había visto nunca por acá.

—Somos muchos los que circulamos.

Era tan corto con las palabras. Yo quería que me contara todo sobre su vida.

—¿Dónde trabajas?

—En el ferrocarril.

—¿Y sos anarquista? —Tenía ese poder de preguntar pelotudeces en el momento menos oportuno.

—¿A qué se debe esa pregunta?

—Para saber nomás. Igual no importa.

—No, porque como ahora si ponés bombas sos anarquista, o comunista o judío... Las doctrinas ya no cuentan. Y deberían saber que los que ponen bombas son terroristas.

—Anarquista —afirmé. Sonreí.

—No, soy socialista. Pero tengo muchos amigos anarcos que no son ningunos tirabombas. Ellos tienen una doctrina, igual que nosotros, que los

radicales, ya sean personalistas o antipersonalistas, y que los comunistas, y la respetan. Los oligarcas ponen todo en el mismo tacho y luego prenden fuego.

—Te entiendo, comparto lo que decís.

—Ayer detuvieron a cinco trabajadores de los puentes, los llevaron, los golpearon, les quisieron sacar información sobre anarquistas. Los pobres infelices no sabían de qué les estaban hablando.

—Es todo una gran porquería —dije.

Seguimos conversando. Me enteré de que estaba solo con su sobrino. Vivían los cuatro en Temperley, pero luego del accidente se mudó con Bautista por la zona. La señora que les alquilaba le cuidaba al niño mientras él trabajaba en el ferrocarril.

Nos despedimos en la puerta. Ellos para un lado, nosotras para el otro. Yo tenía que pasar a buscar el vestido, y no quería que supiera dónde vivíamos.

Pobre, pero orgullosa.

Salí temprano porque tenía que caminar bastante hasta la dirección que me había dado el Gordo.

¿Una librería? No, no podía ser. Miré el papel, la calle, el número. Sí. Era ahí.

No quería hacerme ilusiones, pero trabajar en una librería sí que era un regalo de la vida. El aroma de los libros impregnó mis fosas nasales. ¡Qué placer! Ese trabajo tenía que ser mío, como fuera. Esas gentes tenían que saber que yo era la persona indicada para ese trabajo.

—Buenos días, soy la persona que estaban esperando.

EL JARDÍN ZOOLOGICO

No podía caminar, necesitaba correr para llegar más rápido. ¡Tenía que contarle todo a Lucrecia! Ah, ¡por fin! Estaba tan contenta. Y también quería contarle a Antón. Y a todos. Tenía trabajo, me pagaban bien y era en una librería, ¡una librería! Los dueños eran un matrimonio grande, no tenían hijos, y al empleado que tenían lo había aplastado un colectivo. Debía tener cuidado, porque el trabajo incluía salir a entregar algunos libros a clientes. Por ahí hasta me podía comprar una bicicleta. Bueno, ya estoy divagando de nuevo. Ellos habían pedido un hombre, pero llegué yo. Por supuesto que no me fui hasta que los convencí de que era bueno contratarme.

—Enseguidita ponete a buscar una pensión, que nos vamos de acá —dije luego de narrarle punto por punto todo lo sucedido con los librereros. Lucrecia se puso muy feliz por mí. Saltábamos en el lugar, juntas y tomadas de la mano.

Y así, otra vez mi vida cambiaba de rumbo. Tenía un trabajo de verdad al que adoraba y cuidaba. Era mi espacio, me sentía a salvo, cómoda. Qué cosa, ¿no?

Las clientas pedían a Baudelaire, hablaban de él en francés dentro de la librería. Leían en francés, en inglés, hasta alemán. Por supuesto que estas viejas cogotudas se encargaban de hacerme sentir el perro de la feria. Pero no me importaba. Mi felicidad era superior a su banalidad.

Apenas cobré mi primer sueldo nos fuimos de la villa. A unas cuadras de donde vivían Antón y Bautista. Él mismo nos había referido el dato de la pensión.

Repartimos todas nuestras pertenencias entre nuestros amigos de la villa y, emocionadas, nos fuimos; mi bitácora, Lucrecia y yo. Me dolió ver las miradas pendencieras de los que se quedaban. Pude sentir la bronca, el enojo. Felices por nosotras, tristes por ellos, enojados con el sistema. Podridos de ser la resaca humana. Hasta Dios los había olvidado. Me prometí volver, ayudar. Pero no lo cumplí.

Acomodamos nuestro cuarto: dos camas, una mesita al medio y un ropero viejo con espejo; la verdad, sentía que estaba en un palacio. Y, entre las dos, hasta logramos comer dos veces por día sin robar. Volvíamos a empezar. Entre

Antón y la librería, mi mundo comenzó a sonreír.

—Vamos al Jardín Zoológico —dijo Lucrecia.

—Vamos a ver los zancudos —dije, siempre me intrigaron...

—Yo quiero ver la jirafa —dijo Antón.

—Bautista, ¿dónde quieres ir? —pregunté.

—Yo quiero una manzana con azúcar —contestó.

Los tres miramos al niño. En realidad los que queríamos pasear éramos nosotros, los grandulones. Nos pusimos nuestra mejor ropa y nos fuimos a recorrer el Jardín Zoológico. Fue uno de los días más felices de mi vida. Hasta vimos un zancudo y todo. Cuando salimos compramos golosinas y caminamos, corrimos, nos reímos. Bautista en los hombros de Antón, y nosotras, una de cada lado. Terminamos el domingo los cuatro sentados en el piso, mirando el espectáculo que nos brindaba el crepúsculo bañando el río de colores. Ese río que nos trajo, que nos lleva. Testigo de largas noches solitarias, de ilusiones perdidas, de amores, de encuentros, de esperanza, de aquellos que alguna vez pisaron esta tierra por primera vez.

LA HUELGA

Antón nos dijo que tenía un amigo que podía ayudarnos a conseguir un trabajo mejor para Lucrecia. La desocupación era cada vez mayor. La inflación se comía nuestras pocas monedas. Y los políticos seguían pasando de bando como cambiando de calzones; los militares contando los minutos para comerse al Peludo. Y nosotros, muriendo de a poco; a ninguno de los dos bandos le importaba el proletariado. Solo servíamos para llenar carteles con propuestas que nunca se realizarían en las épocas de las fraudulentas campañas políticas y posteriores elecciones.

Lucio se llamaba el amigo de Antón. Y la vacante era en la fábrica de hamburguesas Swift; gracias a él, la ocupó Lucrecia. ¡La felicidad de esa mujer!

Pero me parece que más que por el trabajo era por Lucio. Los dos habían quedado medio prendados. Andaban chocándose las alas por ahí...

Con Antón era como si jugáramos a la casita. Los tres para acá, los tres para allá. Nos íbamos temprano cada uno a su trabajo. El que primero llegaba buscaba a Bautista. Pero nosotros, nada de nada. Nunca. Solo roces casuales.

Esa tardecita estaba con Bautista sentada afuera, esperándolo. El niño se había quedado dormido en mis brazos. Ingresé y lo acosté sobre su cama. Cuando me disponía a salir, Antón. No dijo nada. Rodeó mi cintura con sus brazos y posó sus labios sobre los míos. Una corriente recorrió mi cuerpo. Quietos. Eternos.

Abrió su boca y nuestras lenguas se rozaron. Mojado sentí.

—Si no te besaba iba a morir.

Sonreí y bajé la mirada. Era la primera vez que un hombre me besaba. Bueno, en la vida real, ¿no?

—Vamos —dijo, y tomó mi mano. Salimos.

—Te quiero, Enriqueta. Sos como el aire, no puedo prescindir de tu presencia.

—Yo creo que también.

—¿Creo?

Tomó mi mentón con su mano y volvió a besarme. Yo estaba aturdida,

temblaba como una hoja.

—Yo también te quiero, Antón —dije sin mirarlo a los ojos. No podía.

Me abrazó, me besó en toda la cara, en el cuello. Qué lindo se sentía. Qué lindo era Antón conmigo.

—¿Se besaron?

—Sí, te digo que somos novios.

—¿Él te lo dijo?

—No, pero nos besamos.

—No, no, no, él te tiene que preguntar si quieres ser su novia. Así es como funciona.

Estaba decepcionada. Antón no me había dicho nada de ser novios.

Con harina, un poco de azúcar, dos huevos y leche improvisé unas galletas para tomar mate el domingo. Nos tocaba franco. A todos. Esas casualidades que producen felicidad.

—Esos dos se besaron —dijo Bautista. Yo casi me atraganto con la galleta y Antón con la bombilla.

—¡Son novios! ¡Son novios!

—Bueno, sí. Enriqueta y yo somos novios.

Me senté para no caerme. La sonrisa se me estiró casi hasta las orejas.

Bautista aplaudía y Lucrecia me hacía ojitos.

—Sí —confirmé, y fui a buscar más galletas.

—Tengo que decirles algo —dijo Antón.

—¿Qué pasó? Cambiaste la cara —agregó Lucio.

—Los ataques de Severino nos pusieron a todos en la mira. Me están buscando —dijo Antón mirándome con esos faroles verdes que me traspasaban el alma y me alborotaban las vísceras.

—¿Cómo que te están buscando? —pregunté.

—Ayer agarraron al Judío, lo desfiguraron a golpes. Los de la Liga otra vez.

Me quedé helada. Otra vez el miedo. Luis. Los ataques...

—Los militares tienen a los oligarcas comiendo de sus manos, dicen que en estos días toman el poder del Estado y listo.

—Sin elecciones.

—Sí, golpe de Estado.

Lo miré asombrada.

—Lo sabía, pero pensé que no iba a pasar...

—El presidente está enfermo, viejo y abandonado por sus propios

compañeros de ruta, que ahora se subieron al tanque de guerra.

—Es un hecho, en unos días, con la primavera, van a florecer las armas en esta, la patria de ellos —dijo Lucio con tristeza.

—No vayan a la huelga mañana —imploró Lucrecia.

—¡Claro que vamos a ir! No podemos correr a escondernos —dijo Lucio—. ¿No, Antón?

—Vamos a ir todos. Tenemos que ir —agregó Antón.

—Podemos perder nuestros trabajos —dijo Lucrecia—. Ya me pasó.

—Sí, ya lo sé, pero tenemos que ir. Si no esto no va a cambiar nunca. ¿Acaso no quieren un futuro?

—Claro que queremos un futuro. Pero sin trabajo, el mes que viene no comemos —dije en defensa de Lucrecia.

Sinceramente pensé que esto no iba a suceder. Pensé que eran estrategias. ¿Un golpe al Estado? Tampoco quería que fueran a la huelga. Menos en esas condiciones.

—Sí, oligarcas, fascistas, los apoyan. Los mismos que apoyaron al presidente que ahora quieren sacar a patadas —dijo Lucio—. Dicen que es de la chusma, sucio como nosotros. ¿Será por el indulto a Simón? O bien lo están utilizando de excusa para pegarle una patada definitiva y entrar ellos.

—Seguro. Pero no se la crean, ¿eh? El Peludo bien que nos pegó en la cabeza después de que le dimos los votos para que pudiera llegar al poder. Estos van y vienen tanto que te marean. Pero siempre, siempre, son los mismos. No se dejen confundir —agregó Antón—. Los padres, los hijos, los tíos, los amigos...

Con la última galleta, sin mate y con Bautista dormido, se acordó que todos íbamos a ir a la huelga.

Había tensión en el ambiente. La idea era juntarnos en un punto determinado, como siempre. Cada gremio con sus carteles; los zapateros, los ferroviarios, los panaderos, los mozos, las costureras. Estábamos ahí, por un futuro mejor para todos. También estaban las mujeres, por la igualdad. ¡Claro que sí! La igualdad entre el hombre y la mujer. ¿Por qué tenemos que cobrar menos dinero por el mismo trabajo? ¿Por qué no tenemos derecho a opinar? ¿Por qué debemos caminar detrás del hombre? ¿Por qué debemos soportar sus agresiones?

Agregaban: ni Dios, ni Patria, ni marido. Eran bravas. Yo lo del marido tal vez lo revisaría. Digo.

Lucrecia estaba eufórica. Es que cuando estábamos todos juntos, a punto

de ponernos a caminar, pasaba eso. La energía emanaba, nos abrazaba. Nos convertíamos en una pared, en uno. Ahí aparecíamos reclamando por nuestros derechos humanos, por ser reconocidos, valorados... Nuestro derecho a la existencia. Banderas de todos los colores. ¿Reclamos? Derecho a la humanidad, señores. Vida digna. Y que la “Villa de la Miseria” como la titulaban los diarios, dejara de existir, justo cuando estaba naciendo. ¿Qué hacía falta? Políticas sociales verdaderas. Se me ocurren algunas cosas: salud, educación, vivienda.

No es una gran proeza. Es ejercer una buena administración. Es contemplar el todo, no una parte. Es gobernar para todos, ellos, nosotros.

Caminamos por la avenida. Cuando estábamos por llegar a la plaza sentimos ruidos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. En pocos minutos estaban los cosacos, caballos, motos, autos, bomberos, apuntando con esas largas armas

negras. Se me doblaban las rodillas del miedo. ¿Eso habrá sentido mi padre cuando los emboscaron? ¿Acaso había llegado la hora de mi muerte?

—¡Vamos, por acá! —gritó Antón, y corrimos todos detrás de él.

Nos gritaban, pateaban, apuntaban, disparaban balas de verdad. Corrimos mucho. A Lucrecia le pegaron un chicotazo en el hombro. A Antón una bala le impactó en el tobillo. En un momento logramos salir de la multitud. Ahora las calles estaban vacías, calladas, amenazantes. Y nosotros corríamos, los cuatro entrelazados, sin rumbo. Unos cosacos nos aparecen de frente, nos atropellan, nos golpean, veo a mis amigos caer al piso. Pensé que iba a morir ahí. Al menos no moriría sola. Otra vez el golpe, la nada.

Y desperté en el calabozo de la comisaría.

Me llevaron a otra sala a interrogarme. El babacho que estaba sentado tomando nota me preguntaba.

—¿De qué ideología es?

—Radical, antipersonalista... No, creo que personalista... Mejor comunista.

No, me gusta Trotsky, ese no jode, ¿eh? Lenin, no Stalin. ¿Sería lo mismo? ¿Usted qué opina...?

—¿Usted propaga el anarquismo por medio de conferencias o artículos?

—No, propago la oligarquía. ¿No me ve?

—¿Cree en la violencia como medio para cambiar la sociedad? —hacía caso omiso a mis respuestas y repetía como loro lo que tenía que preguntar.

—La guita cambia a la sociedad —dije, arrabalera.

En ese momento ingresó otra persona.

—A esta anarquista avivada llevála al calabozo.

Me di vuelta y lo vi. Jamás olvidaría ese rostro, frío y frívolo.

—Yo no soy anarquista —dije, y le escupí los pies.

—Ah, ¿sos de las feministas? Ya te voy a ir a visitar dentro de un rato...

En ese momento me di cuenta de que había cometido un error. Siempre hablábamos de que si nos detenían teníamos que comportarnos sumisos para que no nos agredieran. No sé qué bicho me picó que me saltó toda la ponzoña afuera.

Por suerte, antes de que viniera a visitarme Antón y algunos abogados de la sede me sacaron. Esas horas fueron interminables, cada chirrido me helaba la sangre. Sabía muy bien lo que me iba a pasar... Esta vez tuve suerte.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Antón; apenas podía caminar, estaba todo machucado.

—Bien, gracias por venir por mí.

—De nada.

Me acompañó hasta la pensión. Me sentía sucia, horrible, pero él me miraba con dulzura. Se acercó y acarició mi cabello duro y engrasado. Le saqué la mano, me dio vergüenza.

—No importa cómo esté de sedoso, tu cabello es hermoso.

Entonces me relajé.

—Enriqueta, pienso en vos cada minuto de mi vida, sucia, limpia, peinada, despeinada. Con todas tus apariencias posibles me acompañas cada día.

—Gracias.

—Ojalá pudiéramos compartir más tiempo.

—Sí, ojalá. ¿Tomamos unos mates...? —dije; estaba nerviosa, quería salir de ese tema.

La huelga había sido interrumpida, agredida. Hubo muchos heridos y muertos.

También hubo interpretaciones diferentes sobre lo sucedido ese lunes. Yo dejé crónica de todas las voces en mi bitácora. ¿Era la huelga el único medio que teníamos para reclamar? Los anarquistas insistían con la revolución, la lucha...

Pero cuántas personas más tendrían que morir... Me desvelaba pensar en cómo querían llegar a la paz a través de la guerra.

LA CGT

Los opositores querían que el presidente se fuera. Los militares querían ordenar

lo que la democracia había desordenado. Los nacionalistas de derecha no querían perder la oportunidad y apoyaban al general, la Iglesia también. Y los pobres, los obreros, los proletarios, seguían con sus carteles pidiendo clemencia. Está claro que eran dos partes opuestas, dos encastres fallados, dos líneas paralelas.

La inflación volaba. Los diarios hablaban de la crisis del norte. Yo no entiendo todavía muy bien, pero era evidente que los americanos habían arruinado un poco más de lo que ya estaba nuestra economía. La plata no alcanzaba para nada.

Cada día valía menos. La pobreza no paraba de crecer. Suena repetitivo, era repetitivo.

—¡Antón, viniste!

—Hola, Enriqueta. Pasé por unos mates. ¿Y la Lucrecia?

—Fueron al mercado a ver qué conseguían, hoy están las rebajas. ¿Te quedas a comer? ¿Y Batín?

—Sí, dos tortolitos esos. No se separan ni para ir al baño. Batín se quedó con doña Irma. Quería estar un rato solo con vos.

Sonreí. Lo invité a sentarse.

—Pero algo te pasa —dije—. Puedo verlo en tus ojos.

—Ayer incendiaron locales de los radicales y dijeron que fueron los anarquistas. Y la imprenta del Pedro, ¡la destruyeron! Esos infelices se divierten matando, incendiando nuestros negocios... Mañana vamos a ir por ellos. No nos vamos a quedar de brazos cruzados viendo cómo nos destruyen todo.

Se me paró el corazón.

—No, Antón, no vayas, al menos vos quedate. Sé que suena egoísta porque es nuestra causa, es nuestro futuro. Pero está todo muy feo. No vayas, te lo suplico. Piensa en Bautista, si te pasa algo queda solito. Por favor. Esto ya lo viví con Luis.

—¿Luis? ¿El abogado de la sede?

—Sí, él era mi inquilino. Antes de que me quitaran mi casa.

—Ah, cierto.

—Por eso, Antón, por favor. No quiero perderte.

Se levantó, se acercó y me abrazó.

—Tengo fuego en el corazón. La imprenta, todo el sacrificio que pusimos ahí, lo destrozaron en menos de cinco minutos. ¿Qué se creen? Nuestro trabajo.

Nuestras máquinas... ¿Por qué nos hacen eso? Tenemos los mismos derechos que todos. Somos seres libres. Nuestros folletines cuentan nuestra doctrina, nuestra realidad. Nosotros no destruimos sus casas, sus oficinas, sus delegaciones. Te juro que aunque no comparta la forma de concretar revoluciones de Trotsky, estos sucesos confunden mi razón.

Nos quedamos en silencio. Le alcancé el mate, nos rozamos las manos y nuestros vellos se erizaron.

—Antón, ya no quiero más violencia en mi vida. Me pasa por encima, me aplasta, me destruye. Bautista es un respiro para mí. Verlo me hace sentir que tenemos que pensar en un mundo mejor para él. Ya no quiero arriesgar nada de lo que amo.

—Enriqueta, la única esperanza que nos queda es que nos escuchen, nos atiendan. O que la derecha gobierne en forma conjunta con la izquierda, ¿te lo podés imaginar? Eso obviamente no va a suceder, nunca. No nos dejan ni pasar por el frente de la Casa Rosada, les pertenece, es de ellos. El poder es de ellos.

¿Qué hacemos, entonces?

—No te das cuenta de que no vamos a ganar nada. De que nos van a aplastar como moscas. Que ahora tienen el aval para hacer con nosotros mantequilla y tirársela a los chanchos. Reflexiona, por favor.

—No, no te equivoques. Si logramos que las leyes nos amparen es un comienzo, es un alivio para muchos hombres y mujeres. No bajes los brazos por lo que te pasó. Eres trabajadora como todos nosotros. Tu madre fue un ejemplo para muchas mujeres, tu padre un mártir de estos infelices que no saben cómo llevar adelante el progreso. Mira, justo mañana vamos a llamar a una reunión a todos los gremios de todos los partidos. Estamos muy separados. Tenemos que unirnos, es la única forma en que vamos a poder hacerle frente a este gobierno que se viene. Después hacemos una caminata, todos juntos, hasta la plaza.

Suspiré.

—Toma, está rico el mate.

—Es bueno eso de que se junten todos. ¿Sería algo así como que uno va a agrupar a todos?

—No, vamos a unir nuestras fuerzas respetando nuestras individualidades.

Nunca nos imaginamos que fuera posible. Pero como están dadas las cosas, por lo que se viene, creo que entendimos que todos queremos lo mismo. Los medios, en este caso, van a ser secundarios. Lo prioritario es el trabajador. El resto se discutirá después.

—Sí, es una buena iniciativa. La unión siempre hace la fuerza. Ojalá que de esta forma podamos ingresar y entonces sentir que nosotros también somos parte, que nosotros también somos patria. Dame el mate que no es micrófono.

No iba a poder detenerlo. Y tenía razón, no podíamos seguir soportando tanta agresión. Pero me daba tanto miedo perderlo. Estaba muy enojado y tenía miedo de que tomara alguna mala decisión... Lo de la reunión general me pareció un acto muy inteligente de todos. Al final del camino siempre estaba el proletario y sus necesidades básicas.

Mis días en la librería eran un suspiro, no así para los dueños; las ventas habían bajado mucho, comenzamos a trabajar con los usados. Cada día le buscábamos la vuelta para ver de qué forma se podía incentivar la venta de libros.

Preocupación era la palabra que circulaba en la boca de todos los comerciantes, los pequeños comerciantes. Porque, paradójicamente, estaba la otra patria que tenía mucho dinero para gastar en las grandes tiendas, en clubes, en restaurantes, en viajes, en, en y en...

Y la unión se concretó. Uno de los logros más importantes de la historia, creo.

Dejé registro en mi bitácora. Confederación General del Trabajo (CGT) era un acuerdo entre muchos. Era bueno, ahora los trabajadores de todos los rubros iban a estar unidos y protegidos por sus representantes. Ojalá sus mentes se mantengan claras y sus bolsillos sin ambiciones. Antón estaba entusiasmado, pero tenía miedo de que algunos dirigentes priorizaran los intereses de las cúpulas gremiales a los de los trabajadores en general. Yo, en cambio, tenía esperanza. Creo que la unión siempre es buena. Y todos juntos eran un topete para lo que se venía. Mientras las reuniones acercaban la confirmación de la CGT, la oposición le pedía la renuncia al presidente.

Estábamos en la sede. Ya había concluido la reunión.

—El vice se quiere quedar con el sillón —dijo Lucio, irónico.

—¡Otro babacho! El presidente enfermo y abandonado por su propia gente no es una buena foto política. Y este que se quiere quedar con el puesto. En fin. La tormenta llegó —agregó Lucrecia.

Caminábamos. Antón llevaba a Bautista en los hombros.

—Uriburu está listo. El indulto a Simón sirvió para terminar de voltear al Peludo. La unión es buena. Me gusta eso de la... ¿cómo era? Ahora sí vamos a estar representados por alguien, fuerte y grande —dije.

—CGT —dijo Lucio.

—No creo, este golpista viene de la mano de todos los de arriba, los que tienen la plata y hacen al poder. Los de la Liga Patriótica, los de la Sociedad Rural... ¿Qué te hace pensar que hay lugar para los trabajadores ahí? La promesa de acomodar, enderezar, limpiar, ¿a qué te crees que hace referencia? Para mí, lo que viene es una catástrofe, para nosotros —dijo Antón angustiado—. La CGT hubiera funcionado en otro contexto, no en un gobierno de facto.

—Opino como mi amigo. Se vienen vientos fuertes, y ojalá pudiera irme, no estar aquí...

Lucrecia le clavó la mirada.

—Con usted mi pimpollo en flor. ¡Ay! No pellizques.

—¡Bueno, paren! Llega la primavera. Tenemos trabajo. Está bien, no estamos como quisiéramos, pero es algo. ¿No? —dije—. Y lo de la CGT tal vez no sea el momento apropiado, pero es un buen intento. Y quién dice, tal vez todos juntos logren doblegar al dictador.

—Sí, ojalá. Igual, dudo de que el chanchito chifle. ¿Por qué no vamos a comer una pizza por ahí y seguimos charlando?

Septiembre es uno de los meses más lindos del año. Todo florece, se perfuma.

Los poetas, los cancioneros, menos el presidente que caía enfermo. A continuación renunciaba el ministro de Guerra. El nacionalismo de derecha se imponía, con el aval de la oligarquía, de la Iglesia católica y de la Justicia...

Todos creían que el general, con su golpe al Estado, iba a poner orden. Como cuando retas a un niño porque se portó mal. Todos festejaban, felices, esperaban la nueva etapa que estaba a punto de comenzar. Con desesperación ese día leía todos los diarios, quería saber qué iba a pasar minuto a minuto. Iban a ser el poder. Ellos, los golpistas. ¡Dios nos salve! No me alcanzaban las manos para recortar los diarios, los titulares discrepantes, las noticias increíbles.

Si las cosas empeoraban, los pobres perdíamos, como siempre. Me imaginé mi vida junto a Antón y Bautista, y tal vez que nosotros pudiéramos tener algunos hijos más. Me gustaría tener hijos. Pero, claro, cómo íbamos a mantenerlos si justo ahora estaba esperando a Lucrecia para ver qué traía para comer, la plata no alcanzaba... Tener una casa ya ni siquiera era un sueño posible.

Quiero imaginar un futuro, pero no el de mis ensoñaciones, uno que sea real.

Aunque no lo veo, no lo presiento. Entonces caigo en mi propia trampa otra vez.

El momento feliz, donde cierro los ojos y sí, ahora soy la esposa de Arlt, y juntos criamos a nuestros hijos. Y tenemos un auto. Y hago las compras sin restricciones... Y luego despierto, y me veo, y lo veo, y me dan ganas de llorar.

Me dan ganas de no ser yo. Y pienso en Antón, en mis amigos, en Bautista...

Ah, tal vez si no fuera tan pensadora... Tal vez si no me preocupara tanto por el futuro...

EL GOLPE

Era sábado. Todos sabíamos lo que iba a pasar, pero nadie hablaba del asunto.

No sabíamos cómo. Suponíamos que ese sábado iba a quedar registrado en la historia de la nación. Era nuestra tierra también. Como lo fue de los pueblos originarios, a los que Roca, el padre del hoy mano derecha del golpista, se encargó de exterminar. Pero claro, cómo no me di cuenta antes, si venimos creciendo con el concepto de que el poder económico es el “dueño” del país.

Roca lo dejó bien claro con los pueblos originarios, ¿no? Les quitó sus tierras y luego las repartió entre sus amigos. Y a ellos, los indios, los regaló como servidumbre. Dos partidos políticos, el PAN y los radicales. Que si vemos finito, son los mismos nombres y apellidos que van cambiando de roles, de colores.

¿Qué futuro adelanta eso...? Ahora está su hijo, y así...

—Lucrecia, el mate. ¿Qué piensas de todo esto? ¿Se arreglará alguna vez...?

Lucrecia me mira, sonrío.

—Mmm, ¿qué cosa quiere arreglar esa cabecita inquieta?

—La política, hoy. ¿Qué opinas?

—Te gusta la política. Estás todo el día leyendo, buscando... ¿Por qué no te dedicas a eso?

—Ni chiflada, primero, no me gusta, me intriga. Segundo, no podría jamás llegar ahí, es un círculo cerrado que solo manejan ellos. Y tercero, no quiero convertirme en corrupta.

—¿Quiénes ellos?

—La Justicia, la Iglesia, la oligarquía y todos sus parientes. ¿Sabes lo que le costó a Palacios ingresar...?

—No sé, Enriqueta, no pienso en eso porque me deprime. Miro para adelante.

Hoy tengo un trabajo... Lucio también.

—Sí que trabajamos, y que ganamos para sobrevivir, no para vivir.

—Sí, pero hoy tener un trabajo, y bueno como el nuestro, es un lujo. Es un

principio, Enriqueta.

No quise seguir metiendo la cuchara, ella era feliz así. Tal vez yo soy una inconformista. Pero si lo pienso un poco, no es que no acepto lo que me toca, es que miro al costado y la injusticia me cae sobre la cabeza. Lucrecia y Lucio seguramente no van a llegar ni siquiera a ser clase media, o sea, familia con casa.

¿Por qué el mundo está tan dividido en dos? ¿Por qué no se piensa en unidad? La patria es unidad, es igualdad, no es de unos pocos que se la apropiaron. O, como dice la ridícula de la Ocampo, que “ellos, en este país parecen exiliados europeos”. Ya quisiera yo verla en la línea de las fábricas, metiendo las manos en la carne, parada durante horas sin poder tomar ni un vaso de agua... ya quisiera verla... Es fácil ser ella. Es difícil ser yo. ¡Qué los parió! Ya estoy enojada de nuevo. Pobres los próceres que un día dejaron la vida por hacernos un país libre, digno. Lo dejaron escrito en letras de canciones patrias, en documentos que hoy velan por la igualdad que no tenemos...

—Serenate un poco —dijo Lucrecia, creo que podía leer mis pensamientos.

—Sí, tal vez. Me oprime el corazón saber que nunca vamos a poder salir de la pobreza. Pero tenemos que hacerlo antes de formar una familia. Imaginate que las dos pudiéramos pasar a ser de la clase media. Viste que hay como una moda ahora. Los del medio. Bueno, tal vez... la grieta no sea tan grande. La clase media sería como un puente entre las dos... Estoy hablando muchas pavadas, mejor me callo.

—Sí, doña filosofía. Dame mate. Te ponés a filosofar y dejás de cebar. Con rima y todo...

En eso, y sin golpear, ingresó el hijo de la Pancha. Tendría unos diez años, era canillita, y cuando no estaba repartiendo diarios era el vocero del barrio.

—¡Vamos! ¡Vamos! Que están tirando papelitos desde el cielo.

Salimos corriendo. Tal cual, llovían panfletos desde el cielo. Tomamos uno Y leímos. Era la proclama revolucionaria sobre la Capital. Era el día. Todos corrían. Nosotras también empezamos a correr detrás de todos, por inercia. La fiesta había empezado. ¿La fiesta?

Leí por ahí que el dictador, viejo correligionario del presidente depuesto, se había ido hacía un tiempo importante al retiro. Pero no justamente a descansar, sino a conspirar en contra de la democracia, acompañado por los nacionalistas católicos, empresarios, jueces, obispos, curas... Largas cenas en

el Círculo de Armas, clubes y algunas mansiones fueron alimentando a los leones que hoy tomaban sus presas. Lejos de una conciliación, lejos de generar políticas en forma conjunta para apoyar el progreso. Lejos, lejos de todo eso. Acá había un hombre con hambre de poder dispuesto a todo para lograrlo. Pero no tuvo que hacer mucho esfuerzo; sus gacelas, futuras víctimas, le facilitaron el camino. Me cuesta, me cuesta tanto creer lo que está pasando. Ya no pienso en si soy anarquista, si soy socialista, si soy comunista, si soy imperialista, si soy radical.

Soy un ser humano que quiere vivir bien. Libre de estos infelices, hipócritas, hombres de falsa moral. Hombres enfermos de poder. Y miro. Y lo veo con mis propios ojos. El circo avanza. Al llegar al centro se hace una sola columna.

Desde las aceras, las ventanas, balcones, tiran flores, aplauden. Y allá viene el golpista, el dictador, Uriburu, en un automóvil abierto, de pie, rodeado de sus súbditos. Más autos, jóvenes con fusiles, ¿armas para qué?, van hacia la Casa Rosada. Debería ser el lugar donde los candidatos elegidos por todo el pueblo de una nación gobiernan. ¡Qué paradoja! ¡Qué ironía! ¡Qué mierda!

El arzobispo de la capital bendiciendo al nuevo régimen. Otra vez la Iglesia católica, ¿por qué no se deja de joder y se ocupa de lo que tanto profesa, la pobreza...? La Iglesia católica, otra hipocresía. Pobre mi Dios, las cosas que hacen estos zanguangos en su nombre...

Estuvimos ahí, los cuatro, mezclados con las “chicas bien” que saludaban a los cadetes; imagino que no tenían idea de las consecuencias de los actos que estaban llevando adelante. La oligarquía se adueñó de la intelectualidad. Pero ojo, señores, que la ignorancia los puso de frente al dictador, y no pudieron verlo.

Quedarán para la historia los nombres y apellidos de los golpistas, porque no solo es el dictador. Muchos jóvenes de las supuestas familias distinguidas, influenciados por las ideas fascistas, con la panza llena y el cerebro vacío, se embarcaban en la aventura de creer que podían ser los héroes de la patria. No saben nada del presidente, pero lo odian, un odio clasista. Un odio que ni siquiera entienden. Ni se lo cuestionan. Exaltados, así están. Y sus padres, felices porque al fin ven que sus hijos han abandonado la vida de cabarets y copetines para hacerse revolucionarios. Porque creen que la patria está en peligro. Porque eso es lo que escriben los diarios. Y las estúpidas de las hermanas, amigas, los animan. Y estos se convierten en verdaderos pavos

reales, armados, peligrosos.

Los radicales que no acordaron con el dictador están atrincherados. Y los jóvenes patrióticos están tan eufóricos que incendian el comité radical. ¿Por qué?

Destruyen, rompen vidrios, queman documentos sin saber de qué se trata. El busto de Yrigoyen, realizado en quebracho, es atado con sogas y arrastrado por las calles. Esos son los “niños bien”, yo diría “esos niños están mal”.

Nosotros, los pobres, estamos expectantes de esta revolución de clases que se gestó entre ellos. Algunos tienen esperanzas... Yo no. Ya no. Pero no digo nada.

No quiero velar la poca esperanza que ronda por ahí...

Llegan, cantan el Himno Nacional... Y sí. Hoy, 6 de septiembre de 1930, los que se dicen dueños de esta patria acaban de entregarla a un dictador.

¡Que Dios y la patria se lo demanden! Hoy las estrofas del Himno Nacional perdieron su autenticidad, su nobleza... Tengo ganas de llorar...

SEGUNDA PARTE

HE VISTO MORIR...

“Aguafuertes porteñas”

Roberto Arlt

Diario *El Mundo*

Las 5 menos 3 minutos. Rostros afanosos tras de las rejas. Cinco menos 2.

Rechina el cerrojo y la puerta de hierro se abre. Hombres que se precipitan como si corrieran a tomar el tranvía. Sombras que dan grandes saltos por los corredores iluminados. Ruidos de culatas. Más sombras que galopan. Todos vamos en busca de Severino Di Giovanni para verlo morir.

La letanía

Espacio de cielo azul. Adoquinado rústico. Prado verde. Una como silla de comedor en medio del prado. Tropa. Máuseres. Lámparas cuya luz castiga la obscuridad. Un rectángulo. Parece un ring. El ring de la muerte. Un oficial. “... de acuerdo a las disposiciones... por violación del bando... ley número...” El oficial bajo la pantalla enlozada. Frente a él, una cabeza. Un rostro que parece embadurnado en aceite rojo. Unos ojos terribles y fijos, barnizados de fiebre.

Negro círculo de cabezas. Es Severino Di Giovanni. Mandíbula prominente.

Frente huida hacia las sienes como la de las panteras. Labios finos y extraordinariamente rojos. Frente roja. Mejillas rojas. Ojos renegridos por el efecto de luz. Grueso cuello desnudo. Pecho ribeteado por las solapas azules de la blusa. Los labios parecen llagas pulimentadas. Se entreatren lentamente y la lengua, más roja que un pimiento, lame los labios, los humedece. Ese cuerpo arde en temperatura. Paladea la muerte. “...artículo número... ley de estado de sitio... superior tribunal... visto... pásese al superior tribunal... de guerra, tropa y suboficiales...” Di Giovanni mira el

rostro del oficial. Proyecta sobre ese rostro la fuerza tremenda de su mirada y de la voluntad que lo mantiene sereno.

“...estamos probando... apercíbase al teniente... Rizzo Patrón, vocales... tenientes coroneles... bando... dése copia... fija número...”

Di Giovanni se humedece los labios con la lengua. Escucha con atención, parece que analizara las cláusulas de un contrato cuyas estipulaciones son importantísimas. Mueve la cabeza con asentimiento, frente a la propiedad de los términos con que está redactada la sentencia. “...Dése vista al ministro de Guerra... sea fusilado... firmado, secretario...”

Habla el reo.

—Quisiera pedirle perdón al teniente defensor...

Una voz:

—No puede hablar. Llévelo.

El condenado camina como un pato. Los pies aherrojados con una barra de hierro a las esposas que amarran las manos. Atraviesa la franja de adoquinado rústico. Algunos espectadores se ríen. ¿Zoncera? ¿Nerviosidad? ¡Quién sabe!

El reo se sienta reposadamente en el banquillo. Apoya la espalda y saca pecho. Mira arriba. Luego se inclina y parece, con las manos abandonadas entre las rodillas abiertas, un hombre que cuida el fuego mientras se calienta agua para tomar el mate.

Permanece así cuatro segundos. Un suboficial le cruza una soga al pecho, para que cuando los proyectiles lo maten no ruede por tierra. Di Giovanni gira la cabeza de derecha a izquierda y se deja amarrar.

Ha formado el blanco pelotón de fusilero. El suboficial quiere vendar al condenado. Este grita:

—Venda no.

Mira tiesamente a los ejecutores. Emanada voluntad. Si sufre o no, es un secreto. Pero permanece así, tieso, orgulloso.

Surge una dificultad. El temor al rebote de las balas hace que se ordene a la tropa, perpendicular al pelotón fusilero, retirarse unos pasos.

Di Giovanni permanece recto, apoyada la espalda en el respaldar. Sobre su cabeza, en una franja de muralla gris, se mueven piernas de soldados. Saca pecho. ¿Será para recibir las balas?

—Pelotón, firme. Apunten.

La voz del reo estalla metálica, vibrante:

—*¡Viva la anarquía!*

—*¡Fuego!*

Resplandor subitáneo. Un cuerpo recio se ha convertido en una doblada lámina de papel. Las balas rompen la soga. El cuerpo cae de cabeza y queda en el pasto verde con las manos tocando las rodillas.

Fogonazo del tiro de gracia.

Las balas han escrito la última palabra en el cuerpo del reo. El rostro permanece sereno. Pálido. Los ojos entreabiertos. Un herrero a los pies del cadáver. Quita los remaches del grillete y de la barra de hierro. Un médico lo observa. Certifica que el condenado ha muerto. Un señor, que ha venido de frac y zapatos de baile, se retira con la galera en la coronilla. Parece que saliera del cabaret. Otro dice una mala palabra.

Veo cuatro muchachos pálidos como muertos y desfigurados que se muerden los labios; son: Gauna, de La Razón , Álvarez de Última hora , Enrique González Tuñón, de Crítica , y Gómez, de El Mundo . Yo estoy como borracho. Pienso en los que se reían. Pienso que a la entrada de la penitenciaría debería ponerse un cartel que rezara:

—*Está prohibido reírse.*

—*Está prohibido concurrir con zapatos de baile.*

LA DESILUSIÓN

Las organizaciones sindicales, sociales, gremiales, lucharon mucho por ordenarse, organizarse, y lo lograron, al menos la mayoría. Los obreros tenían ahora representantes que gestionaban sus derechos. El mismo mes que el poder es asaltado por el dictador logran la tan esperada unión. Nace la Confederación General del Trabajo. En sus plenarios siempre flameaba la bandera argentina junto a la roja de los socialistas y a la negra de los anarquistas. Ahora, con el fascismo en el poder, solo permitirán la bandera nacional.

El movimiento obrero creyó inocentemente que podría llegar al poder. Hacer un acuerdo con el dictador. Claro que no... El dictador les pidió calma, no más huelgas, tranquilidad, silencio, compostura... Ellos se iban a encargar de acomodar la situación de los proletarios.

Antón fue el primero en prevenir que las cosas no estaban bien. Yo estaba ahí, algunos pocos los apoyaron, el resto no. Estaban exultantes. Se creyeron el cuentito igual que todos. “Ahora vamos a ordenar la patria, vamos a solucionar los problemas que el gobierno no supo, vamos, vamos...” Y estos crédulos...

Bueno, tal vez necesitaban creer en algo para seguir, ver algún horizonte. Si no todo acababa ahí, o aquí. Antón bufaba por los pasillos. Impotencia, enojo. La pobreza le dolía, como a mí, en carne propia. Y sabía que todo lo que estaba pasando era una gran paparruchada.

—¿Te das cuenta, Enriqueta? ¡Estos papagayos van directo a morir! ¡Nos van a comer vivos! Todo lo que logramos, la unión, se va todo al carajo — repetía luego de la ardua discusión con todos los afectados. La flamante CGT estaba haciendo un pacto con el dictador. Y la estaban mandando a dormir.

Literalmente.

—¡Vamos, Antón! Vamos a Uruguay... Empecemos una vida nueva los tres.

—¡No puedo irme! No puedo hacer la vista gorda a semejante bobada — me dijo, suspiró y aspiró una bocanada de cigarrillo—. No puedo irme, viste la cantidad de personas que dependen de esto. Todo lo que trabajamos. Tengo que seguir luchando, lograr que la CGT no muera antes de nacer. Qué fácil de

engatusar que somos.

—Pero no, a vos nadie te engatusó. Siempre dijiste que esto podría pasar. Y no te creyeron. Confiaron en las personas equivocadas.

—Por eso, por toda la gente que está detrás de estos pocos malversadores, no me puedo ir. No quiero irme...

Lo abracé, claro que lo comprendía. Pero me preocupaba. Los que arreglaron con el dictador empezaron a tildarlo de anarquista revolucionario. Eso le dolió más, que sus propios compañeros le dieran la espalda, sabiendo que él siempre defendió todas las doctrinas y que siempre fue socialista pacífico.

—¡Esto está empezando mal, Enriqueta! Nuestro gremio es el más importante, hemos logrado muchas cosas, ¡pero ahora se va todo al carajo! No pueden creerle a ese hijo de puta, no puede ser. ¿Que los van a escuchar? El acuerdo lo hicieron dos o tres acomodados con ese hijo de puta, que encima les va a dar la espalda a ellos también. Ya vas a ver, el tiempo me va a dar la razón.

Caminamos en silencio. Nunca lo había visto tan abatido. Desesperanzado.

Nuestras esperanzas siempre estaban en manos de cualquiera. Tristeza. Mucha tristeza...

La Confederación General de Trabajo, el logro más grande del pueblo trabajador, nació con el golpe de Estado. Y murió en un cajón, un rato después.

Espero que en los libros de historia, o en algún lugar, quede registro de la sarta de sandeces que dijo el dictador cuando asumió su cargo, embutido en frases que, si uno prestara atención, lo decían todo: “Ajeno en absoluto a todo sentimiento de encono o de venganza, tratará el gobierno provisorio de respetar todas las libertades, pero reprimirá sin contemplación cualquier intento que tenga por fin estimular, insinuar o incitar a la regresión. La medida de la libertad queda, pues, librada al espíritu patriótico de los ciudadanos y al buen sentido de los habitantes del país”.

Antón no dejó de lidiar con todos y cada uno. Repudiaba la posición de los líderes de la recién creada Confederación General del Trabajo. Les había costado lograr la unidad y ahora resulta que el consejo era apoyar al dictador, confiar en el nuevo gobierno. Desaconsejaron las huelgas. Hasta el periódico *La Protesta* les dijo en otras palabras que no fueran giles, que abrieran los ojos, que estos no estaban del lado de los pobres. Pero no. Todos seguían caminando hacia el abismo, que los esperaba, hambriento de ellos.

Uno de los tantos acompañantes de Uriburu era el escritor Leopoldo

Lugones.

El mismo que pidió clemencia por su depravado hijo al ex presidente cuando lo acusaron de violar a menores en un orfanato que él mismo presidía. Y el Peludo se la dio. Y ahora, el dictador lo ponía al frente de la Penitenciaría (Lugones hijo). Se me pone la piel de gallina de solo pensar. ¿Qué esperanza puede albergar uno ante este terrible escenario?

Mi patrón me pidió que fuera solo por la mañana a la librería. Había poco trabajo y no les alcanzaba para pagarme. Esa fue una noticia que me impactó mucho. No contaba con que me pasara algo así, estaba segura en mi trabajo...

Esa tarde fui a buscar a Antón para contarle.

—¿Por qué no nos vamos, Antón? Yo siento que no soy de aquí ni soy de allá. Siento que no tengo un lugar. Solo tengo miedo. Siempre tengo miedo. Vámonos. Empecemos una nueva vida en alguna otra parte del mundo que esté menos podrida que esta. Por favor... —imploré. Sentía en lo más profundo de mis entrañas que algo iba a pasar.

—No, mi amor. Yo no soy un cobarde. No voy a huir con la cola entre las patas. No voy a dejar a nuestra gente... No, no es una opción.

—Pero Antón, ¿no ves que ya empezó? ¿Te enteraste de lo de *Crítica*?

—Sí, me alegro. ¿Pegaste en tu bitácora los recortes donde salía la foto de Botana, que estaba junto al dictador, apoyándolo? Bueno, ahora tienes que pegar la que dice que están todos presos. Es como yo dije...

—Espero que no a Salvadora, ella me gusta... Ella es de las nuestras.

—Sí, a ella también, todo el equipo de Botana, como monos enjaulados. Y claro, ella con más razón. Es anarquista.

—La sirena del diario ya no va a sonar. La verdad es que me gusta que le bajen así los humos a Botana, al fin y al cabo es un veleta de bolsillos llenos.

Aún no me explico qué le vio Salvadora... Y me apena que ella siga presa.

—Vamos, tomemos un vermú por ahí con un sánduche de salame y queso, tengo hambre, y después ¿me acompañas? Nos reunimos en lo del Lucio, a conversar nada más.

—Ay, Antón... Esto es tan más de lo mismo. Nunca tuve tantos escalofríos juntos. ¿Te acordás cuando mataron a Lencinas? Y era radical, imaginate el resto. Bueno, después quisieron matar al presidente y no lo lograron. “La venganza anarquista”, dijeron. Un tiro para vos, otro para mí. ¿Sabés cuál es la diferencia? Que estos tipos no tienen escrúpulos. Salen de cacería humana.

Tengo miedo... Vivo con miedo.

—Ah, mi filósofa preferida. Vamos, que me relinchan las tripas. Y de

nuevo, que se joda Botana. Siempre está timbeando con la noticia. ¿Cómo puede ser que inciten con una falsa noticia? Bien merecido.

—Es que no tienen perspectiva ni claridad. Dicen lo que vende, no lo que es. Ahí es donde venden esos sániches —dije—. Tengo miedo por vos. Y por mí. Vámonos... lejos, empecemos de nuevo.

Antón me miró, me sonrió y no contestó. Creo que lo estaba cansando con mi discurso repetitivo. Él tenía convicciones, esperanzas. Yo, miedo.

LA DESPEDIDA

Antón se ponía cada vez más en peligro. Nada era como nos habían dicho. Que en la organización nos vamos a acomodar un poco, que las horas de trabajo, que la desocupación, todas patrañas. El dictador tomó el poder y comenzó a limpiar su patria de todos nosotros. A Lucrecia y a Lucio los echaron a patadas de sus trabajos por instigadores y perturbadores de la paz social. Porque nos sumamos a la huelga. Ahora sí estábamos en problemas. Sin trabajo. A Antón lo despidieron del ferrocarril y lo amenazaron con que si seguía incitando con sus falsos testimonios lo iban a detener. Con toda la trayectoria que tenía, quedó fuera de todo, incluso de la sede. Una palabra, otra, alguna disculpa y fuera. La única que seguía teniendo trabajo, aunque limitado, era yo, en la librería.

Esa tarde estábamos tomando mate, solos.

—Sos muy linda.

—Mentiroso.

—De verdad.

—Tengo espejo.

Antón de un momento para el otro había cambiado su mirada. Sus ojos brillaban. Se levantó y vino hacia mí. Comenzó a besarme. Me puse de pie y nos abrazamos, nos besamos. Y todo parecía recobrar sentido. Ya nada era importante, solo estar juntos, abrazados.

—Te amo, Enriqueta.

—Yo también te amo.

No teníamos mucho tiempo para estar a solas, pero eso no impedía que nos amáramos con la mirada, con los gestos, con el roce. Antón era mi vida.

Otra vez no teníamos dinero. Y tampoco trabajo. Ese día íbamos a hablar con la dueña de la pensión. Teníamos que reorganizar nuestra economía. Cuando vi ingresar a Lucrecia mirando el piso, haciendo muecas, un escalofrío recorrió mi espina. Algo había pasado.

—Tenemos que hablar los cuatro—me dijo.

—Ya me imagino. ¿Qué pasó? Me asustas.

—No sé cómo decir lo que te quiero decir. Lo conversamos mucho con el

Lucio, y cuando nos llegó la noticia creo que ese fue el mensaje que necesitábamos para saber que estábamos haciendo lo correcto.

—Desembucha, Lucrecia...

—Nos vamos con el Lucio.

Me quedé dura.

—¿Cómo que se van? ¿Adónde se van?

—Nos vamos al interior. Mi hermana nos consiguió trabajo en la estancia donde están ellos. En unos meses empiezan las cosechas. Estamos cansados, y con miedo. Y decidimos que lo mejor era irnos. ¿Entendés?

—Sí, ah, me da felicidad por ustedes, van a salir adelante. Me da tristeza porque no nos vamos a volver a ver. Y porque me gustaría mucho irme, pero Antón no quiere saber nada. Es un orgulloso.

—Nosotros apenas nos instalemos les escribimos —agregó Lucio.

Antón no emitía palabra.

—¿Se van pronto...?

—Mañana.

Se me hizo la noche. No podía imaginarme la vida sin ella. Era mi fracción feliz.

—Ah, mañana —dije, aturdida, asustada.

Nos abrazamos. Se iban. Tan rápido. Se veían felices con la decisión. Una luz se había encendido para ellos. Ojalá les vaya bien. Ojalá lo logren. Otra vez el vacío en mi estómago. Lucrecia era una hermana para mí. Lloré hasta quedarme sin lágrimas. Esa noche mi ensoñación fue con Antón, que nos íbamos con Lucio y Lucrecia, vivíamos en el campo, éramos felices. Teníamos un montón de hijos.

Pero no logré irme a ese rincón donde yo decía que quería ser feliz. La realidad no le dio lugar a la ensoñación, y entonces lloré y lloré, y lloré... Porque los que se iban eran ellos. Y la que quería irse era yo.

Cuando se fue Lucrecia me mudé a la pensión de Antón. Los tres en una pieza. Juntamos las camas y dormíamos con Bautista al medio. Fueron días difíciles. Esperábamos que Bautista se durmiera para abrazarnos. Parados al lado de la cama. Yo podía sentir su cuerpo exaltado. El mío también. Pero en un momento determinado Antón decía basta. Y nos acostábamos acurrucados, en silencio, con nuestras emociones alteradas. Nos costaba conciliar el sueño. Tal vez cada uno pensaba en el otro.

Antón se fue temprano esa mañana. No dijo dónde. Bautista se quedaba en la pensión. Yo fui a la librería.

Cuando llegué, algo lucía diferente en el ambiente. Me estaban esperando. Me dijeron que ya no regresara, que no podían seguir pagándome el sueldo. Estaban nerviosos. Sabían que ese trabajo era todo para mí.

—Apenas las cosas tomen su curso vas a volver...

Los miré con una sonrisa. Ellos no eran culpables, no indagué en los motivos por los cuales quedaba fuera. Me llevé unos libros, algunos pesos y una amargura de la gran siete.

Ese día deambulé por las calles mirando la nada. Otra vez me encontraba en la línea de partida. Ya estaba cansada de retroceder y volver a comenzar.

Desilusionada. Desesperanzada. Sin Lucrecia...

Esa noche, Antón llegó con las manos llenas. Comida, hasta una bermuda y una camisa para Bautista. Estaba tan hermoso con la ropita nueva. Caminaba de acá para allá.

—¿De dónde sacaste el dinero?

—Menos pregunta Dios y perdona.

—Por favor.

—Pedí un préstamo a un amigo, para aguantar hasta que aparezca algo...

—Me da miedo, Antón. Hoy, si te agarran, te matan. Dicen que al Lugones, el hijo del escritor, el que se violaba a los chiquitos en el orfanato, ¿te acordás?, lo dejaron nomás a cargo de la Penitenciaría. Yo había pensado que era un rumor, pero no. Es un perverso. Es un torturador. Si te atrapan te llevan directo a sus manos, ¿te imaginas?

—No te preocupes, mi amor. No me van a atrapar. Ven, vamos a decirle a doña Irma que hoy nos comemos un asadito en el patio.

La carne asada deshaciéndose entre mis dientes me produjo tanto placer que casi lloro. Y las batatas asadas. Y los tomates asados. Y la tortilla con grasa que hizo Antón. Y tomamos vino. Me sentí reconfortada. Bautista se quedó dormido y nosotros solos.

La bebida tiene esa virtud de atenuar los colores de las emociones. Antón me miraba, yo lo miraba, nos sonreíamos, nos reíamos. El miedo había desaparecido.

—Te amo mucho —dijo.

—Yo también.

—Ven.

Me senté a su lado y con su mano guió mi rostro hacia el suyo y me besó. Mi cuerpo tembló entero. Acaricié su cabello, y nos abrazamos con fuerza. Nos fuimos a la cama. Chequeamos al mismo tiempo a Bautista que dormía

como un angelito, en el sillón. Nos miramos, nos reímos y caímos en la cama.

Antón comenzó a desvestirme, yo estaba paralizada. Me daba vergüenza y no sabía qué hacer... Siempre nos besábamos rápido, al pasar, ahora estábamos ahí, con todo el tiempo disponible.

Empezó a besarme el cuello. ¡Qué lindo se sentía! Solté mi ser a su merced.

Lo recibí, así, como era él.

Nos fundimos en uno, al compás de sus caderas. Mi cuerpo estremecido estaba conociendo los placeres del sexo. Me penetró con suavidad y me besó los pechos, mi ser se descontroló y comenzó a exigir, un sentimiento desconocido para mí. En un momento pensé que me estaba dando un ataque, pero cuando mi columna se dobló y mi vagina se llenó de cosquillas me di cuenta de que no era un ataque, era un orgasmo como nunca había tenido en mi vida.

Nos abrazamos. Esa fue mi primera vez. Quedó el sello de sangre en la sábana. Antón acariciaba el punto rojo y yo disimulaba mis lágrimas.

—Solo te pido un poco de paciencia, Enriqueta, te juro que las cosas van a cambiar para nosotros y vamos a vivir como familia, los tres, tranquilos. Te lo prometo, mi amor.

Esas palabras me abrazaron el corazón, me acariciaron el alma, era lo que quería escuchar, necesitaba escuchar.

—Gracias, mi amor.

Nos quedamos acostados, abrazados, desnudos y en silencio. Antón me acariciaba la cabeza, y eso me ayudaba a tranquilizarme, a dormirme, a descansar sin pensar tanto. Suspiré... Me entregué al sueño contenida en los brazos de Antón.

—No te olvides de traer a Bautista —dije.

Antón. Un remanso en mi vida. Sus besos hacen que mis fantasías cobren vida.

Algunas veces pienso que Dios tiene esa virtud, la de hacer que las cosas encajen justo. Se fue Lucrecia y mi tiempo, ahora, era de Antón y Bautista. Eran mi familia. Pero a la vez no podía dejar de suponer que en algún momento ellos iban a desaparecer de mi vida. Siempre sucedía. Era mi castigo, mi maldición. El amor cada vez llegaba con un disfraz diferente, padre, madre, amiga, novio, tía, pero luego se iba. Sin más. ¿Hasta cuándo? ¿Sería yo la que hacía mal las cosas?

Entonces, si había algo que tenía que cambiar, ¿qué era? Ay, tengo tanto

miedo.

Antón, mi amor, no te vayas, por favor.

EL SECUESTRO

Mientras el dictador malograba el país, los ricos se enriquecían y los pobres se empobrecían, yo me distraía amando a Antón. El amor tiene esas cosas, al menos cuando recién empieza. Supongo. Llena todos los rincones de aromas y flores.

Éramos algo así como una familia. Los tres para acá, los tres para allá. Y algunas noches dejábamos a Bautista dormir un rato en el sillón. Para eso, ya saben...

Pero no siempre todo sale como uno lo espera.

—¿Tío? —dijo Bautista.

Se había despertado. Sentado en el sillón, restregándose los ojos, mirándonos.

Y nosotros... Casi me muero de la vergüenza. Antón estaba arriba mío, desnudo.

Lo estábamos haciendo.

Antes de que pudiera reaccionar, no sé en qué momento, Antón ya se había puesto los calzoncillos y le estaba explicando a Bautista que me estaba arropando, y que justo venía a buscarlo a él para acostarlo conmigo.

Esa noche no pude dormir. Mi cuerpo temblaba y reclamaba placer. Mi corazón admiraba a Bautista dormido a mi lado, un angelito. Qué difícil es ser padres.

Al otro día no nos alcanzaban las palabras para explicarle a Bautista lo que había pasado, que yo me había quedado dormida, que Antón me trajo alzada en sus brazos en la cama, que se cayó arriba mío.

—¿El tío se cayó? —preguntó y comenzó a reír. Aprovechamos y empezamos a hacernos los payasos para sacarlo del tema. Uf, creo que no lo vamos a hacer nunca más con Bautista durmiendo en el sillón...

—Bueno, me voy. Me esperan en la sede. Tenemos una reunión de gremialistas.

—Con cuidado, Antón. No confío en esos que hoy te quieren y mañana te odian.

—Ya no te preocupes. Sé defenderme.

—Bueno. Dejo a Bautista y me pongo con la máquina de coser. Tengo una pila de pantalones para reparar y arreglar cierres, ruedos.

Mientras mi pie bailaba al ritmo del ruido de la máquina, mi mente se escapó.

Y ahora era una periodista de una revista nueva. Mis crónicas eran leídas y discutidas en mesas de lectura. Y Antón era un político reconocido, Bautista tenía un montón de hermanitos. Bueno, tres, o mejor dos. Vivíamos en una mansión, y nuestro cuarto era grande...

—¡Enriqueta! Te busca el Cholo, quiere los pantalones para el sábado.

Llegó una carta de Lucrecia. Me contaba lo bien que estaban con Lucio. Me colmó de alegría. Enseguida me dispuse a contestarle. Nosotros, a pesar de la situación, también estábamos bien, contentos...

Llevé la carta al buzón y cuando caminaba de regreso un gato negro cruzó velozmente entre mis piernas, casi me caigo. Enseguida una nube de presagios oscuros inundó mi cabeza. Traté de despejarme, no era más que un hermoso gatito negro asustado. Y yo una supersticiosa que no dejaba nada al azar.

Terminamos de cenar y Bautista se durmió en mis brazos. Lo llevé a la cama y regresé a tomar unos mates con coñac que ya estaba preparando Antón.

—Te traje varios diarios.

—Gracias, amor.

Juntos, tomados de la mano, leíamos, mateábamos, conversábamos. Era nuestro momento.

Lo último que vi antes de ingresar al mundo de los sueños fue el semblante de Bautista. Su aliento tibio en mi rostro envolvía mi alma inquieta. Me dormí.

Fue un estruendo. Nos quedamos sentados los dos en la cama. No podía distinguir si estaba soñando o realmente estaba pasando. Fue todo tan rápido. No supe qué hacer. Abracé a Bautista, que no paraba de llorar. Estaba tan asustado, pobrecito.

—¡Vamos, rata de puerto! Venís con nosotros —dijo uno de ellos tomando de los brazos a Antón y tironeándolo hacia la puerta.

—¡Yo no voy a ningún lado con ustedes, rufianes! ¡Qué se creen entrar así a nuestra... —no alcanzó a terminar la frase que uno de ellos le pegó un machetazo en la cabeza. Cayó al piso, desmayado. Lo arrastraron. Apareció doña Irma con el palo de amasar. La empujaron y dejaron a la pobre mujer tirada en el piso. Corrí a socorrerla. Imploré por Antón.

—¡No se lo lleven! ¡Por favor! ¡Se equivocan de persona!

—¡Córrase, señora, o la llevamos a usted también! —dijo uno de ellos.

—¡Suéltense, hijos de puta! —gritaba Antón recobrando la conciencia—. ¡Enriqueta, llévate a Batín!

Dejé a Bautista en brazos de doña Irma. Fui detrás de ellos, vi cómo lo subían a ese auto cuadrado negro. No lo voy a olvidar jamás, corrí detrás implorando, hasta que desapareció... Caí de rodillas sobre el empedrado.

Regresé confundida. Aturdida. Tenía que hacer algo, urgente. Antón no iba a sobrevivir en manos de Lugones.

Esperé que el sol asomara. Le preparé leche tibia con azúcar a Bautista mientras pensaba qué hacer, a quién recurrir, tenía que ser rápido.

Antes de que pudiéramos reponernos, unos golpes fuertes, firmes, sobre la puerta de ingreso nos estremecieron hasta la médula. ¿Y ahora, quién era? Nos miramos con Irma, ella tenía en brazos a Bautista.

—Abrí vos —me dijo.

Temblorosa, caminé hasta la puerta y abrí. Eran dos hombres y una mujer. Me empujaron y pasaron al comedor. Se presentaron como de una institución del menor, no recuerdo bien. Dijeron el nombre completo de Bautista y uno de los señores le hizo señas a la mujer, que caminó hasta Irma y se lo sacó de los brazos.

Dejaron un papel sobre la mesa y se fueron con Bautista, que gritaba como un marrano. Estiraba sus bracitos para que yo lo rescatara, y yo ahí, paralizada, sin saber qué hacer. Cuando quise salir corriendo, Irma me tomó por los hombros y me dijo: “No es la forma”.

La imagen de Bautista en brazos de esa persona desconocida me atrona el cerebro. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Corrí directamente a la sede. Les conté lo que había pasado. Enseguida pusieron a un equipo de personas a trabajar, la mayoría abogados. Uno de ellos se separó del grupo y vino donde yo estaba; era un amigo de Antón, Lisandro.

Me tranquilizó, me dijo que ellos se iban a encargar y que me cuidara. Que había una disposición oficial de encerrar a todos los que de una y otra forma intervenían en las nuevas ordenanzas del flamante gobierno. ¿Disposición? En fin.

El recorrido para encontrarlo fue más rápido de lo que me imaginé. En la primera comisaría, cuando explicamos la situación nos enviaron a la Penitenciaría. No nos dejaron entrar, no pudimos verlo. Le dijeron a Lisandro que ellos le avisarían cuándo podía visitar a su cliente. Primero tenía que pasar por los interrogatorios. ¿Burocracia?

Lisandro primero ubicó la dirección del orfanato donde tenían a Bautista, y luego logró que nos dejaran visitar a Antón.

Era la primera vez que ingresaba a ese lugar, escalofriante, grande.

Cuando lo vi casi me desmayo del horror. Estaba totalmente golpeado. Uno de sus ojos directamente no existía, era una pelota multicolor con apenas una raya al medio.

—¿Qué te hicieron? —pregunté llorando—. Tenemos que sacarlo de acá, urgente. Estaba tan lastimado que creo que ni me pudo ver.

—No me van a dejar en libertad, ya me dijeron.

Tuve el impulso de levantarme y patear a todos los uniformados que nos rodeaban. Respiré.

—Esto es una locura —dijo Lisandro mientras se rascaba la cabeza, pensaba, pensaba...

—Sacame de acá, por favor. Lugones se divierte con sus juguetes en las carnes ajenas. Es un sádico y es el comisario inspector a cargo... Imagina el resto.

Yo no podía hablar, lloraba en silencio.

—Estuve averiguando y es complicado.

—Buscá la forma de sacarme, me van a matar.

Lisandro se acercó y le dijo.

—La pena de muerte es lo que toca. Tenés que escaparte, como sea.

Lo miraba con imposición.

—¿Entendiste lo que te dije? ¿Entendiste? Tenés que hacerlo, los juicios son pura basura. Es la única salida que tenemos.

Antón asintió. Me preguntó por Bautista. Le prometí que en un par de días ya estaba conmigo. Mentí.

—Por favor, recuperen a Bautista. Enriqueta, pase lo que pase, no lo dejes solo, ya perdió a sus padres...

—Te lo prometo, quedate tranquilo, mi amor.

—Tienen que esconderlo. Le van a hacer daño. Quieren que les diga dónde se esconden personas que ni siquiera conozco. Están locos.

—No puedo creer que estemos pasando por esto. Por favor, Antón, tenés que sobrevivir, mantenerte vivo. Por favor.

Enseguida nos sacaron. Me costaba respirar. No podía controlar mis lágrimas.

Caminamos en silencio.

Cuando estábamos saliendo, ingresaban cinco hombres con trajes

oficiales.

—Ese es el Polo Lugones —apuntó Lisandro.

—¡Hijo de puta, violador, degenerado, depravado! —comencé a gritar como una loca sin parar. Él se detuvo. Me miró con sorna mientras los oficiales me tenían arrodillada en el piso con las manos atrás. Y yo seguía emitiendo improperios.

—Déjenla ir, es una pobre infeliz, suficiente por hoy —dijo, y siguió caminando. Tengo presente su rostro en mi mente. Raro. Se notaba en las guías de su rostro que era un mal hombre. Hoy un fallado, mañana un ilustre. Seguro.

Salimos. Me dolían las cuerdas vocales. Me dolían los brazos y me dolía el corazón. Lisandro me repetía que no tenía que hacer esas cosas, que no ayudaba.

No sé bien qué me pasó. Se me adelantó la palabra, se me adelantó la emoción...

Me pudrí de estar rodeada de tanta mierda legal. Harta de la doble moral nacional. Antón en la Penitenciaría sin motivo aparente... ¡O juremos con gloria a morir...! ¡Pura mierda!

EL NIÑO ROBADO

Buscamos toda la documentación de Bautista. Lisandro se presentó en el orfanato y no pudo hacer nada. Al ser huérfano y su tío estar preso, se tenía que quedar ahí. Tampoco lo pudo ver. Estábamos desahuciados.

—Lo vamos a robar —dije con decisión.

—Estás loca.

—No voy a dejar a Bautista en ese lugar para que se convierta en lo que nunca va a querer ser... Lo voy a robar. Necesito documentos nuevos. Para que no lo encuentren más.

—Yo te puedo conseguir los documentos, pero el robo va por tu cuenta.

—Bueno.

No podía dejar de pensar en Bautista, solo, en un lugar desconocido. Ya había perdido a sus padres, y ahora esto. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero una fuerza interior me impulsaba, me empujaba. Además, se lo había prometido a Antón.

—Creo que te voy a ayudar. Antón tiene que escapar sí o sí. Me dijo un amigo de un amigo ahí adentro que la pena de muerte les chilla en las manos. Tendríamos que sacar a Bautista antes de organizar cómo se puede escapar. Este amigo me debe favores... Y los de la sede se están lavando las manos, no quieren problemas... —dijo Lisandro.

Me quedé pensando: Antón tenía que escaparse de la Penitenciaría, pero no podía ni caminar por los golpes que había recibido, ¿cómo iba a lograrlo?

Aunque quedaba claro que era la única forma que tenía de salvar su vida. Tenía que hacerlo. Cada noche le pedí a Dios que lo iluminara, que pusiera a alguien en su camino, que lo ayudara a desaparecer de ese siniestro lugar.

Sola, acostada, mirando el techo. Un impulso me hizo arrullar una plegaria, luego otra. Me costaba comprender lo que estaba viviendo Antón. ¿Qué derecho divino creían tener esos pelotudos importantes para hacer lo que hacían?

Sabíamos, nos habían contado que esas cosas pasaban detrás de las paredes de la Penitenciaría. Pero nunca me imaginé que fuera verdad. No puedo comprender cómo Lugones, un siniestro, un depravado, con

antecedentes de violación a menores, con una sentencia de diez años de cárcel, que nunca cumplió porque su padre, Leopoldo Lugones, pidió al presidente que lo perdonara, ahora estaba a cargo, era el comisario inspector. Inexplicable. ¿Será falta de memoria? Por Dios, si es así, qué va a ser del futuro de este país. ¿Será conveniencia, oportunidad? Creo que sí. Para unos pocos que se dicen políticos. Se dicen honorables. Y no son más que un montón de basura que perjudica. Pobre mi amor, puedo sentir su dolor. El dolor de la carne, el dolor del alma, el dolor de la desesperanza. El dolor de la injusticia.

La dueña de la pensión, Irma, me contó de un sobrino que hacía ese tipo de trabajo que nosotros necesitábamos. Íbamos a robar a Bautista. Sabía que no estaba bien. Que no era el camino correcto. Pero era la única solución visible, rápida.

Lisandro me ayudó a conseguir el dinero. Se lo llevamos. Sergei era su nombre. Un joven ruso de aspecto rudo y pocas palabras. Le dimos la dirección y todos los detalles y luego nos fuimos con el corazón en la boca.

Esos días fueron intensos, escalofriantes. Era como caminar al borde del abismo. Cada paso. Cada segundo. ¿Y después? Una vez que Bautista regresara qué iba a hacer sin trabajo, sin dinero, con el niño y Antón preso... Entonces se me ocurrió la idea, lo mandaría con Lucrecia hasta que se normalizaran las cosas y Antón pudiera salir de la Penitenciaría. Con Lucrecia y Lucio iba a estar bien.

Allí nadie lo iba a buscar. Tenía que hablar con ellos urgente.

Esa mañana me fui hasta una cabina de teléfono. Hablé al número que me había dado Lucrecia por cualquier cosa. Les dejé el mensaje. Luego esperé y volví a llamar, entonces sí pude hablar con ella. Me dio tanto gusto escucharla.

Se puso muy mal cuando se enteró de todo lo que nos había pasado. Enseguida acordamos el viaje de Bautista.

Regresé a la pensión. Me puse a recortar diarios para pegar en mi bitácora para pasar el tiempo. Estaba tan desasosegada que no podía ni hablar. En ningún diario salió la detención de Antón. Yo la escribí, con cada detalle, nombres, todo.

¿Cuándo llegaría Sergei con Bautista? Y si algo salía mal...

No sé cuánto tiempo había pasado hasta que sentí los golpes en la puerta; corrí desahogada, abrí.

Era Sergei, detrás, una mujer que traía a Bautista en brazos. Ingresaron.

Cuando lo vi, el alma me volvió al cuerpo. Pobrecito. Lo abracé con todas

mis fuerzas, no quería que me viera llorar. Lo revisé completo. Le conté los dedos.

Preguntaba por Antón. Le dijimos que estaba de viaje. Me abrazó, no me soltaba, tenía miedo de que volvieran a llevárselo. Y yo lo tenía que mandar a Córdoba. Qué estábamos haciendo con ese niño...

Mientras hacíamos los arreglos para que Bautista viajara, le dije de muchas maneras que iba a estar bien.

—Apenas el tío Antón llegue de viaje nos vamos con vos y los tíos. La tía Lucrecia me dijo que ya te hizo un montón de ropita nueva y también que donde viven es como un zoológico, hay vacas, corderos, chivos, caballos, ¿te imaginas todos esos animales juntos? —dije, y el niño me miraba en silencio, como si entendiera cada cosa de lo que estaba sucediendo. Se prendió de mi cuello. Lloré con tanto dolor.

—Batín, la tía te espera. Vas a estar bien, es solo un tiempo hasta que tío Antón regrese de viaje. Vas a estar bien.

Lisandro me acompañó hasta la terminal. Luego de hablar con el guarda vino a buscar a Bautista. Pobrecito. Lloraba en silencio. Sentía su congoja y la humedad de sus lágrimas en mi cuello. Mi pequeño hombrecito. Cuánto más tenía que sufrir.

—¡Vamos, Batín! El señor te va a cuidar hasta que llegues con Lucrecia. Ella te espera.

Bautista no contestaba, sus labios se torcían por el llanto contenido. Su mirada me imploraba que no lo dejara ir.

El guarda del colectivo lo tomó de la mano y lo acomodó en un asiento. Tan chiquito, tan solo.

—Adiós, mi amor, nos vemos pronto, ¿eh?

Caminé enojada con la vida, iracunda, mal. ¿No podía pasarnos algo bueno por una vez? ¡Carajo! ¡Carajo!

Llegué a la pensión con los ojos irritados. Imposible controlar tanta tristeza.

Lisandro caminó por todos los pasillos pidiendo juicio, pidiendo clemencia, que ya dejaran de golpearlo. En realidad lo que estaba haciendo era ganar tiempo.

Necesitaba comprar tiempo para que no asesinaran a Antón. Con una firma se autorizaba la pena de muerte y lo fusilaban. No me dejaron volver a verlo, solo Lisandro pudo ingresar. Le contó que Bautista ya estaba a salvo en Córdoba.

Me sentía sola, aturdida, sin saber qué hacer. Cada cosa seguía su rumbo, menos nosotros. Recordé a Luis, que no volvimos a saber de él. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mis amigos lejos, Bautista separado de su tío. Y Antón, detrás de ese muro. ¿Volveré a verlo? ¿Y si lo matan? Ahora con eso de la pena de muerte... ¡Pena de muerte! ¡Hijos de puta! ¿Por qué nosotros no podemos aplicar la pena de muerte al revés? Pena de muerte al dictador por la desaparición de Luis, entre tantos otros. Pena de muerte por el asesinato de Lencinas. Pena de muerte por el asesinato de mi padre, de mi tío Pepe, del marinero, del niño del conventillo, de este, del otro, de tantos, tantos... ¡Pena de muerte para ellos, no para nosotros! ¡Carajo!

EL JUICIO

Un juicio, eso queríamos. Un juicio justo, repetía Lisandro detrás de la pila de papeles que presentaba en la Penitenciaría una y otra vez. Antón le había contado que estaban buscando a cinco anarquistas con nombre y apellido, uno de ellos era Severino Di Giovanni. Y que él les había jurado una y mil veces que no sabía nada, que no tenía contacto con Di Giovanni ni con su gente. Y era verdad. Antón era muy amigo de Emilio Arango, del sindicato de panaderos, Y desde aquel día que lo fusilaron en la puerta de su casa nunca lo superó. El diario sin Emilio no era lo mismo, decía. Lo acusaron a Severino, y Antón se enojó mucho. Nunca lo perdonó... Y ahora Lugones lo estaba buscando por todos lados. Y torturaban a Antón porque no quería dar direcciones, más nombres... Y los medios de comunicación seguían emitiendo las palabras del dictador: “He venido a limpiar este país de gringos y gallegos anarquistas”. Mierda. Y quién limpia el país de asesinos como ellos. Y... y...

Ya no podía quedarme en la pensión. Tenía que buscar un nuevo lugar. Ese era peligroso, qué barrabasada... Y no tenía más dinero para buscar otra pensión.

Mudanzas, de aquí para allá. Fui perdiendo cada una de mis pertenencias, las que me unían a mi madre, a Regina... Hoy somos mi bitácora y yo. Nada más, nadie más.

Caminé, perdida, sin saber qué hacer, sin saber a dónde ir. El crepúsculo me anunciaba que se acababa el día. Tenía una sola salida, la villa. Ahí seguro había lugar para mí. Qué difícil me era la vida... La calle de golpe me sonó silenciosa, oscura, premonitoria. Me apoyé contra la pared, instintivamente. Y los vi. El auto negro, cuadrado, grande. Lleno de muchachotes con sacos, corbatas Y ¡armas en sus manos! Me metí en un jardín. Me acosté contra el piso. Ya sabía cómo hacerlo. Pasaron frente a mí sin verme. Me dio escalofríos. Si me hubieran visto, ¿qué hubiera sido de mí? Seguí caminando, expectante. Me temblaban las piernas. Caminé más rápido, corrí.

Otra vez ahí. Caras nuevas, caras viejas. El Tano se encargó de mí apenas me vio. Y otra vez estoy acá, hundida en la pobreza. Escondida sin razones, amargada, entristecida. Torturada por las moscas. Odio, odio las moscas.

Invierno, verano, ellas siempre están.

Es de noche y estoy acostada en la cama del hijito del Tano, al lado de ellos.

Siento la respiración pesada de cada uno. Las vueltas en la cama. El zumbido de los mosquitos y algunas no sé qué cosas que pegan en la chapa y me sobresaltan.

Busco algo en qué pensar. Antón, Bautista y yo juntos, comiendo pizza. Tengo hambre. Me duele la cabeza. Me ubico en posición fetal y lloro...

Apenas el sol anunció el día, me levanté y salí del cuarto comunitario. El Tano salió detrás de mí.

—No te preocupes tanto, Enriqueta, todo pasa. Todo pasa, algún día.

No pude contener las lágrimas.

—Gracias, Tano. Me voy temprano porque Lisandro me avisó que hoy podíamos ver a Antón.

El Tano se quedó mirándome, se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca pudo sacar a su familia de ese lugar. Su hijo estaba dando sus primeros pasos por la vida ahí, en la villa de la miseria.

—Todos vamos a salir adelante, Tano, vas a ver... —dije y me fui. Con mi bitácora.

Caminé iracunda, apesadumbrada, disgustada. La mirada brillante y cansina del Tano se fue conmigo, reprochando la pobreza. Rastreando cualquier indicio de algún potencial trabajo...

Llegué a la Penitenciaría. Lisandro ya estaba conversando con uno, con otro.

Esperamos un montón hasta que por fin, y luego de pasar inapropiadas revisiones, pudimos verlo. Ahí comprendí todo. No nos dejaban verlo porque lo habían torturado de más. Apenas si podía caminar. Si no lográbamos sacarlo lo iban a matar. Apenas podía hablar. Nos contó que Lugones lo había torturado con electricidad. El degenerado lo hacía en público. Les mostraba a sus amigos las reacciones ante los toques eléctricos en las diferentes partes del cuerpo. Se divertían. Solo un monstruo puede hacer algo así... Yo le cambié el tema contándole que Bautista ya estaba a salvo junto a Lucrecia y Lucio. Cómo no nos fuimos con ellos, pensé.

—¿Y el juicio? —preguntó Antón.

—Todavía no tenemos noticias del juicio. Algunos salen en minutos, otros en años... Tenemos que sacarte nosotros... —dijo Lisandro—. Estoy trabajando es eso con unos amigos.

—Lisandro está en el tema —dije, no me salían palabras. Verlo así me angustiaba. Me atragantaba. Mi amor, mi pobre amor, estaba roto. Todo.

—¿Por qué andás con tu bitácora? —preguntó Antón.

—Porque justo... no sé —no quise decirle que había dormido en la villa, y que no quería regresar, y que no sabía dónde ir...

Lisandro habló con él mientras yo controlaba a los guardias. Le dijo que tratara de alimentarse. Tenía que estar fuerte para poder escapar. Que la semana próxima regresábamos y le decíamos cómo iba a ser el procedimiento para sacarlo de ahí. Que soportara. Después de Navidad lo sacábamos.

—¡Feliz Navidad, mi amor! —dije sin poder controlar las lágrimas.

Salimos de ese lugar sin hablar. ¿Feliz Navidad? Qué ironía. Cómo se me ocurre decirle Feliz Navidad.

Llegamos a una esquina donde teníamos que despedirnos con Lisandro. Me dio unos pesos para que no estuviera mendigando por ahí, me los iba a gastar en un hotel, para dormir. No quería regresar a la villa. La pobreza de ese lugar me dolía, mucho.

—Gracias, Lisandro. Voy a devolverte algún día.

Me contestó con una sonrisa y se fue. Y yo quedé ahí, parada, en la esquina.

Extrañaba horrores a Bautista, sus manitos, sus caricias, su respiración cuando se dormía enredado en mi cuello. Extrañaba a Antón. Extrañaba a Lucrecia. ¿Qué será de la vida de Filomeno? Siempre estaba en mis pensamientos.

Caminé. Mi bitácora y yo. Mi fiel testimonio de la realidad. Entre las gentes, fingí no ser yo, ser otra. Miré sus rostros, imaginé sus vidas, les inventé fantasmas. Ella, con su vestido arriba de los tobillos, zapatos con taco, elegante, seguro también tiene sus preocupaciones. Tal vez su esposo la engaña con su hermana, o tal vez se siente muy flaca... ¿serán sus problemas tan duros de superar como los míos? Tal vez, tal vez.

Llegué hasta la reja que separaba la puerta principal de la casa de doña Elsa.

Caminé un poquito más para espiar mi casa. Estaba habitada. Náuseas, eso sentí.

Me apoyé en la pared.

—¡Chica! Ven, vamos por unos mates —doña Elsa me agarró del brazo y me metió en su casa.

—Tengo dinero, doña Elsa, y no tengo dónde ir.

—Tranquila, chica, acá te quedás. Me pagás con trabajo, tengo las reumas que me tienen mal, muy mal. ¿Cómo te desaparecés de esa forma? Te buscamos por todos lados.

Una persona muy especial Elsa, aparecía solo cuando yo la necesitaba. Tenía la casa llena de inquilinos. Yo fui a parar al altillo junto a los restos de vaya a saber quién. Un paraíso para mí. Corrí cajones repletos de algo, sacudí la tierra de viejos roperos llenos de cosas. Haciendo un poco de fuerza logré ubicar el colchón que me dio doña Elsa. Me recosté apoyando la cabeza en los brazos y comencé a mirar el entorno. Ventanita chiquita, cerrada, tal vez nunca se abrió, tal vez nunca pueda abrirla. Uno de los roperos, el que tiene el espejo, ¡era mío!

Me paré y comencé a revisar todo. A hurgar en los recuerdos de los otros.

Encontré un vestido de novia, sucio, amarillento. Tal vez así se sentirá la que fue novia hoy... Una Biblia, revistas viejas, telarañas, otra caja, otra caja...

—¡Chica, bajá, tenemos que barrer! —gritaba Elsa—. ¡Chica, bajá, tenemos que cocinar, mañana es Navidad! Contame un poco de la villa de la miseria, todos hablan de ese lugar...

LA NAVIDAD

La Navidad. Mi madre se encargó de censurar todo lo trivial de la fiesta navideña, o sea, lo más lindo; los regalos, la comida, compartir con la familia.

Ella dejó claro en mi memoria que la Navidad es la oportunidad de volver a nacer junto con el niño Jesús, cada año. Hoy entiendo, era una oportunidad de volver a empezar. De todas maneras, era una excusa que ella tenía para suplantar lo que no teníamos. Y aquí estoy otra vez, en vísperas de una fiesta que se supone tiene que alegrar mi corazón, una fiesta que anima la fe, que alegra el alma. Bueno, nada de eso pasaba en mi vida, y supongo que tampoco en la vida de todos mis amigos que están en la villa de la miseria. La Navidad no es una fiesta para todos, es una fiesta para ricos. Los pobres sufrimos en Navidad. Otra mala gestión del hombre. Los pobres no tenemos pan dulce, regalos, turrónes, árbol con adornos. Algunos ni siquiera tenemos familia. ¿De qué Navidad me hablan? Bautista, solo por ahí sin familia. Luis, desaparecido, Antón preso, yo, vagabunda... ¿Navidad? Vendría a ser algo así como un recordatorio de todo lo que no tengo... A la mierda la Navidad.

Bajé y ayudé a doña Elsa a cocinar. Preparamos un matambre, lo envolvimos en lienzo, lo atamos con hilo lonero y lo pusimos en agua a hervir. Limpiamos la gallina en el fondo. Y cuando llegó la hora de preparar el locro, la discusión.

—Regina me enseñó a prepararlo, doña Elsa, pero no se pone la carne así, como dice. Tenemos que empezar con la poroteada, la zapallada y después el resto.

—Mirá, chica, ese será tu locro. Yo lo preparo desde que nací con la receta de mi padre, que Dios lo tenga en la gloria. Ramón se llamaba, no sabía un comino de comidas, pero el locro, ah, sí que lo hacía rico.

—Bueno, diga, ¿qué hago? —No insistí. Esa batalla estaba perdida.

Cuando todo estuvo más o menos encaminado ya era la tardecita.

—Esta noche vamos a misa de gallo, ¿venís?

—No, gracias.

—Un poco de Dios te vendría bien, chica.

—Sí, doña Elsa, pero no tengo el ánimo...

Salí a caminar. Me fui hasta el río. Pensé en mis padres. ¿Cómo sería si estuvieran vivos? Pensé en Filomeno, en las Navidades juntos. En el conventillo.

Nos ingeniábamos para divertirnos a pesar de no tener ni qué comer. Antón...

¿Qué pensará Antón ahí, preso, torturado, encerrado...?

La idea de la muerte siempre me visita en estas fechas, ¿será porque tengo ganas de reunirme con mi familia? ¿Será porque estoy podrida de esta vida?

¿Tendré oportunidad de cambiar el rumbo...?

Compré una botella de caña dulce, mi preferida. Volví al río. Me senté en un lugar despoblado y esperamos la Navidad, mi botella y yo.

¡Feliz Navidad para mí!

Abrí los ojos y tuve que volver a cerrarlos, el sol hirió mi retina.

—Te dije que no está muerta, babacho —dijo una voz infantil.

Con la mano derecha protegí mi frente para poder ver. Eran tres niños que salieron corriendo apenas abrí los ojos. Deplorable, dormida con la botella vacía al lado. Me levanté como pude, sacudí mi ropa y, bajo la mirada sentenciadora de los espiones, caminé. El dolor de cabeza me recordó que la bebida en exceso no era buena. Pensé en doña Elsa, debería estar preocupada. Aceleré el paso.

Tenía que llegar. Qué manera de tomar malas decisiones con mi vida, ¡carajo!

Doña Elsa puso el grito en el cielo cuando me vio. Estaba a punto de ir a la comisaría a ver si estaba ahí.

—Chica, sé que la estás pasando mal. Pero te voy a decir una cosa, una sola cosa. Para que tu vida tome otro rumbo la que tiene que empezar a cambiar ese rumbo eres tú. No te queda otro camino. Si vas a seguir chupando, llorando y quejándote, vas muy mal.

—Sí, doña Elsa, gracias —contesté avergonzada. Claro que tenía razón. Me senté a comer las sobras. El loco estaba exquisito. Luego de darme un baño, fui a dormir. Más enojada que antes.

Un año nuevo, una esperanza nueva. Festejamos en la pensión, comimos y bebimos. Esa noche me embriagué otra vez, como nunca en mi vida. Terminé llorando mi pobreza sentada en la vereda. Y luego vomitando camino a mi cuarto. Al día siguiente me daba vergüenza salir... Todavía no sé cómo doña Elsa no me echó a patadas de la casa.

Me levanté y me puse a limpiar como una loca, sin parar. Sacudir la tierra,

barrer, lustrar los muebles, sacar las hojas secas de las macetas, enredaderas.

Doña Elsa me observaba, no me hablaba. Tenía que revertir la situación...

Enero es un mes muy particular, los que tienen dinero se van a sus casas quintas o a Mar del Plata. Antón se pudría en la Penitenciaría y nosotros nos hacinábamos en la pensión. Las moscas, el calor, la humedad, eran nuestro pan de cada día. Mis ensoñaciones ya no funcionaban, la realidad se las había devorado. Pero algo sí me ayudó, y mucho; los libros. Regresé a la biblioteca.

Retomé la lectura y ellos me abrazaron, me dieron libertad... otra vez. Mi cráneo nuevamente abarrotado de ideas para cambiar el mundo, mi mundo. Reformismo moral leí por ahí... Para empezar...

Mientras yo consumía letras con ansiedad y pegaba recortes con engrudo en mi bitácora, Lisandro trataba de que nos dejaran visitar a Antón. Los jefes, y los jefes de los jefes, se fueron de vacaciones, por lo tanto nadie quería ponernos un sello para ingresar. Y yo deambulaba por los alrededores, como si pudiera traspasar la pared y verlo, o enviarle un mensaje a través de los muros...

¡Felices fiestas, mi amor!

LA DETENCIÓN

El último día de enero apresaron a Severino Di Giovanni. Esa sí que fue una noticia. Titular de todo papel impreso que circulara por la ciudad. Lisandro enseguida presentó un montón de escritos y exigió ver a Antón. Lo dejaron, a él solamente. No habíamos vuelto desde la vez que le dijimos que lo íbamos a sacar. Pobrecito.

Me contó Lisandro que lo encontró mucho mejor. Más fortalecido. Que preguntó por mí, por Bautista. Le agradecí a Lisandro por no abandonar la causa.

Por ayudarnos.

—Antón es más que un hermano para mí —dijo.

Con Lisandro suplicamos por un juicio para que se pudiera probar la inocencia de Antón, no lo logramos, aún... A Severino Di Giovanni y a Paulino Scarfó, su cuñado, los habían sometido a juicio, corto, rápido. La Justicia funcionó para ellos. En pocos días estaban sentenciados a muerte. ¡Los iban fusilar! Era una locura. Recé cada noche para que Antón no cayera en esa suerte. La impunidad estaba a la orden del día. Todo estaba digitado por el dictador. Había que hacer lo que decía, y no había otra opción. Estábamos viviendo una dictadura disfrazada.

Pero parecía que a un sector de la sociedad eso no le importaba. Con la promesa de instaurar el orden, todo era válido. Y ahora había pena de muerte. Si antes fusilaban a escondidas, ahora lo podían hacer avalados por la ley. ¡Una locura!

¡Una gran locura! Tenía mucho miedo.

Le imploré a Lisandro “quiero ver a Antón”. Necesitaba ver sus ojos, acariciar sus manos. Sentir su calor.

El tema que rezaban los diarios sin piedad era el fusilamiento de Severino y de su cuñado.

Pensé en Severino, en su suerte, en sus dos amores, en sus hijos, en su vida.

No estoy de acuerdo con la pena de muerte para nadie. El dictador había decretado “la muerte legal en virtud de la ley marcial”. Ningún ser humano

debe morir en manos de otro ser humano. La muerte es tan divina como el nacimiento.

Los diarios, termómetro de la sociedad, no paraban de contar pelotudeces sobre esta situación, me daban ganas de vomitar. A Lugones solo le faltaba salir después del fusilamiento a pavonearse por las calles con las cabezas de Di Giovanni y Scarfó y todos al unísono aplaudiendo la gran gestión. Cómo pueden avalar esta dictadura. ¡Pena de muerte!

Alterados, exaltados, nos encontramos con Lisandro en la esquina, íbamos a ver a Antón.

—¿Alguna buena noticia?

—No —me dijo con una sonrisa—. Tengo buenos amigos.

—Tengo miedo de que lo fusilen.

—Confía en mí. Tengo un plan. Al fin llegó la hora. Lo vamos a sacar. Me costó mucho, pero creo que lo conseguí.

No me quedaba otra que confiar en él. No sabía qué hacer, me sentía inútil caminando, dando vueltas como un perro sin saber qué rumbo tomar, esperando.

Y Lugones, ¿por qué no una sentencia de muerte para él? Había arruinado la vida de niños indefensos, los había violado. Había matado a personas. A Antón le había quemado los testículos con sus juguetitos eléctricos. ¿Por qué no podríamos sentenciarlo a muerte? ¿Y fusilarlo? Me duele ver cómo mi país va creciendo dividido, en manos de personas inapropiadas, obnubiladas por el poder. Pienso en el futuro, en mis nietos, pobrecitos, en qué lugar tan triste les va a tocar vivir... Nada bueno puede salir de estar personas sin escrúpulos, sin corazón, sin convicción, sin inteligencia.

Ingresamos a duras penas. Con Severino y el cuñado ahí, todo era un tiberio.

Mejor, la atención no estaba puesta en nosotros.

Cuando lo vi venir, se me aflojaron las piernas.

—Antón, mi amor, Lisandro tiene un plan. ¿Vas a poder? —dije, apresurada, ansiosa, temerosa... Me miró con una sonrisa. Podía caminar bien, pero se veía débil.

—Viste que condenaron a muerte a los muchachos... —dijo Lisandro.

—No lo puedo creer, van a matarlos —dijo casi al borde de las lágrimas.

Nos tomamos de las manos. Estaba tan depauperado. Sus ojos no brillaban. Su cabello estaba opaco. Conversamos un rato más, luego yo hice un poco de campana, hacía como que hablaba para que Lisandro pudiera

explicarle cuál era su plan. Era eso o el fusilamiento.

Antes de irnos lo abracé, fuerte, mucho. No sabía qué iba a pasar, nuestro plan podía no funcionar. No te mueras Antón, pensé.

—Te amo. Te espero. Te quiero —dije, plañidera.

Salimos y caminamos en silencio. Las palabras sobraban. Había que esperar y confiar en que todo iba a salir bien.

La muerte. Algunas veces estuve coqueteando con ella. Pero ahora todo era diferente. No era mi propia muerte la que daba vueltas a mi alrededor. Era la de Antón. Era la injusticia. Era la impunidad. Era lo que se estaba escribiendo con la muerte... Era la “pena” de muerte.

LA PENA DE MUERTE

Llegó el día del veredicto de fusilamiento para Severino y su cuñado. La muerte no los iba a sorprender, la muerte les estaba asignada. Un juicio corto, una sentencia, una decisión, debían morir. Me pregunto qué pensarán.

Los diferentes diarios coreaban la intimidad del sentenciado a viva voz, a viva opinión. “Huérfano de padres, a los 19 años comenzó con la militancia anarquista. Al mismo tiempo que en Italia se producía el ascenso del fascismo de Benito Mussolini. Con su esposa y sus tres hijos se exilió en Morón, donde fue tipógrafo...” “Di Giovanni será fusilado mañana a las 5 horas. El general Uriburu puso anoche el cúmplase a la sentencia de muerte”. “Scarfó fue condenado a la pena de muerte y será fusilado el día martes”. Y hay mucho más.

Era el tema del que todos hablaban. Los pobres lloraban. Los ricos aplaudían. El circo seguía. Pero sin pan.

Lisandro me contó los detalles legales del juicio; se me puso la piel de gallina.

Si nuestro plan fracasaba, Antón sería el próximo ejecutado por la pena de muerte. Dios nos ayude...

El recorrido hasta la Penitenciaría lo hicimos en silencio. Llegamos: alboroto, periodistas. Salían la esposa de Di Giovanni y una de sus hijas. Seguro habían venido a despedirse. Se me partió el corazón ponerme en su lugar. La mujer tenía la mirada opaca, resignada. Acababa de ver a su compañero de vida por última vez. Esa niña, que aún estaba creciendo, venía de despedirse de su padre. Por Dios, qué está pasando con la humanidad. Las miro, no puedo dejar de mirarlas.

Quiero abrazarlas. Quiero que sepan que siento su dolor, justo aquí, en mi corazón. La mujer se da vuelta y me mira. Su rostro, mustio. Abraza a su hija, camina apresurada, desea evitar a los periodistas que quieren saber, que preguntan... Morbosos de mierda. No podían respetar el dolor de esa pobre mujer. Tuve el impulso de acercarme y ayudarla a salir, pero Lisandro, adivinando mis pensamientos, me tomó del brazo. “No se te ocurra”, dijo.

Esperamos un rato más, lo llamaron a Lisandro, lo dejaron entrar diez

minutos. Solo.

—¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Va a poder lograrlo?

—Shh, cállate y salgamos de acá —espetó Lisandro. Me tomó del brazo y salimos de la Penitenciaría.

—Todo va a estar bien. Mañana, Enriqueta. Mañana...

LA HUIDA

Llegamos a la Penitenciaría, pletórica de gente. Políticos, periodistas, curiosos.

Se me atragantaban las palabras. Severino estaba a punto de morir asesinado. Y nuestro plan a punto de comenzar. Temblaba entera.

Alguien dijo “por allá”, y todos fuimos detrás. Agolpados. Ansiosos.

Anhelantes. Todos íbamos a verlo morir. Los preparativos, por aquí, por allá, papeles, fusiles y él. Ahí, henchido de pecho, esperando las balas. Sin miedo.

Mientras leían no sé qué cosa antes del fusilamiento, Lisandro me hizo la seña acordada. Era el momento de irme. Yo no iba a verlo morir. Caminé en reversa.

Salí del lugar. Tenía que seguir con el plan, llegar a la esquina, pavonearme un rato para que me vieran y luego correr. Y corrí.

Severino estaría recibiendo las balas en su pecho y yo corría. Esa imagen me llenaba los ojos de lágrimas, me borraba la visión. Y yo corría. Tenía que llegar al lugar indicado. Ya no podía respirar. Y llegué. Y esperé, y esperé... Los minutos fueron horas y las horas seguían pasando. Temblaba entera. Seguro que nuestro plan había fallado. El crepúsculo desaparecía y me perdía en la noche.

Severino ya no estaba en este mundo, yo seguía sufriendo. Su esposa seguía sufriendo. Su amante seguía sufriendo. Sus hijos seguían sufriendo. Él descansaba en paz.

—Enriqueta, Enriqueta —escuché la voz de Lisandro, que salía de un auto.

Corrí, subí. Miré para atrás y lo vi. Estaba ahí, con el traje a rayas y los grilletes puestos. Cómo lo había logrado no importaba, luego hablaríamos.

Ahora teníamos que irnos. Nos fuimos a Avellaneda, a la casa de no sé quién.

¿Nos persiguen? No podía controlar mi mente, mi cuerpo...

Llegamos a un lugar. Nos recibió un matrimonio de ancianos. Amables, amorosos. Nos ayudaron a bajar a Antón del auto.

Cuando estuvimos seguros, nos abrazamos. Lloramos. Lo habíamos

logrado.

Mientras Severino moría fusilado, Antón salía por la puerta principal en una silla de ruedas en manos de un enfermero, con las piernas tapadas. Nadie se dio cuenta, estaban todos tan ocupados en ver cómo moría Severino...

—¡Lo logramos! ¡Lo logramos! —repetía Lisandro.

Antón me tenía abrazada. Y yo lloraba, temblaba.

—Gracias, Lisandro, te debo más que la vida, te debo la vida de los dos.

—Ya vas a tener tiempo de pagarme todo, lo importante ahora es que te recuperes.

—En un rato viene mi hijo a sacarte eso —dijo el anciano señalando los grilletes.

—Bautista. ¿Nadie sabe que está en Córdoba, no? —preguntó con preocupación. Cuando descubrieran que había escapado seguro iban por sus seres queridos.

—Nadie sabe, está con Lucrecia y Lucio. Hablé por teléfono con él. Se lo escucha muy bien. Yo había pensado que tal vez podríamos irnos a Uruguay, o Paraguay o Brasil.

—No, antes tenemos que matar a Lugones. Ese hijo de puta no merece vivir. Pero no quiero ponerle una bomba en los pies. Quiero que sufra, mucho, y que pague por todos los que hizo sufrir...

Suspiré. No era momento para hablar del tema.

Nos sentamos alrededor de la mesa a tomar sopa. Hacía calor, pero sabía deliciosa, restauradora.

—Lisandro, te debo mi vida —repitió Antón mirando a su amigo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Querido amigo, no iba a dejarte ahí. Yo tengo que volver, y mañana ir a buscarte como siempre. Y enterarme ahí de que no estás, para no levantar sospechas. Mañana fusilan al cuñado de Severino, así que voy a aprovechar que todavía hay revuelto para terminar con este asunto.

—Te pido que tengas mucho cuidado. Están cebados... No tienen escrúpulos ni límites.

—No te preocupes, voy a estar bien. El que tiene que desaparecer sos vos. Fijate si te podés cortar el pelo, no sé, algo. Y no te muestres, que si te agarran, ahora sí, vas derecho a la muerte. Y vos, Enriqueta, seguí haciendo tu vida normal. Nada de andar juntos. Por un tiempo, y vamos viendo.

Esas palabras me helaron la sangre. Pero Lisandro tenía razón.

Y ahora estaba ahí, escondida junto a Antón en Avellaneda. Por suerte

estaban todos tan ocupados con los fusilamientos que el escape de Antón pasó bastante desapercibido.

No me despegué un segundo de su lado. Limpié sus heridas, le di comida en la boca. Encerrados, juntos, pasábamos las horas leyendo todos los diarios que nos traían, escuchando la radio, conversando, jugando a las cartas. Teníamos que dejar que el tiempo pasara...

No seguí con mi vida, como indicó Lisandro que hiciera, seguí con la vida de Antón...

IRÓNICAMENTE JUSTO

Antón no recuperó del todo la salud. Algunas infecciones siguieron socavando su cuerpo. Pernoctamos en varios lugares hasta que nos instalamos en la villa, que crecía a pasos agigantados. Primero las viviendas, luego las casillas de chapa, ahora, lo que se podía, lo que había. La pobreza nos abrazaba, sin igual.

La desocupación dolía al trabajador. Antón comenzó a rearmarse con algunos amigos de la sede que vinieron a buscarlo. Lograron entusiasmar a Palacios, que también había estado detenido en la Penitenciaría, pero gracias a su prestigio logró salir.

Entretanto, tras bambalinas se gestaba la futura elección presidencial: Uriburu transitaba los últimos momentos de la dictadura y ayudaba a su colega, Agustín Justo, a prepararse para las adelantadísimas elecciones. Recorrían el país rezando sus falsos credos de la política inventada que predicaban.

Y así, con un “fraude patriótico”, como ellos mismos lo llamaron —qué descaro— ganaron las elecciones apoyados por los mismos que avalaron la dictadura un rato antes; era una continuación de gobierno, ya que seguían estando los mismos fulleros.

Por supuesto que Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto quedaron solo en los papeles, ahora la patria era de Agustín Justo y Julio Roca (hijo). Como les dije, mismos nombres que van dando vueltas en un gran bolillero y ahora los padres, y después los hijos, y luego los amigos...

Fui muriendo, de a poco. Al ritmo de mi esperanza. Salía cada mañana con mi mejor cara, mi único vestido, a buscar trabajo. Y con el crepúsculo, los pies hinchados y el ánimo muerto regresábamos todos casi a la misma hora.

Cruzábamos la calle y nos internábamos en nuestro propio infierno. Y ahora cada uno tenía que lidiar con los suyos. No había trabajo, no había comida, solo desazón y desespero. Y yo quisiera que la magia nos abrazara. Quisiera que Ricardo, Domingo, José y otros tantos pudieran jugar con sus hijos y sus esposas, sonreír, disfrutar de la tranquilidad que se merecen. Y no verlos desahuciados, esquivando el camino, yendo por alguna botella que les

disgregue la realidad para no tener que ver el rostro de sus niños hambrientos, harapientos... Sus ojos gritaban desesperación y pedían ayuda, y no sabían cómo salir de ese infierno que cada vez los absorbía más y más...

Nuestro palacio era de chapa, sin piso. Mi bitácora descansaba sobre un cajón de madera que oficiaba de cómoda. No tengo con qué seguir pegando los recortes de diarios en mi carpeta. No tengo plata ni para comprar una cola.

Mezclo un poco de agua y harina. Quiero pegar el recorte donde las familias oligarcas de la Capital, con los jueces y el obispo, otra vez aplauden esta nueva fórmula de los nuevos dictadores. Justo, Roca hijo, otros muchos... Y lo hago.

Y ahora Justo. Que daba discursos socialistas, ¡asco! Dictador, ¡me enoja!

“Que pienso en los trabajadores, que las políticas sociales”, anunciaba. ¿Saben cuál fue una de las medidas que tomó? Cedió treinta vagones para utilizar como viviendas. Cajas de madera para humanos desahuciados, vaya política social. Y ahí, cual bichos enjaulados, seguíamos viviendo, buscando desesperadamente la forma de salir.

Supongo que luego pasarán en sus autos negros y grandes a ver cómo estamos hacinados en los vagones, como un paseo por el jardín zoológico. ¡Ándate a la mierda, Justo!

La villa desocupación crece, cada vez son más las familias que cambian de categoría a pobres. Villa desocupación, villa esperanza, villa de la miseria, nuestra villa, nuestro hogar, nuestra patria.

Villa de la miseria, dicen, ¿la miseria de quién? Ya no les gusta pasear y vernos, como chanchos en nuestro chiquero. Nos quieren ocultar detrás de la escoba como a la basura. No les gusta que nos vean, nos quieren tapar. Nos quieren desaparecer. Somos la oscuridad que no quieren ver.

Los diarios avanzaban sobre las medidas oportunas del nuevo mandatario.

Que obras. Que viajes. Que los acuerdos con los ingleses para aliviar a la oligarquía ganadera... Nosotros seguíamos esperando alguna política social que mejorara la estadía de los pobres infelices, los obreros. Pero la mirada de los políticos nunca estuvo puesta en los proletarios. Las medidas políticas, mal que nos pese, siempre estaban inclinadas a aliviar a la oligarquía comandante del país.

Espectadora, crítica de la realidad que me abrazaba a diario y me estrujaba.

Así estaba, sola. Antón comenzó a ocupar su tiempo en reuniones, en contactarse con uno, con otro. Yo no lo seguí. Me quedaba en mi propia jaula

tratando de matar el tiempo con algún libro. Sufriendo mi vida. No quería volver a empezar.

Porque siempre había un final, cerca, apesoso. Tanta desilusión en mi corazón.

Pero tampoco quería decírselo a Antón. Él seguía con el mismo entusiasmo de siempre. Yo, no.

Desganada de la vida, me convertí en casi una vagabunda. Era lo mismo pernoctar en la villa que en cualquier rincón. Horas caminando por donde fuera.

Vi una obra en construcción y me metí, corrí una chapa acanalada, no fue difícil.

Nunca le tuve miedo a la oscuridad, hay muchas cosas peores que la oscuridad.

Al contrario, muchas veces sentí que la oscuridad me protegía, como en ese momento. El sol desapareció. Las calles estaban desoladas, frías, oscuras y peligrosas; en cambio, ahí no. Me senté en el piso, me apoyé contra una pared y metí la cabeza entre las rodillas. Estaba a punto de irme a mi mundo fantástico, decidiendo con quién iba a disfrutar la próxima ensoñación, cuando sentí que alguien me tocaba el hombro. Casi muero del susto. Ahí sí tuve miedo. Me levanté de un tirón, y lo vi.

—No se asuste, m'hija.

Era un hombre mayor, canoso, con una barba enredada y mirada clara.

—Soy el sereno.

—Ah, bueno, perdón, ya me voy —dije, y me dispuse a salir.

—No, a esta hora una señorita sola es peligroso. Quédese acá, yo le presto una frazada.

Lo miré con extrañeza.

—Si no molesto. No me di cuenta y se hizo la noche lejos de donde vivo.

—No, yo justo iba a prender el calentador para tomar mate, ¿quiere?

—Bueno —dije solo para no ser descortés. No tenía ánimo para tomar mate con el viejo y que me contara su historia triste. Pero...

—¿Por qué no me cuenta su historia?

Y así fue como terminé yo contando mi historia triste, llorando y luego durmiendo. Me desperté con el sol.

Ese hombre, cuyo nombre era Rubén, era albañil, y como tuvo varios accidentes que no le permitían seguir trabajando como tal, los patrones en agradecimiento a tantos años de servicio lo dejaron como sereno. Trabajaba

cada noche. Y de día se iba a su casa y hacía changas para sus vecinos. Un arreglo de una puerta, un apisonamiento de algún piso, cuidar algún crío mientras su madre se iba a trabajar. Mantenía su día ocupado y conseguía unos pesos extras. Así vivimos nosotros, con la maldición de haber nacido pobres en un país donde manda la riqueza. Mientras las listas de desocupados se engrosaban, el presidente prometía luchar contra la desocupación. Y por otro lado erradicar la villa desocupación. Sacarla de la ribera de Palermo; “daba mal aspecto”, decía.

Quería trasladarla a la zona portuaria. ¡Vivan las políticas sociales!

EL ALMUERZO

Ya no creo en la noticia, en los diarios. A veces me confundo, siento que la objetividad es subjetiva y entonces todo pierde perspectiva. El dictador ahora intervenía las provincias gobernadas por la oposición. Y otras noticias del mismo color. A pesar de eso, sigo pegando los recortes. Me gusta llevar una línea de los nombres que van ocupando el poder, como dije antes, siempre los mismos y sus familiares. Bueno, en este nuevo gobierno de facto, Bosch y Adolfo Bioy, sí, el padre del escritor de moda, ocupaban un ministerio. Cuántos apellidos conocidos, ¿no? Hoy aquí, mañana allá. Hoy él, mañana su hijo, su sobrino... A nuestro querido Palacios le costaba encontrar su lugar ahí, esquivaba las balas en los discursos. Estuvo preso. Y así andábamos...

Mientras ellos se reacomodaban, yo seguía deambulando por las calles, buscando trabajo. Antón ya no me reclamaba. Las veces que no fui a dormir no preguntó dónde estuve. Creo que ya no era entretenido estar con alguien como yo. Nuestra relación amorosa se desteñía.

Recibí una carta de Lucrecia. Como no podía ubicarnos, le escribió al Tano.

Estaba embarazada. Bautista estaba muy bien. Iba a la escuela del pueblo y tenía muchos amigos. Estaban felices y querían tener noticias nuestras. Otra vez me entristeció estar ahí, en el medio de la mugre, de la pobreza. Hubiera querido estar allá, con ellos... Lejos de alegrarme, la escuela de mi amiga me entristeció más.

Enojada con la vida, salí. No le dije nada a Antón. Tenía ganas de caminar, de no hacer nada. De comer rico. No sé si seré yo, o será él, pero creo que ambos, en silencio, comenzamos a culparnos por la suerte de los dos. Ya no éramos la pareja amorosa que fuimos. Antón estaba recuperándose de las torturas, su cuerpo estaba demolido. Yo estaba cansada. Era lógico que el colchón lo usara Antón; apenas si podía caminar. Sus costras inundaban su cuerpo. Sus huesos aún se estaban soldando. La familia que quisimos construir los tres ya no existía.

Tal vez el amor que nos unía no era tan fuerte, o verdadero. ¿El amor se cansará como nosotros...? No lo sé, pero nos estábamos alejando cada vez

más... Él por allá, yo por acá. Nos respetábamos. Y punto. Y nada.

Al cruzar la calle miré y estaba al frente del hotel más suntuoso de la Capital.

Ingresé y fui directo al comedor. Cuánto lujo, cuánta riqueza. No llegué a sentarme cuando se arrimó alguien vestido de pingüino y me dijo que me retirara, que ese no era lugar para mí. Ah, cómo me enojé. Me apuré y me senté, sacudí mis zapatos y llené el lugar de barro seco. Lo miré desafiante.

—¿Me vas a sacar? —dije, agarrada a la silla con todas mis fuerzas. Las personas ya estaban observando. El mozo se fue a buscar ayuda. Al rato regresó.

—Puede quedarse, dígame lo que quiere pedir y que sea rápido.

Lo miré.

—No tengo plata para pagar —dije, provocadora.

—Es una invitación, si no fuera por el señor Jones ya la hubiera sacado a patadas de acá.

Quieta, no sabía qué hacer ni qué decir.

—Ah, ¿pero qué te crees, que ese traje ridículo te da el poder que nunca vas a tener? ¿O cuando salís de trabajar te vas a tu mansión...?

Me miró, iracundo.

—No puedo creer lo pava que eres. Claro que soy pobre. Pero este trabajo le da de comer a mi familia. Y no quiero perderlo.

Lo miré. Me sentí muy avergonzada.

—Perdón —dije.

—Aquel te invita. El inglés —dijo sin preámbulos.

Miré, confundida. Un cogotudo inglés me invitaba con la comida. Bueno, mejor. Abracé la carta. Pedí salmón, legumbres, puré de no sé qué. Ni lo miré al inglés. Comí ante la mirada de algunos espectadores horrorizados que no soportaban mi presencia. Comí feliz. Tomé vino, creo que del bueno, sabía suave, intenso. Comí ambrosía, tomé café. Me seguían mirando, hacían muecas... Y yo comía. La buena comida, al menos en mí, tenía ese poder de arreglarlo todo.

—¿Puedo?

Levanté la vista y lo vi, claro que era el inglés, por el acento, digo. En ese momento me arrepentí de estar ahí. Me sonrojé. Siempre con mis emociones inseguras, que sí, que no... Levanté la vista. Inspiré.

—Usted paga...

—No quiero molestarla, solo quería agradecerle por aceptar la invitación.

Me dio mucho placer verla comer con tanto gusto.

—Es el hambre.

—William, ¿y su nombre?

—Enriqueta. ¿Por qué me invitó la comida?

—No sé. Tal vez porque pensé que usted tenía mucha hambre.

—Muchas gracias.

—Voy a estar justo un mes aquí. Está usted invitada a almorzar todos los días que quiera.

—¿Y usted qué hace ese mes acá? Digo...

—Trabajo, vengo de Londres.

—Ah, muchas gracias, tengo que irme.

Me levanté, junté lo que había sobrado, lo enrollé en una hermosa servilleta de tela y me lo llevé. Vi que levantó la mano cuando quisieron agarrarme casi en la puerta de salida. Me fui.

William, de Londres. Buen mozo. Linda sonrisa. Sacudí la cabeza. Caminé.

Me temblaba el cuerpo. Me sentía incómoda. Quería correr, quería gritar. Panza llena, corazón contento... y de yapa, un muchachón.

Ingresé al pasillo principal, les di la servilleta con comida a unos niños.

—¿Dónde estabas? Te guardé unos sándwiches, los hicimos para la reunión —dijo Antón apenas me vio.

—Gracias, salí a tomar un poco de aire. Me duele la cabeza.

Antón me sonrió y siguió caminando.

—Están sobre la cama —me gritó.

—Bueno.

Los sándwiches se los regalé a los chicos. Me recosté sobre la cama y cerré los ojos. Repasé la comida, las cortinas, las sillas, William... Un mundo que me estaba negado. Me gustaba ese mundo, quería estar ahí, vivir así. Espanté las moscas y traté de dormir. Me tapé con un diario. Las moscas...

Por supuesto que fui al otro día, pero me arreglé un poco. Dije que iba a una entrevista de trabajo. Mentí. Le mentí a Antón. Lo hice por la comida, o por todo lo que implicaba ese lugar: lujo, bienestar, pertenencia y cuántas otras pavadas más que siempre critiqué y que ahora deseaba.

Mientras caminaba hacia el hotel pensaba en lo que estaba haciendo. Sabía que regresar a ese lugar me podía meter en problemas. No me importaba. En la villa me estaba pudriendo por fuera y por dentro... Antón hacía lo suyo y yo no sabía qué hacer. Sin vida, sin emociones, sin esperanzas. Una muerta que respira, eso era. Tal vez solo era una justificación.

Cuando crucé el quicio de la puerta me arrepentí, quise volverme, giré y lo vi.

Bajé la mirada. Volví a girar y me senté a la misma mesa. El mozo me trajo la carta y ahora, despacio, elegí qué comer. Enfrentados a la distancia, así estábamos. Me miraba, siempre. Cada bocado que metía en mi boca, levantaba la vista y lo miraba, fijo, masticaba, luego dejaba caer los párpados. Y otra vez. Me sentí una actriz de cine en ese juego seductor... y William se acercó. Metí la cuchara llena de flan en mi boca, lo miré y pude ver cómo se sonrojaba, sus ojos brillaban. Seguro que había una guerra en su entrepierna. Sonreí pensando en eso. Terminé el bocado, limpié las comisuras de mis labios con la servilleta y lo miré fijo.

—Hola, William.

Desconcertado, me contestó.

—Hola, Enriqueta.

Me miraba. Quería descubrirme. Y yo quería quedarme allí para siempre. Me gustaba ese calorcito del buen comer, del buen lugar.

—¿Quién eres? —pregunté dejando de lado los formalismos verbales.

—Usted primero —dijo pícaro. Y ahora me trataba de usted, farsante.

—Me llamo Enriqueta. Y bueno, ya te diste cuenta de que soy del bajo...

Sonrió.

—¡Qué! ¿Acaso la pobreza te causa gracia?

—No, claro que no. Es como te describís.

Lo miré, seria, interrogante.

—Escucho —dije.

—Estoy por negocios que tiene tu gobierno con nuestro gobierno.

Se me saltaba la chaveta por contestarle, pero me contuve. No podía perder ese privilegio. Comer todos los días en ese lugar. Pero sabía muy bien cuál era el negocio al que se refería.

—Ah, acá las cosas no están tan bien como te las deben contar. Hay mucha desocupación, hambre.

—Sí, me imagino —interrumpió.

—Me tengo que ir —dije; conversar no me lo ponía fácil. Éramos los opuestos. Que me pague la comida y listo. Pero, pensándolo bien, si esperaba un rato iba al baño y ya me iba lista.

Otra vez esa sonrisa, majestuosa. Esos dientes brillantes. Esos ojos...

—Un café y luego te vas, ¿qué te parece?

—Bueno.

—¿Dónde trabajas?

—No trabajo, estoy buscando algo.

—Ah. ¿Y de qué buscas trabajo? Tal vez pueda ayudar.

—Acá, me encantaría trabajar acá. Sé escribir a máquina, sé inglés, sé de todo... —dije apresurada. Vi la oportunidad, potencial, pero igual no la iba a dejar pasar.

—Bueno, pregunto.

Se levantó y se fue. Boquiabierto, lo vi alejarse. Me llamaba la atención lo alto que era. Yo no sabía si tenía que esperarlo o irme. Esperé.

Me recosté en la silla. Inspiré muchas veces como si pudiera tragarme toda la abundancia de ese lugar, sus aromas. Lo vi venir.

—Empiezas mañana. Lo que sí tendrías que ir esta tarde a esta dirección para que te confeccionen la ropa que vas a utilizar.

Lo miré, sorprendida, asombrada.

—¿Qué? ¿De qué?

—Tengo mis contactos por aquí y tú necesitas un trabajo. Ahora lo tienes. Es lo que querías, ¿no?

—Yo... no sé qué decir. No esperaba esto por nada del mundo. Vengo de malas hace rato. Y ahora... gracias —dije, y tuve que contener las lágrimas. Un trabajo de verdad. De los buenos. Con las manos y los pies limpios. No podía creerlo.

—No sé quién eres, William, pero muchas gracias —volví a repetir—. Cómo voy a pagarte este gran favor.

Sonrió.

—No me debes nada.

Lo miré seria, algo sucio pasó por mi cabeza.

—¿Me vas a pedir algo a cambio...? —pregunté con desconfianza.

—Nada, no quiero nada a cambio. Tranquila. Bueno, me tengo que ir.

Me quedé sin palabras. Un sueño, eso era, un sueño que se hacía realidad.

Tanto esperé un milagro. Creo que acababa de ocurrir.

Miré la dirección y me fui directamente.

Regresé casi de noche. Todos me decían al pasar que Antón me había estado buscando.

—¡Enriqueta! ¿Cómo te fue?

Lo miré. Le mostré la bolsa.

—Conseguí trabajo. Empiezo mañana.

Antón me miraba boquiabierto.

—Pero qué bien, ¿dónde...?

—Mañana empiezo en el Hotel Plaza como recepcionista. Estoy muy feliz. No lo puedo creer. No sabes lo que es ese lugar.

—¿En el Plaza? ¿Cómo llegaste ahí?

—Había un anuncio, fui, hice cola, rendí el examen que consistía en escribir a máquina y hablar inglés. Quedé —mentí otra vez.

Antón me abrazó.

—¡Te lo mereces, mi amor! Era hora de que alguien descubriera tu inteligencia.

La oscuridad nos encontró juntos, en la misma cama, apretados.

—¿Te lastimo? Voy al colchón.

—No, quédate conmigo. Te extraño.

Me acurruqué, cerré los ojos.

Antón comenzó a besarme el cuello. Me incomodaba.

—Cuidado, te vas a lastimar —dije, excusándome—. Me levanté y estiré el colchón.

—¿Qué te pasa, Enriqueta?

—Nada, mi amor. Estoy un poco nerviosa por el trabajo nuevo —mentí.

Estiró su mano buscando la mía. Y yo me hice la tonta. Y espesé mi respiración. Y fingí dormir. Pero, lejos de dormir, el Plaza ocupó todo mi pensamiento, con William al frente... No sé. Rara. Siento que estoy traicionando a todos los pobres por querer ser rica. ¿Será? No pude dormir. Me molestaba estar pensando todo el tiempo en mi bienestar, en mi nuevo trabajo, en mis almuerzos en el grill del Plaza. En el baño, ¡qué baño! Podría vivir feliz ahí adentro.

Me dolía darme cuenta de que en mi futuro inmediato, en mis pensamientos, no estaban ni Antón ni la villa... Es más, contaba los minutos para irme, para dejar de pelear con las moscas. Para dormir otra vez en una cama decente, con sábanas limpias, almohada.

En fin, los almuerzos en el Plaza me habían abierto una puerta inesperada, ¿ansiada? Una vuelta a la esperanza.

EL PLAZA

Mi primer día de trabajo. Nerviosa. Me indicaron que fuera a desayunar con mis nuevos compañeros. ¡Nos daban el mismo desayuno que a los huéspedes!

Me perdí entre las fuentes de plata repletas de jamones, quesos, frutas frescas, medialunas, vigilantes, sacramentos. Comí alocada. Gran error.

Me pasé todo el día yendo al baño y rezando para que no me echaran. Por suerte no lo hicieron. Me tuve que adaptar, ser un poco más recatada.

Hace varios días que trabajo en este lugar. Soy otra. Tengo el pelo suave, estoy perfumada. Nunca me imaginé que estaría tan a gusto entre todos los cogotudos, oligarcas y demás personajes que pernoctan en el hotel. Estar del lado de ellos, aunque sea para servirlos, ya no me parecía tan malo... En fin... Lo triste era cuando el día terminaba. Regresar a la villa con el crepúsculo sobre mi cabeza era como la muerte misma. Por supuesto que nunca dije que vivía en la villa, se imaginan, me hubieran echado enseguida; dije que vivía con una tía en San Telmo. La mentira se me da bien. Por suerte.

No volví a ver a William. Se lo había tragado la tierra. Me moría por preguntar el número de su habitación, aunque no lo hice. Traté de buscarlo, pero no lo encontré. Era como un ángel que había venido a darle un respiro a mi agitada vida. Y a soplar a Antón de mi corazón. Eso no me gustaba. Nada, nada.

Mi ser caminaba entre dos mundos. Uno, con los pies llenos de barro, las moscas pegadas en mi piel. Otro, con la panza llena y el cuello perfumado. Una delgada línea los separaba. Una línea que me hubiera gustado cortar definitivamente y caerme del lado del placer. ¿Y Antón?

La cocinera se llamaba Delicia. Y era realmente una delicia de persona. Cuando podía me daba comida para llevarle a Antón. Era buena, discreta. Me ayudó a entender el trabajo, a no meter la pata. Era casi de noche y me estaba despidiendo de mis compañeros cuando la vi correr hacia mí con un paquete; era comida.

—¡Muchas gracias, Delicia!

Antón me estaba esperando. Ese día trabajé hasta más tarde.

—Al fin, me estaba preocupando.

—Me demoré, llegaron unos clientes nuevos, Delicia me dio esto —dije levantando el paquete.

—Ah, estoy muerto de hambre, vamos.

El cajón de madera era nuestra mesa. Dispuse en un único plato el cerdo a la ciruela, las papas y las batatas, y con un tenedor cada uno comíamos. Yo le dejaba más a Antón, era su única oportunidad de comer esas exquisiteces.

—Te quería proponer que comencemos a buscar una pensión, apenas cobre nos mudamos.

Levantó la vista, me miró y luego me dijo, con la boca llena de comida:

—Detuvieron a dos de los muchachos de la sede. Lisandro me contó que les preguntaron por mí. Es mejor que yo me quede aquí por un tiempo más. Pero vos no.

—No puedo irme sola y dejarte aquí... —dije.

Claro que podía irme sola, anhelaba irme sola.

—Acá no me van a buscar. Y apenas las cosas se calmen un poco vamos a traer a Bautista y nos vamos los tres a vivir juntos a una casa...

Lo miré. No sonaba tan alentador como antes. Para ninguno de los dos. Le devolví una sonrisa. La magia de “todo lo podemos juntos” no estaba...

—Comé, me estoy comiendo todo yo solo.

Sonreí. Me dolía el corazón al ver cómo nuestras ilusiones se desparramaban como agua derramada.

—Antón. Cuídate por favor. Por Bautista.

—No te alarmes. Voy a estar bien. Y tengo esperanzas, creo que esta vez lo vamos a lograr. Hay buenas personas que están dispuestas a representarnos en el Congreso. Espero sinceramente que no se crean el cuentito de que Justo es socialista. Su mirada está enfocada en el poder igual que todos. Lo que no puedo superar ni soportar es que Lugones camine libre por las mismas calles que nosotros. Eso me carcome vivo. Me quita el sueño...

—No quiero que pienses más en eso. Te llena de resentimientos. El corazón de odio. Lugones tiene impunidad eterna. La vida se va a encargar de que pague lo que debe, vas a ver...

—Sí, tienes razón.

—Cuántas cosas pasaron en nuestras vidas en poco tiempo, ¿no? —dije.

—Sí, es verdad. Extraño mucho a Bautista. Tengo que ir a buscarlo.

—Apenas consigas un trabajo vas a poder traerlo.

Dejó de comer y me miró.

—No hablaste de los tres. Estás rara, distante —dijo, y luego siguió llenando su boca de comida.

—Deja de decir pavadas. ¡Qué rara! Soy rara. ¿O es que nunca te diste cuenta?

Levantó la mirada, esa mirada que dice algo totalmente diferente a lo que sale de los labios.

—Sí, es verdad. Mañana mismo vamos a buscarte una pensión segura.

Ninguno peleaba por nuestro amor. Lo dejábamos en puntos suspensivos. En ya va a pasar. Tal vez pase. Entonces comprendí que el amor no se sostiene por sí solo. El amor se construye. Es la extensión amorosa de uno que se fusiona con la del otro. Nosotros lo estábamos dejando solo. Que resuelva el amor lo que nosotros no podíamos, no queríamos o no sabíamos...

Mientras algo moría entre nosotros, yo volvía a empezar.

LA COMODIDAD

Antón me ayudó a mudarme a la pensión nueva, por cuestiones de seguridad, dijo. Me reconfortó tanto volver a tener privacidad, un cuarto, una cama, una cómoda. Ordené mi bitácora, mi ropa y salí a despedirme de Antón. Nos abrazamos, nos dimos un beso en la boca y nos miramos. Tristeza.

—¡Cúidate! —grité para decir algo. Para interrumpir ese silencio que tal vez decía adiós.

Me contestó con una sonrisa y se fue. Yo ingresé, me recosté en mi nueva cama, abrí los brazos al techo y sonreí. Se sentía bien.

Otra de las cosas que descubrí es cómo el desayuno cambiaba mi actitud ante el día. Era como si mi cerebro estuviera más oxigenado. Tenía más energía. Una compañera, Dolores, me dijo que me arreglara las uñas. En la recepción las manos se veían mucho. Me mostró las suyas, acharoladas, se veían perfectas.

—Sí no te importa, yo te las puedo pintar, a mí me gusta mucho.

—¡Sí! Me encantaría —dije.

Y mis manos se refinaron. Y mis días ahora eran alegres, lindos. Mi lugar de trabajo era impecable. Me gustaba estar ahí. Agradecía estar ahí. ¿Y Antón?

Cada vez pensaba menos en él. Me sentía fatal por eso.

Estaba sentada en la cocina del hotel; era la hora del almuerzo. Me miraba las uñas, Dolores había hecho un trabajo impecable con mis manos.

—Buenos días, Enriqueta.

—William —dije casi gritando. Contuve el impulso de correr y abrazarlo.

—Vamos, te invito a comer. Ya le pedí permiso a tu supervisor.

No me importó nada. Me levanté y lo seguí. Nos sentamos a una mesa que nos indicó uno de mis nuevos compañeros.

—Te ves muy hermosa.

—Gracias.

—¿Te gusta el trabajo?

—Sí, mucho. Te lo agradezco realmente, no sabes cómo me cambió la vida.

Sonrió. El mozo era Lucas; me miraba y se reía solo. Nos extendió una carta a cada uno. Hice mi pedido. Me quedé en silencio, observando.

—Me alegra que estés bien.

—Hace mucho que no te veo por aquí.

—Estuve de viaje.

—Y tu trabajo era...

—Estamos trabajando en un proyecto de un banco.

—¿Banco? ¿Otro banco privado?

—No, no. Un banco oficial.

—Ah, del Estado.

—Algo así. Es una buena iniciativa del poder y... No te voy a aburrir con cuestiones políticas.

—Claro —dije, ¿un banco oficial? Mi cabeza empezó a maquinarse. Uf, no podía controlarla. Quería preguntarle más. Pero no, no correspondía. Iba a salir corriendo si empezaba con todas mis teorías, preguntas...

—Mañana no voy a estar a la hora del almuerzo, pero quería invitarte a cenar. ¿Te gustaría?

—Sí —dije sin pensarlo mucho.

—¿Te parece a las ocho, acá?

—Claro.

Terminamos con el almuerzo y me fui, tenía que regresar a la recepción. Él se quedó allí. ¿Cómo pude aceptar esa cena? Eso era decirle que sí, que me atraía.

¿Y Antón, y Bautista? ¿Qué me estaba pasando? Antón llegaba a mis pensamientos con sentimientos culpables. William, en cambio, era el hombre de mis ensoñaciones. Tenía culpa por lo que sentía.

Llegué, insegura. William ya estaba ahí, fumando. Sentí pena por Antón al ver el porte de William, su ropa, su cabello con brillantina estirado para atrás, sus zapatos lustrados. ¿Cómo se vería Antón en esas mismas condiciones? ¿Acaso la riqueza embellece?

Venía directo a mí. Era un hombre rico. Y estaba implicado en el proyecto de la creación de un banco oficial, era un hombre político. Uf, algo me decía que esto no iba a terminar bien. Esas cosquillitas en las vísceras que te quieren hablar y una se hace la sorda.

—Pensé que tal vez no vendrías.

—Tal vez no tendría que haber venido —contesté; me molestó lo que me dijo.

—No, no quise decir eso, es que tenía miedo de no encontrarte aquí.

—Ah.

—Desde el primer día que te vi, mi corazón te abrazó. No pude dejar de pensar en tu rostro en cada segundo del día.

—Gracias.

—Me despierto pensando en tu sonrisa.

—Gracias —repetí; ya me estaba poniendo incómoda con tanto piropo.

—¿No vas a decir otra cosa que gracias?

Me ruboricé. No sabía qué decirle. Quería irme de ahí, pero a la vez no me quería ir. Me gustaba. William me gustaba mucho. Aunque algo en mis entrañas gritaba que estaba mal. Tal vez era yo con mis eternas inseguridades, culpas.

—¿Te sentís bien? ¿Te molestó algo que dije?

—No, estoy bien.

—¿Quieres conocer mi cuarto?

No contesté. Me pareció fuera de lugar la invitación.

—Vamos. Te quiero mostrar algo.

—Vives aquí, ¿verdad?

—Por ahora sí.

Caminé detrás de él, inestable. Me movía la curiosidad. La incertidumbre.

El cuarto era directamente una mansión para mis ojos. Había visto algunas de las habitaciones, Dolores me enseñó, pero nada igual a esto.

—Mira —dijo, y abrió la ventana.

La ciudad de noche. Me dio escalofríos. Era muy hermoso. Jamás en mi vida había visto algo así. La ciudad protegida por sus luces. Miles de almas caminaban bajos esos rayos lumínicos, con sus alegrías, sus tristezas, sus locuras, sus cosas...

—Es un poema.

—Sabía que te iba a gustar —dijo, y luego me abrazó por atrás. Me quedé quieta. Sentí cómo su parte inferior tomaba fuerza y se quería introducir en mi parte trasera. No dije nada. Me dio vuelta despacio y luego inclinó la cabeza y me besó lento, suave. Me abrazó más fuerte. Sentí calor en el cuerpo. Deseo. Lo abracé tímidamente. Me alzó, quedé con los pies colgando, de hecho perdí un zapato. Me recostó sobre la cama. Y ahí todo se volvió raro. Me sacó a los tirones la ropa, se bajó los pantalones, luego luchó con sus pies para terminar de sacárselos. Con la camisa puesta y sin pantalones, se abalanzó sobre mí. Quedé presa de su peso, de su perfume, de sus labios. Me entregué. Ya no

podía volver atrás, o tal vez no quería. Lo sentí cuando luchaba para introducirse en mi vagina, lo ayudé y luego el placer tomó mi cuerpo. Nos fundimos en una ola de movimientos suaves, coordinados, acompasados. Luego del espasmo, el silencio, la culpa.

—Estás callada.

—Sí.

—¿Acaso te hice daño...?

—No, es que es todo tan especial...

Esa noche me quedé a dormir ahí, resbalándome en esas sábanas suaves. Uno se puede acostumbrar a eso rapidito, ¿eh? William era un buen hombre. Me acarició la espalda hasta que me dormí. Cuando desperté ya no estaba. Me levanté enseguida, salí del hotel y volví a entrar, como si nadie se diera cuenta de lo que había hecho. Pero bueno. Cada uno hace lo que quiere. Dolores me miraba y se tapaba la boca con la mano.

—Pillina, pillina, ¿no vas a contar nada...?

Me ruborizaba, no me gustaba estar tan expuesta. Me sentía mujer de cabaret, o algo así.

—Nada para contar.

Ese día trabajé relajada. Podría vivir en el hotel tranquilamente. El Plaza había llenado mi vida de placeres. Y no quería perderlos. Bueno, ¿y qué...?

EL INGLÉS

Hacía tiempo que no lo veía. Cuando dejó el folletín en la pensión, supe que no podía faltar. Inauguraban una guardería en la sede. Era Antón. Mi Antón.

Salí de trabajar y fui directamente, no quería llegar tarde. Cuando ingresé a la sede, Antón ya estaba discursando.

—Compañeros, amigos, camaradas. Hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí. Hemos sufrido maltrato, torturas, encierro. Pero aquí estamos, de pie, siempre de pie. La unión que tanto trabajo nos costó. El dictador y algún vendido de los nuestros la dejaron en un cajón. No existe. La CGT hoy no nos representa.

No figura. Y con Justo todo va de mal en peor. Cada vez más compañeros desocupados, ya suman cuarenta mil. Dijeron que con el nuevo presidente las cosas iban a cambiar para nosotros. ¿Con Justo? ¿Sabían que perteneció más de treinta años al partido radical? Fue ministro de Guerra. Eso le sale bien, sobre todo cuando ayudó al dictador a tomar el Estado. Militar de carrera, personalistas o antipersonalistas, este panqueque también giró a su conveniencia como el tiempo se lo dictaba. ¿Y dicen que no ganó por fraude? Vaya, vaya. Y con Roca (hijo). ¿Cuántos patrones les pidieron sus libretas y los llevaron a votar...? Y ustedes no pudieron hacer nada, porque hay que seguir trabajando. ¿Cuántos de ustedes fueron a votar y les dijeron “usted ya votó”? El Estado es un gran titiritero donde estos payasos muestran sus vergüenzas. Son amigos, enemigos, entra uno, sale otro. Ahora Agustín Justo vuelve a encarcelar al ex presidente, viejo y enfermo; lo mandó a la isla Martín García. La cosa siempre está ahí, entre ellos, para ellos. Y seguro que la historia solo va a recordar la grandilocuencia de estos corruptos, que ingresamos a la Liga de las Naciones, que nos abrió las puertas del mundo. Que esto y que lo otro. Pero mírennos dónde estamos, peor, sin trabajo. La recesión nos sigue pegando. ¿Qué nos importa pertenecer al mundo si nuestros hijos mueren de hambre? ¿Qué nos importan las grandes obras si nosotros ni siquiera las podemos disfrutar?

Estamos rodeados de ingleses, que ahora ellos también nos explotan bajo

la anuencia del gobierno. Nos dicen anarquistas, zurdos y montones de cosas más.

Se dicen socialistas. Todas mentiras. Nosotros, queridos compañeros, no estamos en las carpetas de ellos. No existimos para ellos. Por eso, los invito hoy a que luchemos. ¿Cómo? Apoyando a las personas que creemos nos pueden representar dentro del Congreso. No bajemos los brazos. Sigamos. Sigamos.

Ayudémonos entre nosotros. Hoy estamos inaugurando este pequeño espacio que va a ayudar a muchas madres para que puedan trabajar tranquilas. Esta guardería que, además de cuidar a sus hijos, va a enseñarles a leer, a escribir y a darles una comida diaria —los aplausos interrumpieron el monólogo de Antón—. ¿Saben cómo lo logramos? Con la ayuda de nuestra propia gente. Esto lo tendría que proveer el Estado. Pero no. Nos ayudamos entre nosotros.

Suspiré. Sus palabras calaban hondo en la cantidad de personas, hombres, mujeres y niños que estaban ahí, escuchando. Yo solo oí la palabra “ingleses” y se me fruncieron las tripas. Antón tenía razón. Me sentí una impostora ahí sentada, entre todos los que siempre fueron mi gente. Los pobres. Me miré los zapatos, eran nuevos.

Cuando terminó el discurso, Antón vino donde yo estaba.

—Te felicito, Antón —dije, no me salió otra cosa. En otro momento le hubiera dicho tantas palabras...

—Pensé que no lo íbamos a lograr. Pero bueno, gracias a dos provincias del interior y a Palacios, que nos dieron todo su apoyo, lo hicimos.

—Te felicito. Lo lograste —repetí.

—Te ves cansada.

—Mucho trabajo. No tengo tiempo ni para leer.

Me miró, hizo una mueca y se fue. Esos ojos podían ver a través de mí. Menos mal que no preguntó nada, que no dijo nada...

Ya era tarde, lo busqué para despedirme, quería ir a descansar, a las seis tenía que levantarme.

—Me voy, Antón.

—Bueno, pensaba irme con vos. Pero si estás cansada andá nomás, mañana nos vemos. Me quiero despedir, voy a buscar a Bautista a Córdoba. Ya tengo todo listo.

—Ah, qué bien —dije, confundida. Estaba tan ensimismada que ni me había acordado de Bautista. Todo el amor que le tenía, horas de extrañarlo,

ahora todo eso estaba ocupado por el rostro de William, me quería morir. Noté la mirada de Antón, triste. Me odié por hacerlo sentir así, igual me fui. Cuando estuve en la calle, experimenté alivio. Caminé y sentí en mi boca el gusto salado de mis propias lágrimas. Había engañado a Antón. Lo estaba dejando sin explicarle nada, sin decirle que lo estaba dejando. Estaba escapando. Había tomado una decisión. Había elegido. Y no era Antón... Ni Bautista, ni la familia...

EL AMOR

Después de esa noche que pasamos juntos en el hotel no volví a ver a William.

Por supuesto que lo busqué por todos lados, le hice guardias. Pasé veinte veces frente a la puerta de su habitación, hasta apoyé mi oído para ver si escuchaba algo, si estaba adentro. Involucré a Dolores en mi búsqueda. Me fijé en las carpetas para ver si se había ido, mudado, o algo. Pero nada. Otra vez desapareció como si nunca hubiera existido. No me hacía sentir nada bien esa situación. Yo le había entregado todo. Y él desaparecía.

Ese sábado me tocó trabajar los dos turnos. Estaba en la recepción cuando lo vi ingresar. Me temblaron las piernas y me ruboricé. Esperé a ver qué me decía él primero...

—Buen día.

—Buen día. Cuando salgas te espero en el cuarto —bisbiseó en mi oído antes de seguir su camino.

Asentí sin palabras. Dolores me codeó. Una electricidad recorrió mi cuerpo.

Fui veinte veces al baño a verme, a acomodarme el pelo, que la pollera, que la camisa. ¡Que el calzón! Ah, tenía puesto uno más o menos nuevo.

Mi cabeza era un torbellino de ideas encontradas. Pero claro que fui. Llegué como obligada por una fuerza externa. Antes de golpear la puerta, esta se abrió.

—Pase, mi reina.

Nos sentamos en unos sillones, él tenía un vaso con un líquido amarillo en su interior.

—¿Quieres un whisky? Lo traje de Londres.

—Bueno, gracias.

El primer sorbo quemó todo el recorrido hasta mis entrañas. Disimulé como pude, aunque debo haber hecho alguna mueca porque William sonrió.

—No me siento cómoda con esta situación, no sé quién eres —despaché sin pensar mucho.

—Sí. ¿Qué quieres saber?

—Tu familia, tus cosas, tu trabajo, todo.

Me miró con extrañeza.

—Mis padres murieron hace mucho. Tengo dos hermanos, ellos viven en Londres y llevan los negocios de mi familia, y yo voy y vengo.

Su español era un desastre. Me gustaba ese acento que decía “no soy de acá”.

Como si yo pudiera tomarlo también. Cuando viaje a Londres, mi inglés va a sonar así, pensé.

—Yo tampoco tengo padres, ni hermanos.

—Bueno, bueno, basta de charla —dijo, y luego de terminar su copa me tomó de la mano y me llevó a la cama. Esta vez los dos nos ayudamos a sacarnos la ropa. Quedamos desnudos.

—Eres muy linda.

—Ah —dije, me agarró por la cintura y me sentó sobre él.

—Eres preguntona.

Me penetró ahí mismo. Sentí que mi cuerpo volaba por el aire. Con sus manos sobre mis caderas me llevaba y me traía. Nos mirábamos a los ojos. Esa sensación de no pertenecer, de dejar que el placer actúe. De entrega absoluta.

Me sentí una reina. Los jabones perfumados, la seda sobre mi piel, las manos de William en mi cintura eran una combinación perfecta. No quería salir de ese estado jamás, nunca.

El domingo cuando desperté William estaba casi vestido. Lo miré tapando mi desnudez con la sábana.

—Tengo que irme a un almuerzo de negocios. ¿No te importa, verdad? —dijo.

—No —mentí, claro que me importaba. Me dejaba ahí tirada todo el domingo cuando yo pensé que tal vez saldríamos a pasear. Qué sé yo... Ni me dio un beso de buenos días.

—Adiós, mi reina —dijo, y se fue, ¡se fue!

Boquiabierta, no logré armar una oración en mi cabeza para responderle.

Quedé ahí, sentada, desnuda... Me sentí la prostituta más barata del mundo.

Salí del hotel escondida, sin que nadie me viera. Caminé. Aún tenía su aroma en mi cuerpo. Deambulé por las calles de la Capital. Ingresé a un cafetín. Un café y varios diarios me iban a sacar la mufa. Leí sin leer, nunca me había pasado algo así, terminar de leer una nota y no saber de qué se

trataba. ¿Y dónde estaba esa curiosidad que me despertaban los diarios? ¿Y la inquietud política que me abrazaba, me exprimía, me enojaba...? Nada me importaba. De hecho, mi bitácora descansaba en un cajón de la cómoda en la pensión. Una sola cosa recorría mi cerebro a punto de hacerlo explotar: ¿Antón o William? Miré por la ventana. Antón era mi amor. Pero la vida con él era dura, la lucha, la pobreza. En cambio William era la riqueza. La vida con él era simple, acomodada, fácil... ¿Y el amor? ¿A quién amo de verdad? ¿Qué es el amor? ¿Cómo puede un poco de perfume confundirme de esa manera? ¿Será que esto les pasa a los políticos con el poder? Ay, mi cabeza... ¿Acaso me acordaba de Antón por lo frío que había sido William conmigo? Bueno, de Antón no tuve más noticias. No lo busqué más. Suspiré. Volví a los titulares de los diarios.

Esa noche, envuelta en mi camisón, acostada, pensaba en el amor. Yo quería construir una relación de amor con William, pero no podía. Era como si llegara hasta un punto y luego volver a empezar. Con Antón había sido diferente. ¿Será que el amor de los ricos es así? Faltaba ese hilo que nos enlazaba, que nos unía.

No podía sentirlo con William... Era como si todo estuviera bien cuando estábamos juntos, pero después se cortaba hasta un nuevo encuentro. Tal vez era yo la confundida. Tal vez las relaciones eran así. Ay, William, ojalá te enamores de mí...

EL COMPROMISO

No volví a ver a Antón desde que se fue a Córdoba. Lisandro me contó.

Con William todo era más tranquilo. El solo requería amor de mí. No había charlas de política, ni discusiones. Sus negocios ni siquiera los conocía. Me gustaba, solo tenía que complacerlo, y listo. ¿Me gustaba? ¿O era lo que había?

Tal vez me conformaba.

—William, nosotros, ¿seríamos novios?

—Sí.

Era lo que necesitaba escuchar.

—¿Me amas?

—Claro que te amo.

¿Y yo lo amaba? Él no me preguntaba eso. Yo sí.

—Yo también te amo —dije—. Podríamos ir a pasear, ¿no?

—Sí —contestó y siguió leyendo unos papeles.

—Me tengo que ir a trabajar —dije.

—Bueno.

—¿Vas a estar esta tarde...?

—Ah, no. Tengo una junta en la Casa de Gobierno, luego creo que vamos a ir a cenar. Yo te busco. ¿Eh?

Salí, ya no tan gustosa como cuando ingresé. En una hora comenzaba mi turno en la recepción. Quería espabilarme un poco.

Las noches en la pensión me regresaban a mi realidad. William nunca me había preguntado dónde vivía, nada. Siempre era yo la curiosa. Tal vez era su forma de ser.

Observo mi bitácora abandonada. Mi cuarto, un lugar de paso últimamente.

Me pregunté, pues no podía hacerme la tonta, ¿cuál de las dos era yo realmente? ¿La que siempre fui...? ¿La que soy ahora...? Qué soy ahora, si no tengo iniciativas, curiosidades. Solo estoy esperando el llamado de William...

Era miércoles y me tocó franco, ya que el fin de semana tenía que trabajar. Ese día busqué a William por todos lados, hasta toqué a su puerta, y nada. Seguro que estaba trabajando, me dije, me mentí, me conformé.

Salí a caminar, a tomar aire. Me detuve a leer los títulos de algunos diarios. Se me paralizó el corazón. Lo que una vez fue promesa hoy estaba a punto de concretarse. “La junta nacional de lucha contra la desocupación una de las primeras acciones que iba a hacer era desocupar la villa de la miseria”. Compré el diario y fui a la villa a visitar al Tano. Quería saber cómo estaban. Tal vez necesitaran algo. Quizás tenían noticias de Antón.

Me recibieron con los brazos abiertos, compartieron todo lo que tenían sobre la mesa. Me felicitaron por mi nuevo trabajo y me dijeron que Antón estaba dedicado a hacer alianzas con las provincias, que le iba muy bien. Ya eran todo un movimiento político trabajando por nuevas y reales propuestas sociales.

Le pregunté al Tano por lo que decía el diario, me contó que sí, era así. Que no se querían ir a la zona portuaria. Que tampoco le alcanzaba para alquilar algo y sacar a su familia de ahí. Su voz sonaba pesada, amarga.

—Lo que pueda ayudar, Tano, solo tienes que llamar por teléfono a la pensión o a mi trabajo, me dejás un mensaje y yo vengo corriendo.

Llegué a la pensión. Había olor a humedad, abrí la ventana. Miré las paredes, mis cosas. Mis libros. ¿Qué me estaba pasando? ¿Esto sería estar enamorada? ¿Y Antón? Definitivamente había regresado de Córdoba, pero no había pasado por la pensión. Tal vez era mejor así. Ya no nos buscábamos. Mi mundo con Antón se había caído. Ya no existía. Después de todo lo que habíamos vivido juntos nos dejamos ir... Me acosté mirando el techo. Vacía.

No podía dormir. Busqué un libro y leí sin leer. Lo dejé. La villa, el hotel, la pobreza, la riqueza... ¿Qué estaba haciendo con mi vida?

Tampoco tuve más noticias de William. Una mañana estaba en la recepción cuando llegó la comitiva que venía por el pacto que había hecho Roca con los ingleses, con nuestras carnes. Todo el mundo hablaba de eso.

Entre todos estaba él, William.

Pasó a mi lado y no me miró. Claro, estaba trabajando. Reuniones, salidas, llegadas. No pude conversar con él ni un segundo.

Cuando leí en los diarios el negocio que había hecho el vicepresidente avalado por el Estado con nuestras carnes me dieron ganas de vomitar. Y William era parte de todo eso...

Ese día, antes de irme pasé por su cuarto, y estaba.

Me recibió con abrazos.

—Apenas me saludaste.

—Estaba trabajando, te pido perdón. Entra. Ven.

—¿Sos parte del pacto que se hizo con la carne?

—Sí, estamos asociados, es un buen pacto.

—Quiero saber.

—No converso con mujeres sobre trabajo, Enriqueta. Son cosas de hombres.

—¿Quién dice que son cosas de hombres? Quiero saber, me interesa.

—¿Acaso vos sos de esas mujeres que quieren ser como los hombres? — dijo mientras terminaba de sacarme la camisa. Me tiró sobre la cama. No me gustó.

—Que me interese no quiere decir que quiera ser un hombre.

—No me gusta hablar de esto con mujeres, no saben nada, preguntan pavadas y le hacen perder el tiempo a uno.

Me enfurecí, pero no dije nada. Saqué sus manos de mi cuerpo, abroché botones.

—¿Qué haces?

—Me voy —dije sin mirarlo.

—¿Y me vas a dejar así?

Tuve ganas de abofetearlo. Salí del cuarto. Me fui. No me detuvo. Era claro que solo le interesaba mi cuerpo. Salí del hotel. Caminé. Compré diarios, quería saber. Quería reprocharme haber estado con el tipo de hombre que siempre critiqué. Compré una botella de caña dulce y me encerré en mi cuarto. A beber.

A mirar el techo. A odiarme.

Al otro día regresé a trabajar. Por suerte no lo vi. No volví a verlo. Pero deseaba que apareciera. Que me pidiera disculpas. Que me dijera que me amaba.

Que me invitara a pasear... Pero nada de eso sucedió. Mis días siguieron amargos como mi vida misma. Me obligué a leer. La lectura siempre me salvaba de la depresión. Me alimentaba.

Tenía franco y estaba sola. Caminé hasta el Tortoni. Ver a algunos de los escritores del momento me iba a animar las esperanzas, las ilusiones. O bien a exasperar. Ingresé. Pedí café con medialunas de manteca. Y el diario. Leía con voracidad, como si quisiera que las palabras me dijeran algo. Que sus letras resolvieran mis incongruencias, mis problemas... Y entonces la magia acudió a mí, no como lo hubiese querido... Se anunciaba el compromiso de William con una señorita de la alta sociedad. Volví a leer. Y volví a leer. Me sentí tan sucia.

Mi castillo era de arena, y se estaba derrumbando conmigo adentro. William estaba comprometido en casamiento. Ah, y no justamente conmigo.

Con la hoja del diario doblada en mi carterita me presenté al otro día a trabajar. Cuando terminé mi turno, me fui derecho a su cuarto. No había nadie. A la tarde hice lo mismo. Nada. Durante varios días estuve buscándolo y nada, hasta que vi que su cuarto estaba libre. Me quedé absorta. No era una opción que se fuera. Pensé que era un error que tal vez se podía corregir, que me iba a pedir disculpas. ¡Qué pavota soy! Me engañó. Me dejé engañar. ¿Qué iba a hacer...?

Creo que fui víctima de mis propias decisiones... ¿Otra vez?

LA SOLEDAD

Del trabajo a la pensión. De la pensión al trabajo. Dolores, Delicia y otros compañeros se dieron cuenta de mi sufrimiento, de mi papelón. Me invitaron a salir con ellos, pero nunca acepté. Mi bitácora, fiel compañera. Pegué el recorte que anunciaba el compromiso de William.

Me enteré de que Antón estaba en la Capital pero no vino a verme, tampoco fui. Mis libros y yo. Me incomodaba haber estado con William sin haberme dado cuenta de que nunca me amó. De saber que sabía pero me hacía la tonta. El reproche de haber elegido por el placer. La tristeza de haberme quedado sola, sin nada, sin nadie.

Me sentía descompuesta. Mi castillo se estaba convirtiendo en mi cárcel. Los días en mi trabajo se hacían largos, tediosos. El desayuno me caía mal. Pasaba la jornada sin poder comer nada, con dolor de panza. Todo tenía que ver con el gran dolor de mi corazón. No veía la hora de regresar a la pensión y dormir.

Tenía sueño, siempre.

Me cebé un mate y otra vez el malestar estomacal. El mate era mi compañero en todas las circunstancias y ahora no podía ni terminar uno. Tal vez me había enfermado. Tal vez tenía cáncer... ¿Qué iba a hacer si estaba enferma?

A William no lo vi más, pero me tomé el trabajo de averiguar quién era la prometida, su dirección, todo. Me calmaba saber quiénes eran mis enemigos.

Una mañana me desmayé en el trabajo. Me llevaron al hospital. Me amargué mucho porque pensé que me iban a echar por eso.

Me hicieron un montón de estudios, estuve un día entero ahí. Al otro día una doctora vino y terminó de arruinar mi vida para siempre. Me dijo que estaba en estado. “¿Yo?”, dije. “Sí, usted señorita, está embarazada”.

Lo que menos quería en ese momento era un hijo. Y de William. ¡No podía ser! Yo esperando un hijo de un hijo de puta... ¿Será el castigo por lo que hice?

Por supuesto que no dije nada en el trabajo, pero no hizo falta. El médico laboral se encargó de todo. Dolores y Delicia contenían el llanto cuando me

vieron salir sin el uniforme y con un sobre en la mano. No fui a despedirme, les regalé una sonrisa. No hice ningún escándalo, nada, yo también quería irme de ese lugar.

Me sentía mal, físicamente, emocionalmente.

Suspiré. Con mi cuerpo maltrecho otra vez caminé por las calles de la Capital, aturdida, sin saber dónde ni cómo iba a retomar mi vida. Y en estado.

Definitivamente la vida no me perdonaba una. Caminé y lloré. Otra vez estaba en la línea de largada, pero ahora con un crío en la panza. No quería tener un hijo de ese hijo de la gran puta.

¿Está mal no querer tener un hijo?

Caminé y me detuve al filo de la avenida. Aunque no quería asumirlo en mis pensamientos, mi deseo mayor era desaparecer. La vida se me hacía muy pesada.

Las decisiones que tomaba no me ayudaban. No podía conmigo y ahora tenía el hijo de un monstruo en mi vientre.

Fijé la vista en la calle. Me iba a tirar debajo del colectivo, así era todo rápido y ya no más sufrimiento. La nada, el descanso, eso quería. Descansar en paz, para siempre. Adiós mundo cruel.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —dijo una voz femenina.

TERCERA PARTE

LA TRISTEZA DEL SÁBADO INGLÉS

“Aguafuertes porteñas”

Roberto Arlt

Diario *El Mundo*

¿Será, acaso, porque me paso vagabundeando toda la semana que el sábado y el domingo se me antojan los días más aburridos de la vida? Creo que el domingo es aburrido de puro viejo y que el sábado inglés es un día triste, con la tristeza que caracteriza a la raza que le ha puesto su nombre.

El sábado inglés es un día sin color y sin sabor; un día que “no corta ni pincha” en la rutina de las gentes. Un día híbrido, sin carácter, sin gestos.

Es día en que prosperan las reyertas conyugales y en el cual las borracheras son más lúgubres que un de profundis en el crepúsculo de un día nublado. Un silencio de tumba pesa sobre la ciudad. En Inglaterra, o en países puritanos, se entiende. Allí hace falta el sol, que es, sin duda alguna, la fuente natural de toda alegría. Y como llueve o nieva, no hay adonde ir; ni a las carreras, siquiera.

Entonces la gente se queda en sus casas, al lado del fuego, y ya cansada de leer Punch, hojea la Biblia.

Pero para nosotros el sábado inglés es un regalo modernísimo que no nos convence. Ya teníamos de sobra con los domingos. Sin plata, sin tener adonde ir y sin ganas de ir a ninguna parte, ¿para qué queríamos el domingo? El domingo era una institución sin la cual vivía muy cómodamente la humanidad.

Tata Dios descansó en día domingo porque estaba cansado de haber hecho esta cosa tan complicada que se llama mundo. Pero ¿qué han hecho, durante los seis días, todos esos gandules que por ahí andan para descansar el domingo?

Además, nadie tenía derecho a imponernos un día más de holganza.

¿Quién lo pidió? ¿Para qué sirve?

La humanidad tenía que aguantarse un día por semana sin hacer nada. Y la humanidad se aburría. Un día de “fiaca” era suficiente. Vienen los señores ingleses y, ¡qué bonita idea!, nos endilgan otro más, el sábado.

Por más que trabaje, con un día de descanso por semana es más que suficiente. Dos son insoportables, en cualquier ciudad del mundo. Soy, como verán ustedes, un enemigo declarado e irreconciliable del sábado inglés.

Corbata que toda la semana permanece embaulada. Traje que ostensiblemente tiene la rigidez de las prendas bien guardadas. Botines que crujían. Lentes con armadura de oro, para los días sábado y domingo. Y tal aspecto de satisfacción de sí mismo, que daban ganas de matarlo. Parecía un novio, uno de esos novios que compran una casa por mensualidades. Uno de esos novios que dan un beso a plazo fijo.

Tan cuidadosamente lustrados tenía los botines que cuando salí del coche no me olvidé de pisarle un pie. Si no hay gente el hombre me asesina.

Después de este papanatas, hay otro hombre del sábado, el hombre triste, el hombre que cada vez que lo veo me apena profundamente.

Lo he visto numerosas veces, y siempre me ha causado la misma y dolorosa impresión.

Caminaba yo un sábado por una acera en la sombra, por la calle Alsina —la calle más lúgubre de Buenos Aires—, cuando por la vereda opuesta, por la vereda del sol, vi a un empleado, de espaldas encorvadas, que caminaba despacio, llevando de la mano una criatura de tres años.

La criatura exhibía, inocentemente, uno de esos sombreritos con cintajos, que sin ser viejos son deplorables. Un vestidito rosa recién planchado. Unos zapatitos para los días de fiesta. Caminaba despacio la nena, y más despacio aún, el padre. Y de pronto tuve la visión de la sala de una casa de inquilinato, y la madre de la criatura, una mujer joven y arrugada por las penurias, planchando los cintajos del sombrero de la nena.

El hombre caminaba despacio. Triste. Aburrido. Yo vi en él el producto de veinte años de garita con catorce horas de trabajo y un sueldo de hambre, veinte años de privaciones, de sacrificios estúpidos y del sagrado terror de que lo echen a la calle. Vi en él a Santana, el personaje de Roberto Mariani.

Y en el centro, la tarde del sábado es horrible. Es cuando el comercio se muestra en su desnudez espantosa. Las cortinas metálicas tienen rigideces agresivas.

Los sótanos de las casas importadoras vomitan hedores de brea, de benzol y de artículos de ultramar. Las tiendas apestan a goma. Las ferreterías a pintura.

El cielo parece, de tan azul, que está iluminando una factoría perdida en el África. Las tabernas para corredores de bolsa permanecen solitarias y lúgubres.

Algún portero juega al mus con un lavapisos a la orilla de una mesa. Chicos que parecen haber nacido por generación espontánea de entre los musgos de las casas-bancas aparecen a la puerta de “entrada para empleados” de los depósitos de dinero. Y se experimenta el terror, el espantoso terror de pensar que a estas mismas horas en varios países las gentes se ven obligadas a no hacer nada, aunque tengan ganas de trabajar o de morirse.

No, sin vuelta de hoja; no hay día más triste que el sábado inglés ni que el empleado que en un sábado de estos está buscando aún, a las doce de la noche, en una empresa que tiene siete millones de capital, ¡un error de dos centavos en el balance de fin de mes!

LAS HERMANAS

El “sábado inglés”. Otra de las ridiculeces de este presidente. Lo tomó de alguna legislación inglesa. Porque, claro, siguen construyendo a imagen y semejanza del de turno. Ahora los ingleses. Se llevan nuestras carnes, no tributan impuestos y encima nos legan sus leyes de mierda. Pegué el artículo en mi bitácora.

—¿Terminaste? A mí me gusta el sábado inglés. No me gusta que se llame así, pero lo que significa sí. Un rato más para vivir fuera del trabajo —dijo Faustina.

Puedo decir que le debo la vida a Faustina, ella fue la que me reconoció y gritó mi nombre aquel día, porque adivinó lo que estaba por hacer. Nunca hablamos de ese día. Le daba escozor preguntar y a mí contestar.

Habían llegado hacía unos días a la pensión. Compartían el cuarto del fondo con su hermana Ruperta. Eran lindas, trajeron alegría a mi vida.

No le dije a nadie que me habían echado del trabajo, si no enseguida iban a poner en alquiler mi cuarto. Dije que me dieron vacaciones por mi estado débil de salud. Con lo que me habían pagado tenía para mantenerme un tiempo.

Mientras tanto, pensar qué hacer...

Durante el día deambulaba con mi bitácora. Como si ella pudiera salvarme de lo que se me venía. Embarazada y desocupada. En esos días pensé mucho en Lucrecia y Lucio. Cruzó por mi cabeza la idea de llamarla para irme con ellos.

Pero luego lo pensaba un poco y no. No podía cargarlos con todas mis desgracias. Pensé en Filomeno. Siempre pienso en él, en qué me diría ante cada situación. Antón. Jamás perdonaría mi traición. ¿Cómo pude equivocarme tanto?

¿Qué iba a hacer ahora...? El tiempo corría y no me beneficiaba para nada.

Si Faustina no me hubiera detenido, hoy no estaría con esta carga pesada en mi espalda sin saber para qué lado correr. ¿Y si les cuento la verdad a las hermanas? Tal vez ellas puedan ayudarme. No lo sé. No sé bien qué hacer. Ojalá pudiera volver en el tiempo. ¿Cómo fue que me embaracé? Bueno, ya sé.

En todo caso, ¿por qué no me embaracé de Antón? Es un castigo. Estoy maldita.

EL SECRETO

Estaban por llegar las chicas de sus trabajos y yo aún seguía con las náuseas, malestar, un desastre.

Tocaron a mi puerta, las hice pasar. Una traía la pava y el mate y la otra las manos llenas de pastelitos.

—Queremos la verdad, Enriqueta —dijo Faustina, seria.

Me quedé en silencio, no sabía bien qué contestar. Tal vez era una salida descargar mi secreto en ellas, iba a ser menos pesado de llevar...

—Sí, nosotras no te vamos a traicionar, nunca. Y te vamos a ayudar, siempre —agregó Ruperta.

No pude contener las lágrimas. Con disimulo sequé las primeras.

—Vamos, Enriqueta, sabemos que estás atormentada. Confía en nosotras, te vamos a ayudar en lo que sea.

—Siempre aparece alguien como ustedes que me ayuda, y que luego desaparece. Es como que estoy siempre sola. Tal vez yo sea el problema —dije—. No sé cómo hacer para que las personas a las que quiero se mantengan a mi lado.

—Te prometemos que nunca, nunca, pase lo que pase, nos vamos a ir de tu lado, y si nos vamos, seremos tres.

Esas palabras endulzaron mis oídos.

—Tengo muchos secretos, y no son buenos. ¿Realmente quieren saber...?

—No es que queremos saber, queremos ayudarte —dijo Ruperta tomando mi mano—. Es obvio que no estás bien.

Las miré, primero a una, luego a la otra...

—Estoy en estado. Y no quiero tener este hijo.

Hasta las moscas dejaron de hacer ruido.

—¿Estás en estado? —repitió incrédula Faustina.

—Sí, muy embarazada. Por eso me siento tan mal. Y hay más. No tengo trabajo, me echaron. Mentí para que no me sacaran de la pieza.

Otro silencio. Creo que nunca se imaginaron que mis secretos eran tan fuertes...

—Te vamos a ayudar —dijo Faustina aún boquiabierta—. Un hijo es una

bendición. Si Dios te lo manda, así tiene que ser.

La miré. Mi relación con Dios siempre estaba en la cuerda floja. Algunas veces comprendía por qué Antón era ateo. Pero otras veces necesitaba creer, la fe me mantenía viva la esperanza.

—No quiero este hijo, Ruperta, no quiero tenerlo. Este hijo es fruto de un engaño, de algo que no quiero recordar. Y además no tengo cómo mantenerlo.

—Los chicos vienen con un pan debajo del brazo —agregó Faustina.

—No. Estoy sola. Sin trabajo. ¿Se imaginan dónde voy a conseguir trabajo en estado? ¿Qué hago con un hijo al que no voy a tener ni techo ni comida para darle, y que cada vez que lo vea me va a recordar lo pelotuda que fui, la cadena de malas decisiones que tomé...? —dije ya sin poder contener las lágrimas.

Ambas tomaron mis manos.

—Yo conozco a alguien que te puede ayudar —dijo Faustina.

—Estás loca, no la vas a llevar a ese lugar. Mueren ahí, viste lo que le pasó a la Lupita —interrumpió Ruperta, iracunda.

—Yo decido. Es mi cuerpo. Habla, Faustina —dije.

—A Lupita, una amiga nuestra, la embarazó su patrón. Y cuando se enteró le dijo que fuera a la casa de la curandera, doña Patoca. Por supuesto que él se lo pagó todo. Es caro, ¿eh?

—Contá el cuento completo. La Lupita después estuvo en el hospital, casi se muere —agregó Ruperta.

—Vayamos a verla. ¿Ustedes saben dónde es? Tengo algunos pesos. ¡Por favor! Si me saca el crío, entonces puedo volver a trabajar. En estado nadie me va a tomar. Es mi muerte. Se los juro, es la muerte de los dos. Lo he visto en la villa una y otra vez... Por favor, por favor —supliqué.

Las hermanas me miraron, suspiraron.

—Y si después te arrepentís de sacarte el chico, o la chica... —preguntó Faustina.

—No me voy a arrepentir. No es que no tenga sentimientos por la vida humana. Es que he vivido y visto tantas veces lo que hace la pobreza con las personas, con las mujeres, con los niños... No quiero traerlo a este mundo, no a mi mundo. Vamos a morir lentamente los dos. O tal vez nos vamos a convertir en personas que no queremos ser. Y hay otra cosa. No quiero tener un hijo de William. No quiero. Es mi decisión.

—Bueno, te acompañamos. Como decís, es tu decisión.

—No seas tan floja. ¿Y si se equivoca? ¿Si está tomando la decisión

errada?

No la estamos ayudando —agregó Ruperta.

—Es la decisión de ella, no nuestra. Y yo estoy de acuerdo con ella. La vida le va a ser más que difícil en esta situación. Sí, tengo que aclarar que me da un poco de miedo esa curandera...

—No importa. ¿Qué me puede pasar? ¿Morirme? No le tengo miedo a la muerte. Y si me toca irme justo ahí, que así sea.

—¡No digas eso por favor! No te vas a morir. Te vamos a acompañar, aunque no esté de acuerdo —terminó Ruperta.

Me gustó ver cómo llegaron a un acuerdo sin estar de acuerdo. Y la verdad es que luego de compartir mis secretos con ellas me sentí bastante más aliviada.

—Enriqueta, nos dijo la doña que guardas una carpeta de recortes de diarios. ¿Es verdad? —preguntó Faustina, cambiando el tema.

—¡Qué chusma! Sí. Hace mucho. ¿Quieren verla?

—Nos encantaría —dijeron las dos.

Fui a buscarla, la puse sobre la mesa y comencé con la primera hoja.

—Esto fue la Semana Trágica, aquí mataron a mi padre...

Recorrí mi vida con esa carpeta. Tantas cosas que viví, tantos lugares, tantas personas. Eran muchas vidas en una, la mía. Me sentí nostálgica, tal vez por el estado...

LA CURANDERA

Me enoja haber perdido a Antón, a Bautista. Pero no puedo hacer nada. Si se enterara de que estoy en estado se moriría de la decepción. Espero que nunca lo sepa.

Faustina y Ruperta hablaron con su amiga y consiguieron la dirección de la curandera. Me preguntaron mil veces si estaba segura. La verdad es que no estaba segura de nada. Llevaba una vida en mi vientre, tal vez como una vez lo hizo mi madre conmigo... Pero ellos, mis padres, me querían, porque se amaban.

La culpa por la decisión que estaba tomando me torturaba el cerebro, el corazón.

Eso era claramente la influencia católica en mi vida. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa... Recuerdo cuando acompañaba a mi madre a las reuniones donde escuchábamos a las mujeres defender sus derechos, ellas decían claramente que nosotras deberíamos tener autoridad sobre nuestro cuerpo, sobre nuestras decisiones. Ellas eran ateas, no tenían que lidiar con ningún Dios omnipresente que las estuviera vigilando... Llevaba una vida en mi vientre y estaba decidiendo terminar con ella. Esa vida no va a existir. Y si existe ahora es solo para torturar mi cabeza, porque aún no nació. Y yo no quiero que nazca.

Puse la mano sobre mi vientre. “Hola. Voy a decidir por los dos, pero te quiero decir por qué lo voy a hacer. Porque te quiero liberar del infierno que te va a tocar vivir conmigo hoy. ¿Tal vez podrás regresar en otro momento, cuando las cosas en mi existencia estén un poco más acomodadas, cuando pueda alimentarte, acompañarte y podamos tener una buena vida juntos? ¿Podrás regresar más adelante cuando podamos ser una familia? Dame una señal, por favor. Que vas a ser vos el que va a regresar, que te voy a volver a ver, que voy a tener la oportunidad de darte una familia”, decía con congoja, llorando. Cuando sentí la cosquilla en mi vientre me sobresalté, me emocioné, era la señal que quería. Quise abrazar toda mi panza, y lloré y agradecí. Tuve la sensación maravillosa de entender el amor más allá de la vida humana. Mi corazón recibió el mensaje de mi hijo. Volveríamos a estar juntos. Era una

niña. Salí corriendo a buscar a las chicas. Y no estoy loca aún...

—¡Estamos listos! —dije.

Las chicas se encargaron de todo. Pidieron permiso en el trabajo y el jueves las tres, sin decir una sola palabra a nadie, tomamos el tren.

—¿Traes la plata? —bisbiseó Ruperta.

—Sí —contesté.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Faustina mientras nos sacudíamos al ritmo de las vías.

—Mucho.

El lugar era apestoso. Eran dos mujeres, una mayor y otra menor que oficiaba de asistente o algo así. Me dijeron que me sacara la ropa y que me acostara.

—No se vayan, por favor —imploré—. Creo que estoy arrepentida.

—No te vamos a dejar. ¡Vamos, estamos a tiempo! —dijo Ruperta.

Abrí los ojos. Si salía de ese lugar tendría que enfrentar la vida con un hijo, sola. Vivir en la villa, sin comida, sin ropa, sin casa, sin esperanzas.

Toqué mi vientre y sentí paz.

—No, todo va a salir bien —retruqué.

Sacaron a las chicas del cuartucho y quedé sola. Cerré los ojos, me daba mucha inseguridad recorrer el cuarto con la vista. Era mejor no ver. Esperé.

Recé. “Te prometo que te espero, sé que eres una niña, y cuando regreses te vas a llamar como mi madre y voy a criarte como una reina, lo prometo, lo juro”, dije.

Me pusieron un algodón con un olor muy fuerte en la nariz y me desvanecí.

Me desperté en el mismo lugar, dolorida. Me dijeron que me tenía que ir. Que ya estaba listo. No más embarazo. Las chicas me ayudaron. El tren fue lo peor de todo. Los dolores se intensificaban a medida que pasaba el tiempo. Apenas si podía caminar.

Llegamos a la pensión y yo sangraba como si fuera la última vez. Me prepararon una sopa y se turnaron para pasar la noche conmigo. Me sentía débil y con mucho dolor.

—¡Vayan tranquilas! Me siento bien, tengo que esperar, todo se va a ir acomodando.

—¿Estás segura? Estoy preocupada.

—¡Vayan! Son apenas unas horas y cualquier cosa grito y enseguida viene alguien, vayan, van a llegar tarde. No descuiden sus trabajos. Es más, vayan viendo si hay un lugar para mí —dije.

Se fueron las dos. Cerré los ojos, traté de dormir. No me podía mover. Creo que dormí algo. No sé cuánto tiempo pasó. El dolor ya recorría mi cuerpo entero...

—¡Está volando de fiebre! Tenemos que llevarla al hospital —decía Faustina, aturdida, confundida. No sabía en qué momento habían llegado, no recordaba...

—¡Andá a buscar un taxi!

No podía sostener mi propio peso. Me llevaron una de cada lado. Creo que me desvanecí porque no recuerdo nada más.

Despierto apabullada, estoy en el hospital. Una enfermera me mira, colérica.

Me quedo en silencio. Las chicas no están. ¿Cuánto tiempo habrá pasado?

—¡Estás viva porque Dios quiere! ¡Yo no entiendo! Se van a esa vieja a que les meta las agujas de tejer todas sucias para evitar los estados y terminan muertas...

¿Aguja de tejer? Ah, con el ceño fruncido me imaginé la situación, asco. Me toqué la panza, ya no escuché más a la enfermera, que seguía despotricando.

Cómo es la cabeza de uno, ¿eh? Sentí el vacío. El bebé ya no estaba en mis entrañas. Ya no había hija. Sentí tristeza, alivio. Suspiré, cerré los ojos. Quería descansar. Quería llorar. Quería salir de mí, al menos un rato.

Estuve una semana internada. Ruperta y Faustina vinieron cada día a verme, me trajeron libros, algunas galletas, eran muy buenas conmigo. En la pensión dijeron que tuve una apendicitis fuerte. Que tuvieron que operar de urgencia.

Y un día regresé a la pensión. Mi cuarto estaba arreglado, habían sido ellas, hasta habían puesto jazmines. Ese aroma me reconfortó. Lo inspiré una y otra vez. Cerré los ojos como si quisiera quedarme en ese segundo para siempre.

—Trajimos mate y unas colaciones.

Las dos se sentaron a mi alrededor en la cama, tomamos mate, comimos y conversamos.

—Cuando estabas internada te saqué este libro —dijo tímida Ruperta y dejó el libro sobre la pequeña repisa apostada en la pared.

—Pueden llevar los libros que quieran, siempre.

—Gracias.

—Nos asustamos mucho, Enriqueta, pensamos lo peor.

—Les dije que todo iba a estar bien. Estoy bien y ahora tengo que conseguir un trabajo para mantenerme. Gracias, muchas gracias, ustedes son amigas de verdad, espero que la vida nos mantenga juntas siempre —dije, y lloramos las tres. Y luego reímos. Cómo somos.

Ya no había embarazo, ya no había niña. Mi cuerpo había retomado su ritmo pero yo sentía una gran tristeza.

Suspiré, las miré, me miraban.

—Ustedes dos me salvaron la vida...

NADA ES LO QUE PARECE

Traté de no pensar más en William, en el hospital... Faustina y Ruperta ayudaron a que lo lograra, en parte. Llenaron mis días de sonrisas. Faustina me enseñó a hacer trenzas con el tejido, y yo les conseguí libros para que leyeran.

Un día mientras tomábamos mate y tejíamos me contaron que los padres de Faustina murieron en el barco cuando venían escapando de la guerra. Primero el

padre y luego la madre. No sabían qué enfermedad era. Y cuando la quisieron tirar a ella junto con el cadáver de la madre, por miedo a que los contagiara de algo y sin tener quién se hiciera cargo de la niña, la madre de Ruperta se interpuso. La rescató, se hizo cargo de ella. Se criaron como hermanas hasta que los padres de Ruperta fallecieron en la Semana Trágica, donde murió mi tío Pepe, mi padre... ¿Casualidad? No creo...

—Son hermanas de la vida —dije, conmovida por la historia. Una siempre cree que la historia de una es única, la peor de todas, la más sufrida...

—Bueno, no todo termina ahí —dijo Ruperta.

—Entonces sigan.

—Es que no es tan simple. No sé si vas a poder entender... —dijo Faustina.

—¿Entender qué? Vamos, cuenten. Me va a subir la fiebre, ¿eh?

—Enriqueta, nosotras somos más que hermanas —agregó Faustina.

—Sí, claro que sí, con todo lo que vivieron. Pucha...

—No te das cuenta, Enriqueta... —dijo Ruperta al borde del fastidio.

Las miré con extrañeza. Hasta que de golpe, como un balde de agua fría, cayó sobre mi cabeza... No, no podía ser.

—Ah, ahora entiendo, son, bueno, eso...

Suspiraron, se miraron, hicieron muecas y yo al borde del desmayo.

—Sí. Nos amamos.

Las miré, les sonreí y le extendí una mano a cada una.

—Y yo las amo a ustedes —dije—. Bueno, no de esa forma.

Se rieron.

—Nunca me hubiera imaginado que ustedes dos... bueno, eso... ¿Alguien

más sabe?

—¡No! Nadie lo entendería. Solo vos, porque confiaste en nosotras y porque somos amigas —dijo Faustina.

—Muda, no se preocupen. Ahora, qué pillinas, ¿eh?

—Es amor de verdad, Enriqueta —aclaró Ruperta, seria.

—Bueno, está bien, estoy entendiendo —dije—. ¿Y cómo se dieron cuenta de que se amaban de esa forma y no de la otra?

—Faustina un día me dijo que me iba a enseñar cómo se besaba.

—¿Y te besó? —pregunté.

—Sí, me beso esa vez y después nos besamos siempre.

—Vos me besabas —agregó Faustina.

—¿Y alguna vez estuvieron con un hombre?

Se miraron y se rieron. Me puse colorada. Es que sentía tanta curiosidad sobre el asunto.

—Dale, contalo vos —dijo Ruperta.

—Bueno, sí. Cuando murieron nuestros padres, nosotras nos quedamos a cargo de la abuela Luisa, que estaba vieja. Pero nos cuidaba, pobre, como podía.

Gracias a ella no terminamos en un orfanato. Y bueno, ahí comenzamos a dormir las dos juntas en una misma cama, al lado de la vieja. Que cuando empezaba a roncar, nosotras nos empezábamos a reír, hasta que descubrimos que tocarnos nos producía algo. Que nos gustaba. Y así empezamos, cada noche nos toqueteábamos hasta llegar al máximo placer. Y nos metíamos la mano ahí.

Hasta que un día, el Gerónimo, que vivía ahí en el conventillo también, andaba todo el día alzado. Y nosotras queríamos probar. Así que esperamos el momento que los padres no estuvieran y fuimos los tres. Primero fui yo. Me acosté y Gerónimo como pudo me penetró, estaba tan excitado que fue rápido, después ella. Y así estuvimos varios meses haciéndolo los tres a toda hora del día. Hasta que un día nos descubrieron y se lo llevaron a Gerónimo, no lo volvimos a ver. Y lo extrañamos, ¿eh?

Yo comencé a sentir algo ahí, me estaba excitando con el relato de las chicas, ¡qué asco!

—¿Y les gustó el coso, entonces?

—Fue lindo. Pero podemos vivir sin el coso —dijo Ruperta—. Y no creas que somos degeneradas. Muchas chicas lo hacen con chicos antes de casarse.

—Las quiero —dije para cerrar el asunto. Estaba cansada, desconcertada

y excitada.

Esa noche pensé en mi hija que no fue. En las chicas, enamoradas. Nunca se me había ocurrido que dos mujeres se podían enamorar. Los maricas, bueno, siempre había alguno. Pero las mujeres... Se las veía tan bien, tan compañeras, tan solidarias. ¿Cómo será el sexo entre ellas? Soy una perversa, miren en lo que estoy pensando... Pero, ¿cómo será? Ahí falta algo, ¿no? Aunque ellas me dicen que lo tienen todo, porque tienen amor. Tal vez lo que me falte a mí sea eso. El amor. Tal vez nunca conocí el verdadero amor. Tal vez... tal vez.

Y TODO SIGUE

Otro capítulo comenzó en mi vida. Luego de recorrer varios diarios y copiar los avisos clasificados, conseguí trabajo. En este caso me salvó saber inglés. Era una empresa que exportaba carnes, y yo traducía los llamados, bueno, todo lo que me pedían. Mi jefa era una mujer muy autoritaria. Era inglesa. Me trataba como a un perro. Una vez le pedí permiso para ir al baño, me dijo que no, que no podía dejar el teléfono solo. Que aguantara hasta que llegara mi reemplazo. Me hice pis encima y me echaron. Ilusa de mí, pensé que ante tal acción la iban a echar a ella.

Regresé a la búsqueda de trabajo. Me sumé con las chicas y asistí a sus reuniones donde pregonaban los derechos de la mujer. Otro día las llevé a la sede. Nos recibieron con mucho cariño. Me preguntaron por Lucrecia y Lucio.

Perdí contacto con ellos. Pregunté por Antón. Había estado en la Capital varias veces, pero era claro que me había esquivado. Le estaba yendo muy bien.

Pasé por la carnicería del pelado, compre algo de carne y me fui a la pensión.

Los sábados había revuelo, que la plancha, que la ropa, y siempre alguna milonga por ahí. Yo les iba a hacer un asado a mis amigas. Primero pedí permiso para hacer el fuego en el fondo. Luego le dije a Faustina que consiguiera carbón.

Comimos como chanchas, carne, batatas con azúcar, papas, pimientos, todo arriba de la improvisada parrilla, tomamos vino. Les conté lo que me había pasado en el trabajo. Cómo se rieron. Nos fuimos a dormir las tres medio borrachas.

El domingo las chicas trabajaron, yo dormí casi todo el día.

Seguí buscando empleo.

Estaba en la pensión, en el comedor, tomando un café con leche cuando ingresó Faustina corriendo, casi sin aire.

—¡Estás acá! Creo que regresó. Estoy casi segura de que es él por lo que me contaste.

—¿Qué? Despacio...

—Antón, creo que está en la Capital.

Casi se me cae la taza de la mano. ¿Antón?

—¿Cómo sabes? Dale, desembucha.

—En el frigorífico hubo una reunión, discreta, donde nos dieron unos folletos. Hoy en la sede van a tratar el asunto de la carne y el que va a hablar es Antón. Tu Antón.

Suspiré. Sonreí. Una de las más hermosas noticias que podría haber escuchado. La reunión era a las ocho. Me cambié cincuenta veces. No quería que se diera cuenta de que me vestí para él, pero al mismo tiempo quería que me viera linda. Que me recordara, que tuviera ganas de estar conmigo. Tenía que contarle todo, ¿me perdonaría? Y si no le contaba todo... Y si tal vez me salteaba algunas partecitas...

Fuimos las tres del brazo. Cuando llegamos, ya había mucha gente. Estaba empezando. Y lo vi, sobre la tarima junto a dos hombres más. Empezó a discursar él. Contó que en todos los viajes había logrado fortalecer las uniones con el interior, ya que en la Capital los tenían atados de manos. También contó lo que todo el mundo sabía pero que solo algunos pocos se pusieron a investigar sobre el fraude, la corrupción en la que estaban involucrados los frigoríficos Anglo, Armour y Swift. Y anclados desde adentro por los hombres de Justo, Pinedo y Duhau. Sobre el gran negocio que hizo Roca con los ingleses.

Mientras seguían hablando, empecé a buscar casi desesperadamente a Bautista. Si estaba Antón, Bautista debía estar por ahí, al cuidado de alguien. Me perdí de las chicas, me mezclé con la gente, busqué, busqué y lo vi. Estaba en brazos de una mujer. Me fui acercando de a poco, como podía. El corazón me latía con desesperación. Sonreía, la vida me había dado una nueva oportunidad, claro que no la iba a desperdiciar. ¡Qué lindo y grande estaba Bautista! Cómo pude poner en duda esa hermosa familia. Qué tonta había sido...

—¡Bauti! —grité entre la multitud. Y lo vi, era Antón que se acercaba. Apuré el paso para llegar adonde estaban. Antón le tocó la cabeza a Bautista y luego, ¡ay, Dios!, le dio un beso en la boca a la mujer que lo tenía en brazos. Los abrazó a los dos. Me quedé parada. Dura. Justo Antón giró y me vio. Miré para abajo y me volví sobre mis pasos. No podía creer lo que acababa de ver. Antón ya tenía su familia querida. Y yo no estaba en ella. Seguí caminando, salí del lugar y empecé a llorar...

No sé qué hora era, estaba en mi cama cuando la puerta se abrió de par en

par.

—¡Te buscamos por todos lados! ¡Qué susto nos diste, Enriqueta! —me gritaba Faustina en la oreja.

—Bueno, despacio, me duele la cabeza —dije.

—¿Por qué te fuiste así? ¿Sabes el susto que nos pegamos? —repetía Ruperta.

—Porque Antón no estaba solo. Tiene una novia. No pude soportarlo...

—Ay, pobrecita. Te das cuenta de que los hombres solo saben hacer sufrir a las mujeres —dijo Ruperta.

—Tengo sueño, si no les importa quiero estar sola un rato.

Una me besó en la frente, la otra en la mejilla y se fueron. Me quedé sola, otra vez con mi tristeza... En este caso, merecida, por tonta, por no saber dónde estaba la verdad, por dejarme confundir por un poco de perfume y un pedazo de salmón. Me dolía el amor, me dolía el orgullo. Me dolía otra vez ser yo...

GATH & CHAVES

No regresé a la sede. Tenía que dejar que Antón siguiera con su vida, al fin, fui yo la que tomó la decisión de correr detrás de William. Pero me costaba. En realidad lo que me costaba era saber que era feliz, con una mujer, con Bautista.

Me dolía haber perdido esa oportunidad. Lisandro quiso explicarme, pero le dije que se no se hiciera problema, que estaba todo bien, que le deseaba lo mejor.

Luego me fui a llorar. Les pedí a las chicas que si lo veían, o se enteraban de algo referido a Antón, que no me contaran nada.

Sin trabajo, sin Antón. Mi vida como siempre en la miseria misma. Tenía que hacer algo. No podía dejar que las chicas cubrieran mis gastos. Me pregunto si a todos les pasará lo mismo. Y me pregunto por qué a mí me pasa.

Las chicas trabajaban en uno de los frigoríficos que estaban involucrados en la red de corrupción, Swift. Y también buscaban trabajo, se querían ir de ese lugar donde se hacían trampas a la patria, a los obreros, a los pobres.

Esa tarde Faustina llegó eufórica. Era tan blanca que cuando corría así y quería hablar se ponía tan roja que pensábamos que iba a explotar.

—Espacio, Faustina.

—Es que vengo corriendo porque tengo algo que contarles. El Chacho, amigo del Perico, que le arrastra el ala a la Chueca, me dijo que están buscando mujeres en la tienda gaticlaves. La del centro, la grande. Dice que tienen un montón de sucursales. ¿Se imaginan que entremos las tres a trabajar ahí? —dijo, y se tiró sobre la cama con los brazos abiertos.

—¿Segura? ¿En gaticlaves? —pregunté. Era una de las tiendas más lindas del centro.

—Sí, segura. Tenemos que ir enseguida, antes de que tomen a nadie, y tenemos que decir que Enriqueta habla inglés, y tenemos que lograr que nos den trabajo. Y si te toman a vos, Enriqueta, nos haces entrar a nosotras, ¿eh?

—Pero claro que sí. ¡A prepararnos!

Eso sí que era una buena noticia, tanto como una utopía. No les dije nada, pero era imposible que nos dieran trabajo a las tres juntas en un lugar tan

esplendoroso. Tan exigente. Nunca lo tuve ni como opción.

—Tenemos que organizar bien qué vamos a decir... —dijo Ruperta.

—Sí, vamos a decirles lo que ellos quieren escuchar para que nos den una oportunidad —dije.

—¿Y cómo sería eso? —preguntó Faustina.

—No podemos decir que somos tres infelices peleando por salir adelante todos los días —agregué.

—Pero si eso somos —dijo, pensativa, Ruperta.

—Bien, si nosotras queremos tener una oportunidad de trabajar en gatchaves, tenemos que aparentar ser mujeres inteligentes, seguras, estudiadas, educadas —dije airoso.

—Pero si eso también somos. Bueno, estudiadas, un poco.

—Primero, tenemos tiempo para que aprendan a escribir a máquina. Hagamos un tablero en un papel y ustedes practican en él hasta que puedan escribir palabras sin mirar. Entonces podemos decir que saben escribir a máquina.

—¡Claro! ¿Y qué más podemos aprender? —preguntó Faustina.

—Modales, palabras bien pronunciadas...

—Pero si nosotras hablamos bien el español —interrumpió Faustina.

—Sí, pero algunas palabras se les chanflean. —Se quedaron pensativas—.

Y también tenemos que ver bien qué contamos de nuestra historia. Sobre ustedes, digo...

—Sí, tenemos que pensar bien —dijo Faustina.

—Podemos decir que ustedes son primas. Que los padres de una vinieron a este país con las dos y que luego murieron aquí, uno de un ataque al corazón y al tiempo el otro, ¿un accidente? Y que una tía las adoptó hasta que fueron mayores...

—Sí, me gusta... —dijo Faustina.

—Y que nos conocimos en un trabajo y que vivimos las tres en una casa en el barrio...

—¡Pará, Enriqueta! Sin mentiras, somos lo que somos, no voy a poder acordarme de todas las mentiras. Digamos la verdad y bueno... —dijo Ruperta.

Nos quedamos las tres en silencio. Ruperta tenía razón, ¿hasta cuándo se puede sostener una mentira? La verdad es que no nos gustaba lo que teníamos para contar, pero era nuestra realidad.

—Tienes razón, Ruperta. La verdad. Pero el conocimiento sí se puede

incluir, así que manos a la obra, hagamos un teclado para cada una y a practicar. Y que Dios nos ayude.

Fui a dar una vuelta por la tienda. Era como ingresar a la Casa Rosada. La fachada, mármol. El ingreso, las escaleras, las lámparas colgaban del techo como pendientes en el cuello de una reina. Los empleados, impecables. No, no íbamos a lograrlo, pensé. Me fui, decepcionada. Ya había determinado el fracaso, no solo mío, de las tres. Ah, esa mirada negativa que tengo sobre las cosas, ¿por qué no podré sacármela, extraerla de mis entrañas o de donde quiera que esté? Tengo que ser más positiva. Así no se me va a dar nada en la vida. Regresé sobre mis pasos. Sacudí la cabeza como si pudiera mover los sesos y acomodarlos. Volví a ingresar a la tienda. Empecé a tomar nota de los detalles, los empleados, cómo se movían, cómo hablaban. Recorrí todos los pisos. Una buena investigación nos iba a ayudar a poder prepararnos para la entrevista. Había logrado tener una mirada distinta sobre un mismo asunto, bien yo.

Pusimos todos los vestidos sobre la cama y comenzamos a descartar. Hicimos lo mismo con los zapatos, con las carteras, con los sombreros y también con los guantes.

Cruzamos el quicio de la puerta. El guardia nos indicó dónde ir, parecíamos de figurín. Ahí nos dimos cuenta de que no estábamos vestidas como el resto. Hasta guantes llevábamos.

—Te dije que era una exageración —bisbiseó Ruperta.

—Vámonos, parecemos tres payasos de circo —acoté.

—Estamos acá y no nos movemos. Levanten la pera. Muertas antes que sencillas —ordenó Faustina.

El resto de las mujeres nos miraban, cuchicheaban, se reían... Nosotras, erguidas, ridículas y con la frente bien alta seguimos en la fila.

Hicimos la entrevista. Dijimos que vivíamos juntas. Demostramos que no le teníamos miedo al trabajo, y cuando nos preguntaron por qué fuimos vestidas así yo les dije que queríamos impresionarlos. Nos fuimos, desahuciadas. Había muchas oficinistas peleando por ese trabajo...

A los tres días nos llegó la citación. Para mí. Me presenté y me dijeron que era para trabajar en la administración. No podía expresar mi felicidad, me apenaba ver la cara de mis dos amigas queridas. Hacían esfuerzos para mostrar su alegría, pero en el fondo estaban tan tristes que se me partía el corazón.

A los cinco días llegó otra notificación: era para Faustina. Se presentó, y

era para trabajar en los salones de venta. A los ocho días, cuando Ruperta ya estaba desahuciada, llegó la citación para ella, para trabajar en el bar que estaba ubicado en la terraza. Las tres ingresamos a la tienda en diferentes sectores, pero ¡lo logramos!

Las chicas renunciaron a sus trabajos y nos preparamos para nuestra nueva vida laboral.

—Tengo miedo de que me toquen y despertar, y que todo sea un sueño —dijo Faustina.

Estábamos las tres sentadas en la vereda tomando mate.

—No le pongas tanta azúcar —dije. Eran un almíbar los mates cuando los cebaba Ruperta. Me contestó con un gruñido y una mueca. Así era ella.

—Estoy tan nerviosa. Y si no nos va bien... ¿Y si pasa un tiempo y nos convertimos en unas mamertas? —dijo Ruperta.

—Ah, entre Enriqueta y vos no hago una decente, ¿eh? Pongan un poco de voluntad —agregó Faustina.

—Pero yo no dije nada —agregué.

—No hace falta —refutó Faustina.

—Ah, otra cosa que siempre quiero decir y me olvido, no descuides tus recortes, Enriqueta. No solo es la historia del país, es tu historia también... —dijo Faustina.

Era verdad. Tenía que seguir. Así que ese domingo me compré todos los diarios y mientras las chicas cosían y bordaban, yo leía y recortaba.

Esa semana quedó asentado en mi carpeta el escándalo de las carnes, que seguía. El abuso de los frigoríficos. La vista gorda del gobierno. Y nuestra primera experiencia en gatichaves. Algo nuevo asomaba, algo se estaba gestando en mí. Inquietud. Curiosidad. ¿Esperanza?

UNA BUENA IDEA

La historia de los socios iniciales de gatchaves me daba vueltas por la cabeza.

No lo sé, tal vez me gustaba saber que no a todos les iba tan mal. La historia de Alfredo H. Gath, inmigrante inglés, y el santiagueño Lorenzo Chaves estaba llena de magia, de valentía, de positivismo. Por supuesto que me puse a investigar cómo habían logrado pasar de ser dos empleados de una sastrería a tener semejante imperio. Comenzaron con un comercio en la calle San Martín donde vendían artículos para caballeros que importaban directamente desde Londres. Una asociación conveniente, diría. No paró de crecer. En el año 1922 se fusionó con Harrods. Otra buena decisión económica estratégica. No eran ningunos pavos estos dos... Hoy la tienda era algo impresionante. Uno de los socios iniciales, Chaves, había fallecido, pero el negocio no paraba de crecer Y crecer.

Mi cerebro se esforzaba tratando de entender la inspiración inicial de estos dos ejemplares humanos, allá por el mil ochocientos ochenta y pico, cuando iniciaron.

Tal vez no todos nos ponemos a llorar lo que no tenemos, o a quejarnos. Tal vez otros, como ellos, le buscan la vuelta. Tal vez eso tendríamos que hacer, buscar la forma de surgir.

Luego de pensar mucho, decidí que tenía que compartir con las chicas todas estas premisas que me revoloteaban por la cabeza sin cesar.

—Bueno, ¿qué es eso que nos tenés que decir? —preguntó Faustina.

—Es una propuesta, o bien la mitad de una propuesta. La otra mitad la tenemos que terminar juntas.

—Tiemblo. Es que las propuestas tuyas, Enriqueta... —agregó Ruperta.

—Estuve pensando mucho —interrumpí.

—No digas, no te creo. ¿Vos, pensando? —interrumpió Faustina.

—Vamos, qué te traes, Enriqueta, lánzalo rápido —dijo Ruperta gesticulando.

—Sí, pensé mucho desde que comenzamos a trabajar en las tiendas. Estuve investigando algunas cosas. Todos nos bajamos de un barco un día y llegamos

a este lugar. Como mis padres, como los suyos. Y como Saint. Y como Gath...

—¿Quién es Saint? —preguntó Faustina.

—Un inmigrante francés, nostálgico, que puso un comercio, El Águila, dedicado al tostado de café. ¿Sabes quiénes son hoy? Los del chocolate Águila. Y están incursionando en los helados.

—¡No!

—Sí.

—Bueno, igual que Gath, un inglés, y Chaves, un santiagueño, eran empleados de una tienda y ahora... mira. Son nada más ni nada menos que los gatchaves.

—No.

—Sí.

—Y muchos más —dije.

—Y entonces...

—Nosotras tenemos que pensar en algo. Tenemos que encontrar la oportunidad en toda esta crisis. Estos hombres llegaron igual que nuestros padres. La diferencia creo que está en que nuestros padres no tenían habilidades para negociar, o algo así. Pero no es nuestro caso. Nosotras podemos hacer algo, y hacerlo grande. Y dejar de ser las pobres infelices que trabajan catorce horas por día. Lo pensé mucho. Y me causa tristeza lo que les voy a decir, pero yo no creo que esto tenga salida, el que nace pobre, muere pobre, al menos en este país. Vengo estudiando el tema. Nunca, ninguno de los gobiernos que pasaron hasta hoy, se preocuparon por el obraje, nosotros. Salgamos de la pobreza, pero con nobleza. Nos casamos con algún ricachón o nos ponemos a pensar qué podemos inventar...

—Pero no entiendo —dijo Faustina.

—Que hagamos como todos esos tipos que inventaron algo y luego se hicieron grandes y millonarios. Bravo por ellos. Pero nosotras, ¿qué podemos hacer? Si lo más sofisticado que sabemos es bordar con bastidor.

—Pensemos —dije, segura.

No volvimos a dormir. La cabeza nos aullaba. Un día fabricábamos guantes, otro tortas, otro bolsas de cartón, y así íbamos por la vida pensando qué hacer, qué hacer...

—Tenemos que inventar algo que sea útil y que tenga un costo bajo de producción. Como hacer ropa, pero eso no, ya hay muchos —dije—. Dame un mate.

—Sí. Tiene que ser algo fácil y necesario —dijo Faustina.

—Bueno, mientras pensamos ahorremos. Nada de comidas afuera o ropa nueva —dije—. Vamos a necesitar mucho dinero para el negocio, el que sea.

—Entendido.

—Tenemos que abrir un espacio de comidas, como las lecherías. Pero de chocolates... ¿Te imaginas? Las vainilladas que me tomaría gratis —dijo Faustina.

—Esta gorda piensa en manducar todo el día —agregó Ruperta.

—No es mala idea. Pensemos. Un momento, un chocolate, como la merengada de la lechería. Algo que inventemos nosotras. Al paso, pero con un local —dije.

—Veamos, no tenemos plata para un local, pero podríamos fabricar lo que hagamos y lo vendemos en el parque el fin de semana, y mientras seguimos trabajando para poder mantenernos y hacer crecer el negocio.

—Brillante. ¿Qué hacemos para vender? —preguntó Ruperta.

—Inventemos algo con chocolate, dulce de leche y almendras, esa combinación es perfecta —agregó Faustina.

—Yo digo que hagamos algo salado, como una empanada —dije.

—Yo digo algo fresco, con frutas —dijo Faustina.

—Bueno, hagamos todo y veamos qué se vende —dije.

EL FRACASO

Cocinamos dos días seguidos. Empanadas criollas dulces, saladas, pastelitos.

Hicimos algunos sándwiches de jamón y queso con un toque diferente, les pusimos una salsa casera con huevo, aceite y especias. Y luego de estar caminando como pavas por el parque, gritando, terminamos las tres con las canastas en la comisaría viendo cómo los hijos de puta se comían todo lo que habíamos cocinado. No sabíamos que debíamos tener un permiso para vender en ese lugar.

“Fracaso” es una palabra fuerte, que te tira para atrás, que te golpea en el rostro, que te empuja a la cama. Eso nos pasó. Nuestro primer intento empresarial fue un desastre. Me daba vergüenza mirar a las chicas a los ojos. Las había llenado de esperanzas, ilusiones, y solo logramos pasar una tarde en la comisaría. Regresamos cansadas después de cocinar como locas y sin un peso.

Yo había sido la promotora de todo. Yo siempre metiendo algo en la cabeza del otro para modificar nuestra realidad. Siempre queriendo cambiar las cosas, por qué carajo no me quedo quieta y dejo en paz al mundo. Aunque las chicas estuvieron muy correctas conmigo, no hablamos mucho del asunto.

A la mitad de la semana, la culpa ya se sentía menos intensa. El espíritu de Filomeno apareció en mí...

—Yo sé que no nos fue bien, pero creo que no deberíamos quedarnos con eso. Vamos. Una vigila y dos vendemos. Si aparece la policía, nosotras desaparecemos —dije.

—Sí, vamos. Tenemos que intentarlo nuevamente. No puede ser que nos quedemos llorando. ¿No, Enriqueta? —dijo Faustina.

—No sé... Otra tarde en la comisaría no me gustaría —agregó Ruperta.

El domingo fuimos de nuevo, organizadas distinto. Faustina repartía bocaditos gratis y les indicaba dónde estaba yo para que fueran a comprar más si les gustaba. Ruperta hacía de campana. Vendimos todas mis empanadas dulces, los pasteles de Faustina y las croquetas de Ruperta. Nos entusiasmos y seguimos pensando en el negocio.

—¿Qué les parece si ofrecemos cocinarles a nuestros compañeros de trabajo? Yo los veo cómo cuentan la plata para ir a comer. Nosotras les cobraríamos menos. Enriqueta cocina rico —dijo Faustina.

—Llevemos diez de regalo, y luego levantamos pedidos —agregó Ruperta—. Este negocio me gusta más.

—Bueno, paremos un poco con la bonanza. Hasta ahora no ganamos ni un solo peso —dijo Faustina—. Pero es buena idea. Mientras tanto averiguamos cuánto pagan por la comida y qué comen, ¿no?

—Bueno, es que de eso se trata.

La primera vez que fui al mercado descubrí en mí algo que no podía explicar.

Los aromas, los colores. Inspiré, y el efluvio del tomillo mezclado con el ajo ingresó por mis fosas nasales y la dicha llenó mi torrente sanguíneo. Magia. No sé bien lo que pasó conmigo. ¿Amor? Brotó una sonrisa en mis labios. ¿Será que el amor no es solo de las relaciones? ¿Acaso me sentí enamorada por aspirar tomillo? Creo que estoy a punto de abandonar la cordura... Pero a partir de ese momento comencé a recorrer un camino diferente, donde me dejaba ser, me dejaba llevar. Hacía las compras seleccionando cada cosa. Me instruí sobre especias, los beneficios de cada una. Un mundo maravilloso que me abría las puertas. La cocina de la pensión cobró vida a través de nuestro intento por surgir.

Faustina me ayudaba a picar cebollas, pimientos, ajos; Ruperta cebaba mate. Yo cocinaba, y mientras lo hacía amaba, vivía, disfrutaba. No sabía muy bien qué me estaba sucediendo, pero me dejé ser, se sentía muy bien. Se sentía como un suspiro en el ahogo. Una brisa fresca en los días calurosos. Un abrazo. Una caricia. Una palabra amable. Un bocado rico cuando hay hambre...

—La cocina se te da como la inteligencia a vos, ¿eh? —dijo Ruperta mientras probaba todo.

Luego de varias horas de debate acordamos que los almuerzos iban a consistir en una entrada, un plato principal y postre. Los primeros que probaron nuestras comidas fueron los inquilinos de la pensión, ¡les encantó a todos!

Nuestras viandas fueron un éxito. Mi vida estaba dando otro vuelco, me gustaba. La cocina, al igual que los libros, me descubría mundos nuevos.

Al mes dejamos de ir al parque. No nos alcanzaba el tiempo con los pedidos de almuerzos. Teníamos nuestros clientes. Ellos mismos nos

encargaban comida para el fin de semana. Y así fuimos cocinando, vendiendo, cocinando, vendiendo, y aprendiendo en el camino. Nos abrimos una caja de ahorro en el Banco Nacional para guardar las ganancias que nunca llegaron. Para poder competir, teníamos que vender barato. Casi intercambiábamos el dinero. Pero lo importante era que estábamos haciendo algo propio.

Mientras los ricos se hacían más ricos, y los pobres más pobres, nosotras luchábamos por cruzarnos de carril.

—Tenemos que poner una fonda, para empezar de alguna manera —dije—. No estamos ganando lo suficiente así, y trabajamos como burras.

—Sí, estoy de acuerdo, pero una de las tres tiene que seguir trabajando por las dudas hasta que arranquemos bien. Otra hacer la publicidad y otra atender —dijo Faustina con los ojos iluminados.

—Yo me puedo quedar en la tienda, Faustina es buena para vender y vos para cocinar —agregó Ruperta.

—Me parece bien. Empecemos a buscar el lugar para instalar nuestro negocio

—terminó Faustina.

—Lamento interrumpir, pero no tenemos dinero suficiente para encarar lo que estamos pensando. Alquiler, muebles... Apenas si sobrevivimos —dije.

—Me pinchaste la idea —se quejó Faustina, enojada.

—No, no es pincharte la idea, está bien, tenemos que empezar a buscarle la vuelta, ver cómo podemos hacerla crecer... —dije un poco confundida. Fui la que tiró la piedra, ahora escondo la mano. Ah, esa soy...

—¡Alquilemos una casa! —gritó Ruperta—. Acá ya estamos molestando, en cualquier momento nos van a querer cobrar más...

—¿Una casa? —pregunté, intrigada.

—Sí, podemos convertirla en nuestra fábrica y luego la venta la hacemos bajo la cuerda... ¿Me entienden?

No era mala idea. Es más, era una muy buena idea. Pero cómo no se me ocurrió a mí. Una casa, claro que sí.

—Y sería nuestra casa, podríamos utilizar la cocina a cualquier hora, el baño. ¡Es lo mejor que escuché hasta ahora! —dijo Faustina—. ¿Y qué nombre le vamos a poner? A nuestro negocio, a nuestra casa, tiene que tener un nombre.

—FaEnRu, o EnRuFa o RuFa, me perdí —dijo Ruperta.

—Tiene que ser fácil, y no necesariamente nuestros nombres —dije.

Seguimos divagando con el nombre... Que de la tía, que nuestros nombres

combinados, que uno, que otro. No acordamos ninguno.

En el tiempo libre que casi no teníamos comenzamos a buscar una casita, pequeña, barata y con baño adentro. Es que las tres nos empujábamos una a la otra. No había cansancio que nos detuviera. Ni miedo que nos espantara. Cada día éramos más una, no tres. Y qué bien se sentía eso. Creo que estoy agradecida... Bueno, algo...

LA CASITA

Una pequeña casita en el barrio de San Telmo. Ahora había que conseguir todos los papeles que nos pedían para concretar el contrato de alquiler...

Después de mucho tiempo, y con dudas, no sabía si ir o no ir. Pero necesitaba conversar con Lisandro. Que me asesorara con el contrato de alquiler. No quería sorpresas. La experiencia me había pegado en el rostro con la casa de Gervasio.

Fui.

Cuando llegué no encontré caras conocidas. Pregunté por Lisandro y me dijeron que estaba atendiendo allí. Lo esperé. No sé por qué me sentía avergonzada.

—¡Pero miren quién apareció! —dijo Lisandro apenas me vio.

—Hola, Lisandro. ¿Cómo estás?

—Bien. Digamos que mejorando.

—Me enteré de que estás trabajando en la tienda gaticlaves.

—Sí, pero ¿cómo te enteraste?

—Qué vos nos abandones no quita que sigamos tus pasos —dijo, misterioso.

—Vengo a pedirte ayuda. Estamos por alquilar una casita con unas amigas y quiero hacer bien los papeles.

—Ven, vamos a la oficina...

—¿Se supo algo de Luis? —pregunté mientras caminaba detrás de Lisandro.

—No. Con el más inmenso dolor lo dimos por desaparecido.

—Ah.

—¿Querés saber de Antón?

—Quizás.

—Está muy bien, incursionando en política. Bautista crece sano y feliz. Siempre te recuerda.

—Me alegro —dije. Mentira, no me alegraba nada que estuviera feliz con la familia que en algún momento fue nuestra. Y otra vez ese sentimiento raro. Eso no es amor, son celos, es envidia. Resentimiento.

—¿Y tus cosas?

—Bien. Estamos trabajando las tres, con mis amigas, y también estamos pensando en instalar un negocio de comidas. Si dispones de un ratito te cuento.

—Por supuesto, busco el mate y conversamos.

Lisandro, tan caballero, tan cariñoso, tan buena persona. Siempre.

—No quiero tirar al piso tus ilusiones, menos a vos con todo lo que pasaste, Enriqueta. Pero la comida... Yo seguiría con la comida para darle nacimiento a otro negocio, uno más rentable. Que no las involucre trabajando tanto... No sé si me explico.

—Claro que sí, y te agradezco. Lo voy a conversar con las chicas.

Tenía razón. Trabajábamos mucho para ganar un poco.

Lisandro me miraba con cariño. Tuve la sensación de que quería decir cosas que me agradaran. Me indicó todo lo que tenía que hacer para alquilar la casita.

—Muchas gracias por todo, como siempre, Lisandro. Cuando necesites algo no dudes en buscarme, te debo tanto... Y por favor dale saludos a Antón, le deseo lo mejor.

Nos despedimos con abrazos y recomendaciones, como viejos amigos. Me retiré del lugar con una sensación de incomodidad; algo molestaba en mi cuerpo, pero no podía determinar qué era...

Contrato y llaves en mano, juntamos todo lo que teníamos y nos mudamos a nuestra casita. “La casita”, le decíamos entre nosotras. Era pequeña, pero la elegimos porque traía incluida la cocina y un pequeño leñero incrustado en la pared. Mi cocina soñada. Enseguida imaginé repisas con mis frascos con especias, macetas con hierbas aromáticas.

Compramos lo que nos faltaba y nos instalamos. Un lugar donde no teníamos que pedir permiso para nada. Podíamos transitar a cualquier hora, usar el baño todas las veces que quisiéramos.

El comedor lo convertimos en dormitorio, así las chicas compartían uno y el otro era para mí sola. Con la cocina nos alcanzaba y sobraba.

—Ahora no podemos descuidar nuestros trabajos, tenemos que pagar el alquiler todos los meses. Yo revisaría el asunto de quedar solo una trabajando, mirá si nos agarra una malaria, ¿qué hacemos? —dijo Ruperta.

—Creo que pienso lo mismo —agregó Faustina mientras yo asentía con la cabeza; aún estaba recorriendo la cocina que había decorado en mi mente.

—Ah, ya la perdimos —dijo Faustina, y me pegó un coscorrón en la cabeza.

—Acá estoy, che, qué les pasa —dije frotando con mis dedos la cabeza doliente.

Decidimos seguir con la comida, trabajando las tres mientras le dábamos una vuelta al negocio. Era diferente ahora. Nuestra casa nos había habilitado a ser personas independientes. Me sentía diferente. El trabajo, cocinar y poco tiempo libre le hacía bien a mi cerebro. Ya no tenía espacio para amargarme la vida.

Levanté la vista, mi bitácora. Tenía que escribir. Contar que tenía una casa donde vivir, un trabajo que pagara las cuentas y deseos de enamorarme. El amor. ¿Por qué no se me da el amor...?

¿CUÁL ES TU SUEÑO?

En la cocina, las tres. Ruperta pelaba papas, Faustina cebaba mate y yo revolvía la olla de guiso, estaba preparando relleno para empanadas.

—Pensemos. ¿Cuál sería tu sueño, Ruperta, si tuvieras que hacer algo que te gustara...? —dije.

Ruperta revoleó los ojos para arriba, para el costado, y luego dijo con firmeza:

—Fabricar zapatos para mujer. Lindos. Exclusivos...

Me quedé helada. ¡Qué lindo sueño tenía! Zapatos, ¿cómo no se me ocurrió?

—Yo creo que mi sueño sería fabricar sombreros para acompañar esos zapatos —dijo Faustina.

—Yo quisiera ser escritora y periodista, como Roberto Arlt, y enamorarme perdidamente de un hombre que me ame, que me atienda, que me haga feliz, que sea compañero... Digo, no sé.

—Me gusta tu sueño, Enriqueta —agregó Faustina.

—Y si tuvieras que trabajar, Faustina, ¿qué te gustaría? —pregunté.

—Sombreros, paparula, ¿dónde estás?

—Bueno, che... ¡Zapatos, entonces! Y luego, ¡sombreros! Fabriquemos zapatos —dije en un minuto de desasosiego.

Las dos me miraron absortas.

—¿En serio? —preguntó Faustina.

—¿Sí? —agregó Ruperta.

Y lo que había sido solo una exclamación se estaba transformando en una idea: ¿fabricar zapatos?

—Pero no sabemos nada del asunto de fabricar zapatos —dijo Ruperta.

—Investiguemos, estudiemos —propuse. Pasaba de la depresión a la algarabía en un lapso tan breve que a veces me costaba entender, o bien entenderme...

—Tiene razón Enriqueta, no descartemos la posibilidad. Por algo hay que empezar —dijo Faustina.

—Lo que tenemos que hacer es ahorrar cada peso, ahora con el alquiler

sobre nuestras espaldas se va a poner un poco más duro. Pero si nos esforzamos... quién te dice que en unos años somos las gaticlaves de los zapatos —dije.

Esa frase nos llenó de esperanzas. La ilusión de la esperanza.

EL ZAPATERO

A partir del momento en que dijimos que íbamos a fabricar zapatos, toda nuestra vida comenzó a rondar sobre el asunto. Mirábamos todos los zapatos que se cruzaban ante nuestros ojos. Los analizábamos, los tocábamos cuando podíamos.

Compramos un par que nos gustó mucho y con sumo cuidado lo desarmamos para ver cómo estaba confeccionado. Hicimos moldes. No sabíamos por dónde empezar. Y a Ruperta se le ocurrió la idea de visitar al zapatero del barrio, don Pérez. Cuando le contamos nuestro plan nos sacó de raja, dijo que estábamos locas y que no lo molestáramos. Salimos tristes.

—¡Vamos, chicas! Este viejo pérfido no es el único zapatero.

—¡Te escuché, chinita mal educada!

—¡Viejo culo sucio! —grité más fuerte y salimos corriendo.

Desilusionadas, regresamos a casa. Ruperta dijo que se iba a encargar de averiguar por otro zapatero. Faustina siguió diseñando zapatos de vestir y yo me puse a leer todos los diarios que me había traído de la calle. Me detuve en los avisos publicitarios. Mi mente se abría como una flor. Tantas cosas podíamos vender. Tal vez no teníamos que fabricarlas nosotras, solo comprarlas y luego venderlas. Pero siempre la misma pregunta, ¿cómo empezar?

Ruperta fue a la sede a buscar datos de algún zapatero. Faustina seguía dibujando y yo cocinaba para los pedidos. Estábamos cansadas. Trabajábamos duro con nosotras mismas para que la esperanza no decayera. Algunas veces nos quedábamos calladas para no hablar de nuestros miedos.

Don Domingo, el zapatero. Era un buen hombre. Honesto, y tenía las máquinas, incluso la de aparato. Al principio nos miraba con el ceño fruncido, en silencio.

Luego comenzó a hacer preguntas, luego a proyectar.

—Yo quiero ser un socio más —concluyó.

Nos asustamos un poco. No teníamos prevista una propuesta semejante.

Nos apartamos las tres al mismo tiempo. Bisbiseamos.

—Yo no tengo problemas si él pone las máquinas y va a hacer todo el

trabajo. Nosotras solo vamos a diseñar y comprar los materiales —dijo Ruperta con atino.

—Yo estoy confundida, deberíamos esperar un poco, analizar —acotó Faustina.

—Comparto con Ruperta. Tenemos que empezar, y creo que esta es una oportunidad. Por el camino vamos viendo. Cualquiera cosa, ¿podemos despedirlo o desasociarlo...? —dije.

—Don Domingo tiene buena fama, es un buen hombre, trabajador, no nos va a joder... Creo —agregó Ruperta.

Me di vuelta y, sin más, lo miré a los ojos.

—Don Domingo, tenemos un trato, no nos vaya a joder porque nosotras somos bravas, ¿eh?

El hombre nos observó con ternura.

—A trabajar, entonces.

Nos tuvo sentadas durante horas explicándonos el paso a paso de la fabricación de un zapato. Al segundo paso, y como era costumbre en mí cuando algo no llamaba mi atención, me iba a mi otro mundo. Empecé a imaginar una vidriera de zapatos de moda, exclusivos. Yo era la vendedora, y justo ingresaba un señor a buscar zapatos para su prometida. Ese señor era la imagen del encargado del piso tres de gatchaves, que me tenía medio enamorada. Luego conversaba conmigo, y se iba enamorando de mí...

—¡Enriqueta! Prestá atención que vos también tenés que trabajar con esto —dijo Faustina, enojada, mientras me pellizcaba el brazo.

—¡Ay! Si estoy prestando atención —mentí.

Como me perdí apenas comenzó, no entendí nada, pero tendría que disimular porque las chicas se iban a enojar conmigo. Y tenían razón.

Durante todo el domingo estuvimos observando los moldes de los diseños de Faustina, discutiendo algunos cambios.

—Alguna de ustedes tiene que ir al Bajo a buscar al Chino y comprar cueros y telas. Son todas importadas. Las mejores y los mejores precios —dijo Faustina.

—Que vaya Enriqueta, ella es más sabionda —apresuró Ruperta—. Don Domingo dijo que solo él nos puede vender poca cantidad a buen precio...

—Voy. Me dicen exactamente qué tengo que comprar y voy. Después vamos a cocinar porque estamos descuidando nuestro ingreso hoy, ¿eh?

Entrada la noche, cansadas, concluimos que deberíamos empezar por algo sencillo, simple.

Ir a hacer las compras. Me iba muy bien con las compras. Me gustaba encargarme de salir, revisar, comprar, luego me sentaba en algún bar con buenas ofertas y me sentía la reina del mundo. Regresaba con una sonrisa.

EL REENCUENTRO

No había ido nunca a ese lugar que nos indicó don Domingo. Era algún tipo de mercado, solo que sus vendedores eran diferentes, no sé cómo explicarlo, raros...

—¿Enriqueta? —sentí mi nombre, esa voz... Mi corazón la reconoció, pero mi mente no pudo ponerle rostro, era un recuerdo incompleto, pero intenso.

—Enriqueta, ¿sos vos? —repetía mi nombre un señor que me observaba debajo de su sombrero requintado—. Soy yo, Filomeno.

Me detuve unos minutos. ¿Filomeno? ¿Mi amigo Filomeno?

—¿Filomeno? ¿Qué haces vestido así? —fue lo único que atinó a salir de mi boca.

—Sí, casi que no te conozco, que estás chula, ¿eh?

—Ay, yo no te hubiera reconocido nunca. Sos otra persona. ¡Qué pinturria! Un poco llamativo, pero a la moda. Ese traje...

Era mi atesorado amigo Filomeno, pero atrapado en un cuerpo que me resultaba desconocido, diferente. Una sensación extraña invadió mi ser al verlo.

¿Rareza? Mientras mis pensamientos agobiaban mi razón, como siempre, sentí que sus brazos me rodeaban.

—Enriqueta, Enriqueta, si te habré buscado por todos lados —me decía mientras apretujaba mi cuerpo contra el de él. Me cortaba la respiración.

—Me estás asfixiando, Filomeno.

—Perdón, soy un bruto.

Me soltó de golpe y se me doblaron las rodillas, casi caigo al piso. Sí, era Filomeno, mi Filomeno.

—¡Vamos, te invito a tomar lo que vos quieras!

Caminamos juntos unos metros y nos internamos en el primer bar que se cruzó en nuestro camino. Sentados, enfrentados, nos mirábamos, nos conocíamos, nos desconocíamos y nos sonreíamos.

—Por lo que asoma te fue bien, diría que muy bien —dije.

—Sí, muy bien. No me vas a creer. Me casé con Amparo. ¿Te acuerdas de

la chica del tren que nos pagó el viaje de vuelta al conventillo?

—¡Claro que me acuerdo! ¿Amparo? Pero ¿cómo hiciste? ¡No te puedo creer! Pero mirá si sos, ¿eh?

—Es para una novela nuestra historia con Amparo. La busqué en el conservatorio, la perseguí... y la perseguí... Y nos enamoramos. Bueno, ahora soy dueño de su fortuna y tengo una hermosa familia. Aunque no tenemos hijos... ¿Y vos?

—¡Qué lindo, Filomeno! —dije impostando una sonrisa. La verdad, no me gustó para nada su historia feliz. Me dio envidia, tristeza. Él lo había logrado. Yo no. No le conté que había vuelto a buscarlo. Y él tampoco recordó que teníamos un pacto de casamiento...

—¿Y vos? —repitió.

Suspiré. Sonreí. Filomeno trajo a mi mente muchos momentos felices, mi madre, nuestras aventuras...

—Sigo peleando contra la vida, Filomeno. Me pasaron muchas cosas... La verdad es que si miro para atrás tengo recreos felices. El resto es sobrevivir.

Tomó mi mano y mi cuerpo se desorientó. Acarició mi rostro y mis lágrimas ya no pudieron contenerse. El agua salada enseguida llegó a mi boca. Él se cambió de lugar y se sentó a mi lado, me abrazó. Lloré, con congoja y todo. Me lucí llorando.

—No hace falta que me cuentes nada, Enriqueta. Pero te juro que nunca más vas a volver a sufrir. Estoy acá, te encontré. Te busqué tanto...

Yo lo había buscado una sola vez. Él, siempre. Y ahora me ponía tan feliz verlo. ¿Por qué no seguí buscándolo si nos habíamos prometido eso? Tal vez porque nunca pensé que Filomeno prosperara. Tal vez porque no confiaba en él.

Pero me equivoqué, Filomeno me abrazaba y yo experimentaba por primera vez una sensación de paz. De eternidad, de descanso. ¡Gracias, Filomeno, por encontrarme! Y perdón por no cumplir nuestra promesa y no buscarte.

EL SALVADOR

Encontrarme con Filomeno alteró todas mis estructuras mentales. Mi atención se centró en él. En qué había hecho en todo este tiempo. En su esposa. En su vida...

¿Qué hubiera pasado si nos encontrábamos antes de que él se casara? No sería rico como ahora, entonces, ¿me hubiera interesado de la misma manera? ¿Me hubiera quitado el sueño como me lo estaba quitando ahora? Mejor no pensar en eso. No me gusta cómo pienso.

Les conté a las chicas quién era Filomeno. Tenían esa sonrisa de cuando leemos historias de amor a la noche. Me dijeron que querían conocerlo, así que lo invité a comer a nuestra casita.

Faustina y Ruperta lo apabullaron a preguntas; él nunca perdió la paciencia, la sonrisa, como siempre. Aún me costaba unir esa voz tan especial para mí a ese hombre portador de una importante osamenta. Quién diría que Filomeno se iba a poner así de churro. Era y no era él.

—El proyecto de los zapatos es una porquería —dijo Filomeno sin mucho preámbulo. Se nos desplomó la sonrisa a los pies a las tres al mismo tiempo —. Bueno, no se pongan así, las voy a ayudar.

—¿Cómo? —preguntó Faustina.

—La familia de mi esposa tiene una empresa naviera, no te digo que son los Doderó, pero son grandes.

Lo escrutaba. Me costaba creer que ese hombre de buena palabra, culto, simpático, fuera mi amigo Filomeno.

—Las casualidades... Estaba pensando en emprender un negocio, comercio, aprovechando los barcos de mi cuñado. Mi suegro falleció el año pasado. En realidad quiero tener mi propio negocio. Independizarme un poco de la naviera, pues, a pesar de que soy de la familia, no me siento un dueño legítimo —contaba Filomeno. Ese era mi Filomeno.

—Es razonable —acoté.

—¿Qué les parece si yo pongo el capital y soy el cuarto socio?

—Pero cómo vamos a confiar en vos si no te conocemos y a Enriqueta la conociste cuando eran pequeños... —dijo Ruperta.

—Porque digamos que soy el que pone el capital. Porque a Enriqueta la conozco de toda la vida. Siempre la llevé acá —dijo señalándose el corazón. Yo era un torbellino de emociones encontradas.

—¿Qué hacemos, Enriqueta? ¿Confiamos en este? —preguntó Ruperta.

—¡Claro que confiamos en Filomeno! Es un regalo del cielo su propuesta. Y además, él pone la biyuya, nosotras no ponemos nada. Así que si nos va mal no perdemos nada...

—¿Y tu esposa qué va a decir de que te asociás con tres mujeres? —preguntó Faustina. Agudicé mis oídos. Esa respuesta era más que importante para mí.

—Nada, me va a ayudar. Amparo es el ser más bueno del mundo.

La respuesta no era la esperada, pero nos favorecía que así fuera.

—Y si los zapatos no, ¿qué tenías en mente hacer?

—No sé, algo que tenga que ver con el comercio, pero que se venda mucho —aclaró.

—¿Qué tipo de comercio? —preguntó Faustina.

—Pienso que lo mejor es comprar y vender. Tiene que ser algo que no esté ya saturado.

—¿Estudiaste, Filomeno? —pregunté, intrigada.

—¡Claro que estudié! Vos misma te encargaste de dejármelo bien claro...

Sonreí.

—Zapatos, carteras y sombreros importados —dijo Ruperta.

—Podría ser, pero tendríamos que ver la forma de ponerlos de moda. Las personas son muy especiales. La moda es un artilugio intelectual que les mata el cerebro. Y solo funcionaría si les vendemos a los que tienen gaita.

Embobada quedé...

—Tendríamos que hacer algo, ¿un desfile, tal vez? —dijo Faustina con entusiasmo.

—Puede ser —acotó Filomeno disfrutando mientras recogía todas las ideas.

—Tendríamos que adelantarnos, llegar primero —dije.

—Muy bien —dijo Filomeno y me regaló una sonrisa amplia, llena de dientes blancos, parejos. Nunca se los había visto. Nunca había prestado atención a los dientes de Filomeno.

—Tendríamos que alquilar un local grande, lindo. Decorarlo. Mientras mostramos nuestros modelos con zapatos, carteras y sombreros podríamos servir bebidas y exquisiteces —dije con entusiasmo. Lo veía. Bueno, tal vez

mi mente apresurada se robó algunas imágenes de gaticlaves...

—¡Qué lindo! —dijo Faustina.

—Es mucho el dinero que tendríamos que invertir —dijo Ruperta.

—De eso me encargo yo. Como local podemos usar una casa que tenemos con Amparo. Es la casa donde vivimos apenas nos casamos. Luego nos mudamos. Es linda, está en el centro. Tiene dos pisos y un lindo jardín. Y en estos momentos está sin uso. Tendría que hablar con la familia y arreglar un alquiler, ¿qué les parece?

—¡Eso es espectacular! —dijo Faustina.

No me caía muy simpática la forma en que Filomeno hablaba de su esposa.

Bueno, cómo no iba a hablar así de ella si estuvo enamorado toda su vida.

—Trato hecho. Somos cuatro socios. Empecemos a trabajar.

Filomeno nos miró.

—Ustedes tendrían que dejar el trabajo que tienen para poder dedicarse por completo al proyecto. Y basta de cocinar.

Inseguras, nos quedamos calladas, nos miramos... Nosotras conocíamos intensamente el sentir de la falta de dinero para cubrir los gastos básicos. Y dejar gaticlaves...

—¡Dejemos el trabajo! —dije, desafiando los miedos—. Apostemos a esto. No nos vamos a equivocar. Filomeno, si nos quedamos en la calle por tu culpa nos vas a tener que dar asilo y comida a las tres.

Charlamos horas los cuatro. Filomeno había traído esperanzas, sonrisas y abundancia a nuestras vidas. Ay, Filomeno, Filomeno...

Se fue con una lista de tareas para revisar, organizar. Quedamos en encontrarnos el viernes por la tarde. Si todo estaba bien, el lunes renunciábamos a nuestros trabajos y empezábamos con el proyecto nuevo. La verdad es que renunciar las tres a nuestro empleo nos producía alguna inquietud. Tanto habíamos suplicado a la vida por algo como lo que ahora teníamos que el hecho de dejarlo por una buena promesa nos incomodaba. Pero tampoco queríamos perder semejante oportunidad...

Mudas, deambulamos por la casa haciendo nuestras tareas. Cada una inmersa en sus propios desasosiegos. Teníamos que elegir, tomar una decisión.

LA BUENA ESPOSA

El viernes, Filomeno nos invitó a comer pizza. ¿La mujer sería tan buena que lo dejaba andar por ahí con tres mujeres, pronto socias? No pregunté, me quedé con la duda. Él estaba enamorado de mí, no de ella. Pero se casó con ella...

Definitivamente regresé al pasado, don Filomeno era mío.

—Tenemos la casa, tenemos el dinero para decorarla. Mi esposa nos apoya en todo. Ah, Enriqueta, quiere verte. Se acordaba de vos...

No sé si yo quería verla, ella me había robado a mi amigo Filomeno.

—¡Claro que sí! Nada me gustaría más —falseé.

—Yo creo que estoy soñando. A nadie le pasa que llega un desconocido y le ofrece todo para que pueda salir adelante... No sé. Estoy como emocionada, creo —dijo Faustina y comenzó a cubrir sus lágrimas con disimulo. La abracé.

—Es un sueño para todas —dije.

Ruperta miraba, callada. Ah, si la conoceré, estaba feliz, pero desconfiaba.

Filomeno nos llevó hasta nuestra casa en su auto. No podía dejar de asombrarme. Era todo un hombre importante. Acodado en su Ford, manejaba con una sola mano.

—Es lindo tu auto —dije. Yo iba adelante con él. Donde siempre debe ir Amparo, pensé.

Llegamos, y luego ingresamos.

—Tengo un julepe que no puedo ni pensar tranquila —se desahogó Faustina.

—Yo también, no quería decir nada para no preocuparlas —agregó Ruperta.

Y la verdad es que yo también. Pero la idea de estar al lado de Filomeno me tranquilizaba. Era como volver el tiempo atrás, él se encargaba de todo. También de meternos en líos. Pero ahora era un hombre.

—¡Está casado y enamorado de su mujer, Enriqueta! Conozco esa mirada —apresuró Faustina.

—No digas pavadas, es mi amigo —dije.

Renunciamos a nuestro trabajo. Un remolino de miedo en el estómago nos atormentaba, pero habíamos decidido avanzar.

La casa era preciosa. Mientras la recorriamos, mi mente se perdía imaginando a Filomeno y Amparo subiendo las escaleras, cenando en la sala, durmiendo...

—¿Y, qué te parece, Enriqueta?

—Muy linda —contesté ruborizada, como si alguien hubiera visto lo que estaba pensando.

—Este cuarto lo vamos a usar como oficina. ¿Están de acuerdo? —dijo Filomeno, y nosotras tres asentíamos al mismo tiempo, embobadas...

Con los ojos abiertos imaginaba cómo sería nuestra vida en ese lugar. Era como ingresar a un sueño donde todo estaba permitido, donde uno quería algo y ese algo se materializaba inmediatamente.

—Le dije a Amparo que cuando terminemos aquí íbamos a tomar el té con ella, ¿están de acuerdo? Así se conocen.

Nosotras íbamos detrás de Filomeno asintiendo a todo. Él organizaba, él hablaba, él hacía, él deshacía... Y nosotras sonreíamos.

No pude evitar pensar en cómo sería Amparo. El recuerdo que tengo de ella es muy cariñoso, linda, amable. Creo que no podría ser de otra forma al estar al lado de Filomeno. Él tenía ese don de poner alegría en cualquier situación.

La casa de Filomeno era una mansión. Nos bajamos del auto y nos recibió una de las tantas sirvientas que había circulando por ahí. Faustina y Ruperta, boquiabiertas, encantadas.

La música inundó nuestros oídos apenas ingresamos.

—Es Amparo, la música es su vida —dijo Filomeno con una sonrisa.

El sonido se detuvo y ella apareció debajo del quicio de la puerta. Una mujer de porcelana, suave, pequeña, pálida, linda. Muy linda. ¡Qué lo parió!

—¡Qué gusto! Aquí están, pasen. Enriqueta, cuánto me alegro de volver a verte. Si te habrá buscado Filomeno, toda la vida —dijo y me abrazó. Un abrazo sincero, cariñoso. No justamente como el mío.

—Todavía no creo que estén casados. Si cuando te conoció quedó flechado para toda la vida —dije empática, falsa.

Tomamos té. Las sirvientas no dejaban de ingresar con bandejas. En mi vida imaginé que alguien pudiera vivir de esa forma. Atendido por tantas personas.

Pensé que esas cosas pasaban en los hoteles, donde uno pagaba para eso.

Tampoco imaginé que Filomeno fuera a vivir de esa manera. Tan rodeado de amor, de riqueza... Celos, de todo, de todos, sentía en el centro de mi corazón.

¿Por qué no podía estar feliz por Filomeno? En honor a nuestra amistad.
¿Por qué me siento tan frustrada, resentida?

—Muy linda tu casa —dije.

LA CASA DE LA MODA

Conocer las regalías de la riqueza. Saborear el placer de no tener problemas. Eso es vivir, o disfrutar la vida. Caminábamos sobre nubes de algodón. Cada mañana nos encontrábamos en la cocina. Nos desperezábamos despreocupadas. Con ganas de salir corriendo a trabajar en nuestro proyecto. Tranquilas. Podría decir que felices. La felicidad y la tranquilidad van de la mano. Y me gusta.

Cada día era un desafío. Que la decoración, que los muebles, que un sillón acá, otro allá, que los figurines, que los maniqués, que la moda parisina, que las revistas. Que esto, que lo otro.

La Casa de la Moda, Amparo sugirió el nombre. Horrible. Común. Pero no pude decirle nada. No me dio la cara. Sí, metía la cuchara, pero era la esposa del que ponía la plata, tampoco le podía decir nada...

Ya no tenía tiempo para mi bitácora, tampoco para disfrutar de cocinar, ni te cuento para leer. Cuando estábamos en casa nos pasábamos haciéndonos arreglos en el cuerpo, en el cabello. Teníamos que estar a la altura. Un día nos hicimos un tratamiento de yemas de huevo en la cabeza. Costó varios días sacar el olor, pero quedamos sedosas. También nos hicimos limpieza de cutis con azúcar y limón. Se nos fue el limón a los ojos y quedamos con la mirada irritada por un día completo.

Eran las cuatro de la mañana y La Casa de la Moda estaba lista para abrir sus puertas. Cansadas, felices, nos fuimos a dormir.

Llegamos pasadas las nueve. La casa relucía. Ingresamos. Caminamos cada rincón con los ojos irritados por contener las lágrimas. Calladas. Las cortinas eran soñadas. Los maniqués, directamente modelos parisinas. Lo habíamos logrado. Ahora había que inaugurar. Y comenzar.

Dormimos casi sentadas por la cantidad de cosas que nos habíamos puesto en la cabeza. Que ruleros, que trapitos, que tomate picado en las puntas, que pepinos en la cara.

Cada una había elegido un vestido. Alta costura.

—Pellízcame, no estoy soñando, ¿no? —dijo Faustina llorando. ¡Y cómo no!, habíamos logrado pasar al otro lado. Rápido, sin sacrificios más que

nuestras horas de trabajo. Era un milagro, un sueño... Meses atrás éramos tres mujercitas empleadas, tratando de ganarle a la crisis. Hoy éramos tres cogotudas, emperifolladas hasta las orejas. Creo que, en nuestra mayor intimidad, teníamos tanto miedo de despertarnos y que todo fuera un buen sueño, nada más.

Celebración íntima. Casi familiar. Estábamos muy felices.

Nuestro encargado era una persona muy especial para mí. Me hacía feliz ingresar y verlo embutido en su traje, con una sonrisa que jamás había vislumbrado. El Tano. Por supuesto que fui a la villa y ahí estaba, aún sin poder surgir. Cada vez con más hijos. Y le conté. Y se vino conmigo. Cada mañana la sonrisa que nos regalábamos solo nosotros sabíamos a qué refería. A esos días tristes, con hambre, anegados en la villa. El Tano y su familia creciente ahora vivían en una pequeña casita. Para ellos un castillo.

El resto de los empleados los conseguimos observando los listados de los desocupados en la sede. Nuestros papeles estaban en regla y pagamos muy buenos sueldos. Yo aún no podía creer que estaba del otro lado, era la patrona, ¿qué tal? Pero no estaba feliz. Me faltaba algo. Me faltaba enamorarme. ¿Había estado enamorada alguna vez de Antón, de Williams? Si estuve enamorada, ¿por qué ahora solo siento cariño al recordarlos? ¿Funcionará así el amor? Extrañaba sentir ese estado de enamoramiento que me daba la cocina, o cuando escribía. La tienda no me producía eso. ¿Por qué será?

—Vamos, Enriqueta, acompáñame. Me acaba de avisar Miguel que ya descargaron el barco —dijo Filomeno. Miguel era su cuñado.

—Vamos.

No era la primera vez que me trepaba al auto de Filomeno. Tampoco era la primera vez que pensaba que ese lugar era de Amparo.

—Qué linda vida la tuya, ¿eh?

—Sí, estoy contento. ¿Y vos, Enriqueta? ¿Eres feliz?

—Sí, claro —contesté, nerviosa. Qué osado, preguntarme semejante cosa. Acababa de contarle mis penurias y...

—Ya vas a encontrar un compañero.

—Seguro que sí.

Quería llegar. Siempre aventuraba que me declaraba su amor. Pero cuando me hablaba de Amparo, uf. Mi castillo seguía siendo frágil.

—¿Conociste a Miguel, mi cuñado?

Seguro me va a querer enchufar al cuñado, pensé.

—No.

Llegamos a la naviera, bajamos, lo seguí hasta las oficinas.

—¡Miguel! Ven, te presento a Enriqueta.

Jovial, simpático, se acercó a nosotros. No podía ser de otra forma, era el hermano de Amparo, la mujer más buena del mundo.

—Vengan, pasen, les traje de todo, la última moda francesa. Van a caer a sus pies todas las mujeres de la Capital.

En su oficina, mientras arreglaban el papelerío, yo observaba. Había un retrato de Filomeno y Amparo, del día de su casamiento. Se veían felices. Bueno, Filomeno siempre lucía feliz.

Regresamos, detrás de nosotros venía toda la mercadería. Había que trabajar, desembalar, acomodar. Era lo que más nos gustaba. Meter las manos, ver qué zapatos venían, qué tacos tenían, las chalinas. La tendencia en carteras. Felices, los días de entrega trabajábamos hasta las dos o tres de la mañana. Hasta que no estaba el último maniquí vestido y todo impecable ninguna se iba.

—¿Y qué tal el hermano de Amparo? —preguntó Faustina.

—Nada —dije.

—¿Qué significa nada? —preguntó Ruperta, enojada.

—No me simpatiza. Y menos sabiendo que todos me quieren enganchar con ese zoncaco.

—Nosotras solo queremos verte feliz —agregó Faustina.

—Soy feliz a mi manera.

—Sí, derretida detrás de Filomeno —dijo Ruperta.

Quedé helada, se habían dado cuenta. Pero, ¿estaba enamorada de Filomeno?

¿O estaba enamorada de su vida?

LA SALIDA

Cerrar la caja siempre nos demoraba más de la cuenta. Trabajábamos muchas horas, pero no nos sentíamos cansadas.

Esa noche, luego de la cena, Faustina y Ruperta, serias, con una taza de té cada una. Esperándome.

—Vas a tener que hacer algo con Filomeno o va a pasar lo peor —dijo Ruperta.

—¿De qué hablan? —pregunté haciéndome la desorientada. Sabía muy bien de qué hablaban.

—Se te nota hasta en la respiración que estás enamorada de Filomeno. Está casado, es nuestro socio y su esposa es hermosa y buena persona —dijo Faustina—. No vamos a poner en riesgo todo esto, ¿no, Enriqueta?

—Si no haces algo rápido van a terminar siendo amantes, y eso, créeme, siempre termina mal, muy mal —agregó Ruperta—. Y en este caso para todos.

—No, nada que ver. Están viendo fantasmas donde no los hay. Filomeno es mi amigo de la infancia, eso nos da un dejo más de confianza, pero de ahí a todo lo que se imaginan... no, no.

—Enriqueta, no nos podés engañar a nosotras, te conocemos, estás enamorada.

Las miré.

—No sé si estoy enamorada, pero sí estoy enojada. Filomeno me declaró su amor cuando éramos chicos, me dijo que lo buscara, que lo esperara, que él estaba enamorado de mí. Que nos íbamos a casar. Y yo me fui, y volví una vez para que me ayudara y no estaba, y nunca más lo busqué. Él tendría que estar casado conmigo...

—Ah, no quiero estar en tu lugar —dijo Faustina.

—Gracias, ahora me siento mejor —contesté.

—Vas a tener que hacer un esfuerzo. Grande. Y urgente.

—¿Cómo se dieron cuenta...? —pregunté.

—Lo primero: tenemos que esperarte cada día a que te midas todos los vestidos para ir a trabajar. Luego el peinado, el perfume. Y cuando llegamos, hasta que lo ves estás muy nerviosa. Pendiente.

—Ay, qué vergüenza. Pero no crean que todo es por él, ¿eh?

—Por favor, Enriqueta, no subestimes nuestra inteligencia.

—Está bien —dije.

Las chicas tenían razón. Estaba pendiente de Filomeno. Y no era bueno. No, no...

Esa noche no pude dormir. Me tuve que sincerar conmigo misma. Yo estaba esperando la señal de Filomeno para estar conmigo. Jamás sucedió. Y tampoco iba a suceder. ¿Acaso estaba enamorada? Tenía todo lo que siempre quise, el bienestar económico, y me sentía peor que los días de lluvia en la villa. Era amor, era orgullo, era... ¿Qué carajo era? No importaba, tenía que salir de ese lugar, de ese sentir. Es más, tendría que dejar de trabajar en la administración para no estar tanto tiempo a su lado. Le iba a decir a Ruperta que rotáramos por unas semanas de trabajo. Eso me iba a ayudar un poco.

Durante las semanas siguientes casi no vi a Filomeno. En realidad me di cuenta de que si yo no forzaba el encuentro, no se daba. Pensé que él vendría a buscarme, pero no... Las chicas tenían razón.

—Esta noche nos vamos de milonga con vos —dijo Ruperta.

—Bueno, parece que es una orden.

—Vamos a escuchar a Discépolo —completó Faustina.

—¿Discépolo? Qué lindo, vamos, vamos —dije; me gustaba Discépolo. Era como Arlt en la literatura. Sentía que las letras, en el fondo, eran la historia de todos nosotros, los pobres hijos de inmigrantes proletarios en un país de ricos aristócratas.

—Y hay algo más —dijo Ruperta, misteriosa.

—Chicas, no me asusten —dije.

—Hoy salimos un poquito más temprano, ya hablé con Filomeno. Nos vamos las tres a la peluquería.

—¿A la peluquería? —pregunté. Nunca se me hubiera ocurrido. Es que nunca fuimos a una peluquería. Nos arreglábamos entre nosotras—. Gracias, gracias, sé que hacen todo esto para entretenerme, y les digo que lo están logrando, ¿eh?

En la peluquería me divertí tanto que prometí volver, al menos una vez por semana. Me encantó que me toquetearan la cabeza. Y Rosana, una de las peinadoras, me armó un recogido para la noche que hizo que no me reconociera cuando me miré al espejo. Faustina se peinó con bucles y Ruperta se cortó bastante, estilo varón; era la moda que llegaba.

El vestido de seda acariciaba mi cuerpo. El olor del cuero de los zapatos

inundaba mi nariz deseosa de esos aromas que declamaban abundancia en mis bolsillos. Fuimos a la milonga del Turco. Estaban todos los de la tienda. Nos divertimos tanto. Bueno, menos Amparo y Filomeno. Ellos no iban a esos lugares baratos.

Esa noche me dormí pensando en mi vida. En Luis, en Antón, en Lucrecia. El tango me acercó a la nostalgia. Pero el mundo seguía, tal cual rezaba el tango de Discépolo “Qué vachaché”: “El verdadero amor se ahogó en la sopa./ La panza es reina y el dinero es Dios./ ¿Pero no ves,/ gilito embanderado,/ que la razón la tiene el de más guita?/ Que la honradez la venden al contado./ y a la moral la dan por moneditas./ ¿Que no hay ninguna verdad que se resista,/ frente a dos pesos moneda nacional?”.

Las lágrimas nublaron mi visión. Apagué la lámpara y lloré en silencio, no quería que las chicas me escucharan. Lloré, lloré mi soledad, lloré por no poder entender el amor... Lloré por todo lo que pasó, lloré mucho. Me hiciste llorar, Filomeno...

LA MODA

Tenía ganas de verlo. De conversar un ratito sin la mirada inquisidora de las chicas. Después de todo Filomeno era mi amigo... Eso no me lo podía quitar nada, nadie.

Me disponía a ingresar a la tienda cuando escuché un auto frenar.

—Enriqueta, vamos, te invito a desayunar —dijo Filomeno, como si el azar lo hubiera ubicado justo ahí y en ese momento.

No lo dudé un segundo. Me subí a su auto y antes de que nadie se diera cuenta nos fuimos. Solos. En silencio. Aún me costaba unir a mi Filomeno con el hombre que tenía a mi lado.

—¿Estabas enamorado de mí, Filomeno, era cierto? Solo quiero saber, nada más —palabras que escaparon de mi boca. Me ruboricé.

Silencio. Llegamos a un bar muy lindo. Bajamos e ingresamos. No me di cuenta de dónde estábamos, pero habíamos andado en auto casi media hora. La media hora más larga de mi vida.

Me miró, no pude sostener su mirada, bajé la vista. Tomó mi mano.

—Siempre estuve enamorado de vos, Enriqueta. Desde el día que abrí los ojos y te vi. Con esas piernas flacas, ese carácter mandón, te ame, te amo. Voy a morir amándote...

Esas palabras encendieron mi corazón.

—Pero estás con Amparo. Es tu esposa.

—Claro que sí, y la respeto, mucho. A ella también la quiero, pero no de la misma forma que a vos. No sabría explicarlo.

—Entiendo. Nos encontramos tarde, Filomeno.

—Te encontré tarde. Vos solo me buscaste una vez.

—Ah, ¿sabías que te busqué?

—Claro, mi padre me dijo.

—La vida no fue buena conmigo.

—Tampoco conmigo, Enriqueta. No es excusa.

—¿Me estás castigando?

—¿Por qué? ¿Acaso estás enamorada de mí?

Me quedé en silencio. ¿Qué era el amor? ¿Cómo saber si lo que sentía por

Filomeno era amor y no un capricho, un falso amor... envidia?

—No, Filomeno. Estoy confundida, nada más. No esperaba verte otra vez en esta vida. Y ahora te veo tan feliz, tan organizado, tan hombre de bien. Y tantas veces quisimos esto para los dos que tal vez... No lo sé. No me hagas caso, estoy hablando pavadas.

—Entonces la respuesta es no. Y no te confundas, tantas veces “quise” esto para los dos, no “quisimos” —dijo, arrogante.

Lo miré y no contesté. Tenía razón. Y yo no quería meterme en el medio de su vida feliz. Leí muchas veces por ahí que el amor verdadero no es egoísta. Y él era feliz. Tenía que aceptar eso.

—Por favor, Enriqueta, estamos solos. Llevo una vida soñando contigo, inventándote rostros, peinados, palabras. ¿Sentiste alguna vez algo por mí? ¿O todo aparece ahora porque pude cruzar esa grieta horrible y dejar de ser pobre?

Suspiré.

—Ahora ya es tarde. No indagues, tu vida está resuelta —dije, esperando que me contestara que no, que iba a dejar a Amparo, que iba a estar conmigo hasta que la muerte nos separe...

—Vamos —dijo.

—Vamos —respondí. No supe bien qué pasó. Se había enojado, ¿pero por qué?

Regresamos al trabajo en silencio. Estaba serio. Movía los labios, igual que cuando era chico y estaba tramando algo.

Ingresamos por la puerta principal y luego cada uno fue a su lugar. El desayuno había sido un hermoso fiasco.

Me equivoqué, Filomeno y Amparo eran felices. Él no tenía intenciones de dejarla por mí. Yo solo era un capricho de su infancia pobre.

La moda nos llevaba de las narices. Me costaba creer lo que una dama podía gastar en un vestido, un par de zapatos. Aprendí mucho sobre las mujeres caminando nuestra tienda, ellas eran las creadoras de nuestro éxito. Funcionaba así; Faustina le decía a la primera que ingresaba que teníamos el vestido de tal diseñador, elegido por la actriz tal o cual y blablablá. Lo compraba. Todas llegaban al rato por el mismo vestido. Por los mismos zapatos. Eran muy pocas las que seguían su personalidad. Las que elegían por gusto y no por moda. Que no les importaba estar dentro del grupo de las uniformadas. Por supuesto que nosotras desde adentro alimentábamos eso... Una señorita de la alta sociedad que tendría más o menos mi edad vino por un

par de zapatos que había comprado días atrás su amiga. No teníamos número para ella. Le ofrecimos otros, muchos, de ese mismo estilo. Pero no, ¡estaba tan enojada!, quería los mismos. ¿Por qué quería los mismos zapatos? ¿Por qué usar lo mismo si tenés el poder económico para innovar, lucir diferente, hasta mejor tal vez? No lo sé. Lo conversé con las chicas, pero hasta ahí nomás. Faustina vivía con el uniforme impuesto por la moda. Alguien puso un color por aquí, una tela por allá. Y otro lo eligió. Y otro también y entonces, allí, la moda.

—Si yo te pregunto por qué usas esos zapatos que los tienen todas las cogotudas de la Capital, ¿qué me respondes?

—Que me gusta, como a todas —dijo Faustina.

—¿Y no te gusta otro que solo vos puedas lucir?

—¡Ah, basta, Enriqueta! Otra vez con tus inquietudes psicológicas. Me gustan. Punto. Vos podés usar lo que te guste. De eso se trata, que cada uno pueda elegir. Seguro a vos te gusta diferenciarte del resto. A mí no...

—Bueno, solo quería saber... —dije, pero en realidad quería resolver el entramado psicológico de la moda en las mentes de las mujeres.

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

Filomeno había llegado de Europa. Viajó con Amparo y su hermano. Trajeron el último suspiro de la moda de creadores como Lanvin, Coco Chanel, Vionnet, Y no me acuerdo los nombres de los otros diseñadores. Un vestido más bello que otro. Con las chicas nos quedamos un buen tiempo admirando antes de acomodarlos, no duraron nada en sus maniqués. Se corrió la voz y vendimos todo.

Que tacos, que pollera ajustada, que pañuelo en el cuello, toda la innovación de la moda la llevaba puesta. Giré y me vi en el espejo, me había convertido en una de esas cogotudas a las que siempre miré con resentimiento, envidia y bronca. Caminaba meneando las caderas para todos lados. Un único fin en mi vida: que Filomeno me viera y suspirara. Que quisiera estar conmigo y con nadie más en el mundo. Que me pensara. Claro, nunca me enteré si dio resultado o no.

Tenía que liberar de alguna forma mi sentir por Filomeno, me estaba ahogando. Tomé una decisión. Compré una máquina de escribir.

El hilo musical del repiqueteo de las teclas inundó la planta alta de La Casa de la Moda. Era yo. Me propuse recorrer toda mi bitácora con títulos, notas.

Mientras la moda pasaba por mis narices, yo volvía a llenarme de la historia de mi patria. En los detalles de los entramados. En los nombres de los impostores, culpables, falsos...

Una tarde, mientras esperaba al pie de la escalera que me trajeran mis diarios, los vi ingresar. Amparo tomada de su brazo. Apenas me vio, se despegó de Filomeno y corrió hacia mí antes de que yo pudiera desaparecer.

—Hola, Enriqueta, ¡pero cada día más linda!

—Hola, Amparo, tan cariñosa siempre.

—Vamos, mostrame qué cosas nuevas tienen, quiero renovar zapatos y tengo que hacer algunos presentes.

Tomadas del brazo ingresamos. Giré la cabeza para mirar y allí estaba él, observándome. Cruzamos nuestras miradas.

—El sábado festejo mi cumpleaños, quería invitarlos a todos. Les traje las

invitaciones —dijo, y me mostró un manojito de tarjetas escritas en tinta dorada Y enrolladas con una fina cinta de bebé color rosa pálido.

—Claro que sí. Si te parece, cuando terminamos tomamos un té y repartimos las tarjetas. Van a estar todos muy felices. Sabes que no es necesario que los invites a todos, ¿eh? Somos un montón, cuarenta y dos concretamente.

—Lo mío no es necesidad, es deseo.

—Te adoran, Amparo, todos te adoramos, sos una bella persona —mentí.

Tomó mi mano y me miró a los ojos; no pude sostener su mirada, claro que no. Me pasaba el día pensando en su marido...

—Ah, otra cosa, Filomeno me habló mucho del Tano, en su caso que venga con su esposa.

Sonreí. Eso sí que era una linda noticia.

No tenía ganas de ir a ese cumpleaños a ver lo felices que eran todos. Pero sabía que no podía faltar.

Por supuesto que no pude concentrarme en nada más. Solo podía pensar en qué me iba a poner para el cumpleaños de Amparo. Con el único fin de atraer la mirada de Filomeno. Sé que esto me hace peor persona, pero no lo puedo controlar.

—Estás tan hermosa, tan hermosa, que no sé qué decir —dijo Faustina tomándose el rostro con ambas manos—. Definitivamente ese Chanel era para vos.

Sí, había elegido un Chanel, necesitaba decirles a todos que yo no era una mujer común. Que era una innovadora. Una revolucionaria. Que no les tenía miedo a las cosas y que de alguna forma seguía pregonando por nuestros derechos, los derechos de la mujer. Colgué unas perlas de mi cuello y dejé mi cabello rubio, sedoso, rozar mis hombros. Me pinté los labios bermellón.

—Alguien consigue novio esta noche —dijo Ruperta luego del silbido que me taladró los oídos.

No dije nada. Claro que todo era para atraer a Filomeno, molestarlo, seducirlo, no sé, que se fijara en mí.

Llegamos a la mansión. Mientras mis piernas temblaban, caminaba bamboleando las caderas de acá para allá, coordinadas con mis hombros.

Muchas personas, conocidas, desconocidas.

—Allá está —dijo Ruperta.

Amparo, impecable, era linda naturalmente. No necesitaba hacer nada para resaltar. Le dimos nuestro regalo. Mientras las chicas conversaban con ella yo

lo vi, estaba en el otro extremo de la sala, me estaba mirando. Me separé con la excusa de saludar al resto, mientras de reojo veía cómo Filomeno caminaba hacia mí.

—¿Vas a seguir evitándome? —me dijo al oído. Me invadió su perfume.

Temblé entera.

—Hola, Filomeno —dije, distante.

Me tomó del brazo con disimulo, me arrastró a otro sector de la casa. Me dejé llevar. ¿Qué hacía?

Subimos la escalera. Abrió una puerta, ingresamos y la cerró detrás de nosotros.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, desorientada; era un dormitorio.

Me giró, quedamos de frente. Me abrazó y buscó mi boca. Nuestros labios se fundieron, húmedos. Lo abracé. Mi cuerpo seguía sus propios impulsos. Me recostó en la cama. ¿Era su cama matrimonial? Mejor no pensar. Mi cuerpo no le permitía a mi mente conjeturar. Lo ayudé a sacarme el vestido. Desnudos.

Entrelazados.

—Te amo, Enriqueta. Nací para amarte.

Sus manos untaban alegría en mi cuerpo. Nunca me había sentido tan feliz, tan amada, tan excitada. Su boca irrumpía en mi piel, su falo desenfrenado luchaba por internarse en mí. Sus manos se desplazaban sobre mis pechos.

Estábamos unidos, éramos uno al compás del otro. Tomó mis caderas y, como si quisiera traspasarme, acompañaba los movimientos con sus manos, los aseguraba.

—No quiero que esto termine, quiero estar así para siempre, adentro tuyo, mi amor.

La convulsión nos abrazó, enroscados, apasionados. Filomeno era parte de mí, y no tenía intención de dejarlo ir.

—¿Qué hicimos, Filomeno? Esto está mal. Muy mal.

—Quería saber si me amabas, y como no me convencían tus palabras decidí preguntarle a tu cuerpo.

—Pero no podemos. Amparo.

—No me siento feliz de lo que hice. Pero quería saber, Enriqueta. ¿Sabes cuánto tiempo soñé con este momento...?

Recosté mi cabeza en su pecho y volví a sentir los latidos de su corazón, que renovaron mi recuerdo. Mi Filomeno.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Me amas?

—Te amo —bisbiseé y sentí el dolor justo donde está mi corazón. En ese preciso momento me di cuenta de que la palabra amor me daba miedo. Era por eso que le costaba salir de mi boca. ¿Será porque las personas que amé ya no están conmigo? Temor.

—No sé qué vamos a hacer. Nunca cruzó por mi cabeza engañar a Amparo. No voy a engañarla.

—Ya lo hicimos, ya la engañamos —dije. Me dolieron sus palabras, ¿cómo va a decir eso?

—Enriqueta, te amo, pero me debo a Amparo. No sé cómo seguir.

—Déjala —dije, y al instante me arrepentí.

—¿Cómo voy a dejarla? No soy ese tipo de persona.

—No sé —dije. Vencida, sabía que algo había empezado entre nosotros y que estaba terminando.

—Tenemos que seguir nuestros caminos, Enriqueta.

No era lo que esperaba escuchar. No contesté para no mandarlo a la mierda.

Me levanté y comencé a vestirme. ¡Qué se creía! ¿Que me iba a usar como un trapo y luego tirar a un rincón?

—Enriqueta, no puedo abandonar a Amparo, ella me ama. Ella me devolvió la vida cuando estaba tirado sin esperanzas. Cuando vos me abandonaste y no regresaste nunca.

—¿Me estás castigando por no regresar? Éramos unos niños, Filomeno, por favor.

—Amparo no se merece nada de esto.

—Claro que no se lo merece, nosotros tampoco —dije, me acomodé el pelo y salí del cuarto. Bajando la escalera entre las personas crucé la mirada con Amparo, me hice la que no la vi. Me acerqué al grupo de mis compañeros. Mi cuerpo temblaba de felicidad. Mi mente lloraba la traición. Faustina se había dado cuenta de todo.

—Te vi, en su propia casa. Eso estuvo mal, muy mal —dijo.

Rompí a llorar, claro que había estado mal. Otra vez me sentía el perro de la feria.

—Claro que estuvo mal. Fue él el que me llevó. Y lo amo, lo amo, cómo no me di cuenta antes —dije caminando hacia el baño con Faustina colgada de mi brazo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Ruperta.

—Al baño —contestó Faustina sin parar.

—Esta, que lo hizo con el Filomeno, acá, en su propia cama —contó Faustina, iracunda.

—Tenemos que hacer algo —dijo Ruperta—. Tenemos que unir esos corazones.

—Claro que no, está felizmente casado —dijo Faustina.

—Sí, hasta que apareció Enriqueta —contestó Ruperta mientras yo seguía llorando.

—Pero él sigue estando casado, Amparo no tiene la culpa de nada —dijo Faustina.

Era verdad, yo era la destructora de ese amor. Si no nos hubiéramos encontrado, Filomeno seguiría feliz al lado de Amparo.

—Voy a olvidarlo. Es cuestión de tiempo. Voy a encontrar un amor. Y nos vamos a reír de todo esto —dije. No quería que las chicas siguieran discutiendo por mi culpa.

Nos fuimos del cumpleaños sin despedirnos de nadie. Mi rostro estaba desfigurado de tanto llorar. De tanto amar...

EUROPA

Faustina me dio la noticia de que Filomeno se iba a Europa con su esposa y Miguel. Era otro viaje de negocios y placer. Mejor, así me daba tiempo para acomodar mis designios. Esos últimos días fueron terribles tratando de evitar cruzarme con él. Creo que él hacía lo mismo, y eso despedazaba mi corazón.

La ambigüedad seguía caminando las calles de la Capital, por un lado la pobreza extrema, por el otro las mujeres que destrozaban con alegría las billeteras de sus esposos, de sus padres. Bueno, eso era muy rentable para nosotros.

Con el Tano íbamos una vez por semana a la villa. Llevábamos canastas de comida, ropa, remedios. Era un recordatorio de cómo era la vida del otro lado, de lo frágil que era. Y tal vez eso que hacíamos nosotros lo tendrían que hacer los políticos de turno.

Una de esas tantas tardes me crucé con Antón. Se lo veía bien.

—Enriqueta —gritó mi nombre, yo ya lo había visto.

—Antón, ¿cómo estás?

—Bien, y vos también, me enteré. Me alegré mucho por vos. Tanto te lo merecías...

—Gracias —dije, emocionada. Esas palabras de Antón me doblegaron la emoción.

—Me contó el Tano que vos estás a punto de ingresar al Congreso. Ojalá.

—Sí, estamos luchando con algunas provincias. Apoyando la investigación de los fraudes políticos. Y estamos logrando mucho apoyo.

—¡Te felicito! ¿Y Bautista? ¿Le mandás un abrazo de mi parte?

—Claro. Cada tanto pregunta por vos.

—Antón, lo que necesites, sabés que podés contar con esta amiga, siempre.

—Gracias, Enriqueta. Es bueno saberlo. No dejen de ir a la sede.

Nos abrazamos unos segundos. Sentí que algo se acomodaba en mí. Sentí paz.

Ganas de llorar. ¿Añoranza?

De regreso a la tienda acordamos con el Tano ir más seguido a la sede.

Cada día, y con la libertad de saber que Filomeno no estaba, exorcizaba mi vida en la máquina de escribir. Alimentaba mi bitácora. Leía a cualquier hora. Las chicas hacían la vista gorda a mi falta de interés por la tienda.

—¡Qué pensativa! ¿Sos feliz, Enriqueta? —preguntó Ruperta. No la había visto justo detrás de mí.

—¡Ay, me asustaste! ¡Claro que soy feliz! ¡Mira esto! —dije abriendo mis brazos a la tienda.

—Me alegro. Porque muchas veces veo tristeza en tu mirada...

—Estoy feliz.

—Y con Filomeno...

—No, fue algo del pasado. Ya está. Él con su familia y yo con ustedes, que son mi familia.

Ruperta me abrazó. Sentido. Tuve que contener las lágrimas. Tenía razón. Mi corazón estaba angustiado. Filomeno en Europa con Amparo. Yo, aquí.

Atribulada. Cansada. Siempre pensé que toda mi angustia era por falta de dinero.

Ahora tengo, mucho. Y me siento igual, solo que sin hambre y sin moscas.

Aturdida estoy. No termino de encontrar el camino.

Esa noche era tarde y no tenía sueño. Busqué algo para leer y justo a mi mano estaba ella, Alfonsina: “Perder la mirada, distraídamente, perderla y que nunca la vuelva a encontrar: y, figura erguida, entre cielo y playa, sentirme el olvido perenne del mar”. Esa noche me dormí llorando... con ella.

ALFONSINA

Llegó nuestro auto nuevo. La única que se aventuró a manejarlo fue Ruperta. La felicidad de esa mujer. Nos llevaba de acá para allá.

Nuestra nueva rutina no abrazaba mi vocación. Cuando podía me escapaba a buscar libros, revistas. A caminar. Esa tardecita, las chicas tenían mucho trabajo aún. Decidí ir a tomar un café al Tortoni. ¿Por qué no?

Ingresé, caminé hacia el fondo, donde se juntaban ellos, los escritores. Y la vi.

Estaba sola. Me acerqué, corrí la silla y me senté como si yo fuera su cita. Era Alfonsina Storni.

—¿Puedo? Soy admiradora suya.

Hizo un gesto que tomé como un sí.

—Pensé que todavía seguía en Europa. Leí todo lo que escribió... —dije, y no pude seguir hablando. Levantó la mirada. Una corriente invadió mi cuerpo.

Hermosa. Nuestras almas se unieron un segundo, para siempre. No lo sé. Fue una conexión señera, única. Al menos para mí.

—¿Y tú quién eres?

—Enriqueta. Soy la dueña de La Casa de la Moda —dije, poniendo mi título nobiliario, ¿para que me aceptara?

—Ah, ¿y qué quieres?

—¿Puedo? —dije levantando la mano para que alguien viniera a atenderme.

Ella solo movió los hombros.

—Vine aquí a encontrar la felicidad —dije, con esa capacidad brillante que tengo para hablar pelotudeces y luego desear desaparecer del mundo.

Ahora sí me prestó atención.

—No pierda su tiempo. La felicidad no existe.

—¿Será que el amor determina la felicidad...? —insistí.

—El hombre no sabe amar.

—“Hombre pequeño, hombre pequeño, suelta a tu canario que quiere volar... Yo soy el canario hombre pequeño, déjame saltar. Estuve en tu jaula,

hombre pequeñito, hombre pequeñito, qué jaula me das. Digo pequeñito porque no me entiendes, ni me entenderás. Tampoco te entiendo, pero mientras tanto ábreme la jaula que quiero escapar; hombre pequeñito, te amé media hora, no me pidas más” —recé de memoria, y luego lloré. Siempre que me emociono lloro.

Aunque no quiera, lloro. ¡Qué vergüenza!

—No llores, te abro la jaula, ahora eres libre —dijo.

—Usted es una mujer maravillosa. Moderna... Anoche me dormí acunada por sus poemas.

—No me digas usted, me siento una vieja.

—Eres maravillosa, pero triste...

—Cuéntame de tu vida. ¿Heredaste la tienda?

La miré con profundidad y le conté toda mi historia mientras bebíamos. Sus ojos se agrandaban, se achicaban, lagrimeaban, y yo seguía hablando.

—¿Será que el dolor nos acompaña toda la vida...? Aún recuerdo cuando abandoné mis estudios para ayudar a mi madre, tenía diez años; ella era modista ¿sabes?, también trabajé en una fábrica de gorras y también di el mal paso, que fue la alegría de mi vida, Alejandro.

—¿Será esa la angustia de mi vida? Que desprecié a mi hija y me la saqué de mi cuerpo —entregué mi confesión.

—No, no es eso. No te culpes. Conocí el amor, el desamor, la incompreensión.

Eso es.

—No somos comprendidas. Y caminamos con “el alma desnuda”.

Me regaló una sonrisa que quedó atesorada en mi memoria. Yo quería que ella supiera que sabía su obra casi de memoria.

—No seas tonta, aprovecha todo lo que tienes.

—Es que creo que siempre me enamoro del hombre equivocado.

—Siempre se quiere al que no te quiere. No busques la felicidad en un hombre.

—Es que me parece que ahora tengo todo para ser feliz, pero me falta el amor.

Creo.

Terminamos la botella y pedimos otra. Charlamos como dos viejas amigas, aun sin conocernos. Nos hermanamos en nuestras historias. Puedo decir que a pesar de la borrachera que llevé conmigo fui feliz... Era como un alma gemela.

Ella, Alfonsina, y yo. Y no era un sueño, era real. Te admiro, Alfonsina.

LAS TORCIDAS

Los latidos de mi corazón me estallaban en la cabeza. Las campanas del reloj de la casa me contaron las once. Tenía que ir a trabajar. No quería cruzarme con Filomeno. A esa hora seguro que ya se habían ido con el contador; siempre era así. Nos habíamos visto dos veces desde su regreso de Europa. En ambas ocasiones tuve la sensación de que me evitaba. Me dolió tanto, tanto, que decidí evitarlo yo también.

Estaba por los últimos escalones llegando al primer piso cuando escuché los gritos de Miguel. Venían de la oficina de Filomeno. Me acerqué despacio.

—¡Te abrimos las puertas de nuestra casa, de nuestra familia, y nos pagas de esta forma! —dijo Miguel, iracundo.

—No lo sabía. Te juro que no lo sabía...

—¡Te imaginas la vergüenza para nuestra familia si se filtra que nuestras socias son dos degeneradas! Y Enriqueta, ¿algo que tengamos que saber...?

—Tranquilo, Miguel, todo debe tener una explicación...

—¡Qué explicación! ¿Te imaginas qué hubiera pasado si algún cliente, periodistas, acá viene gente importante, las hubiera visto manosearse y besarse como las vi yo?

—¿Estás seguro de que eran ellas? Enriqueta me habría contado.

—Filomeno, de Enriqueta tampoco sabemos nada. La defiendes como si fuera tu gran amiga de la niñez, pero pasó la vida entremedio. Sácate la careta y arregla urgente este embrollo. Sácame a esas dos torcidas de acá.

No pude alejarme a tiempo. Miguel abrió la puerta y se chocó conmigo. Boquiabierto.

—¡Bueno! ¡Mejor que vos también lo sepas! —dijo, y se fue bufando. Nunca, pero nunca había visto a Miguel tan enojado.

Caminé hasta la puerta. Filomeno estaba de pie.

—Pasa y cierra la puerta.

Ingresé, me senté en la silla enfrente a escritorio.

—¿Es verdad eso...? —preguntó aún de pie.

Lo miré. No sabía qué decir. Inspiré.

—Sí, es verdad. Se aman desde que eran niñas. Y yo respeto eso.

Filomeno se quedó sin palabras. Se sentó en su sillón y se tomó la cabeza con ambas manos. Creo que no esperaba esa respuesta.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Echarnos a patadas a la calle, a las tres?

No respondió. Creo que en su interior no podía entender bien lo que estaba pasando. No lo esperaba. Y yo tampoco su reacción.

Me levanté. No había que conversar, el silencio dijo todo lo que tenía que decir. Como siempre.

—Avísame cuando sepas qué hacer. Y no pierdas de vista que somos socios.

Todos.

Caminé hacia el salón de los zapatos. Ruperta sonreía mientras conversaba con las clientas con varios zapatos en las manos. ¿Por qué las personas no aceptaban el amor en todas sus facetas? ¿Quién dice que el amor tiene que ser tal o cual? Se dio vuelta y me regaló una sonrisa. Le respondí y salí de ahí rápido.

Si había algo que sabía Ruperta era leer mis emociones.

Caminé, lloré. Me detuve en un bar, ingresé. Lo único que estaba claro en mi mente era que nunca, jamás, iba a abandonar a mis amigas. Si nos íbamos de la tienda, éramos tres. No dos.

Salí. Tumulto de gentes. Caminé entre ellos. Me detuve en la vidriera de uno de los diarios más importantes y algo se despejó en mí. Una revista. No como la revista *Sur*, no iba a competir con mi antipática mejor enemiga, a la cual jamás conocí personalmente, la Ocampo. Una revista. Escribir para una revista, eso quería. Seguí caminando...

No volví a la tienda. Pasé por el mercado, compré carne, verduras y repuse algunas especias que me faltaban. Llegué y me desplegué en la cocina. Antes de comenzar, me serví una copa de vino. En mi mente se chocaban las imágenes de Alfonsina. ¿Y si era un sueño? Y si al final la raya que dividía mi realidad de mi ensoñación se había borrado? ¿Se acordará Alfonsina de que anoche nos emborrachamos juntas en el Tortoni? Ese recuerdo me hizo sonreír. Bebí un sorbo de vino y me dispuse a cocinar.

Doré el trozo de carne que traje, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas, producto de cortar la cebolla, de recordar, de amar, de sufrir, de lo que sea, doré la cebolla, el ajo y los pimientos. Luego abrí la carne en dos, tipo libro, y la rellené. Un ramillete grande de tomillo. La cosí con hilo lonero y la introduje en una olla de guiso tapada sobre el fuego.

Organicé la mesa. Mantel blanco. Puse los platos blancos que aún no

habíamos estrenado. Me faltaron las flores.

—¿A qué se debe este festejo? —preguntó Faustina apenas ingresó.

—Quiero pasar tiempo con ustedes. Desde que inauguramos La Casa de la Moda casi ni las veo. Y las extraño mucho.

Se sumó Ruperta, ambas me abrazaron. Eran mis amigas, mis hermanas.

—No te esfuerces, que ya nos enteramos de que Miguel nos vio a las dos... —dijo Ruperta allanándome el camino.

—Sepan que somos tres, siempre.

—Una para todas, todas para una —dijo Ruperta.

—¿Lo leíste? —dije entusiasmada.

—Sí, cuando lo liberó Faustina, que no llegó ni a la página diez, me lo devoré.

Y ahora estoy intrigadísima con el Conde de Montecristo. Ah, qué historia.

Nos sentamos a la mesa y me lucí con la bandeja llena de mi carne aromatizada, dorada y acompañada con batatas asadas.

Comimos desahoradas, con hambre, relajadas. Les conté de mi encuentro fugaz con Alfonsina Storni, no me creían. En realidad no sé si me creyeron. Ni yo sabía si me creía... Nos reímos.

—Quiero decirles que he tomado una decisión.

Me miraron en silencio.

—Voy a dejar La Casa de la Moda. Ese lugar no me hace bien. Y quiero hacer algo con lo que siempre soñé, ahora puedo. Tal vez escribir para alguna revista o algo así —dije. ¿En qué momento tomé esa decisión? Era más un deseo. Creo.

Ambas me miraron y quisieron hablar al mismo tiempo.

—Yo primero —dijo Faustina—. Estoy de acuerdo, ya es hora de que dejes de torturarte con ese Filomeno.

—Y yo iba a decir lo mismo —agregó Ruperta.

Las observaba. Eran tan especiales. Eran mis amigas. Lo que para mí era el fin del mundo, para ellas era lo que era. Punto. Las torcidas, dijo Miguel. Tengo una bitácora llena de torcidos. Por si quiere saber.

LA VENTA

Tanto Filomeno como Miguel faltaron a la reunión semanal donde coordinábamos las acciones a seguir, analizábamos las novedades... En su lugar vino el abogado.

—Bueno, esto es realmente incómodo. Voy a ir al grano. ¿Compran o venden?

Filomeno está abierto a todas las propuestas.

Aunque suponíamos que algo así podía suceder, que Filomeno no diera la cara fue un golpe duro para mí.

—Filomeno fue el que insistió en este negocio. ¿Y ahora dónde está? ¿Acaso se fue corriendo a llorar debajo de la pollera de su esposa? No es de hombres esconderse. Me extraña... —dije, y me levanté lista para irme.

—Vendemos, luego pasamos el precio —agregó Ruperta—. ¡Vamos, chicas, no tenemos nada más que hacer en este lugar!

Salimos las tres, airosas, la frente alta. El corazón destrozado. Otro sueño que caía literalmente al piso. Contuve el llanto.

—Vamos a la sede, necesitamos un buen abogado que nos asesore para poner un precio que corresponda —dije.

—Seguro nos van a querer descontar todo lo que puso Filomeno —dijo Faustina—. Yo estaba tan feliz en la tienda...

—No importa. Si nos quieren fuera, nos van a tener que pagar. Lo estuve pensando mucho. Es mejor que vendamos y pongamos un negocio más acorde a nosotras. Solas con la tienda, y sin respaldo... —agregué.

—Vamos en el auto, yo manejo —dijo Ruperta.

Salimos en nuestro auto. Siempre manejaba Ruperta. Sacaba la mano y gritaba, “¿dónde aprendiste a manejar, babacho?”, con Faustina nos despanzábamos de la risa.

No regresamos a la tienda. El Tano trajo nuestras pertenencias y fue nuestro vocero con ellos. Dijimos que por desentendidos con la familia vendíamos nuestra parte.

—Tenemos que pensar en cómo invertir nuestro dinero, no quiero volver a la pobreza, ni en sueños —dijo Ruperta.

—Podemos hacer varias cosas. ¿Vos querías alguna revista...? —preguntó Faustina—. Podríamos tener la revista de Enriqueta, y podríamos ver la forma de, si nos alcanza la plata, poner una casa de té, pero con detalles...

—Seguí —dijo Ruperta con ansiedad.

—Confitería y librería. Donde las personas pueden venir a comprar libros, leer, tomar un té, comer una colación y llevarse lo que quieran...

Nos quedamos boquiabiertas.

—Una confitería con librería y revista. La veo. Mesas con manteles blancos... —dije.

—¿Qué mesas? No, sillones —interrumpió Faustina—. Sillones con mesas ratonas. Otro sector con mesas con manteles blancos. Un espacio, librería; otro espacio, confitería. Y la revista lleva el nombre del lugar y puede contener noticias políticas y sociales. Y allí escribe Enriqueta y los autores que ella elija.

¿Qué tal?

Un nudo en la garganta, eso tenía, no podía hablar. Imaginé cada palabra de las chicas y pude ver nuestro proyecto soñado.

—Estoy emocionada, me gusta mucho. Tenemos que lograrlo con la plata que nos paguen.

LA COMPRA

Cada vez que sonaba el teléfono me asustaba, mi corazón palpitaba, saltaba. No me podía acostumbrar a ese ruido invasivo y fuerte que sonaba sin permiso a cualquier hora. Casi siempre era el Tano. Que pasó tal cosa, que pasó tal otra, que cómo están, que las extraño.

Muchas veces conversamos con las chicas sobre el accionar de Filomeno.

Nunca más se comunicó con nosotras. Tanto amor que me tenía...

Tal vez todo fue mentira, o venganza. Usó mi cuerpo, me hizo creer que me amaba y desapareció. Un ser despreciable. Hombre de poca monta.

Lisandro, como siempre, al pie del cañón. Fue y vino con papeles.

Un día nos reunió a las tres. Tenía la oferta final. Nos pagaban mucho más de lo que correspondía, como si hubiéramos aportado el capital inicial. Era una forma de indemnizarnos. Y a cambio pidieron discreción con los comentarios.

No querían que la prensa se enterara de que nos salíamos del negocio por ser diferentes. O porque ellos no soportaron la diferencia. Dijimos a todo que sí.

Solo nos interesaba el dinero.

Cada noche descargaba mi dolor en la máquina de escribir. Las cuestiones del amor seguían mellando mi corazón. En silencio sufrí mi angustia.

Ruperta no se bajaba del auto. Faustina la acompañaba para todos lados.

—Hoy vamos a ver una casona que se vende. Me contó el amigo del contador de Lisandro que era de una familia de esas bienudas, que tuvo una sola hija que se fue a Europa y nunca regresó. Murieron sus padres y ella puso la casa en venta, con muebles y todo.

—Yo voy —dije.

Esperanzadas, recorrimos las calles hasta llegar al lugar. Las tres sentadas en el auto observábamos. Era una mansión, prácticamente.

—¿No será demasiado? —dijo Ruperta con ambas manos abrazando el volante.

—Podemos vivir arriba —agregó Faustina.

—¿Vamos a verla? —dije, y me bajé del auto.

Nos estaban esperando. Ingresamos, y mientras Faustina y Ruperta prestaban atención a lo que decía el vendedor, yo me perdí en las paredes, los muebles, las arañas, las cortinas, las alfombras; no hacía falta nada más, estaba todo listo.

—Podemos vivir en las dependencias de servicio —dijo Ruperta—. Es otra casa.

El vendedor nos miró frunciendo el ceño.

—Puede ser, hay dos dependencias para los servicios. En una viven ustedes Y en la otra las sirvientas. Esta mansión es justa para el proyecto que me contaron...

Regresamos en silencio. Se podían escuchar nuestros pensamientos agolpados, de esperanza, de miedos, de incertidumbres, de ideas... otra vez.

—No puedo dejar de pensar en esa casona, si la compramos... No puedo creer que esté a nuestro alcance, no puedo creer que podamos instalar allí nuestra confitería. Estoy muy emocionada —dijo Faustina puchereando.

—Yo estoy enamorada del lugar —agregó Ruperta—. Es tan majestuoso, tan, tan, no sé, pero me gusta mucho.

—¡Comprémosla! —cerré.

Nos miramos. Asentimos.

Acordamos para la semana próxima con el vendedor.

Nos íbamos a gastar casi todo el dinero que teníamos en comprar esa mansión.

¿Estaba bien?

Salimos en el auto, fuimos a la sede. Al primero que me tropecé al ingresar fue a Antón, casi me muero...

—Hola, Enriqueta, tanto tiempo —dijo.

—Hola, yo también existo —agregó Ruperta.

—¡Qué autito! —dijo Antón.

—Sí, es nuestro —dije.

—Y estamos por comprar una mansión, y vamos a poner una confitería —agregó Faustina.

Antón la observó, serio.

—¿Tu vida? —preguntó.

—Bien, en marcha —contesté sin detalles—. ¿Y vos? ¿Bautista...?

—Muy bien también, Batín crece feliz.

Pude sentir nuestra unión. Un pedazo de nuestras historias se fusionó. Y estaba en nuestros corazones.

—¿Te enteraste de lo nuestro? Vendemos la tienda.

—Sí, me contó Lisandro. Lo siento mucho, Enriqueta. Pero mira, lo que decía Lisandro... se capitalizaron. Eso es lo importante.

—Sí, pensamos lo mismo. Ahora estamos viendo qué hacer.

—Si necesitan una mano, aquí estoy.

—Gracias, Antón. Tenemos que irnos. Saludos a la familia —dije.

Salimos de la sede, los disparos de nuestro auto fueron el último saludo.

—Ya tengo las chicas que pueden trabajar con nosotras —dijo Ruperta, que también había estado haciendo lo suyo en la sede.

—Muy bien.

—Viven en la villa, ¿te molesta que las llevemos a vivir con nosotras, así nos ayudan tiempo completo?

—No, me parece una muy buena idea.

A pesar de que Ruperta se dio cuenta de lo que me pasaba, no me preguntó nada.

Llegamos y me excusé un momento. Pude a ver que Ruperta le cerró el ojo a Faustina cuando me invadía a preguntas.

—Ven, yo te cuento, déjala descansar...

Me enojó que supieran lo que me pasaba. No iba a tirarme a llorar, no, no. Me senté en la máquina de escribir y puse un título. Y lo borré. Y otro... Y otro. Y otra vez me exorcicé, las letras limpiaron mi alma herida.

Lisandro nos miraba, incrédulo.

—¿Cómo no se dan cuenta de que no pueden comprar esa mansión? ¿Y de qué van a vivir?

—De la confitería que vamos a poner —dije. Las chicas estaban mudas. No esperábamos ese sermón.

—Pero ya no está Filomeno para que solucione todos los problemas. ¿Sabes lo que significa montar una confitería? Se van a gastar todo en esa mansión. Me extraña... Me obligan a decirles todas estas cosas.

—Crees que es una locura, ¿no? —aventuró Ruperta.

—Sí, es una locura. Tienen que ver bien cómo invierten ese dinero para que puedan vivir tranquilas.

—¿Y qué nos aconsejas? —pregunté.

—Tal vez comprar algo que ya esté funcionando y que ustedes puedan resolver con facilidad.

—Creo que está en lo cierto —dijo Faustina—. Estudiemos un poco y vemos, no tenemos apuro.

Salimos las tres cabizbajas. No hablamos. Creo que al fin estábamos más tranquilas. No teníamos que salir corriendo a emprender alguna cosa. Íbamos a descansar un poco. Lisandro nos había aconsejado que nos tomáramos unas vacaciones. ¿Vacaciones? Vacaciones era estar en casa para nosotras. Eso hicimos. Salimos a pasear en auto. Nos dedicamos a vivir un rato. A vivir bien.

Como debería vivir todo el mundo.

LA REAPARICIÓN

—¡Enriqueta! —sentí que alguien gritaba mi nombre.

—¿Filomeno? ¿Qué haces ahí?

Estaba detrás de uno de los mostradores del mercado, donde solíamos comprar los té importados.

—Este negocio es mío.

—¿Y La Casa de la Moda?

—Se la quedó Miguel, pero la transformó en una tienda de telas. El Tano se quedó con él, era la condición, ¿no te contó?

—Sí, pero pensé que vos seguías ahí.

—Si pudieras, me gustaría charlar con vos, te debo una explicación — dijo. No

era el Filomeno de siempre. Lo sentía apagado...

—No. Bueno, sí.

—Vamos al cafecito de acá.

Estábamos sentados. ¿Qué le pasaba? Tendría que haberme ido, tan floja. Ahí otra vez a su merced.

—Escucho —dije haciéndome la distante; mis piernas temblaban.

—No pude salir a defenderlas. Aunque era lo que más quería en el mundo. Mi amor por ti es sincero. Es lo único verdadero que tengo en toda mi vida.

—¿Entonces? Otra vez con ese cuentito —interrumpí.

—Es que Amparo está enferma. Tiene algo así como un cáncer en la sangre. Nunca lo entendí muy bien, pero se va a morir joven.

Me quedé helada. Una persona tan linda, tan vital...

—Lo siento, Filomeno. ¿Es por eso que estás así?

—No, estoy como estoy porque saber dónde estás y no poder verte me quita la respiración día a día.

Me quedé sin palabras.

—Creí que ibas a dejarla por mí.

—No puedo dejarla enferma. Amparo me sacó de la pobreza, me amó, me respetó, hizo que me respetaran. No puedo abandonarla. No soy ese tipo de gente, por más que me muera de amor por vos.

—¿Y por qué entonces no me evitaste ese día, el del cumpleaños de tu esposa?

—No pude, estabas tan hermosa, te amaba tanto. No pude. De la misma forma que no pude salir a defenderlas. El dinero es de mi esposa, de su familia.

—Ah —dije con la mejor cara de culo que me pudiera salir—. ¿Por qué no me contaste de la enfermedad de Amparo?

—Ella me pidió que no le contara a nadie.

—¿Le pediste al Tano que no me contara que te habías ido de la tienda?

—No, creo que si no te contó fue su decisión. Cuando ustedes se fueron, yo también me fui. Compré este negocio. ¿Y ustedes qué hicieron?

—Todavía nada, estamos descansando y pensando. Lisandro nos dijo que no nos apresuráramos. Que pensemos bien qué hacer.

—Está muy bien.

—Tal vez compremos un negocio —aventuré.

—Las puedo ayudar.

—No, gracias. No creo que quieran las chicas.

—Y tienen motivos, sé que es cursi, pero me gustaría que me disculpes ante ellas.

No le contesté.

—Me voy. Te deseo suerte con Amparo.

Se quedó en silencio observando cómo me iba. Fue el encuentro más triste de mi vida. ¡Qué desdicha!

Cuando les conté a las chicas, no sabían qué hacer para que dejara de llorar.

—Bueno, pero la cosa con Filomeno empezó torcida y va a seguir así. Te refresca la memoria del sufrimiento, Enriqueta —dijo Ruperta, ofuscada.

—No llores, él es más infeliz que vos. Lo que pasa es que es un hombre de ley, no le va a dar la espalda a quien lo ayudó —agregó Faustina.

—¿Lo estás defendiendo? —espetó Ruperta.

—No, pero por lo poco que lo conocí, y lo que cuenta Enriqueta, me parece que cualquiera en su lugar habría salido corriendo con la fortuna de Amparo y él no lo hizo...

—¡Es un desgraciado, y punto!

Esa noche, junto con las campanadas del reloj, musicalicé la casa con mi máquina de escribir. ¡Chau, Filomeno, me haces sufrir!

RESTORÁN LA BUENA ESPERANZA

Lisandro trajo la noticia hasta nuestra casa.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí, es más, el contador del estudio es el que lleva los papeles, por eso estoy aquí. Es un negocio cerrado. Todo está bien. Y el precio es muy viable.

—Me gusta mucho —dijo Ruperta.

—A mí me encanta —agregó Faustina.

Yo sonreí.

—Es nuestro —dije.

—Entonces, vamos —agregó Lisandro, que estaba tan entusiasmado como nosotras.

Llegamos al lugar, era un restorán, a la vuelta del Cabildo. El dueño había fallecido de una afección cardíaca y su mujer puso en venta todo para irse de regreso a su país de origen. La única condición que puso fue que sus empleados pudieran continuar trabajando.

Cruzamos el quicio de la puerta y quedamos boquiabiertas.

—Tiene alrededor de ochenta mesas, redondas y rectangulares, como aquellas —decía Lisandro—. Las tapas son de mosaico granítico.

La *boiserie* y los vitrales alcanzaban una altura aproximada de dos metros.

Ingresamos a la cocina. Mientras los empleados nos miraban inquietos, nosotras saludábamos y sonreíamos a todo el mundo.

—Durante la semana esto está lleno de políticos, periodistas, abogados...

—Es muy lindo —dije—. Pero esto debe costar una fortuna.

—Les alcanza y les sobra —dijo Lisandro—. Y todo eso ya habiendo pagado mis honorarios.

Faustina le pegó un codazo entre las costillas.

—No me quiero entusiasmar si después no logramos comprarlo —agregó Faustina.

—Terminemos el recorrido y luego nos sentamos a una mesa y conversamos —dijo Lisandro.

Las arañas que pendían de los techos eran para quedarse admirando.

—La condición de la dueña es que siga como si su esposo estuviera vivo.

—Pienso que así debería ser. Esto funciona, y bien —dijo Ruperta.

Nos sirvieron café con bocaditos de anís.

Luego de saborear el lugar, decidimos al unísono que ese era nuestro próximo trabajo.

Antes de irnos regresé a la cocina; el encargado era un italiano de nombre Giuseppe. Lo saludé, le dije que me gustaba mucho cocinar, y que seguramente él me iba a enseñar. Estaba medio mañero, pero claro, era entendible. Su patrón, tan querido por todos ellos, se había muerto y ahora veníamos nosotras tres, jóvenes, sin experiencia. Me encargué de darle seguridad con mis comentarios y nos retiramos del lugar.

—Yo me encargo de todo —dijo Lisandro. El Restorán La Buena Esperanza ahora tiene nuevas dueñas.

Los milagros existen, pensé.

Dejamos a Lisandro y continuamos viaje a nuestra casa.

—Tenemos que aprender todo sobre ese restorán —dijo Ruperta—. Enriqueta con el contador para manejar la administración. Yo me encargo de las compras y Faustina del salón.

La miramos asombradas, había prestado atención a todo.

—Sí —contestamos espontáneas.

Los días siguientes fueron entretenidos, el lugar era un sueño. Los empleados eran muy amables con nosotras. Se agolpaban para contarnos todos los secretos del lugar. Yo no veía la hora de ponerme al lado del cocinero.

Nuestros almuerzos ahora transcurrían entre la gentes importante que seguía yendo sin saber lo que pasaba tras bambalinas.

No sé si por el entusiasmo o qué, aprendimos todo rápidamente. Que las compras, que los precios, que los manteles, que las servilletas, que la vajilla, que los impuestos, que los sueldos, que, que, que...

Creo que el espíritu de don José, el que era el dueño, está con nosotras.

Seguimos cada uno de sus pasos, no cambiamos nada. La Buena Esperanza, ahora, nos acompañaba. No les dije nada a las chicas, pero yo le rezaba al alma de don José para que nos ayudara... En fin, cada uno con sus cosas, ¿no? Ellas no eran tan religiosas.

Giuseppe, sabiendo mi gusto por la cocina, me invitó primero a hacer las compras, luego a cocinar. Salíamos mucho antes de que el sol asomara. Íbamos en nuestro auto. Era una delicia comprar con Giuseppe, todo el mundo lo conocía. Que la calidad, que el precio, que lo nuevo... Era anarquista, fortachón y de carácter. La gente lo quería porque era un hombre bueno,

honesto.

Enseguida me dejó meter la cuchara en su cocina con mis aromáticas.

Cuando se iba el último cliente a la noche, y mientras entre todos terminábamos de dejar todo limpio y listo para el día siguiente, entre trapos de piso, caña dulce y música, nos divertíamos.

Al medio día me la pasaba pavoneando entre las mesas, sobre todo con las personas de mi interés. Encontré ahí otro recreo para mi ajetreada alma.

Fue a Faustina a la que se le ocurrió musicalizar la cena con algún ritmo suave, tal vez un violín. Y así lo hicimos.

Y las personalidades seguían disfrutando de nuestras comidas, en las que cada día se innovaba, se las mejoraba. Me lo dijo el mismísimo Gardel, que era amigo de Giuseppe. Agrandada estoy.

El tiempo habla, si uno sabe esperar y escuchar. Ya estábamos bastante organizadas con el restorán. Algún que otro inconveniente, cuando alguien se enfermaba o faltaba, pero como nosotras tres éramos mujeres de sobradaba voluntad no teníamos mayores problemas.

Acodada en la mesa, mirando por el ventanal que nos ilustraba la calle, con una taza de café que yo misma preparé, con una pila de diarios que seguían debatiendo la actualidad, recortando artículos que luego iban a descansar en mi bitácora, qué aún conservaba las tapas que hice con las telas de Regina, así empezaba mi día.

A mi alrededor, Faustina, Ruperta y todos los empleados comenzaban a despertar el Restorán La Buena Esperanza. Nuestro restorán. Sonrío. Somos las dueñas, me digo. Sí, las dueñas, me repito. Y enseguida me emocio y las lágrimas comienzan a ponerme incómoda. ¿No es increíble cómo la vida puede sorprendernos? Tal vez solo tengamos que saber esperar, o bien darle la oportunidad... O qué sé yo. Sucede. Sucedió.

UNA VISITA INESPERADA

Filomeno otra vez era alguien que estaba solo en mis recuerdos. En mis pensamientos. Desde ese día que nos vimos en su negocio no supe nada más de él. No quise. El restorán alimentaba mi imaginación con distintos personajes que transitaban por ahí. Cada noche me acompañaba en mis ensoñaciones uno diferente. El último fue el jefe de redacción del diario *La Prensa*. ¡Una osamenta! ¡Un porte! Pelo brillantado, uñas charoladas, traje, corbata diferente cada día. Y me daba charla, ¿eh?

Fue Faustina la primera que lo vio y corrió a contarme.

—Acaba de ingresar Filomeno con Amparo. No puedo creer que tenga el descaro de venir a este lugar, y con la esposa.

Se me paró el corazón. Gran hijo de puta había resultado ser mi querido amigo de la infancia. Espié por la barra del bar. Los vi. Filomeno cogoteando para todos lados, supongo que estaría buscándome. Y Amparo, rara. Muy flaquita, desmejorada. Pobre, parecía un esqueleto vestido. Ruperta fue a su encuentro.

Yo me dirigí a la cocina.

Apenas ingresó Ruperta, casi me le tiro encima.

—¿Qué hace acá ese sinvergüenza? —dije.

—Vinieron a verte.

—¿Qué? ¿A verme? A reírse en mi cara. ¡Ah, no! —dije y salí para la puerta que separaba la cocina de la barra del bar.

—¡Espera! —dijo Ruperta y me agarró del brazo—. Es Amparo la que quiere verte.

—¿Amparo?

—Sí, vinieron a vernos a las tres. Ahora busco a Faustina y vamos a terminar con esto.

Me quedé pensativa. ¿Amparo?

Nos acercamos las tres despacio, inseguras.

—¿Pueden sentarse un momento con nosotros? —dijo Amparo con un hilo de voz.

Nos sentamos.

—Le pedí a Filomeno que me trajera. Primero quería felicitarlas, todo Buenos Aires habla de este restorán, y no es para menos, con tres mujeres como ustedes no podía ser de otro modo.

—Gracias —dijimos al unísono.

—Y lo más importante era disculparme con ustedes, al menos yo. Quiero que sepan que no juzgo a las personas, menos a ustedes dos. Ruperta, Faustina, por lo poquito que pudimos compartir me demostraron que son nobles, honestas, buenas personas. Mi hermano no es malo, pero con algunas cosas se le salta la chaveta y no sabe cómo manejarlas. Y Filomeno no demostró su enojo con mi hermano para poder arreglar un buen precio para ustedes. ¡Lo siento mucho! ¡Lo sentimos mucho! Es importante para mí que ustedes me perdonen. Yo no soy una mala persona.

Nos quedamos mudas. Boquiabiertas.

—No te preocupes, Amparo, sabemos qué tipo de persona eres —dijo Ruperta en nombre de las tres—. Y gracias por venir hasta aquí.

Filomeno me miraba. Yo no pude mirarlo a los ojos.

—¿Estás bien, Amparo? ¿Podemos ofrecerte algo? —preguntó Faustina.

—No, gracias. La verdad es que estoy enferma y me siento bastante mal. Pero no quería dejar de venir. Por eso le pedí a Filomeno que me trajera.

Filomeno, sin hablar, la ayudó a levantarse, y despacito salieron del restorán.

Los seguimos con la mirada. Todo fue muy rápido. Tuve el impulso de detenerlos, de correr y abrazar a Amparo, de conversar un poco más. Pero me quedé ahí, mirando cómo se iban...

Caminé a la cocina. Giuseppe estaba esperándome.

—Tomate esto —dijo.

Le hice caso. Luego de tener mi esófago quemado por no sé qué cosa, me sentí un poco mejor.

—¿Qué me diste, Giuseppe?

—Un licorcito que preparo yo. A vos te voy a enseñar.

—Gracias, Giuseppe —dije. No sé cómo, pero Giuseppe sabía toda mi historia con Filomeno.

—Esa mujer está enferma. La espié —agregó.

—Sí, dijo que no se sentía bien.

—No, esa mujer se está muriendo —completó.

—Eso mismo creo —dijo Ruperta, que estaba justo ingresando a la cocina por el licorcito de Giuseppe—. Amparo está muy enferma, y creo que por eso

vino a disculparse. Ahora, Filomeno, un cretino, ni habló.

—Despacio, *signorina*. No hable si no sabe lo que pasa adentro del corazón de ese hombre que en un momento tuvo al frente a la mujer que ama y a su costado a su esposa moribunda. No quisiera estar en su lugar.

Nos quedamos calladas.

—Gracias, Giuseppe —dije, y me fui. Necesitaba pensar, procesar. Salí a tomar el aire. Filomeno, otra vez Filomeno carcomiendo mis sesos. ¡Qué lo parió!

OJALÁ SE MUERA

—Quiero hablar con él —dije.

—Pero parece que él no. Porque si quisiera te hubiera llamado, hubiera venido, ¿no crees? —respondió Faustina.

—No la molestes, si ella quiere, que le hable —dijo Ruperta.

—Tal vez me arrepienta después si no me dice lo que quiero escuchar, pero quiero hablarle.

—Tu corazón te está hablando —dijo Giuseppe.

Silencio.

Caminé hasta el escritorio. Ahí estaba el teléfono. Saqué el número, marqué.

—Hola.

—Hola.

—Gracias por llamarme.

—Gracias por atender vos.

—Tenía esperanzas de que fueras vos.

—Tengo curiosidad.

—¿Puedo ir a verte?

—Sí.

—Entonces voy.

—Adiós.

—Hasta pronto.

Colgué el auricular, me senté.

—¿Y? ¿Y? —dijo Faustina.

—Viene para acá.

Faustina se asomó a la puerta y gritó:

—¡Viene para acá!

Me senté a una de las mesas que dan a la ventana. No sé cuánto tiempo estuve ahí esperando. Lo vi bajar de su auto.

—Hola, Enriqueta.

—Filomeno, por favor, se me parten la cabeza y el corazón. ¿Podés aclararme todo? Así puedo seguir con mi vida —dijo honesta, sin preámbulos.

—Sí. Amparo está enferma. Ya te lo dije. Hace varios años. Por eso nuestros viajes a Europa. Recorrimos el mundo, pero nada se puede hacer, se va a morir. Y yo desde que te encontré siento que ella sabe que te amo con todo mi corazón. Entonces trato de demostrarle que siempre voy a estar a su lado. Es una buena mujer, Enriqueta.

—Ah, por eso los viajes a Europa. Visitaban médicos. ¿Por qué no me contaste?

—Ya te lo dije, ella no quería.

Pepe, el mozo, se acercó a preguntarle qué quería beber.

—Café y algo fuerte —dijo.

—Pídele a Giuseppe que nos invite de su licorcito —agregué—. Pobre Amparo. Se la ve muy mal...

—Cuando Miguel vio a las chicas, Amparo se puso en el medio. Le pidió por favor que lo dejara pasar. Miguel no pudo, o no quiso, no lo sé. Pero Amparo sufrió mucho. Ella fue la que incrementó el precio de la venta.

—¿Por qué no me dijiste nunca nada?

—Porque no quería que Amparo sospechara lo que siento por vos. Aunque creo que siempre lo supo. Eso me carcomía el corazón. Saber que ella sabía... Suspiré.

—¿Se va a morir pronto? —pregunté y me arrepentí al mismo tiempo.

—No lo sé, espero que no, y espero que no sufra. Hoy, que tiene mucho dolor en su cuerpo, sufre, y eso me paraliza.

Me sentí mal, cómo voy a preguntar eso...

—Perdón, no era mi intención.

—No te disculpes. Ella está terminando su vida y yo me siento mal. Siento que ella sabe que te amo, Enriqueta. Y que cuando ella no esté voy a venir corriendo. No quiero que ella piense eso. Aunque yo sí lo pienso. Estoy viviendo un verdadero infierno.

Me levanté y lo besé, ¡lo besé! Y lo abracé. Filomeno disimuló sus lágrimas, pero yo me di cuenta. Era un hombre roto.

Nos quedamos mucho tiempo callados. Sin saber cómo seguir adelante. Qué hacer. Ninguno de los dos quería que Amparo muriera. Y los dos queríamos estar juntos.

—Tengo que irme. No quiero que Amparo sospeche que puedo estar aquí.

—¿Alguna vez te reclamó algo?

—Nunca, creo que si ella fuera un poco más mala me sentiría mejor.

—Lo siento, Filomeno, lo siento por vos y lo siento por mí.

—Adiós, Enriqueta.

Apenas Filomeno cruzó la puerta, todos vinieron a darme su opinión.

Sentí una amargura singular, diferente. Pobre Amparo. Suspiré. Estaba a punto de llorar hasta morir.

—¿Vamos, *signorina*? —dijo Giuseppe y puso su brazo para que me colgara de él—. La cocina nos espera.

Caminé a su lado. Sentí el cariño de todos; era una bendición estar ahí rodeada de tanto cariño. Inspiré hondo. Quería llenar todo mi cuerpo con ese amor.

Quería sentirme agradecida y no maldecida.

LA AMANTE

Era muy tarde, las chicas se quedaron ordenando algunas cosas y yo me adelanté. Tomé un taxi hasta nuestra casa. Cuando doblamos en la esquina vi su auto. Bajé del taxi y me fui directamente a la puerta del coche.

—Filomeno, ¿qué haces aquí?

—Te esperaba —dijo y bajo.

Suspiré, y no me resistí.

Ingresamos tomados de la mano, callados. Pasamos a mi cuarto, nos acostamos vestidos en mi cama. Posé mi cabeza en su pecho, sentí sus manos recorrer mi rostro.

—Te necesito, Enriqueta.

—Yo también te necesito, Filomeno.

Me besó. Suave. Intenso. Sentí mi cuerpo arder. Nos quitamos la ropa. Nos abrazamos desnudos. Queríamos unirnos para siempre. Besó mis pechos, mi vientre, mi pubis. Me abrí completa, quería recibirlo, quería sentirlo dentro de mí. Acompasados. Agitados. Enamorados. Nos entregamos al placer sin límites.

Sentí su calor correr dentro de mí.

—¡Te amo tanto, tanto!

—Yo también te amo —contesté.

Nos quedamos amándonos hasta el amanecer. No escuché cuando llegaron las chicas. Éramos nosotros, nadie más.

Cuando se fue, lo despedí desde la puerta. Sentí un sabor amargo recorrer mi esófago. Sin palabras, ambos sabíamos que habíamos cruzado esa línea.

Ruperta y Faustina esta vez no me dijeron nada. Hicieron la vista gorda.

Dejaron que simplemente pasara. Mejor. Así no me sentía tan miserable. Tan mala persona. Pobre Amparo. Volví a cruzarme en su camino. Pobre yo, ahora era la amante.

ASESINOS

Cada mañana, antes de ir al restorán pasaba por el kiosco de Pedrito. Me separaba los diarios y revistas que le encargaba.

Cuando ingresé al restorán, ya había mucha de gente, pero el ambiente estaba enrarecido. Carlos, un cliente de todos los días, periodista, me contó que habían asesinado a Enzo Bordabehere, compañero de Lisandro de la Torre, el objetivo del disparo, en el Senado de la Nación. Ocurrió en el momento en que Lisandro de la Torre discursaba sobre las investigaciones en las que habían trabajado arduamente para desenmascarar la evasión impositiva y todo el entramado corrupto de la carne, donde estaban implicados los funcionarios del presidente Justo. Enseguida pensé en Antón. Él estaba actuando con ellos. Le pedí a Ruperta que me llevara a la sede. Urgente.

Nos quedamos tranquilas cuando nos contaron que Antón estaba bien. Era increíble lo que había sucedido. Pasado en limpio, habían mandado a matar a Lisandro de la Torre. Insensatez.

Ya un poco más tranquila, me instruí sobre las desgracias de mi país por los diarios. Las noticias, como siempre, eran de todos los colores. Recorté todo para mi bitácora. Ojalá que la muerte de ese pobre hombre deje un mensaje. ¿Podrá ser? Había muerto una persona. Repito, habían mandado a matar a Lisandro de La Torre porque estaba a punto de denunciar a toda la cúpula política. No es menor. No puede pasar desapercibido. Muere su compañero.

Tenían las pruebas para involucrarlos a todos. Ojalá puedan. Ojalá que dentro de un tiempo pueda pegar en mi bitácora los recortes de diarios donde anuncian que todos estos corruptos y asesinos están presos.

Esa tarde fuimos a la sede las tres. Estaban todos convulsionados con la noticia. Antón nos contó los detalles, escalofriantes. Entendí que la política no era cosa simple. Que el poder se les mete en la sangre y les nubla la razón. Con pena en mi corazón me fui con la conclusión de que la política por vocación tal vez nunca exista.

Esa noche vino Filomeno. Estuvimos juntos. Nos besamos, nos desnudamos, nos amamos, y antes de que el reloj diera las diez se fue. Me

dejó en el restorán.

No quería quedarme sola. No quería pensar en lo que estábamos haciendo... Ya no preguntaba cómo estaba Amparo. No quería saber...

LA TRAGEDIA

El restorán cada día nos abrazaba, nos contenía, nos hacía felices. Conocimos a muchos famosos. Yo calmaba mis días cocinando junto a Giuseppe. Cada semana presentábamos algo nuevo. Llené de macetas las ventanas y el patiecito, todas las aromáticas que pudimos conseguir. Decorábamos los platos como verdaderas obras de arte. Lo último fueron unas costeletas de cerdo. Giuseppe doró la cebolla, luego le pusimos tomillo y azúcar. Separamos. Doramos las costeletas, las rociamos con azúcar negra y cuando estuvieron listas les agregamos la cebolla caramelizada. Un chorro importante de vino negro.

Servimos las dos costeletas, marroncitas, con todo su jugo. Unas hojas de tomillo natural y al costado los papines hervidos en agua de romero. Rociamos con aceite de oliva y luego una lluvia de pimienta negra y pimentón dulce picante. Listo.

—¡Este lo pruebo yo! —apareció siguiendo el aroma Ruperta. Cada plato nuevo lo degustaban las chicas y nos daban su opinión.

—Esto es una delicia. Esto es un manjar. Esto enamora —repetía Ruperta con la boca llena de sabores.

Nos miramos con Giuseppe y nos sonreímos.

Cada noche inspiraba el aroma que Filomeno dejaba en mi cama. Me dormía soñando nuestra vida feliz, con hijos, con perros, con plantas. Y cada mañana despertaba sola, y el tiempo pasaba. Y pasaba.

Un día Filomeno no vino; tampoco me llamó. Comencé a inquietarme. Y otro más. Seguro había pasado algo. Iba a esperar hasta mañana y lo iba a llamar. Esa noche me costó mucho conciliar el sueño. Leí hasta casi la madrugada.

Cuando iba al restorán pasé por el kiosco y Pedrito me alcanzó todos los diarios. Llegué y me acodé en la mesa de siempre. Leí, la noticia paralizó mi corazón. Amparo había muerto. Cantidad de saludos fúnebres en su nombre. Se me arquearon los labios, se me quebró la respiración. No pude contenerme, y lloré, descontroladamente lloré. Pobrecita Amparo.

—¿Murió? —preguntó Giuseppe. Ese hombre siempre sabía todo, siempre

tenía la palabra justa...

Levanté la mirada, me dolía el corazón.

—Sí —dije. Me abrazó y me llevó a la cocina. Qué dolor.

No llamé a Filomeno; él tampoco llamó. Culpa, eso sentíamos.

Pobre Filomeno. Es duro perder a una persona amada. El velorio. El entierro.

Ese día recé como nunca en mi vida por el alma de Amparo. Recordé todas las veces que la traté con antipatía y me sentí peor.

—¿No vas a llamar a Filomeno? Todos hablamos con él para darle el pésame —dijo Ruperta.

—No, no puedo. ¿Cómo está?

—Destruído. Creo que culposo.

—Después, más tranquila, lo llamo...

Pasó una semana y de Filomeno ni noticias. Tal vez estaba organizando todo lo que una muerte significa, tal vez tendría que llamarlo...

No lo llamé, fui a buscarlo a su negocio al mercado. No estaba yendo. Me moría por hablarle por teléfono, pero no sabía si era lo correcto. Y no entendía por qué no quería verme...

No pude, y lo llamé. Me atendió una de las sirvientas de la casa. Me pidió que esperara y luego me dijo que don Filomeno no podía atenderme. Otra vez me hacía lo mismo. ¿Pero qué diablos le estaba pasando? ¿Por qué si me amaba con toda su alma me negaba? Yo no había matado a Amparo.

Faustina me encontró llorando al lado del teléfono y le conté.

—Vamos, Enriqueta, ya sufriste mucho por amor, vamos a tomar un té limpiador, de lavanda, y a alimentar el espíritu con un poco de dulces. Después conversamos. Giuseppe tiene todo preparado.

La falta de Filomeno en mi vida oscureció mis días. Tal vez era un castigo por desear que la pobre Amparo se fuera con Dios y me dejara el camino libre. Si era así, bien que lo estaba pagando.

Giuseppe me decía que no todos pensamos igual, que cada uno cura sus cicatrices como puede, no como quiere.

—Siempre lo defiendes...

—No, querida, solo que tengo muchos años vividos...

Ay, Filomeno. ¿Y si ahora no regresaba nunca más? ¿Y si me culpaba a mí por lo sucedido? Tanto esperé el momento de estar juntos para siempre. ¿Será castigo divino? ¿Será Amparo desde el cielo? ¿Qué mierda será? ¿Por qué es tan difícil para nosotros, Filomeno?

LA HERENCIA

Desahuciada, así estaba cuando escuché los gritos de Faustina.

—¡Filomeno! ¡Es Filomeno!

Levanté la mirada y lo vi ingresar. Caminé a su encuentro. Lo abracé apenas estuvo a mi alcance.

—Me siento mal, Enriqueta. Ella lo sabía, siempre lo supo —bisbiseó en mi oído.

—¿Qué cosa?

—Lo nuestro.

Me quedé helada.

—Hoy vino Giuseppe a verme. Me dijo que te estaba perdiendo. Que vos ya habías sufrido demasiado. Y tiene razón. Pero mira lo que soy. Un bollo de culpas y remordimientos... —no pudo seguir hablando.

—Ven, vamos a la cocina —le dije.

Lo miré a los ojos, acaricié su mejilla, pude ver a Filomeno, mi Filomeno de siempre. Me abrazó y lloró como un niño. Lloramos juntos. Por Amparo, por nosotros, por nuestra vida.

—No te sientas mal, Filomeno, yo creo que ella siempre lo supo porque vos mismo se lo dijiste.

—No puedo. Ella nos dejó a vos y a mí como únicos herederos. ¿Te imaginas?

—¿Qué? —lo separé de mí.

—Sí, nos castigó para siempre. Nos dejó todo su dinero.

Quedé estupefacta. Impresionada.

—Nosotros.

—Sí, dejó un testamento.

—Pero Filomeno, no lo tomes así. Si ella nos deja toda su herencia es porque nos está bendiciendo. Nos está apoyando. ¿Entiendes? Te está dando el permiso que ella sabía no te ibas a dar. Ella sabía qué tipo de hombre eres.

—¿Que nos bendice? ¿Eso crees vos...?

—Estás tan lleno de culpas... Claro que sí, si no no me hubiera incluido. Es una santa, siempre lo fue. Y vos fuiste un gran hombre con ella. La hiciste

muy feliz. La respetaste hasta su último aliento. Ahora déjala ir... —no pude seguir hablando, las lágrimas me nublaron la vista y las palabras ya no quisieron salir.

Lo abracé y lloré. Lloramos mucho...

—Tendríamos que devolver ese dinero a su familia —dije.

—Sí, es lo que corresponde.

Lisandro se ocupó de que los bienes de Amparo quedaran en su familia.

Filomeno se quedó con su negocio en el mercado. Fuimos juntos al cementerio a dejarle flores. Fue un gran error. Filomeno no me miró en toda la semana. La culpa estaba a flor de piel. Lo carcomía. Amparo había sido realmente importante en su vida. Lo había sacado de la pobreza. Lo había convertido en un hombre seguro, responsable. Le había dado la familia que nunca tuvo. Y él sentía que le había fallado.

LA PATRIA DE ENRIQUETA

Filomeno tenía sus días. Pero nunca, nunca más se separó de mi lado.

Yo me sentía tranquila. Filomeno se encargaba de eso. Me cuidaba como si fuera una piedra preciosa, y a mí me gustaba que lo hiciera. Ojalá podamos tener hijos. Ahora sí estoy preparada para darte una buena vida, amor. Ahora sí quiero que vengas, hija, a mi cuerpo. Hijita de mi corazón.

Algunas veces repaso mi vida; es como haber vivido muchas veces una sola vida. Algunas cosas me angustian, otras quisiera borrarlas para siempre. Me gustaría volver a ver a Lucrecia y a Lucio.

Nos iba bien. Lo habíamos logrado. Estábamos del otro lado de la grieta. Pero eso nos había pasado a nosotros. Muchas, muchas personas, seguían en estado de indigencia total. El proletariado seguía sufriendo. Los pobres crecían, los ricos disfrutaban.

Cada domingo almorzábamos el Tano y su tropa, nosotras y Filomeno, Giuseppe y los chicos a los que les tocaba trabajar, como una gran familia.

Era lunes. Yo estaba en mi escritorio, en el restorán, y Filomeno apostado debajo del quicio de la puerta.

—Tu bitácora. Podrías cambiar esa tapa.

—Nunca, esa tela era de Regina. Ella está conmigo a través de la tela.

—¿Por qué no haces algo con esa bitácora?

—¿Qué puedo hacer?

—Lo que siempre soñaste.

Lo miré un poco aturdida...

—¿Y qué sería?

—Ay, Enriqueta. Siempre, desde que eras chiquitita, querías ser...

—¿Escritora?

—¡Sí! —dijo y tomó mi bitácora—. Transforma esto en un libro.

Me iluminé. ¡Cómo no se me ocurrió a mí!, pensé.

—¡Claro que sí! Puedo escribir una novela —dije, dichosa—. Ya empiezo a pensar en un nombre para mi libro. ¡Te amo, te amo tanto, Filomeno!

—Ya tiene título.

Lo miré.

—La patria de Enriqueta.

VARIOS AÑOS DESPUÉS

Construimos nuestra casa arriba del restorán. Fue tormentoso. La obra nos cansó a todos. Yo, encima, en estado. Tuve una nena. Eso me colmó el corazón de perdón y felicidad. La llamamos María, por la Virgen, Leonor, por mi madre, Candelaria, por la madre de Filomeno, Ruperta y Faustina, por las madrinas, y de los Milagros lo dispuso el padrino, el Tano.

Tuvimos dos hijos más, varones. Iguales a Filomeno. Tan iguales... Cuando me miraban con las manos en los bolsillos era como volver a ver a Filomeno, allá lejos en el tiempo. Con sus bermudas rotas, su gorra gastada. Su mirada...

Tuvimos que mudarnos. Las chicas se quedaron viviendo arriba del restorán y nosotros compramos una casa más o menos cerca, con un lindo jardín.

Algunas veces los fantasmas me visitan y tratan de abrumarme, pero no los dejo. Me alimento de Filomeno y de mis hijos. Eso los espanta, los acomoda. Lo importante es que sentirlos me recuerda quién soy, y eso, créanme, es muy bueno.

Hoy es un día que va a quedar marcado en mi memoria y en mi corazón. El mismo día que salió la segunda edición de mi novela *La patria de Enriqueta*, Alfonsina Storni decidió abandonar la vida. Esa noticia me ahogó. Me entristeció. Pensé mucho en ella. En aquella noche que conversamos. En la enfermedad que la abrazó. En el amor. ¿Qué hubiera sido de mí sin Filomeno, mis hijos, mis amigos? ¿Qué decisión hubiera tomado yo? Pobre Alfonsina, tenía resto para vivir, pero su cuerpo y tal vez su amor no la acompañaron hasta el final. ¿Y si hubiera esperado un poco? ¿Y si tal vez había un milagro esperando por ella? Que la paz te abrace, querida Alfonsina.

Que la paz nos abrace a todos. Cada domingo que nos sentamos a almorzar, con niños correteando por todos lados, nosotros, los adultos, nos miramos.

Recordamos. Hay muchos que no lo lograron como nosotros. Que quedaron del otro lado de la grieta. Que siguen en los conventillos, en las villas de la miseria, en las calles.

Nuestra patria seguía bajo los mismos mandatos. Los políticos cambiaban de bando y continuaban alimentando las arcas propias. Ojalá en el futuro exista algún hombre de bien que pueda modificar las cosas. Cuando digo cambiar, me refiero a que les dé lugar a otras personas a ingresar en la política. Un Lugones no puede seguir circulando por las calles a nuestro lado, me refiero al hijo, al abusador, al torturador. Los Roca, Uriburu, Justo, y podría seguir nombrando para atrás a los que con sus actos marcaron el camino de la corrupción, de mala administración, para los que vendrán. Eso me angustia. Mi paso por la vida es este, y lo que veo es que hay un problema grande en la humanidad, la pobreza, y no hay gentes preocupadas por eso. Ojalá cambie. Quisiera un país mejor para mis nietos.

—Enriqueta, te buscan en el salón.

Me levantó, no sé si les dije, pero estoy en estado otra vez; este Filomeno me mira y yo me embarazo.

—¿Quién me busca?

—Allá —dijo Ruperta.

Giro la cabeza y los veo; quiero correr a abrazarlos, pero mi panza me frena.

Ella me ve y viene corriendo hacia mí. Cuando nos abrazamos nos chocamos las panzas, y lloramos, lloramos.

—Lucrecia, Lucrecia, pensé que nunca más volvería a verte. Mirate, estás redonda.

—Igual que vos —me dijo y nos volvimos a abrazar.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté.

Antón nos dijo.

Saludé a Lucio y le agradecí que me trajera a mi amiga. Me presentaron a sus hijas. Hermosas, seguiditas. Me contaron que estaban de visita. Que habían logrado comprar un pequeño campito y lo estaban trabajando con sus hermanas y sus maridos. Me dio tanta felicidad saber que estaban bien.

Fueron días intensos. Antes de que se fueran Lucrecia y Lucio, organizamos con Giuseppe una comilona en el restorán, e invitamos a Antón y a su esposa Zulema. Era una linda mujer. Vino Lisandro con su familia. Estaba el Tano, todos nosotros. Me levanté para ir al baño, casi que vivía en el baño. Mientras regresaba, me detuve un momento a observarlos. Todos nosotros sabíamos muy bien lo que es la pobreza. Cada uno la había vivido desde su lugar. Creo que el secreto es la esperanza. Hay que tener esperanza. No hay que rendirse. No hay que bajar los brazos. Hay que seguir. Y hay que

involucrarse. Como Antón. La política tiene que ser una vocación de servicio, no un espacio para enriquecerse.

Filomeno se levanta, me busca con la mirada y me encuentra. Lo miro, y lo veo.

Y veo a Filomeno en el conventillo, sin saber pronunciar la palabra castellana, y lo veo ahora, mi esposo. Nos regalamos una sonrisa. Mi Filomeno. ¡Te amo tanto! Y lloro, y agradezco. ¡Ay que soy llorona! Lloro por todo. Ahora sí, a ser feliz para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, ¡muchas gracias por leerme! Los quiero. Los agradezco. Ustedes son mi motor. Siempre.

A mi esposo Gabriel, mi amor, por colaborar con material bibliográfico. Por apoyarme siempre, por contener a nuestra familia en mis ausencias. A nuestros tesoros, María Candelaria y Augusto, por seguir haciendo la vista gorda a mis descuidos, heladera vacía, por faltar a los partidos de rugby, por olvidarme fechas importantes. ¡Los amo!

A mi amiga Mariela Heinze, por ayudarme incondicionalmente, en todo. Por conseguirme los libros que nadie tiene. Por asistirme en todas las novelas con los nombres y apellidos de los personajes.

A mi querido amigo y colega Diego Javier Rojas, encargado de mi autoestima.

Gracias por todos tus aportes para mis dos últimas novelas.

A Cecilia Bertone, siempre. Gracias amiga querida por acompañar mi carrera.

A mi querida amiga Claudia Zurueta, que siempre deja su sello en mis novelas. Amparo en este caso.

A Marta Enriqueta Schelstraete, quien inspiró el nombre de la protagonista.

¡Gracias, Marta!

A mis amigas Alicia Esnaola y Luciana Rosa, comadres queridas, siempre presentes. ¡Las quiero mucho!

A los historiadores, centros de estudios, hemerotecas, colegas, bibliotecas, que pusieron en mis manos ensayos, documentos, archivos, testimonios y libros que contribuyeron al desarrollo de esta historia.

A mi editora Julieta Obedman, por apoyar mis proyectos literarios, siempre.

¡Gracias Juliet!

A Julio Molas y Molas, chef y amigo, con quien comparto la mayoría de las recetas de cocina.

Gracias a las bibliotecas populares, a los grupos de lectura, por estar

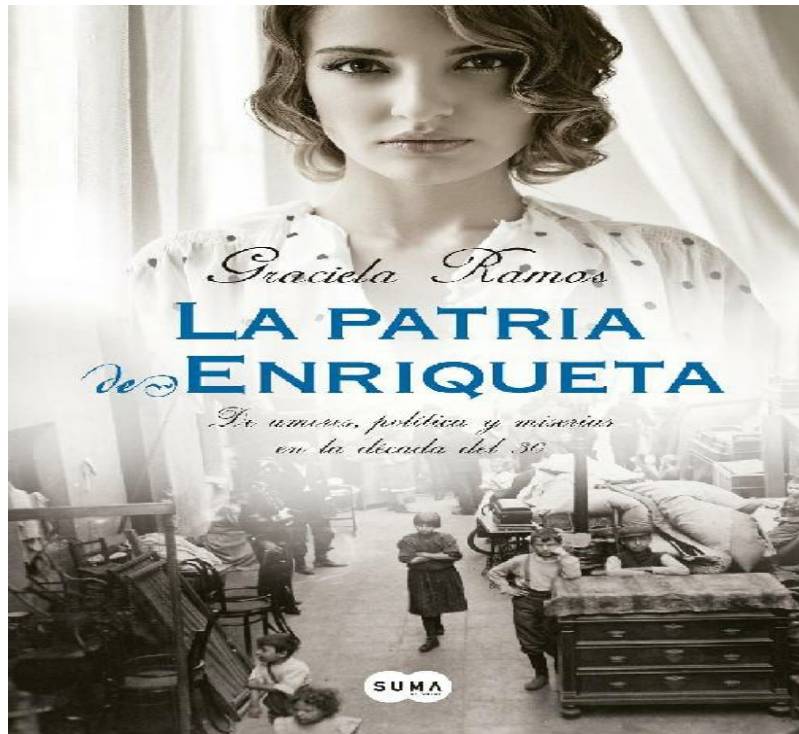
siempre.

Por acompañarme, apoyarme, seguirme. ¡Los quiero mucho!

A mis queridas amigas de la Villa, gracias por acompañarme con tanto cariño, aventuras, asados, recorridos... Flavia, Sandra, Belén, Patricia, Angélica, Mariana y La Gringa. Sepan que las quiero mucho.

A todo el equipo de mi editorial, Penguin Random House, por ser tan atento y profesional conmigo: Vero, Matías, Pau, Ceci, Jime, Laura, Mariana, y a todos, los quiero, los agradezco.

Gracias, gracias y gracias...



Este nuevo libro de Graciela Ramos transcurre durante las primeras décadas del siglo XX en Buenos Aires, en un contexto mundial de entreguerras. Enriqueta, hija de inmigrantes, es apenas una niña cuando queda huérfana y le toca asumir el control de su vida en una época llena de injusticias y también de luchas por defender los derechos básicos.

Los vecinos del conventillo, las amistades de la militancia política, la librería donde consigue su primer trabajo, el peligroso momento del golpe de Estado de 1930, la inesperada suerte que le permite iniciar distintos negocios transitan estas vertiginosas páginas.

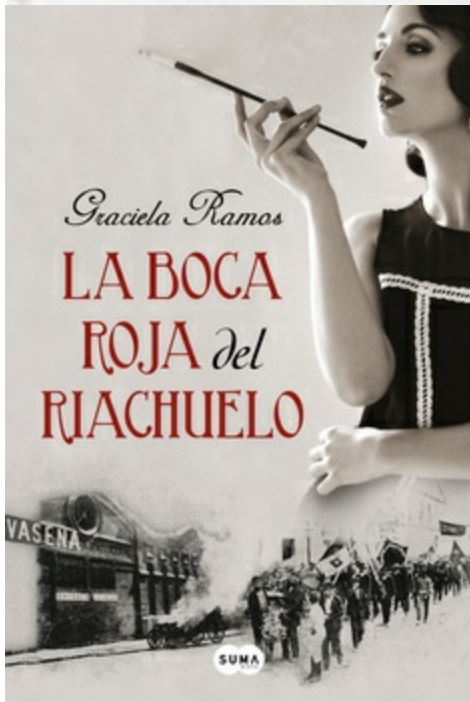
La pasión, la pobreza y las jóvenes instituciones de nuestro país le dan un marco explosivo a esta atrevida historia de amor y coraje en la que nuestra heroína es protagonista de una novela inolvidable.

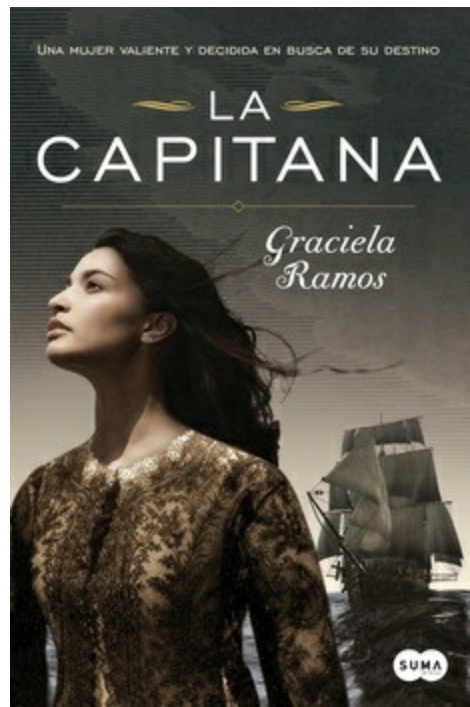


GRACIELA RAMOS

Es cordobesa. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba, ocupó diferentes cargos en el área de Marketing y Ventas durante muchos años, hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Es autora de *Malón de amor y muerte* (2010), *Lágrimas de la Revolución* (2013), *La capitana* (2015), *Los amantes de San Telmo* (2016) y *La boca roja del Riachuelo* (2017), con las que renovó el género romántico a través de historias de los siglos XIX y principios del XX, en las que las mujeres protagonistas saben adueñarse de su destino y plantarles cara a las adversidades de la vida. Todas sus novelas han sido declaradas de interés cultural. Graciela Ramos vive actualmente en Villa Allende, Córdoba, con su familia.

Foto: © Cecilia Casenave





Graciela Ramos

LÁGRIMAS *de la*
REVOLUCIÓN



[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Ramos, Graciela La patria de Enriqueta / Graciela Ramos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Suma de letras, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-739-139-8

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Foto de la autora: © Cecilia Casenave

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Graciela Ramos

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-739-139-8

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

[La patria de Enriqueta](#)
[Epígrafe](#)
[Primera parte](#)
[La muchacha del atado](#)
[La pobreza](#)
[El conventillo](#)
[La escuela](#)
[Los libros](#)
[Filomeno](#)
[La mudanza](#)
[¿Abandona Dios?](#)
[Y la vida continúa](#)
[La muerte acecha](#)
[La soledad](#)
[Los cumpleaños, ¿son felices?](#)
[La resentida](#)
[Desaparecido](#)
[El poder manda](#)
[La amistad](#)
[El despido](#)
[La villa de la miseria](#)
[Ladronas](#)
[El hombre](#)
[La Casa Rosada](#)
[La librería](#)
[El Jardín Zoológico](#)
[La huelga](#)
[La CGT](#)
[El golpe](#)
[Segunda parte](#)
[He visto morir...](#)

[La desilusión](#)
[La despedida](#)
[El secuestro](#)
[El niño robado](#)
[El juicio](#)
[La Navidad](#)
[La detención](#)
[La pena de muerte](#)
[La huida](#)
[Irónicamente Justo](#)
[El almuerzo](#)
[El Plaza](#)
[La comodidad](#)
[El inglés](#)
[El amor](#)
[El compromiso](#)
[La soledad](#)
[Tercera parte](#)
[La tristeza del sábado inglés](#)
[Las hermanas](#)
[El secreto](#)
[La curandera](#)
[Nada es lo que parece](#)
[Y todo sigue](#)
[Gath & Chaves](#)
[Una buena idea](#)
[El fracaso](#)
[La casita](#)
[¿Cuál es tu sueño?](#)
[El zapatero](#)
[El reencuentro](#)
[El salvador](#)
[La buena esposa](#)
[La Casa de la Moda](#)
[La salida](#)
[La moda](#)
[La máquina de escribir](#)

[Europa](#)
[Alfonsina](#)
[Las torcidas](#)
[La venta](#)
[La compra](#)
[La reaparición](#)
[Restorán La Buena Esperanza](#)
[Una visita inesperada](#)
[Ojalá se muera](#)
[La amante](#)
[Asesinos](#)
[La tragedia](#)
[La herencia](#)
[La patria de Enriqueta](#)
[Varios años después](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Otros títulos de la autora](#)
[Créditos](#)